MAGISTERIO Y NIÑO

© ROQUE ESTEBAN SCARPA STRABONI

© EDITORIAL ANDRES BELLO
Avdá. Ricardo Lyon 946, casilla 4256, teléfono 40436, Santiago
Inscripción Nº 49.577.

Se terminó de imprimir esta primera edición de 3.000 ejemplares en el mes de septiembre de 1979.

PORTADA: Felipe Ruiz.

IMPRESORES: Salesianos - Bulnes 19 - Santiago.

IMPRESO EN CHILE - PRINTED IN CHILE

1 (5 - 5)

GABRIELA MISTRAL

MAGISTERIO Y NIÑO

SELECCION DE PROSAS Y PROLOGO
DE ROQUE ESTEBAN SCARPA

EDITORIAL ANDRES BELLO

La juventud, esa agua viva, no puede amar al que tiene, sobre la lengua viva, la palabra muerta.

GABRIELA MISTRAL

Cuando yo he hecho una clase hermosa, me quedo más feliz que Miguel Angel después del Moisés. Verdad es que mi clase se desvaneció como un celaje, pero es sólo en apariencia. Mi clase quedó como una saeta de oro, atravesada en el alma siquiera de una alumna. En la vida de ella mi clase se volverá a oír, yo lo sé. Ni el mármol es más duradero que este soplo de aliento si es puro e intenso.

GABRIELA MISTRAL

El recopilador de estas prosas dedica el libro sobre el *Magisterio y Niño* a la memoria del Rvdo. P. Agustín Escudero, O.A., que fuera profesor de la Universidad Católica de Chile y del Liceo de su Orden en Santiago, porque la memoria no olvide que precedió todos estos trabajos con sus *Recados contando a Chile,* valorando la prosa y la inteligencia de Gabriela.

ROQUE ESTEBAN SCARPA

EXALTACION Y RIESGO DE LA PEDAGOGIA

Quizá estas páginas hieran muchas susceptibilidades. Hay quienes esperan que escribir sobre el propio menester obligue al autor de los juicios a envolverlos en una atmósfera áurea y luminosa del más alto respeto y la consiguiente ceguera, como si una no fuera la vocación y ejercicio en sí y gemela su hechura por seres con medida de hombres y por organismos con sujeción a espejismos técnicos o a conveniencias que dicta la hora. Gabriela enfrenta lo que ella denomina la "vocación vertical", con ese más alto respeto, pero también con la más profunda videncia. Quizá porque la vocación le vino como "esa elección que nos hacen", de la que hablaba Thomas Mann como un impulso que traía el ser y no su lógica voluntad, y el ejercicio de la vocación fue formando su conciencia, sin otras normas previas a las que ceñirse que aquellas que le dictaban su lucidez y la realidad.

Podrá afirmar lo ideal en uno de sus poemas: "era su vida humana la dilatada brecha / que suele abrirse el Padre para echar claridad"; pero lo dicho en La maestra rural *lo corrige en la prosa de* La oración de la maestra, *enfrentando la grandeza y responsabilidad del oficio con la potencialidad de lo humano: "¡Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra que Tú llevaste por la Tierra!" Y reafirma esa dualidad en uno de sus* Pensamientos pedagógicos: *"La enseñanza de los niños es tal vez la forma más alta de buscar a Dios; pero es también la más terrible en el sentido de tremenda responsabilidad".*

Gabriela, en otra de sus páginas, se ha definido esencialmente como maestra y ha disminuido su poesía a función menor. Comenzó a vivir viendo enseñar; empezó a ganar el pan de los suyos, enseñando. Se fue haciendo a sí misma, mientras quería, poniendo todas sus potencias en ello, que los demás fueran. Los métodos se los fue dando

la necesidad y la experiencia. No aplicó fórmulas. Tuvo ideales y desde ellos creó su manera, suma de las mil voces que le daban los libros a esa apetente lectora, cuya letra hacía pasar por su espíritu hasta entenderla según convenía a su alma, al desarrollo de su ser. ¿Acaso no dijo que "la maestra que no lee tiene que ser mala maestra: ha rebajado su profesión al mecanismo de oficio al no renovarse espiritualmente"? De allí viene esa necesidad de vivir *las teorías hermosas; de comprender que "toda lección es susceptible de belleza"; de que nada es más triste que el que la alumna compruebe que su clase equivale a un texto; que hay que relacionar "cada conocimiento con la vida" para que no sea materia superpuesta e inerte, sino integrante de la propia cultura; la obligación de* enseñar siempre *con la actitud, el gesto y la palabra, "en el patio y en la calle como en la sala de clase", por el pacto terrible con Dios al ser llamada a formar otros seres, que la incita a preguntarse: "¿Cuántas almas ha envenenado o ha dejado confusas o empequeñecidas para siempre una maestra durante su vida?", a afirmar que "todos los vicios y la mezquindad de un pueblo son vicios de sus maestros". El antídoto no sólo consiste en esa renovación del espíritu intelectualmente, sino en lo unitivo de ese impulso con el amor, ese "amor a las niñas que enseña más caminos a la que enseña que la pedagogía".*

En El oficio lateral *habla de sus comienzos como maestra rural que había de enseñar, con bastante soledad, hasta a muchachones que la superaban en años. El tiempo de la Compañía Baja, la aldea desde donde se divisaba el mar y tenía a la mano los olivos con quienes conversar, porque se sentía carente de carácter alegre y fácil y sin "la fisonomía grata que gana a las gentes", había sido antecedido por una especie de ayudantía a su media hermana Emelina en el Montegrande de su infancia. Hemos entrado a esa pequeña casa frente a los cerros despoblados, maestros de severidad, y aún semeja que en las paredes, en las hendiduras de los adobes, puede guardarse el eco de una voz pálida, tierna, tímida, que se iba escondiendo mientras la algazara de las niñas alegres intimidaba bastante a la aprendiza de maestra y alumna al unísono. Tuvo Gabriela, en Compañía Baja, que afirmarse primero en un autorrespeto, en la intuición de que ese oficio de pan hacía crecer a los oyentes, quizá a pesar de ellos mismos, obligarlos a olvidar la libertad solar del patio y a concentrarse en sonidos y palotes, para recobrar ella, después del trabajo, "el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende*

a los demás". Conmueve este secreto, que no es otro que el sentirse distinta, llamada, al parecer sin razón, a otro destino, diferente al de los que la rodeaban, incluso al de la Directora, a la que no le caía bien Lucila Godoy.

¿Qué podía esperarse de una muchacha pobre, en tarea mirada por la sociedad en menos, poseedora de no muchas letras, pero sí de un ansia indefinible que la atormentaba, más allá de la angustia natural de la adolescencia? Pero otros adivinaron que en el principio del secreto estaba la necesidad de diálogo con almas universales y no aldeanas. Y que esta adivinación no era azar, sino destino, propiedad que trae consigo aquella elección que nos hacen. Gabriela lo cuenta con precisión escueta: "Un viejo periodista dio un día conmigo y yo di con él". Don Bernardo Ossandón "poseía el fenómeno provincial de una biblioteca, grande y óptima. No entiendo hasta hoy cómo el buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino". Esta exaltación de la calidad física de los libros, de su valor económico, habla elocuentemente de la pobreza de quien los recibe, de la que pone sobre su saya de percal o de oscura tela, el oro de los lomos; de la que toca con dedos asombrados la finura de luna del papel que traía mundos, pensamientos asombrosos, pasiones que padece el hombre, y lo que más la apasiona, las biografías de seres que padecieron limitaciones y las vencieron, las "biografías formadoras" que ella alabará siempre como deuda que tiene con seres que fueron y siguen llevando en sí la potencialidad de seguir siendo como fueron, para otros, con eternidad en el tiempo.

Gabriela dirá que, con la lectura de esos libros que la sobrepasaban en su capacidad inmediata de entendimiento, y que Ossandón le prestaba "a manos llenas" para sus ojos que no se saciaban nunca, comenzó "el deslizamiento hacia la fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vesperal y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más". Pequeña para su ansia, pero fiesta, al fin y al cabo; clandestina, porque no sería habitual ni bien visto que una muchacha leyera tanto, sin que le cosieran páginas que no debían descoserse porque la ignorancia de ciertos temas era parte de la formación; el tiempo total que ella exige: la tarde hasta que la luz se hace exigua y la llama danzante de la vela que deslumbra y va cegando los ojos hace que la noche avance sobre la fatiga; una sola palabra, refugio, *que enjuicia el medio sin aparentar condenarlo, y que no sería protección para ese momento, sino para lo largo de la vida. Su libro mayor de entonces fue el de los* Ensayos *del señor*

de Montaigne, que le habla de la tristeza, de cómo el alma descarga sus pasiones sobre objetos falsos cuando los verdaderos le faltan (¡oh manes de Romelio Ureta que pasan sobre este título!), de la fuerza de la imaginación, del pedantismo, de la educación de los hijos, las coincidencias del acaso y la razón, de las vanas sutilidades, de la soledad, de la incomodidad de la grandeza, de la libertad de conciencia, entre otras varias materias. Quizá en el ensayo sobre la educación de los hijos haya marcado en la memoria que "para que la ciencia sea beneficiosa no basta ingerirla en la cabeza, precisa asimilársela y hacer de ella cabal adopción", para lo cual rechaza la repetición mecánica, y exige, en cambio, según el alcance espiritual del discípulo, el procedimiento de hacerle gustar, escoger y discernir por sí mismo, ya "preparándole el camino, ya dejándole en libertad de buscarlo", previniendo al maestro de no ser él sólo el que hable, pues es necesario que oiga al educando hablar a su vez, y que aquél no pregunte la lección, sino más bien el sentido y la sustancia de las palabras, informándose del provecho no por la memoria del alumno, sino del modo en que hizo suya la enseñanza, para que el alma no sea "sierva ni cautiva", ni esté "ligada y constreñida, como la tenemos acostumbrada, a las ideas ajenas". También, Montaigne con sus citas, le reveló no sólo el mundo y costumbres de varios siglos, sino los nombres, pensamientos y valores que sustentaron los grandes clásicos grecolatinos y los franceses que antecedieron al señor bordelés.

Gabriela seguirá su viaje pedagógico por otras escuelas rurales; tendrá la triste experiencia clasista que reservaba el Liceo para gente provinciana de un medio socioeconómico no popular y el que, por romper el círculo mágico, perdiera su empleo; sólo pudo resarcirse en su voluntad igualitaria cuando asumió la Dirección del Liceo de Niñas de Punta Arenas, donde, al abrir la matrícula, recalcó que el establecimiento recibiría a educandos de todas las clases sociales, incluso de la obrera; padeció la discriminación ideológica, al rechazársele el ingreso a la Escuela Normal, por influjo eclesiástico, a causa de publicar sus poemas y prosas en un diario radical de Coquimbo. Estaba de Dios que Gabriela no recibiese educación según los programas al uso, y la obligaran a ese autodidactismo que le concedió la libertad de formarse a sí misma. Sólo la reverencia al diploma y título, que no indican calidad de calidades, la obligó a rendir un examen de conocimientos y, entonces, seguir su peregrinaje por liceos, pasando de la enseñanza de la Higiene a la de la Historia y aquella de Geografía; "la fiesta

de la geografía en que, sin saberlo, se preparaba al errantismo", y esta otra del Castellano.

Ella nos dirá, resumiendo, su peregrinaje de maestra, haciéndolo partir de esa experiencia de la primera escuela, donde lo único importante y feliz era el regreso a "vivir acompañada por la imaginación de los poetas y de los contadores, fueren ellos sabios o vanos, provechosos o inútiles. Mi madre, mientras tanto, visitaba la vecindad haciéndose querer y afirmándome así el empleo por casi dos años. Yo lo habría perdido en razón de mi lengua comida *y de mi hurañez de castor que corría entre dos cuevas: la sala de clase, sin piso y apenas techada, y mi cuartito de leer y dormir, tan desnudo como ella. La memoria no me destila otro rocío consolador por aquellos años que el de los mocetones de la escuela, los que bien me quisieron, dándome cierta defensa contra la voz tronada de la Jefe y su gran desdén de mujer bien vestida hacia su ayudante de blusa fea y zapatos gordos. Yo había de tener tres escuelas rurales más y una "pasada" por cierto Liceo serenense. A los veinte años ingresé en la enseñanza secundaria de mi patria y rematé la carrera como directora de liceo. A lo largo de mi profesión, yo me daría cuenta cabal de algunas desventuras que padece el magisterio, las más de ellas por culpa de la sociedad, otras por indolencia propia". Debemos agregar que los seis años en la paz del Liceo de Los Andes le sirvieron para madurar y quitarse la hurañez de castor y soltarse la lengua y la poesía. En el transcurso de ellos, 1914 marca el hito de los Juegos Florales y* Los Sonetos de la Muerte. *Gabriela comienza a existir como un hecho poético, mueve en su torno grandes simpatías y no pocas resistencias. El apoyo de don Pedro Aguirre Cerda, la casi imposibilidad de obtener quién fuera a regir y reorganizar el Liceo de Niñas de Punta Arenas, calificado como el único pésimo de Chile, la trasladan "por el pan de los suyos" a la ciudad más austral de Chile, ciudad de cultura europea y de grandes desigualdades sociales. Ella comenzó llamándolo su destierro, aunque puede denominarse ese período su primer contacto con una realidad compleja, nacional y extranacional, eminentemente formativa, prolífica para su creación poética, como que gran parte de* Desolación, *en lo sustantivo, fue escrito en esa tierra de nieve y noche larga en el invierno y de las más limpias alboradas en la primavera. De allí la llamaron para reorganizar el Liceo de Temuco. Caso curioso: la mujer sin título de Profesora de Estado, necesario para ejercer el magisterio secundario, es la escogida para ordenar los caos creados por aquellos con el diploma ofi-*

cial. Y ella ha de recordarlo cuando se impugna su designación para el recién creado Liceo Nº 6 de Santiago:

"Yo no tengo el título, es cierto —escribe a quien aspiraba al nombramiento con tres años de servicios fiscales y la condición de esposa del secretario de la Junta Central Radical—; mi pobreza no me permitió adquirirlo y este delito, que no es mío sino de la vida, me ha valido el que se me niegue, por algunos, la sal y el agua.

"Yo, y otros conmigo, pensamos que un título es una 'comprobación de cultura'. Cuando esta comprobación se ha hecho de modo irredargüible, por dieciocho años de servicios y por una labor literaria, pequeña pero efectiva, se puede pedir, sin que pedir sea impudicia o abuso. Usted no conoce mi vida de maestra y yo voy a resumirla en cuatro líneas porque la sé noble de toda nobleza para que no la tome en cuenta: Con la obediencia y el deseo de servir de una empleada pública, accedí a ir a Magallanes, dejando atrás familia y todo, a 'reorganizar' el Liceo de Punta Arenas. Un pueblo entero, desde el obrero de la federación hasta los capitalistas, pueden decir en qué forma cumplí mi comisión. El Liceo de Temuco se encontraba en un caos de luchas internas y desorden, cuando el Gobierno me mandó allá. He conseguido llevar a él la paz, verdad es que todas las profesoras son tituladas.

"Trabajé años antes en una colección de poesías escolares (y trabajo en una de cantos) para los textos de lectura que sirven en todos los colegios. Todo esto es labor escolar, *no literaria.*

"Me dice usted en el acápite final de su tarjeta que 'no abuse de mi gloria'. No la tengo, mi distinguida compañera. Si la tuviese, no se me negaría el derecho a vivir, porque una gloria literaria es tan digna de la consideración de un país como una gloria pedagógica, y los pueblos cultos saben estimarla como un valor real, y saben defender a quien la tiene, del hambre y del destierro. No la tengo; pero he contribuido mucho a que en América no se siga creyendo que somos un país exclusivamente militar y minero, sino un país con sensibilidad, en el que existe el arte. Y el haber hecho esto por mi país, creo que no me hace digna de ser excluida de la vida en una ciudad culta, después de dieciocho años de martirio en provincias.

"Me enterneció su párrafo sobre sus hijos. Usted no quería ir a Temuco, porque no les faltara el sol que es la vida. Yo también tengo, compañera, una madre anciana a quien no puedo llevar a los peores climas y a quien no veo, por esto, hace cuatro años. Estoy absolutamente de acuer-

do con usted en sus merecimientos para una Dirección; lo estoy desde que, cuando iba usted a ir a Arica, deseé y trabajé porque fuera a Temuco, en mi lugar. Me dolió, como en carne propia, todo cuanto usted sufrió con la anulación de su nombramiento. No sólo es usted una profesora distinguida: es una gran mujer buena, un elevado y puro corazón, y la siento entre la gente privilegiada que ha dado mi provincia: Magallanes, Silva, Mondaca, Molina, García Guerrero, etc. Y esto no lo digo sólo en esta carta: lo he dicho en todas partes y a pesar de las amarguras que para mí ha tenido la campaña por el Liceo 6.

"Aunque me lo vede mi falta de título del Instituto Pedagógico, como no me lo veda mi corazón que la respeta y la quiere, me digo como siempre su compañera y la saludo muy cordialmente."

Hemos reproducido este documento, porque es poco conocido y muestra a Gabriela enjuiciando su propia tarea literaria y pedagógica, sin vanidad y sin modestia. Gabriela había renunciado ante el Ministro de Instrucción Pública don Armando Jaramillo a su nombramiento, "en vista de las incidencias a que ha dado margen su designación, incidencias que no quiere calificar", y pide que se le conceda la jubilación a que le dan derecho sus dieciocho años de servicio, sin una censura de sus jefes. El Ministro respondió al telegrama, expresándole en otro: "Gobierno no puede aceptar renuncia de un funcionario como Ud. que cuenta con toda su confianza, por incidencias que no tienen valor alguno, porque con ello se sentaría un precedente funesto para la Administración Pública que dejaría a sus funcionarios más dignos sometidos en su estabilidad al capricho de cualquier persona". En otro comunicado, el Ministerio reconoce que la señorita Mistral ha reorganizado y dirigido con éxito dos liceos de niñas y que "su situación intelectual americana le da cierto derecho a consideración especial". "La comprobación de la competencia pedagógica de la señorita Mistral está realizada por esta labor práctica (la reorganización de los dos liceos), aparte de su colaboración importante en textos de enseñanza que sirven en los colegios del Estado. El título del Instituto Pedagógico no puede ser un mérito exclusivo y forzoso, que elimine en absoluto la posibilidad de que el Gobierno aproveche los servicios de alguna personalidad intelectual sobresaliente en alguna rama de la enseñanza. La Universidad de Chile misma así lo ha entendido, otorgando título de Profesor de Estado, sin exigirles el curso completo del Instituto Pedagógico, a profesores experimentados que carecían de ese título, pero

cuya competencia era tan evidente que hubo algunos que pasaron a desempeñar cátedras y a formar a los futuros profesores en el propio Instituto Pedagógico." Finaliza este comunicado realzando la situación intelectual que tiene Gabriela y que es una "honra para el país dentro y fuera de sus fronteras".

La Universidad de Chile le otorgará, posteriormente, ese título de Profesora de Estado en virtud de los merecimientos que le reconoce. El Liceo Nº 6 será el último que regirá en Chile. Llega a nuestro país el Ministro de Educación de México, don José Vasconcelos, y aquí se concierta la invitación que le formula a la maestra chilena el humanista que tenía a su cargo la reforma educacional en su patria. Allí es recibida, ensalzada, glorificada: una escuela-hogar recibe el nombre de Gabriela Mistral, una estatua se le erige estando ella en tierra mexicana. Aquella experiencia está recogida en varios artículos de este libro, y parte de su concepción pedagógica en el prólogo del libro que bajo el título de Lecturas para Mujeres *escribe para las niñas de su escuela.*

Estos antecedentes pedagógicos, la variedad del ejercicio de su magisterio, tanto en la escuela rural como en liceos de provincias (Antofagasta, Traiguén, Los Andes, Punta Arenas, Temuco) y de Santiago, así como su participación activa en una experimentación educacional que, sin desdeñar los niveles clásicos, iba hacia el indio y el hombre adulto y el niño de la aldea, la ponen en situación de privilegio para juzgar la función real de la educación y sus vicios. Además, su libertad para enjuiciar lo visto por sus propios ojos y lo meditado como consecuencia de su atento mirar y simpatizar con los problemas que la conducen a una actitud realista y crítica; la amplitud de su criterio, no deformado a priori por prejuicios dogmáticos ni de cerrada metodología; su curiosidad intelectual por toda innovación que rompa los esquemas y realice lo que comprende como un avance sobre una pobre realidad estereotipada por el hábito y la dirección rígida y burocrática de los funcionarios responsables del Ministerio, hacen de estas páginas motivo de meditación valedera para nuestros días, de sorpresa por sus profundas intuiciones expresadas en un estilo relampagueante y de una exactitud irónica, de admiración por su valentía en sostener sus principios, que constituyen historia vigente o fragmentos de la historia educacional de Chile durante una larga época en que ella fue parte integrante: no olvidemos que ya escribe en 1908, en La Voz de Elqui, *un artículo sobre la Ley de Instrucción*

Primaria Obligatoria, que será realidad muchos años después, y que durante su período como Directora del Liceo de Punta Arenas (1918-1920) continúa su enjuiciamiento, como se puede leer en mi libro La Desterrada en su Patria, *así como también, ya jubilada y en el extranjero, la llama desde la vitrina el libro sobre estas materias, como si su responsabilidad no hubiese concluido.*

La dificultad de los Recados *o prosas de Gabriela, y su riqueza también, reside en que ella, generalmente, no quiere conocer la línea recta y lógica, sino que cada tema le resulta incentivo para desarrollar pluralidad de asuntos adyacentes que tienen que ver con la figura del hombre, o mejor dicho, con lo que a ella le ha parecido siempre que "debía ser profesión humana: la de formar la criatura espiritual". Y la criatura espiritual se forma en la libertad, en lo que le conviene a su ser en el mundo y su destino, y, en demasiadas ocasiones, respetando normas que tienden a la uniformidad, expresadas en programas que atienden a principios y no a realidades, no forman, sino deforman a esa criatura que es, para Gabriela, un "agua viva", de la que se tiene la responsabilidad de mantenerle su vivacidad, sin empañársela.*

Como sólo podremos señalar algunos visos de estos artículos tan ricos de labradas aristas diamantinas, comencemos por glosar lo que expresara en El oficio lateral *sobre esa especie de fatalidad que pesa sobre los maestros y profesores. La fatalidad no es el sino griego, que tendría grandeza, pues respondería a la voluntad de los dioses respecto al hombre "señalado", porque la vocación es un llamamiento a ser sirviendo a los demás, sino por desgracia sólo "apunta a torpezas y a cegueras de la clase burguesa y de la masa popular", pues la primera se preocupa muy poco o nada de "los que apacientan a sus hijos y el pueblo no se acerca a ellos por timidez". Nuestro mundo moderno, nos recuerda Gabriela, sigue venerando dos cosas: el dinero y el poder, y el maestro carece y carecerá siempre de esas grandes y sordas potencias. Analiza cómo la ambición legítima de los que salen a la vida educacional se la van paralizando los lentos ascensos, y el gozo se lo quebrará la vida en los lugares pobres que se les asignan como destino largo de su profesión, a lo que se irá uniendo "la fatiga peculiar del trabajo pedagógico, que es de los más resecadores, y le irá menguando la frescura de la mente y la llama del fervor". Agregará a esta desesperanza la existencia de sueldos magros, que nada tienen que ver con su tarea de formadores de seres en los cuales reside el destino fu-*

turo de la nación, pues, como han sido conformados, así obrarán, y el hijo del desaliento no tendrá la calidez ni el conocimiento del hijo del entusiasmo y la entrega. Añade Gabriela a esta situación que se eterniza, con lapsos de promesas para resucitar las esperanzas, "el desdén de las clases altas hacia los problemas vitales de esta gente, hasta el punto de que 'el buen vino de la juventud se les torcerá hacia el vinagre'."

Juzga el daño del tedio que viene de la monotonía de la repetición, que, cuando dura veinte años, "la operación didáctica ya es cumplida dentro del aburrimiento y aun de la inconsciencia". El gran desdeñado, si no cae en la indiferencia, irá "resbalando en lento declive o en despeño, hacia un pesimismo áspero como la ceniza mascada". De este modo se ha destruido la vocación, que es madre "y fuera de su calor no se halla felicidad", ni puede comunicarse lo que no se posee ya. Empiezan a apagarse las llamadas potencias o facultades del alma; el entusiasmo no sólo se enfría, sino que el ofendido y humillado se pone a vivir dentro de un ánimo colérico muy ajeno a su profesión de amor. "Aquellas buenas gentes renunciadas por fuerza, que nacieron para ser los jefes naturales de todas las patrias, y hasta marcados a veces con el signo real de rectores de almas, van quedándose con la resobada pedagogía de la clase y eso que llamamos 'la corrección de los deberes'. [...] *Yo les respondo —termina— que la felicidad, o a lo menos el ánimo alegre del maestro, vale en cuanto a manantial donde beberán los niños su gozo, y del gozo necesitan ellos tanto como de adoctrinamiento."*

Pero la responsabilidad no cae sólo sobre la sociedad en globo, o un Estado que se despreocupa, sino sobre un Estado que se preocupa en demasía. "Como a Ud., me parece a mí calamidad el Estado docente, especie de trust *para la manufactura unánime de las conciencias", le escribe a un maestro argentino. Ella, por otra parte, es partidaria de dar oportunidades a quienes quieran crear una escuela desenmascarada de neutralidades, a las que concurran los que deseen recibir una educación orientada hacia fines que sean claros y no engañosos: "Me he desengañado de muchas cosas; he visto la hipocresía estupenda de las neutralidades y estoy por las fisonomías netas: escuelas según Rousseau, o según don Bosco, o según Spencer". Quien quiera sacar un ismo, pondrá otro, "porque todo es ismo, mi amigo, y la luz blanca es artificial", le agregará, reprochándole el que quiera aventar de un modo rotundo la idea religiosa y proponer una escuela de neto corte anticapita-*

lista. Y acentuará que en esa responsabilidad que, primariamente, amurallaba en clases sociales, el Estado lleva la mitad de la culpa, que en su otra mitad es compartida por maestros y padres, "y mucho más toca a aquéllos que a éstos". En otras páginas, escritas en 1927, será quizá más drástica: "Ponga el maestro el gesto que quiera. El no supo hacer su oficio completo; ha dado cansancio; ha apagado la imaginación, ha entorpecido las manos, ha aceptado con un acatamiento cómplice programas y rumbos estúpidos". Y no es que juzgue a los demás y se libere de parte del pecado. Al año siguiente, compartirá la pena, con claridad justiciera: "Procuro decir desde aquí cuanta cosa excelente veo en las escuelas. Hago lo que puedo, hice lo que pude y reconozco que fue poco. También pesó sobre mí el Estado docente, centurión que fabrica programas y que apenas deja sitio —como hurtado— para poner fuerte sabor de alma".

En la última palabra reside la esencia del problema: el conocimiento llega a la mecanización porque quienes lo imparten carecen de ese fervor del espíritu que da vida, y puede trasmitirse como vida, a lo que se sabe. No disocia la profesión del ser. Pide casi "un estado sobrenatural de cariño por un pensamiento al que se ha jurado la entrega de sí mismo". El profesor no ha de constituir ente aislado con su disciplina, sino que ha de congregarse para comunicar lo esencial de su conocimiento a los demás maestros, para que esa unidad que existía en la escuela cuando eran alumnos, entre los distintos ramos del saber, se mantenga. "Yo desdeño —nos dice— esas sesiones académicas de maestros en que se leen actas, se vota sin interés, se lee con tiesura y se pelean los cargos del directorio. Otra cosa habían logrado crear en Chile los pobres maestros de la Asociación de Profesores Primarios. Hay que trabajar con las únicas fuerzas constructivas, las del corazón, y con las ideas, pero organizadas por el espíritu, que es el solo levantador de catedrales. Sin él, se aglomeran hombres, no se les unifica; se crean cuerpos en vez de organismos. Vea Ud. lo que son la mayoría de las sociedades pedagógicas: ¡qué heladas, qué impotentes y qué inútiles!"

El niño aparece víctima de un fanatismo unanimista, desgarrado entre la opinión del padre, que es dueño suyo medio día, y entre la del maestro, que es poseedor del otro medio, cada uno atado a una fe o a una política, y "que le traspasa su verdad o su error como el color de sus ojos". Si el padre, en la mayoría de las ocasiones, no hace más que llevarle el alimento al hijo, porque sus ocupaciones lo

desentienden de la preocupación real por su desarrollo cabal de hombre, la madre puede ser el factor formativo más importante. Para Gabriela, la maestra pocas veces es digna de reemplazar "aun a la madre mediocre", porque ve "a los niños en montón, entiende el servirlos como a una clientela, con sus conocimientos, pero no los ama de manera profunda y no puede reemplazar a la otra para la cual el niño Juan o Pedro existen individualmente". Sin embargo, distingue a la madre, de la mujer que "fue una máquina que, a su pesar, entregó un niño, pero que no muda el niño en hijo"; distingue a la que renuncia, aunque sea sólo en parte, a su mundanidad para educar o asistir a sus hijos con su presencia, de aquella que, por su riqueza, por seguir "los espectáculos estúpidos de la estación y hacer la gran dama", entregan sus niños a todos los extraños para que hagan de ellos lo que saben o quieren, la niñera, la maestra mala, la calle todopoderosa. Piensa, además, que incluso en este caso de la madre superficial o necia, si se hurga en ella, "le asoma tarde o temprano la maestra que a ella misma la hizo, sin ningún sentido superior de la vida y sin interés sobrenatural del prójimo". En esta crítica, Gabriela muestra más dolor ante su ideal, que desdorar su oficio vertical.

Debemos señalar que se asienta toda la visión de la responsabilidad educacional en el objetivo de ella: la formación espiritual del niño. Léase detenidamente la ponencia que presenta Gabriela a la Primera Convención Internacional de Maestros, en 1928, sobre los derechos del niño. La infancia la siente Gabriela Mistral como "una especie de préstamo de Dios hecho a la fealdad y a la bajeza de nuestra vida, para excitarnos, con cada generación, a edificar una sociedad más equitativa y más hincada en lo espiritual", pues cada niño trae "una esperanza llena de fuerza y de misterio, a las colectividades caducas que son las nuestras", esperanza a la que se debe dar posibilidad de que no se malogre y para lo cual hay que preparar a esta sociedad a cambios en justicia y en posibilidades para todos. Sin embargo, piensa la maestra, cuanto se ha hecho hasta hoy dentro de nuestros sistemas por salvar a la infancia, en conjunto, de la miseria y la degeneración física y moral, "resulta pobre, vacilante y débil, y es un balbuceo". Descarta entre las soluciones el comunismo, porque arranca a la madre el hijo y se lo entrega a "esa horrible rueda fría que se llama el funcionario oficial de cualquier país", porque abomina de la educación en masa, pues bus-

ca la mayor suma de individualidades, dentro de una norma colectivista.

El primer derecho del niño es a la salud plena, al vigor y a la alegría, lo que conlleva el derecho a casa salubre, hermosa y completa, derecho al vestido y a la alimentación mejores, que viene a constituir la propia honra y el goce de una colectividad honesta para consigo misma.

El segundo derecho es el que le otorga la posibilidad de oficios y profesiones para realizarse, pero no de un modo multitudinario, sino reconociendo por una parte al Estado también el derecho a cerrar las profesiones superiores a los incapaces, debiendo encaminarlos "hacia las funciones y oficios que no necesiten de la creación ni impongan las altas responsabilidades efectivas de la inteligencia"; pero, por otra parte, reconociendo el derecho de la inteligencia, "salga ella de la casta que salga, a actuar, a dirigir, a gobernar las sociedades" y a ser defendida, protegida, excitada, confortada y acatada por un Estado sagaz y atento que no la abandone ni la desperdicie. *Y para el niño campesino, exige el derecho a la tierra.*

El tercer derecho es el que le corresponde a la mejor tradición que, en los pueblos occidentales, es el cristianismo, el "derecho a la herencia de Jesucristo, de la que ninguna criatura de nuestra raza puede quedar desposeída". Sostendrá Gabriela, en otra de sus prosas, el valor de la tolerancia en materia educacional, pues "la libertad de enseñanza debería ser el lote de libertades defendida apasionadamente por cada hombre que es verdaderamente un liberal", porque no puede negar el derecho al pensamiento discrepante. Pero está tan cierta de que la médula de eternidad que pueda tener nuestra civilización reside en el Evangelio, que exige el derecho de Jesús a estar también en la escuela laica: "En los muros llenos de libertadores, de descubridores y sabios, ¿no habrá ningún sitio para El? El fue un libertador: arrancó a los pueblos antiguos de la bajeza y de la crueldad del culto cruento. El fue un descubridor: sacó a la luz continentes espirituales enteros; dice el crítico ateo que añadió a las mejores filosofías antiguas cosas nobles y desconocidas hasta entonces. El reveló la única ciencia que se vuelve dicha: la del amor que hace la concordia entre los hombres. El aplastó en el Imperio Romano el lujo insolente y el vicio que empaña las limpias facultades humanas; El aplastó la tiranía imperial que impedía al cristiano amar a un Dios elevado y que lo forzaba al amor de dioses grotescos o inmundos. Destruyó muchas cosas más, pero ésas bastan. Y hasta dejó el Muy Perfecto

una literatura nueva en sus parábolas y en el Sermón de la Montaña. [...] *La escuela laica honra a los hombres* parciales *que, o libertaron o descubrieron; no quiere honrar a Este que, con manera divina, hizo todas las faenas humanas". Gabriela exige esta valoración de Cristo y su doctrina, porque el "único lugar en que se honra verdaderamente es la escuela, porque es el solo recinto superior de este mundo". Nunca se pudo exaltar de un modo tan impulsivo y de fe en sus valores la labor pedagógica que como lo hace esta mujer tan crítica de un estado educacional que piensa transitorio o aspira a que lo sea.*

Porque el cuarto derecho del niño es a la educación maternal, el derecho a la madre a lo largo de su infancia, a su ojo vigilante "que la piedad vuelve sobrenatural" y a su facilidad para el sacrificio que ningún celo magisterial puede equiparar, pide que constituya un derecho a que el hijo la tenga a su alcance por medio del trabajo en el hogar. Demanda, en 1927, que las clases dirigentes formen fuertes instituciones o ligas de mujeres que "impongan al comercio la manufactura doméstica"; que la legislación divida el trabajo por sexos para que nuestra cultura no se deshonre con la incorporación de la mujer a "faenas inmundas y deformadoras que jamás conoció en las apodadas épocas oscuras".

El quinto derecho es a la libertad, "derecho que el niño tiene desde antes de nacer a las instituciones libres e igualitarias", porque no se comprometa consciente o inconscientemente la suerte de los niños que vienen, del hijo propio como del ajeno, y no se entregue a la nueva generación "una patria disminuida en el espíritu y con su honra menguada delante de los demás pueblos soberanos de sí mismos".

El sexto derecho pide legislaciones que ella denomina decorosas, códigos o profundamente cristianos o sencillamente sensatos, porque el error o la ligereza de los que no piensan en el futuro al legislar, sino en la contingencia inmediata, "no haga pesar sobre el niño durante toda su vida la culpa de sus padres".

El derecho final que preconiza es a la enseñanza secundaria y a parte de la superior "en forma semiautodidáctica", que debe ser "facilitada y provocada por el Estado" a fin de que la cultura del obrero y del campesino sean posibles.

El derecho a la educación nos devuelve a las prevenciones que Gabriela hace sobre ella. Patrocina una educación que no sea común, en muchos aspectos, a los dos se-

xos, porque la mujer no pierda su calidad diferencial. No quiere que se empequeñezca esta educación, "eliminando de ella los grandes asuntos humanos, aquellos que le tocan tanto como al hombre: la justicia social, el trabajo, la naturaleza", pero que no traiga, por intelectualismo enciclopedista, "cierto desasimiento del hogar y, sobre todo, una pérdida lenta del sentido de la maternidad", que significa una traición a la raza, a la cual socavamos en sus cimientos. Cree que parte de la sustentación de ese espíritu puede hacerse a través de los libros de lectura que forman la enseñanza base, fundamental para el resto de los días.

En el prólogo a sus Lecturas para Mujeres, *que de este concepto formativo nacen, establece algunos principios que jamás deberían olvidarse y ella subraya en el texto:* 1. No educa nunca lo inferior. 2. Guardémonos bien de especializar empobreciendo y restando profundidad a la vida. 3. *La exigencia de belleza en la lección; revela desprecio hacia el alumno y su capacidad de superación, el estimar que basta con darles doctrina, aunque ésta lleve un ropaje tan lamentable que le cree el desamor. Pide además amenidad, porque "hay demasiado hastío en la pedagogía seca, fría y muerta, que es la nuestra". Agrega que esta falta de alegría que se advierte en nuestra raza viene en parte de "la escuela-madrastra", porque el niño llega con gozo a nuestras manos; pero "las lecciones sin espíritu y sin frescura que casi siempre recibe van empañándole ese gozo y volviéndole el joven o la muchacha fatigados, llenos de desamor hacia el estudio, lo que viene a ser lógico. Hacemos de éste lo que algunos hacen de la libertad: una Gorgona en vez de un dios afable". Y acuña, al término de este prólogo, la exacta, la hermosa, la heridora frase que escogimos como epígrafe del libro: "La juventud, esa agua viva, no puede amar al que tiene, sobre la lengua viva, la palabra muerta".*

Con razón, Gabriela siente "una repugnancia que le crece con los años, por el técnico de las escuelas que aprendió a marcar las líneas de la fatiga en el escolar", de aquellos que tienen el "celo vicioso por instruir en cada hora —hasta en el sueño lo quisieran—" y a quienes cuesta mucho llevar "a la flexibilidad sonriente de hacer leer por ir dando una lectura desinteresada hasta clavar en el niño la pasión subida de leer". La que tuvo en su adolescencia "la fiesta" de la lectura, padece con la carencia de bibliotecas en las escuelas y en los campos, y cuando existe son como "muchas escolares que yo bien me conozco. Como los libros no se sacan nunca, la enfiladura de lomos dorados aparece irreprochable. Aquello que allí se guarda es algo así como

la Torah *judía: mientras más se la respeta, menos se le aproxima". Padece con la lectura obligatoria, que fuerza la libertad y el apetito posible del niño. Respeta en la medida necesaria al libro de texto, cuando cumple "su oficio de proporcionador de síntesis, de ordenador de los conocimientos, de socorro para exámenes laboriosos y muchas veces de rellenador de los huecos de descuido que deja en su materia el maestro, aun el bueno.* [...] *El libro de texto, que puede resolverse en un cuadro sinóptico, sirve para clasificar y jerarquizar. Lo que él no da debe estar en la clase, y si el maestro —como el caso abunda— fuese solamente un parto seco del mismo texto seco, no hay más refugio para el pobre niño que ha caído entre Caribdis y Scilla, que los libros complementarios". Y aduce la frase de Wilde: "'Se quiere amoblar el alma del escolar antes de que éste tenga alma', es decir, se busca amoblar el vacío..." El libro complementario a que se refería Gabriela es aquel que se descubre casi por intuición y que da esa agua viva para la sed del alma.*

En esta época de crisis de lectura, justamente porque nadie enseña lo que un libro puede traer consigo como conciencia, como visión del mundo, porque se enseña su contenido como una geometría voluntaria, en que la forma es señora del espíritu que la engendró como una necesidad suya de quien lo sirva; en que se define a la obra de arte a través de una vivisección donde no se encuentra —naturalmente— el alma, Gabriela nos trae la enseñanza de lo que significa la pasión subida *de leer:*

"Pasión de leer, linda calentura que casi alcanza a la del amor, a la de la amistad, a la de los campeonatos. Que los ojos se vayan al papel impreso como el perro a su amo; que el libro, al igual de una cara, llame en la vitrina y haga volverse y plantarse delante en un hechizo real; que se haga el leer un ímpetu casi carnal; que se sienta el amor propio de haber leído los libros mayores de siempre y el bueno de ayer; que la noble industria del libro exista para nosotros por el gasto que hacemos de ella, como existen la de tejidos y alimentos, y que el escritor se vuelva criatura presente en la vida de todos, a lo menos tanto como el político o industrial. [...] *Pasión de leer, seguro contra la soledad muerta de los hueros de vida interna, o sea de los más. Sirviese la lectura solamente para colmar este hondón del fastidio, y ya habría cumplido su encargo. Pasión preciosa de fojear el mundo por mano más hábil que la propia; pasión de recorrer lo no recorrido en sentimiento o acción; arribo a posadas donde dormir soñando unos sueños, si no mejores,*

diferentes del propio. Y pasión del idioma, hablado por uno más donoso, o más ágil, o más rico que nosotros. Se quiere como a la entraña a la lengua, y eso no se sabe sino leyendo en escritura feliz un logro del prójimo, que nos da más placer que la nuestra, que nos llega a producir una alegría pasada a corporal, a fuerza de ser tan viva."

Larga cita, y piezas de antología, para ser conocida por maestros y discípulos. Gabriela, que conoce y admira al cine y alcanza a ver la importancia de la televisión como factor educativo, sabe que el libro tiene la virtud de estar al alcance de la mano cuando la necesidad urge su presencia, como confortador o disipador de brumas, que sobre él se puede volver cuantas veces se quiera y en cada tiempo, con nuestra madurez, nos va dando nuevas luces, porque es difícil abarcarlo en su hondura y extensión en una sola aproximación; valora, especialmente, al que "contenga más sentido humano"; que admita la réplica de la pluralidad del ser, estando junto a su antagonista en el mismo anaquel, presto a la respuesta y a entablar el diálogo en el ánimo del lector, y, finalmente, nos ahínca más en lo nuestro, en lo que nos con-viene. Para que el libro sea valorado como parte esencial de nuestra formación, nos advierte que importa cuidar los comienzos, no hastiar al recién llegado, no desalentarle con la exigencia de la pieza ardua, no imponer lo óptimo a tirones y antes de tiempo, porque "el fastidio lleva derecho a la repugnancia", al empobrecimiento de la lengua, del medio de comunicación, de comunión por el espíritu, con los prójimos, a la pobreza vanidosa del alma. Para Gabriela, las lenguas son países reales, y así como puede desterrarse de la patria física, puede uno desterrarse o descielarse de la patria común espiritual, forjada por todos los que nos precedieron y de la cual somos herederos y tenemos la responsabilidad de trasmitir no sólo intacta, sino enriquecida. Lo trágico es que, en esta materia, se puede ser un desterrado sin saberlo.

Estas páginas de Gabriela, que se reúnen por vez primera, constituyen un libro de meditación. Yo quisiera que fuese un libro de cabecera de los maestros, que la consideran como cosa propia sin conocer su pensamiento. Que la quieran de verdad como era, como sintió la grandeza y conoció la limitación de las pedagogías, y pidió rectificaciones que vinieran desde dentro, porque el mundo se reforma no por órdenes, sino por la conciencia clara, voluntariosa, de hombres, que no sólo existen, sino que son.

Hemos agregado como testimonio de la actitud de Gabriela hacia sus ex alumnas, una carta que ella dirigiera

desde Los Andes a dos muchachas que completaban sus estudios secundarios en Santiago. Se daba tiempo Gabriela de responder a quienes seguían recurriendo a ella como a la maestra por excelencia. Una de las corresponsales publica en El Mercurio, *casi veinte años después, su testimonio, bajo el simple y rotundo título de "La maestra". Después de sustentar que nadie ni nada puede desvanecer el hecho de que "es ya Gabriela Mistral y lo será siempre" ni tampoco su recuerdo, su enseñanza, su canción del corazón de sus discípulas, afirma a través de una pregunta: "¿El recuerdo que tenemos de ella nosotras, que más que los amigos que la rodean, más que los críticos de arte, más que los seres que dicen conocerla, la conocimos y la conocemos? Desde Antofagasta a Magallanes hay como una cinta de corazones que están sintiendo que cada acto de su vida se purifica con la presencia de su espíritu, se afina como la cuerda de un instrumento al contacto de su recuerdo. ¡Qué saben de ella —agrega María Baeza— los que sobre ella escriben palabras numerosas e ignorantes!, ¡qué saben cómo la solicitada con apremio por el arte y sus glorias, se desentendía de todo eso para entregarse a investigaciones fatigosas de historia, de geografía o de lengua materna y darnos con una honradez poco común una lección inolvidable, llena de erudición y de datos preciosos, sin perder ocasión de afinarnos con esas lecciones para la vida! ¡Qué saben ellos con qué tacto y sabiduría sabía cernir la buena semilla, la semilla de real valor para sembrar de ella nuestras horas! Su mano sabia nos señalaba la belleza verdadera de las cosas, porque sólo cosas verdaderas puede enseñar quien no ha adquirido sino de la vida y de su dolor toda la sabiduría que posee. Y así por ella y de ella en cuántas de nosotras hizo surgir un espíritu que, sin el contacto del suyo, no habrían mirado nunca hacia la belleza y su bien. Ignoran ellos hasta dónde ha sido capaz de olvidarse de sí misma, para ayudar en forma anónima, y, por lo tanto, más noble, a la alumna más necesitada y por lo tanto más cercana a su corazón".*

La otra corresponsal, a quien debemos la carta, nos escribe cómo aprovechaban los días de lluvia en que las madres no permitían a sus hijas ir al Liceo en Los Andes, para poder oírla para ellas solas: "Y ella nos conversaba de tantas cosas. Y no era un ser triste ni amargado; era la dulzura misma". Luego recuerda que ya siendo estudiante de pedagogía, "Gabriela, sabiendo que no nos sería posible afrontar los gastos de todo el material que iba a necesitar, abrió una cuenta a mi nombre en una de los mejores libre-

rías de Santiago, donde yo podía sacar todos los libros que necesitara". Termina su carta, diciéndome doña Ester: "Quiero que Ud. conozca todos estos rasgos de bondad, de cariño, de sencillez, de generosidad, de comprensión de una mujer que tanto bien hizo a una pobre muchacha de doce años que tuvo la suerte de encontrarla en el camino de su vida". Estas respuestas, a lo largo de los años, testifican no sólo que doctrina y vida en Gabriela eran una sola cosa, sino que aquello que llamaba su ilusión no lo fue: "Me darán la ilusión de que tuve hijas, de que no pasé por el mundo en vano..."

Sí, Gabriela. Verdad parecía que su clase después de la última palabra dicha, se desvanecía, pero usted tuvo la certeza de que era sólo una apariencia. Su clase fue una saeta de oro que atravesó y sigue atravesando no en el alma siquiera *de una alumna, sino de quienes pueden, para honra nuestra, seguir siendo sus alumnos. "Mi clase se volverá a oír, yo lo sé", escribió pensando en el alma de esa alumna. Es incuestionable verdad que lo invisible engendra lo visible, que lo eterno perdura en el tiempo, que el que fue criatura del espíritu no puede tragarlo la tierra. Usted lo sabía, Gabriela: "Ni el mármol es más duradero que este soplo de aliento si es puro e intenso".*

ROQUE ESTEBAN SCARPA

ESTUDIANTE, MAESTRO Y OFICIO PLENO

ORACION DEL ESTUDIANTE A LA GRACIA

¡Yo te invoco, Señor, dueño de la Gracia, al empezar mi trabajo! Entre ella a mi aposento cerrado y ponga sus manos sobre mí. Sin la Gracia, mi estudio sería un jadeo, y yo no quiero faena con gemidos.

Dé a mis pensamientos suavidad de óleos, pues no los amarán si tienen la aspereza de las limas.

Alumbre Ella, el tanteo de mi inteligencia, como un relámpago blanco. Le dé la calidad de las fragancias seguras, para que conozca las cosas por traspasadura inefable.

Revélese su presencia en el trabajo fácil y feliz, y venza en mí a la torpe pesadez de la carne. Cruce por mi mente como cruzan los niños por la tierra.

Hágase visible en forma de candor. Que yo hable con inocencia como si no me hubiese contaminado la malicia, como si no viniese de cien generaciones de pecado. Bórreme, Señor, tu Gracia la ajadura del corazón viejo, de la mente dolorida.

Séanme dadas por la Gracia las imágenes de fuego de Juan y las palabras simples de Pedro Pescador.

A su contacto, el entusiasmo derrita los hielos de mi corazón, y mi sangre en el trabajo corra más ligera, y mis ojos brillen ardientes.

Por la Gracia, mis pensamientos tengan en vez de un orden rígido de espadas, el desorden de las hierbas vivas.

Descienda a mí también, en el sueño como en la vigilia, y yo amanezca enriquecida cada día, y el milagro matinal sea como el hallazgo de un nido de tórtolas entre los trigos...

Así yo daré prueba de Ti, el que trabaja en la profunda noche.

Pero la Gracia sea como una paloma que tuviese un

ala de plumas —la donosura— y otra ala de fuego —el Espíritu—, porque no la quiero banal sobre mi vida.

A Ti, dueño de la Gracia, la pido al empezar mi trabajo cotidiano. Tú tienes otras advocaciones, pero yo te llamo ahora con ésta; ¡traspásame de Ella! ¡Es tu dardo rápido, que no sangra, y que nos deja ardiendo!

Octubre de 1924.

LA ORACION DE LA MAESTRA

A César Duayen

¡Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra que Tú llevaste por la Tierra!

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no *es carne de mis carnes*. Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame!, ¡sosténme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa

de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. ¡Reprenda con dolor, para saber que he corregido amando!

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor.

Punta Arenas, enero de 1919.

PALABRAS A LOS MAESTROS

Maestro, enseña con gracia, como pedía Rodó. Sin hacerte un retórico, procura dar un poco de belleza en tu lección de todos los días (mira que Cristo no divorció la hermosa intención de verdad del deseo de hermosura y gracia verbal).

Narra con donaire; sabes que tu oficio, que es de ternura, te ha vedado ser seco de corazón; también te prohíbe serlo de lenguaje.

Aprende en el libro moderno y en el antiguo las donosuras del idioma, y adquiérelas siquiera en parte.

En San Martín, tu Abraham, Bello, tu Carrera; sus biografías enardecerán más si conoces el adjetivo hermoso que pinta el carácter, el giro hábil que da movimiento al relato, el sustantivo transparente que nombra la virtud exacta (la verdadera excelencia).

No te conformes con ser claro, sé, si puedes, elegante en tu palabra.

La sobriedad, que tú sabes que es condición pedagógica de tu explicación, es don literario; la naturalidad, que también tu *Manual* te recomienda, es refinamiento artístico; la viveza del relato te la da no sólo tu entusiasmo, sino también tu habilidad científica (consciente, con intención artística).

Aprende esa sobriedad, esa naturalidad, esa viveza en Pascal, en Heine, en el Dante; no destierres ni a los escolares galanes de tu grave biblioteca. Hace bien una sonrisa.

Nadie se divorcia impunemente de la belleza, ni el sacerdote ni el propagandista, ni siquiera el mercader.

El descuido de tu lenguaje envuelve cierto desprecio de los que te oyen.

Cuando descuidas tu lenguaje, robas algo a la verdad que enseñas: le robas atractivo sobre los niños, le robas dignidad.

Te equivocas al pensar que ellos no saben de eso. Co-

mo el rústico, como el payador, como el picapedrero que canta aires hermosos sobre la cantera, el niño entiende; tienen ambos el instinto, no la ciencia por cierto, de lo divino.

Haz la prueba y te quedarás maravillado.

Léele uno de tantos cuentos insulsos de la pedagogía ordinaria que corren por allí y léele después el *Cuento a Margarita,* de Rubén.

Cabe el arte dentro de tu escuela. Si decoras con Millet tu sala de clases, alegras a tus pequeños; sienten la dulzura de la Balada de Mignón en su clase de canto.

No desprecies al niño, que es toda su vida, porque te desprecies y haz capaz tu escuela de todo lo grande que pasa o que ha pasado por el mundo. Harás así pedagogía augusta, no gris, no pobre, no infeliz pedagogía.

Cuadernos P., 1918.
Manuscritos Biblioteca Nacional.

PENSAMIENTOS PEDAGOGICOS

PARA LAS QUE ENSEÑAMOS:

1. Todo para la escuela; muy poco para nosotras mismas.

2. Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra.

3. Vivir las teorías hermosas. Vivir la bondad, la actividad y la honradez profesional.

4. Amenizar la enseñanza con la hermosa palabra, con la anécdota oportuna, y la relación de cada conocimiento con la vida.

5. Hacer innecesaria la vigilancia de la jefe. En aquella a quien no se vigila, se confía.

6. Hacerse necesaria, volverse indispensable: esa es la manera de conseguir la estabilidad en un empleo.

7. Empecemos, las que enseñamos, por no acudir a los medios espurios para ascender. La carta de recomendación, oficial o no oficial, casi siempre es la muleta para el que no camina bien.

8. Si no realizamos la igualdad y la cultura dentro de la escuela, ¿dónde podrán exigirse estas cosas?

9. La maestra que no lee tiene que ser mala maestra: ha rebajado su profesión al mecanismo de oficio, al no renovarse espiritualmente.

10. Cada repetición de la orden de un jefe, por bondadosa que sea, es la amonestación y la constancia de una falta.

11. Más puede enseñar un analfabeto que un ser sin honradez, sin equidad.

12. Hay que merecer el empleo cada día. No bastan los aciertos ni la actividad ocasionales.

13. Todos los vicios y la mezquindad de un pueblo son vicios de sus maestros.

14. No hay más aristocracia, dentro de un personal, que la aristocracia de la cultura, o sea de los capaces.

15. Para corregir no hay que temer. El peor maestro es el maestro con miedo.

16. Todo puede decirse; pero hay que dar con la forma. La más acre reprimenda puede hacerse sin deprimir ni envenenar un alma.

17. La enseñanza de los niños es tal vez la forma más alta de buscar a Dios; pero es también la más terrible en el sentido de tremenda responsabilidad.

18. Lo grotesco proporciona una alegría innoble. Hay que evitarlo en los niños.

19. Hay que eliminar de las fiestas escolares todo lo chabacano.

20. Es una vergüenza que hayan penetrado en la escuela el *couplet* [1] y la danza grotesca.

21. La nobleza de la enseñanza comienza en la clase atenta y comprende el canto exaltador en sentido espiritual, la danza antigua —gracia y decoro—, la charla sin crueldad y el traje simple y correcto.

22. Tan peligroso es que la maestra superficial charle con la alumna, como es hermoso que esté a su lado siempre la maestra que tiene algo que enseñar fuera de clase.

23. Las parábolas de Jesús son el eterno modelo de enseñanza: usar la imagen, ser sencilla y dar bajo apariencia simple el pensamiento más hondo.

---

[1] *Couplet*, galicismo. Suele decirse "cuplé"; equivale a tonadilla.

24. Es un vacío intolerable el de la instrucción que antes de dar conocimientos, no enseña métodos para estudiar.

25. Como todo no es posible retenerlo, hay que hacer que la alumna seleccione y sepa distinguir entre la médula de un trozo y el detalle útil pero no indispensable.

26. Como los niños no son mercancías, es vergonzoso regatear el tiempo en la escuela. Nos mandan instruir por horas, y educar siempre. Luego, pertenecemos a la escuela en todo momento que ella nos necesite.

27. El amor a las niñas enseña más caminos a la que enseña que la pedagogía.

28. Estudiamos sin amor y aplicamos sin amor las máximas y aforismos de Pestalozzi y Froebel, esas almas tan tiernas, y por eso no alcanzamos lo que alcanzaron ellos.

29. No es nocivo comentar la vida con las alumnas, cuando el comentario critica sin emponzoñar, alaba sin pasión y tiene intención edificadora.

30. La vanidad es el peor vicio de una maestra, porque la que se cree perfecta se ha cerrado, en verdad, todos los caminos hacia la perfección.

31. Nada es más difícil que medir en una clase hasta dónde llegan la amenidad y la alegría y dónde comienza la charlatanería y el desorden.

32. En el progreso o el desprestigio de un colegio todos tenemos parte.

33. ¿Cuántas almas ha envenenado o ha dejado confusas o empequeñecidas para siempre una maestra durante su vida?

34. Los dedos del modelador deben ser a la vez firmes, suaves y amorosos.

35. Todo esfuerzo que no es sostenido se pierde.

36. La maestra que no respeta su mismo horario y lo altera sólo para su comodidad personal, enseña con eso el desorden y la falta de seriedad.

37. La escuela no puede tolerar las modas sin decencia.

38. El deber más elemental de la mujer que enseña es el decoro en su vestido. Tan vergonzosa como la falta de aseo es la falta de seriedad en su exterior.

39. No hay sobre el mundo nada tan bello como la conquista de almas.

40. Existen dulzuras que no son sino debilidades.

41. El buen sembrador siembra cantando.

42. Toda lección es susceptible de belleza.

43. Es preciso no considerar la escuela como casa de *una*, sino de todas.

44. Hay derecho a la crítica, pero después de haber hecho con éxito lo que se critica.

45. Todo mérito se salva. La humanidad no está hecha de ciegos y ninguna injusticia persiste.

46. Nada más triste que el que la alumna compruebe que su clase equivale a su texto.

Revista de Educación, *Año* II, Nº 1.

Santiago, marzo de 1923.

EL OFICIO LATERAL

"En varias partes algunas gentes me han preguntado sobre mi vida y mi reparto en dos oficios que no son nada gemelos sino opuestos."

Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido. Enseñaba yo a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad. A la Directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil ni la fisonomía grata que gana a las gentes. Mi jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella. Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás...

A la aldea también le había agradado poco el que le mandasen una adolescente para enseñar en su escuela. Pero el pueblecito con mar próximo y dueño de un ancho olivar a cuyo costado estaba mi casa, me suplía la falta de amistades. Desde entonces la naturaleza me ha acompañado, valiéndome por el convivio humano; tanto me da su persona maravillosa que hasta pretendo mantener con ella algo muy parecido al coloquio... Una paganía congenital vivo desde siempre con los árboles, especie de trato viviente y fraterno: el habla forestal apenas balbuceada me basta por días y meses.

Un viejo periodista dio un día conmigo y yo di con él. Se llamaba don Bernardo Ossandón y poseía el fenómeno provincial de una biblioteca, grande y óptima. No entiendo hasta hoy cómo el buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino.

Con esto comienza para mí el deslizamiento hacia la fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vesperal y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más.

Leía yo en mi aldea de la Compañía como todos los de mi generación leyeron "a troche y moche", a tontas y a locas, sin idea alguna de jerarquía. El bondadoso hombre Ossandón me prestaba a manos llenas libros que me sobrepasaban: casi todo su Flammarion, que yo entendería a tercias o a cuartas, y varias biografías formativas y encendedoras. Parece que mi libro mayor de entonces haya sido un Montaigne, donde me hallé por primera vez delante de Roma y de Francia. Me fascinó para siempre el hombre de la escritura coloquial, porque realmente lo suyo era la lengua que los españoles llaman "conversacional". ¡Qué lujo, fue, en medio de tanta pacotilla de novelas y novelones, tener a mi gran señor bordelés hablándome la tarde y la noche y dándome los sucedidos ajenos y propios sin pesadez alguna, lo mismo que se deslizaba la lana de tejer de mi madre! (Veinte años más tarde ya llegaría a Bordeaux y me había de detener en su sepultura a mascullarle más o menos esta acción de gracias: "Gracias, maestro y compañero, galán y abuelo, padrino y padre").

A mis compatriotas les gusta mucho contarme entre las lecturas tontas de mi juventud al floripondioso Vargas Vila, mayoral de la época; pero esos mismos que me dan al tropical como mi *único* entrenador pudiesen nombrar también a los novelistas rusos, que varios de ellos aprovecharon en mis estantitos.

Mucho más tarde, llegaría a mí el Rubén Darío, ídolo de mi generación, y poco después vendrían las mieles de vuestro Amado Nervo y la riqueza de Lugones que casi pesaba en la falda.

Poca cosa era todo esto, siendo lo peor la barbarie de una lectura sin organización alguna. ¡Pena de ojos gastados en periódicos, revistas y folletines sin hueso ni médula! ¡Pobrecilla generación mía, viviendo, en cuanto a provinciana, una soledad como para aullar, huérfana de todo valimiento, sin mentor y además sin buenas bibliotecas públicas! Ignoraba yo por aquellos años lo que llaman los franceses el *métier de côté*, o sea, el oficio lateral; pero un buen día él saltó de mí misma, pues me puse a escribir prosa mala, y hasta pésima, saltando, casi en seguida, desde ella a la poesía, quien, por la sangre paterna, no era jugo ajeno a mi cuerpo.

Lo mismo pudo ocurrir, en esta emergencia de crear cualquiera cosa, el escoger la escultura, gran señora que me había llamado en la infancia, o saltar a la botánica, de la cual me había de enamorar más tarde. Pero faltaron para estos ramos maestros y museos.

En el descubrimiento del segundo oficio había comenzado la fiesta de mi vida. Lo único importante y feliz en aldea costera sería el que, al regresar de mi escuela, yo me ponía a vivir acompañada por la imaginación de los poetas y de los contadores, fuesen ellos sabios o vanos, provechosos o inútiles.

Mi madre, mientras tanto, visitaba la vecindad haciéndose querer y afirmándome así el empleo por casi dos años. Yo lo habría perdido en razón de mi lengua "comida" y de mi hurañez de castor que corría entre dos cuevas: la sala de clase, sin piso y apenas techada, y mi cuartito de leer y dormir, tan desnudo como ella. La memoria no me destila otro rocío consolador por aquellos años que el de los mocetones de la escuela, los que bien me quisieron, dándome cierta defensa contra la voz tronada de la Jefe y su gran desdén de mujer bien vestida hacia su ayudante de blusa fea y zapatos gordos. Yo había de tener tres escuelas rurales más y una "pasada" por cierto Liceo serenense. A los veinte años ingresé en la enseñanza secundaria de mi patria y rematé la carrera como directora de liceo./A lo largo de mi profesión, yo me daría cuenta cabal de algunas desventuras que padece el magisterio, las más de ellas por culpa de la sociedad, otras por indolencia propia.
Una especie de fatalidad pesa sobre maestros y profesores; pero aquí la palabra no se refiere al "Hado" de los griegos, es decir, a una voluntad de los dioses respecto de hombre "señalado", sino que apunta a torpezas y a cegueras de la clase burguesa y de la masa popular.

La burguesía se preocupa poco o nada de los que apacientan a sus hijos y el pueblo no se acerca a ellos por timidez. Nuestro mundo moderno sigue venerando dos cosas: el dinero y el poder, y el pobre maestro carece y carecerá siempre de esas grandes y sordas potencias.

Es cosa corriente que el hombre y la mujer entren a su Escuela Nacional siendo mozos alegres y que salgan de ella bastante bien aviados para el oficio y también ardidos de ilusiones. La ambición legítima se la van a paralizar los ascensos lentos; el gozo se lo quebrará la vida en aldeas paupérrimas adonde inicie la carrera, y la fatiga peculiar del ejercicio pedagógico, que es de los más resecadores, le irá menguando a la vez la frescura de la mente y la llama del fervor. El sueldo magro, que está por debajo del salario obrero, las cargas de familia, el no darse casi nunca la fiesta de la música o el teatro, la inapetencia hacia la naturaleza, corriente en nuestra raza, y sobre todo el desdén de las clases altas hacia sus problemas vitales, todo esto y mu-

cho más irá royendo sus facultades y el buen vino de la juventud se les torcerá hacia el vinagre.

El ejercicio pedagógico, ya desde el sexto año, comienza a ser trabajado por cierto tedio que arranca de la monotonía que es su demonio y al cual llamamos vulgarmente "repetición". Se ha dicho muchas veces que el instructor es un mellizo del viejo Sísifo dantesco. Ustedes recuerdan al hombre que empujaba una roca hasta hacerla subir por un acantilado vertical. En el momento en que la peña ya iba a quedar asentada en lo alto, la tozuda se echaba a rodar y el condenado debía repetir la faena por los siglos de los siglos. Realmente la repetición hasta lo infinito vale, si no por el infierno, por un purgatorio. Y cuando eso dura veinte años, la operación didáctica ya es cumplida dentro del aburrimiento y aun de la inconsciencia.

El daño del tedio se parece, en lo lento y lo sordo, a la corrosión que hace el cardenillo en la pieza de hierro, sea él un cerrojo vulgar o la bonita arca de plata labrada. El cardenillo no se ve al comienzo, sólo se hace visible cuando ya ha cubierto el metal entero.

Trabaja el tedio también como la anemia incipiente; pero lo que comienza en nonada, cunde a la sordina, aunque dejándonos vivir, y no nos damos cuenta cabal de ese vaho que va apagándonos los sentidos y destiñéndonos a la vez el paisaje exterior y la vida interna. Los colores de la naturaleza y los de nuestra propia existencia se empañan de más en más y entramos, sin darnos mucha cuenta de ello, en un módulo moroso, en las reacciones flojas y en el desgano o desabrimiento. El buen vino de la juventud, que el maestro llevó a la escuela, va torciéndose hasta acabar en vinagre, porque la larga paciencia de este sufridor ya ha virado hacia el desaliento. Guay con estos síntomas cuando ya son visibles: es lo de la arena invasora que vuela invisible en el viento, alcanza la siembra, la blanquea, la cubre y al fin la mata.

Bien solo que está el desgraciado maestro en casi todo el mundo, porque este mal que cubre nuestra América del Sur casi entera, aparece también en los prósperos Estados Unidos, domina buena parte de Europa y sobra decir que infesta el Asia y el Africa.

Si el instructor primario es un dinámico, dará un salto vital hacia otra actividad, aventando la profesión con pena y a veces con remordimiento: la vocación madre es y fuera de su calor no se halla felicidad. Lo común, sin embargo, no es dar este salto heroico o suicida; lo corriente es quedarse, por la fuerza del hábito, viviendo en el ejercicio es-

colar como menester que está irremediablemente atollado en el cansancio y la pesadumbre. Ellos seguirán siendo los grandes afligidos dentro del presupuesto graso de las naciones ricas y de los erarios más o menos holgados; los sueldos suculentos serán siempre absorbidos por el Ejército y la Armada, la alta magistratura y la plana mayor de la política. Afligidos dije y no plañideros, pues cada instructor parece llamarse "el Sopórtalo-todo".

Con todo lo cual, nuestro gran desdeñado, aunque tenga la conciencia de su destino y de su eficacia, irá resbalando en lento declive o en despeño, hacia un pesimismo áspero como la ceniza mascada. Si es que no ocurre cosa peor: el que caiga en la indiferencia. Entonces ya él no reclamará lo suyo, e irá, a fuerza de renuncias, viviendo más y más al margen de su reino, que era la gran ciudad o el pueblecito. Con lo cual acaece que *el hombre primordial del grupo humano* acaba por arrinconarse y empiezan a apagarse en él las llamadas facultades o potencias del alma. El entusiasta se encoge y enfría; el ofendido se pone a vivir dentro de un ánimo colérico muy ajeno a su profesión de amor. Aquellas buenas gentes renunciadas por fuerza, que nacieron para ser los jefes naturales de todas las patrias, y hasta marcados a veces con el signo real de rectores de almas, van quedándose con la resobada pedagogía de la clase y eso que llamamos "la corrección de los deberes". Y cuando ya les sobreviene este quedarse resignados en el fondo de su almud, o sea la mera lección y el fojeo de cuadernos, esta consumación significará la muerte suya y de la escuela.

II Y FINAL

Puesto que la alegría importa a muy pocos de nuestros ciudadanos y realmente estamos solos, pavorosamente solos, para velar sobre la vida propia, cuando el tedio se ha adensado y comenzamos a trabajar como el remero de brazos caídos que bosteza con aburrimiento al mar de su amor, en este punto, ha llegado el momento de darse cuenta y echar los ojos sobre los únicos recursos que habemos y que son los del espíritu. Es preciso, cuando se llega a tal trance, salir de la zona muerta y buscar afuera de la pedagogía, pero ojalá en lugar que colinde con ella, la propia salvación y la de la escuela, a fin de que la lección cotidiana no se vuelva tan salina como la Sara de Lot.

La invención del oficio colateral trae en tal momento la salvación. Ella busca quebrar la raya demasiado geomé-

trica de la pedagogía estática, dándole un disparadero hacia direcciones inéditas y vitales. El pobre maestro debe salvarse a sí mismo y salvar a los niños dentro de su propia salvación. Llegue, pues, el oficio segundón, a la hora de la crisis, cuando el tedio ya aparece en su fea desnudez; venga cualquiera cosa nueva y fértil, y ojalá ella sea pariente de la creación, a fin de que nos saque del atolladero.

Este bien suele obtenerse a medias o en pleno del oficio lateral. La palabra "entretener" indica en otras lenguas "mantener" o "alimentar". En verdad lo que se adopta aquí es un alimento más fresco que el oficio resabio, algo así como la sidra de manzanas bebida después de los platos pesados...

Muchos profesores: belgas, suizos, alemanes y nórdicos, aman y practican el menester colateral y el francés lo llama con el bonito nombre de *métier de côté*. Y ellos lo buscaron desde siempre y por la higiene mental que deriva del cambio en la ocupación, y tal vez, porque algunos se dieron cuenta de cierta vocación que sofocaron en la juventud.

Los experimentadores a quienes me conocí de cerca, mostraban como huella de su experiencia más o menos estas cualidades: una bella salud corporal, en vez del aire marchito de los maestros cargados de labor unilateral, y la conversación rica de quienes viven, a turnos, dos y no un solo mundo. Yo gozaba viendo el lindo ánimo jovial de quienes se salvan del cansancio haciendo el turno salubre de seso y mano, o sea, el casorio de inteligencia y sentidos. Todos eran intelectuales dados a alguna arte o ejercicio rural: la música, la pintura, la novela y la poesía, la huerta y el jardín, la decoración y la carpintería.

Parece que la música sea el numen válido por excelencia para ser apareado con cualquier otro oficio. Ella a todos conviene y a cada uno le aligera los cuidados; de llevar túnica de aire, parece que sea la pasión connatural del género humano. La especie de consolación que ella da, sea profunda, sea ligera, alcanza a viejos y a niños y puede lo mismo sobre el culto que sobre el palurdo. Y del consolar, la música se pasa al confortar, y hasta al enardecer, como lo hace en los himnos heroicos, tan escasos, desgraciadamente, en nuestros pueblos.

Ello tiene no sé qué poder de ennoblecimiento sobre nuestra vida y por medio de cierta purificación o expurgo sordo que realiza sobre las malas pasiones.

En una de las almas que yo más le amé a Europa, en Romain Rolland, el piano cumplía el menester de oficio colateral a toda anchura. Metido en su propio dormitorio, co-

mo si fuese hijo, el ancho instrumento hacía de compañero al maestro, tanto como la hermana ejemplar que fue Magdalena. Y tal vez a la música debió el hombre viejo la gracia de poder escribir hasta los setenta y tantos años.

El pedagogo belga Decroly tenía, por su parte, a la horticultura como el Cireneo de su dura labor de investigación sobre los anormales. En uno de los climas menos dulces de Europa, bajo la "garúa" empapadora o la neblina durable, se le veía rodeado de la banda infantil. El hombre de cuerpo nada próspero cultivaba, con primor casi femenino, sus arbolitos frutales y un jardincillo. (El me dijo alguna vez que nos envidiaba el despejo de los cielos americanos y que no entendía el que no diésemos nuestras clases al aire libre.)

Varios novelistas franceses (se trata de una raza harto terrícola) viven a gran distancia de las ciudades, repudiando la vida urbana por más de que ella parezca tan ligada a su profesión de hurgadores y divulgadores del hombre. Lo hacen por tener un acre o media hectárea de espacio verde. Y hacen bien, pues regalar a la propia casa un cuadro de hierba y flores no es niñería ni alarde, que es asegurarnos el gozo visual de lo vivo, el oreo de los sentidos y la paz inefable que mana de lo vegetal y hace de la planta "el angel terrestre" dicho por los poetas, angel estable, de pies hincados en el humus.

Un auge muy grande ha logrado en Europa el bueno de Tagore, a quien me hallé en Nueva York vendiendo cuadros suyos; se sabía también el descanso que da el solo pasar de la escritura larga y densa a la jugarreta de los dedos sobre la tela o el cartón. Ustedes saben que el maravilloso hombre hindú era también maestro, como que daba clases en su propia escuela, que él llamó, con recto nombre, "Morada de Paz".

Checoeslovacos, nórdicos y alemanes tienen en gran aprecio a la madera labrada por las manos. Como que ellos son dueños de bosques alpinos y renanos y de las selvas anteárticas.

Muchos maestros participan en la graciosa labor llamada carpintería rústica. Casas suyas he visto en donde no había silla, mesa ni juguete que no hubiesen salido de la artesanía familiar y todo eso no desmerecía de la manufactura industrial. Aquellos muebles toscamente naturales y pintados en los colores primarios —que vuelven después del olvido en que los tuvimos—, nada tenían de toscos, estaban asistidos de gracia y además de intimidad.

Respecto de Italia casi sobra hablar. Ella es, desde todo tiempo, la China de Europa, por la muchedumbre prodigio-

sa de sus oficios, por la creación constante de géneros y estilos y también porque la raza tenaz hurga incansablemente, arrancando materiales a su poca tierra y a su mar. Recordemos a María Montessori, recogedora genial de la herencia rusoniana, pero, además, brazo diseñador del mobiliario especializado de sus kindergarten. Todo él salió de su ojo preciso y de su lápiz.

A fin de no fatigarles demasiado, dejo sin decir el trabajo de la pequeña forja del hierro, que tanta boga tiene ahora en la confección de piezas decorativas para los interiores de las casas. También se me queda atrás la labor de pirograbado sobre cuero, que alcanza una categoría artística subida. Y mucho, mucho más resta por decir.

No sobra recordar aquí a la California americana, zona donde la jardinería se pasa del amor a la pasión. En ese edén creado sobre el desierto mondo, los maestros se sienten en el deber de saber tanto como los jardineros de paga sobre el árbol y la flor, la poda y los injertos, los abonos y el riego. Horticultura y floricultura son allí dos oficios de todas las edades y suelen aparecérseme a la casa hasta los niños a ofrecerme servicios que suelen resultar bien válidos.

Nosotros, la gente del Sur, hemos de llegar a la misma pasión, cumpliéndose sobre terrenos muy superiores al subsuelo paupérrimo de California. Siempre se dijo que la profesión humana por excelencia, en cuanto a primogénita, es el cultivo del suelo, sea él óptimo, amable o rudo.

Les confieso que yo, ayuna para mi mal de la música e hija torcida de mi madre bordadora, a la cual no supe seguir, me tengo como único oficio lateral el jardineo y les cuento que dos horas de riego y barrido de hojas secas me dejan en condiciones de escribir durante tres más; sol e intemperie libran de ruina a los viejos: el descanso al aire libre es mejor que el de la mano sobre la mano.

El trabajo manual, todos lo sabemos, sea porque suele cumplirse a pleno aire, sea porque la fatiga de los músculos resulta menos mala que el agobio del cerebro, puede salvar en nosotros, junto con la salud, la índole jocunda, el natural alegre. Manejada con tino, y más como distracción que como faena, la labor manual se vuelve el mejor camarada y un amigo eterno. Añádase a esto aún el hecho de que su experiencia nos hace entender la vida de la clase obrera. El tajo absoluto que divide, para desgracia nuestra, a burgueses y trabajadores, viene en gran parte de la ignorancia en que vivimos sobre la rudeza que hay en el trabajo minero, en la pesquería, en ciertas industrias que son mortífe-

ras y también en la agricultura tropical. Quien no haya probado alguna vez en su carne la encorvadura del rompedor de piedras o la barquita pescadora que cae y levanta entre la maroma de dos oleajes, y quien no haya cortado tampoco la caña en tierras empantanadas, ni haya descargado fardos en los malecones, no podrá nunca entender a los hombres toscos de cara malagestada y alma ácida que salen de esas bregas. Y estos hombres suelen ser los padres de aquellos niños duros de ganar y conllevar que se sientan en nuestras escuelas.

Aunque parezca que el oficio segundón es siempre mero recreo, él suele tomar un viraje utilitario. Vi en Europa que maestros jubilados con pensiones irrisorias, que ya no les valen, a causa de la desvalorización de la moneda, se han puesto a mercar con la artesanía aprendida como mero deporte. Así viven ellos hoy, y van sacando a flote su pan, de modo que el menester colateral fue promovido a oficio único y da de comer, y paga al viejo médico y medicinas.

Algunos de ustedes se van a decir ahora: "¿Y por qué a Gabriela le importa tanto defenderse del tedio y quiere poner solaz a una profesión cuya índole siempre será dura y producirá agobio?"

Yo les respondo que la felicidad, o a lo menos el ánimo alegre del maestro, vale en cuanto a manantial donde beberán los niños su gozo, y del gozo necesitan ellos tanto como de adoctrinamiento.

1949.

EL NIÑO

EL ELOGIO DEL NIÑO

El niño no es loco, y si lo es, mejor anda y mejor vive así: dejarle tal vez valga más que mantearlo; al cabo, pronto el cuitado será igual a nosotros, como dos gotas de agua. El inventa tanto como aprende, no es verdad que lo imite todo; quien se vuelve máquina de repeticiones es el hombre hecho y derecho. En su embobamiento y azoro del mundo, él tiene razón que le sobre: así como lo ve, así es, una inmensa calcomanía caliente y una Tarasca feroz. Razón tiene en su abrazo de la Tierra y sus miedos nocturnos con ella son justos también: mucho él ve, más adivina.

Su cuerpo libre de atascos y toxinas, le da la alegría sin causa que es la única fiel. Ahí va, borracho de aire y de luz, con el pelo suelto como una crin, y otra vez tiene razón, porque todo se vuelve vino para unos sentidos limpios y en vacaciones.

La libertad le gusta al niño más que el comer y el beber. Las naranjas y la cidra no le hacen tan feliz como andar suelto por la huerta o las calles. Sólo en creciendo, lo van a convencer la casa y la mesa de mantel largo de que ellas valen más que ser un hombre libre.

El muy liberal goza con lo rítmico y lo contrarrítmico, y le hace gracia lo suave y lo erizado; lo que él quiere son muchas vistas, colores y sabores.

El bien sale del niño como el aliento, o le salta como el ademán: no se da cuenta de lo bueno que hizo, a menos de que le torzamos la personalidad por la adulación. Y ve el mal, sí lo ve, pero no en tinta china como nosotros. Por eso será que se venga menos que los grandes.

El se endereza mejor que el joven después del puñetazo que le dieron y es que tiene más coraje que los mayores, y gimotea menos que Zenón el estoico por un percance...

Para construir, lo mismo le valen piedras que cartón, y corchos, y cañas rotas. No es que no sepa escoger; bien lo sabe; es que él quiere construir a toda costa, de cualquier laya.

El chiquito canta chillón o desabrido, y no lo sabe; si cantase lindamente, no le daría más placer, pues ya tuvo su gusto al echar la voz afuera. Orgullos tiene, vanidades no.

Hierve de mitos, chisporrotea de "casos" y "encuentros", y su mitología no le trajina los sesos sino que le cosquillea en los sentidos y le agita también las potencias. El Dragón se restriega contra él —será la guerra o su mal amigo—; la talla de Goliat abre, tamaños, sus ojos; la honda y las piedras de David, él las siente y oye; del Ulises le interesan por igual las chanzas que las veras: éstas le sirven para inflamarse; aquéllas, para reír.

Pero más que estos héroes, prójimos suyos, agitan al niño aquellos de que nosotros no hacemos caso, y que también son héroes: el viento huracanado, el mar lenguaraz, las nubes folletinescas, la lluvia y las nieves ciegas.

El mundo visible y el otro no los tiene separados el buen sabedor. La cara de su hermanito muerto le cae a la mano, revuelta con sus juguetes; el duende le vive dentro de la hojazón de la higuera. Y el cielo lo tiene cruzado con la tierra, así, entreverados, así, en cruz, igual que la urdimbre y la trama de un tejido. (También se lo supo sin que se lo dijeran.)

Sus alegrías las ensayaremos cuarenta años después, pero, por nuestro desvío, les perdimos el rastro y ya se nos olvidó la contraseña.

El salto descuidado que el niño da sobre el pájaro o el pez muerto, es el mismo que nosotros, mayorcitos, deberíamos dar sobre la muerte, cuando nos rasa la mente o la vida. (Si de veras nos creyésemos hijos de Dios y eternos. Pero no lo creemos bien...)

El niño acaba el día como si hubiese cosechado cincuenta aventuras, y es verdad que las tuvo, puesto que las arreó, y las luchó, sentado en una piedra, o al dormirse. Pues, cuando cae al fin, y con un sueño tal que es el récord de todos, todavía entonces, de sueño adentro, siguen sus gestas, y por eso manotea sobre las sábanas...

Febrero de 1944.

INFANCIA RURAL

Entre las razones por las cuales yo no amo las ciudades — son varias — se halla ésta: la muy vil infancia que regalan a los niños, la paupérrima, la desabrida y también la canallesca infancia, que en ellas tienen muchísimas criaturas.

Si yo hubiese de volver a nacer en valles de este mundo, con todas las desventajas que me ha dejado para la vida "entre urbanos" mi ruralismo, yo elegiría cosa no muy diferente de la que tuve entre unas salvajes quijadas de cordillera: una montaña patrona o unas colinas, ayudadoras de los juegos, o ese mismo valle de un kilómetro de ancho y dividido por la raya del pequeño río, como una cabeza femenina.

Por conservar sentidos vívidos y hábiles, siquiera hasta los doce años, a saber distinguir los lugares por los aromas; por conocer uno a uno los semblantes de las estaciones; por estimar las ocupaciones esenciales, que son, precisamente, las bellas, de los hombres antes de conocerles las suplementarias y groseras: el regar, el podar, el segar, el vendimiar, el ordeñar, el trasquilar.

Por entrar a los libros a los diez años, contando ya con una muchedumbre de formas y siluetas legítimas, a fin de que no se amueble la mente de nombres sino de cosas: cerro, vizcacha, guanaco, mirlo, tempestad, siesta. (El campo solamente posee la madrugada y la noche, por ejemplo.)

Con el deseo de recibir el alfabeto de los sonidos, antes de que me den tontamente anticipada la música adulta.

A fin de que mis manos tomen posesión concienzuda y fina de los tactos de las cosas, y se me individualicen cabalmente las lanas, los espartos, las gredas, la piedra porosa, la piedra-piedra, la almendra velluda, la almendra leñosa, etc., y muchísimos cuerpecitos más, en las palmas conscientes.

La infancia en el campo, que avergüenza como un ves-

tido de percal a nuestra gente cursi, la he sentido yo siempre, y la considero todavía, y cada día más, como un lujoso privilegio, agradeciendo la mía y deseando delante de cualquier niño que ya se endereza, el que la tenga semejante, cargada "del mismo maravilloso" que me ha sustentado a mis cuarenta años.

La ciudad pequeña no me satisface como transacción en esta pugna de la ciudad y el campo para sede infantil. Veo los patios de sus casas, sin rincones, a fuerza de arena, mosaico o asfalto, y no puedo conformarme con el higueral de la hacienda vecina, y más yo que por patio tuve la viñita de mi casa, y más allá una pradera larga de varios kilómetros.

En las grandes ciudades el envilecimiento es peor. Las ventanas de cuarto del niño dan a una calle hedionda, si es pobre, o a un muro bárbaro y ciego de almacén o de oficinas, si es burguesito. Yo abro mentalmente las puertas del mío, que caían a un cerro lleno de abolladuras prodigiosas y de fantástico peñascal; desde ahí saltaba el sol como un gimnasta rojo y las lunas se desprendían próximas, en el aire limpidísimo, como para caerme a la falda.

Duermo, hace diez años tal vez, en las pobres casas ciudadanas y no puedo todavía al despertarme aceptar sin repulsión física violenta los ruidos sin nobleza de municipal y bajísimo ajetreo, batahola formada por camiones, sirenas tártaras (las de grato silbo son pocas), de avalancha de trenes e interjecciones de mercado; todo lo cual se me entra por el cuadrado odioso de la ventana o la puerta y me avienta de la cara la maravilla del sueño matinal, parada todavía en mi cara.

Veo después los niños sorteando el tráfico horrible y los miro entrar en lo más ceñido de la entraña demoníaca de lo urbano, en una casa de tres pisos a lo menos, sin paréntesis decoroso entre ella y la calle infernal; quiero saber si adentro hay siquiera el desahogo compensador de un patio con árboles. No, no existe sino un cuadradito húmedo con unas matujas vergonzantes. Es la escuela. Sé bien que si diesen allí las clases Duhamel, Philippe o Péguy, los tiernos, a pesar de ellos, el cuento no sería cuento, ni la geografía danza de paisajes, ni la botánica volteadura dichosa de las plantas. De ahí saldrán más tarde los forzaditos y atravesarán veinte calles pespunteadas de afiches imbéciles, pasarán a veces un jardín público, nunca tan grande que les alcance a limpiar sus resuellitos, para meterse al fin en sus casas, que ya se saben lo que son.

Porque esta ilustre Europa, en lo que de ella conozco,

degenera a su población empleada y obrera con la más infame habitación que darse puede. Llama pedantemente "departamentos" a una enfiladura de tres cuartos en que comen, duermen y crían seis personas, y "villitas" a unas calabazas de cartón embreado que una bicicleta suele cimbrear... A las madres que quieren mercado próximo, les importa un ardite dar a sus niños una infancia rural que les deje la sangre fértil, los ojos frescos y los sentidos limpios hasta los quince años.

A una hora de camino, el núcleo de cartón grasoso que rodea a la ciudad ha raleado o se ha roto; a una hora está la posibilidad de la casa de adobe o piedra verdadera, amparo digno de hombres, con un jardín probable o hecho, con las estampas excitantes de las colinas, del río y el pequeño bosque.

No hay que olvidarse que ésta es la misma madre que suele llevar a la escuela un niño de tres años, haciendo cualquier fraude con la edad para que se lo acepten y la deje en paz. Dicen que la mujer primitiva se diferencia de la civilizada en que aquélla era dos tercios del hijo y uno del padre, y que ésta es dos tercios del padre y uno... de la ciudad que la viste y la calza bien en sus almacenes ilustres.

Los maestros que anuncian por aquí "paros" por obtener un superlaicismo, y más allá por duplicar salarios, deberían echarse a la huelga siquiera una vez por cosas que no sean dineros inmediatos y pedir, por ejemplo, entre otras rectificaciones de barbaries, que les arranquen las escuelas del vientre de las ciudades y se las empujen hacia la zona rural, la zona verde, donde las estaciones son reales, donde las lecciones objetivas no se vuelven fraude. Les regalasen a los niños esto solo: la infancia en el campo, el coloquio de pecho a pecho con la tierra, la amistad con las bestiecitas y la convivencia con la vegetación, y se les perdonarán sus demás negligencias. Que la dicha de los niños vale en oro el peso de la bola impura del mundo.

Pero se les ha ocurrido ser, a ellos también, "urbanizantes", como los Rothschild y los Lowenstein banqueros, y como los accionistas de las Galerías Lafayette.

En su mayoría, ellos no tuvieron el amamantamiento con la leche gruesa y vigorosa del campo, y de ahí les viene la desabrida manera con que "cuentan" y la indigencia de imágenes que tienen en las descripciones, ellos, que han de ser prestidigitadores de estampas, en la narración recreadores, reproductores, animadores por excelencia de imágenes: iluministas de todos los textos.

Diciembre de 1928.

RECADO DE LAS VOCES INFANTILES

A estos mis niños —porque tan míos los siento como cosa parida— me los he visto y bebido por estos recodos y senderillos de América que siempre, al verlos al fondo de sus voces, se me antojan también algo como la infancia de la Tierra, para que mejor rimen en el ejercicio de su travesura y de su asombro. A estos mis niños los he oído cantar. En veces embebidos, niños amautas de la puna peruana o cholitos que ponen un timbre de fuente viva entre la sequedad de vidrio contra el cielo en que tiembla el Anáhuac; o los indiecitos de Titicaca que cantan mientras las barcas fluyen de sus manos como encajes de agua.

Estos niños míos, estos niños de niebla y aire, casi irreales en su belleza menuda y pobre, tienen algo de cervatillos que aprontan el casco y giran el ojo en husmeo de cazador. Hay, por eso mismo, que sorprenderlos en el canto como a los ciervos en el bebedero: sin ruido de hojas ni aspaviento de presencia. Entonces se darán enteros en su ricura elemental. Puros y dóciles a su propio llamado. Aleladillos. Mirándose llover como dicen los brujos del yarari. Que algo de magia, algo que es mayor que todo lo adulto, algo contemporáneo de ídolos y piedras, se les vuelve arcilla ensimismada y cándida voz en sus mejillas de avena.

A la de Dios por el recuerdo sin cálculo ni pericia de mapa me voy por esas calles de amapola viva del Brasil litoreño. Por esas calles que huelen al cacao y semillita de malusa biche y donde la brisa nos ofrece parla de loro con orquídea. Allí he visto las risas de maracas de mis negritos zumbones. Nombrándolo todo con vocablos zumosos, esponjados, con mimos de pupilas y lengua que más parecen licuar que nombrar lo que señalan y tocan. A veces juegan a mayores y se las arreglan para unas escaramuzas, en favelas y chocerías, que ponen un susto delicioso —un susto de baratijas, pañuelos lunados y ojos en blanco— en las abuelotas negras o en los alguaciles pescadores que andan,

entre barcas y caracoles, a la búsqueda de aumentar su borrachera de belleza y de ocio.

¡Qué lindos y elásticos mis mulaticos caribes! Mis mulaticos de Puerto Príncipe, de Camagüey o de Baní. No los apaga la memoria. Se quedan encendidos como abrevaderos de sol. Livianitos, cantando al ritmo de sus venas, tienen guerra de hombros y caderas para todo. Tienen música visible. Música de carretilla con cocos; de polleras de mamá grande; de pistones de mabrú y saliva de bembé. Y, a veces, ¡qué graves bajo el zócalo de una plaza o la testa de una palmera con furia de sol a mediodía! Entonces se vuelven interiores, casi llorosos en un mutismo que, de acercarnos un poco, podríamos hasta oírle las espuelas a Christophe o el roce de los dedos atuzadores en los mostachos de Martí.

A mis niños de Guatemala, me lo ha dicho un zenzontle, los asustan de noche con guayabas de azufre. Pero las madres mayas les tejen cordoncillos con canela y toronjil que preservan su canto y abultan su alegría en los amaneceres antiguos. Interminable se haría mi ronda, mi coro, mis aires con ancha sal, mis oídos de ayer, mi hoy con mi ¡ay!, mi mañana con un Elqui eterno donde un mi niño espante por siempre el olvido de mi frente como una mosca mala. Si es toda la raza me digo. Si es toda ella como sal en merienda de lujo la que se nos regala —con su proporción, con su grave justeza— en estos cánticos aromados de inocencia. Con este tesorillo auditivo tendríamos para henchirnos de orgullo. Y ya nos vieran en mesa más pavoneada degustando lo nuestro. Lo que así, de fresco y puro, se nos da como silvestre para el oído y como sin sentirlo ni esperarlo para glotonería de nuestro corazón. Benditas estas mujeres que en suspiro y dolor, cuando sus párvulos eran apenas instancia de vida, les cuajaron estos médulos y estos arrumacos de oro. Y yo, la distraída, la de oficio de silencio, me hago más la que no pisa, la que no respira, la toda oídos, para que ellos —mis niños, mis hijos— me colmen los entresijos y la sangre con nueva primavera.

LOS DERECHOS DEL NIÑO

1. "Derecho a la salud plena, al vigor y a la alegría." Lo cual significa derecho a la casa, no solamente salubre, sino hermosa y completa; derecho al vestido y a la alimentación mejores.

La infancia servida abundante y hasta excesivamente por el Estado, debería ser la única forma de lujo —vale decir, de derroche— que una colectividad honesta se diera, para su propia honra y su propio goce. La infancia se merece cualquier privilegio. Yo diría que es la única entidad que puede recibir sin rezongo de los mezquinos eso, tan odioso, pero tan socorrido de esta sociedad nuestra, que se llama "el privilegio", y vivir mientras sea infancia, se entiende, en un estado natural de acaparamiento de las cosas excelentes y puras del mundo, en el disfrute completo de ellas. Ella es una especie de préstamo de Dios hecho a la fealdad y a la bajeza de nuestra vida, para excitarnos, con cada generación, a edificar una sociedad más equitativa y más ahincada en lo espiritual.

Cada niño trae una esperanza llena de fuerza y de misterio a las colectividades caducas que son las nuestras, hasta en esa fresca América. No hay ninguna entidad de adultos que contenga sugestión semejante a la de la infancia de vida superiormente pura. Y ninguna sugiere con más fuerza que ella organizaciones nuevas del mundo.

Cuanto se ha hecho hasta hoy dentro de nuestros sistemas por salvar a la infancia en conjunto de la miseria y la degeneración, aun por los mejores, resulta pobre, vacilante y débil, y es un balbuceo. Habría que tentar iniciativas más totales y valerosas, yo diría más radicales, en el limpio sentido de esta palabra. "No se resuelve el problema de la infancia sin resolver en su mitad el problema social." Eso no importa; habría que atreverse. Que los hombres indiquen los medios más enérgicamente completos y que las mujeres ayudemos al mejor plan. Yo descarto el comunismo por-

que todavía creo en la familia y no hay un extraño, ni el más maravilloso, que me convenza de arrancar un hijo a su madre para que ésta sea reemplazada por una máquina inhumana y por esa horrible rueda fría que se llama el funcionario oficial de cualquier país. Por otra parte, yo abomino de la educación en masa y siento aversión por las aglomeraciones brutales y brutalizantes de los internados y los cuarteles. Yo estoy diciendo siempre: "la mayor suma de individualismo, dentro de una norma colectivista".

Debería atribuirse un salario especial —repitamos la palabra "privilegiado"— al fundador, o a la fundadora, de familia. Son los seres más acreedores a la dignidad material y moral dentro de un Estado que se respeta. Esto, por lo menos.

Es posible que en el conflicto social que vivimos, y que es inútil negar, sea la cuestión de la infancia la única que pueda unir a los adversarios en la aceptación de reformas en grande. Muchas veces pienso que por este asunto podría empezar, y no por otro alguno, "la organización nueva del mundo", porque hasta los peores levantan la cabeza, oyen, se vuelven un momento nobles y acogedores, cuando se nombra al niño. El pudor más tardío acude a la cara cuando a cualquier individuo sin conciencia social se le habla de la miseria de los niños, ofensa a Dios por excelencia, que hace día por día nuestra vergonzante sociedad cristiana.

2. "Derecho a los oficios y a las profesiones." Pero no en la forma empequeñecida en que se dan en nuestros países los primeros por maestros inferiores que no han dominado el lote maravilloso de una artesanía o de un arte mecánica; ni en la forma en la que se abren las profesiones liberales, que están desprestigiándose rápidamente por la falta de selección de los alumnos.

Derecho de la inteligencia, salga ella de la casta que salga, a actuar, a dirigir, a gobernar las sociedades. Derecho de la inteligencia a ser defendida, protegida, excitada, confortada y acatada por un Estado sagaz y atento que no la abandone ni la desperdicie.

Y como consecuencia de esto, derecho del Estado, ejercido por medio de sus educadores, a cerrar las profesiones superiores a los incapaces, por economía y sentido común, debiendo encaminarlos hacia las funciones y oficios que no necesiten de la creación ni impongan las altas responsabilidades efectivas de la inteligencia.

"Derecho a la tierra de todo niño que será campesino", derecho natural, sobre todo en nuestra América de territo-

rio generoso. Nuestro latifundismo corresponde a una barbarie rural que Europa ha dejado atrás hace un siglo.

3. "Derecho a lo mejor de la tradición, a la flor de la tradición, que en los pueblos occidentales es, a mi juicio, el cristianismo." Derecho a la herencia de Jesucristo, de la que ninguna criatura de nuestra raza puede quedar desposeída.

4. "Derecho del niño a la educación maternal", a la madre presente, que no debe serle arrebatada por la fábrica o por la prostitución a causa de la miseria. Derecho a la madre a lo largo de la infancia, a su ojo vigilante, que la piedad vuelve sobrenatural, a su ímpetu de sacrificio que no ha sido equiparado ni por el celo de la mejor maestra. Cuando menos, si la madre debe trabajar, derecho a que el niño la tenga a su alcance por medio del trabajo en el hogar.

Creación por el Estado de las cooperativas que permiten adquirir la pequeña máquina manual y doméstica posible, dentro de muchas industrias. Formación por las llamadas clases dirigentes, de fuertes instituciones o ligas de mujeres que impongan al comercio la manufactura doméstica.

Y si ni aun esto fuera viable en nuestros países mal organizados que no quieren crear tradiciones nuevas por respeto a tradiciones perversas, derecho a que la madre trabaje fuera del hogar en faenas suaves que no hagan de ella antes de los treinta años la bestia cansada y triste cuyo tercer hijo ya no recibe una leche vigorosa.

Legislación que divida el trabajo por sexos, para evitar la brutalización de la mujer que estamos conociendo. Nuestra cultura está deshonrada con la incorporación de la mujer a las faenas inmundas y deformadoras que jamás conoció en las apodadas "épocas oscuras".

5. "Derecho a la libertad, derecho que el niño tiene desde antes de nacer a las instituciones libres e igualitarias." Los adultos que en nuestros países están en este momento alquilando con la riqueza nacional la independencia del territorio, y que a la vez aceptan y afianzan con cada día que pasa los regímenes de tiranía, comprometen, inconsciente o conscientemente, la suerte de los niños que vienen, del hijo propio como del ajeno, y van a entregar a la nueva generación una patria disminuida en el espíritu y con su honra menguada delante de los demás pueblos soberanos de sí mismos.

6. "Derecho del niño sudamericano a nacer bajo legislaciones decorosas", que no hagan pesar sobre él durante toda su vida la culpa de sus padres, sino bajo códigos o profundamente cristianos o sencillamente sensatos, como los de Suecia, Noruega y Dinamarca, en que el Estado acepta al hijo de la madre desgraciada como un miembro más del cual espera, al igual que de los otros, cooperación y enriquecimiento. Así recibió Chile ni más ni menos que el don de su independencia de don Bernardo O'Higgins.

7. "Derecho a la enseñanza secundaria y a parte de la superior", en forma semiautodidáctica, la que debe ser facilitada y provocada por el Estado, a fin de que la cultura del obrero y del campesino sean posibles. Con esto podría buscarse en las democracias que están en peligro el que el ciudadano dotado de criterio más rico mejore la calidad de sus representantes, salvando así el sistema de gobierno popular que comienza a envilecerse y a perder consideración en la América.[1]

París, diciembre de 1927.

[1] Esta ponencia fue presentada a la Primera Convención Internacional de Maestros, celebrada en Buenos Aires, en enero de 1928.

UN LLAMADO MUNDIAL POR LA INFANCIA

El lector de los diarios y auditor de las radios están cansados de muchas cosas: seguir las bajas de la Bolsa, saber, por la centésima vez, que la guerra regresa como una pariente loca y que, mientras está arriba, la revolución madura dentro de cada país. Por añadidura, cuando él se refugia en los cablegramas de Lake Success, el pobre hombre informado se encuentra con discursos largos y acuerdos pequeños, amén de nuevos conflictos que ayer no planeaban sobre una esfera surgida de vendajes.

Y cuando este pobre elector sale a la calle, los anuncios y las vitrinas le siguen voceando la vida cara y los mítines le entregan unas plazas y calles vueltas braseros ardiendo. Pero un buen día en aquel lago, vuelto capital del mundo, un "suceso", que lo es de veras: las delegaciones que se agitan o se apuran en torno de grandes mesas ovales de roble, vieron resbalar sobre ese barniz oscuro un dado nuevo y blanco y viviente, y correr de punta a cabo... Era un bultito de niño, sin rubio de raza ni país sobre su piel y, como los otros documentos de la *UNO*, corría desnudo y gracioso según la pajarita de papel.

Tal vez la sorpresa la haya inventado el Secretario míster Lye, por algo es un nórdico habituado en su pista de hielo a cargar, servir y mimar a los niños para que no se le muera ni uno solo de frío, mucho menos de hambre. Tal vez por pesadumbre del presente, él ponga sus esperanzas en el espacio blanco del futuro. Y este espacio él lo ve sin etiqueta nacional alguna, lisa como el cuerpo del niño. Extremo recurso suyo, visitante de país sin nombre que patinó la mesa de los debates sonriendo. Porque él no sabe nada del mundo ciego que atan y desatan sobre aquella mesa misma una docena de personajes. El chiquito iba y volvía sorteando las carpetas y sin caerse en los altoparlantes, con un aire de dueño del ámbito y de todas las delegaciones, desde la abisinia a las caucásicas.

Tal vez se paró el debate en su peor coyuntura; las caras tensas habrán distendido el ceño y las miradas, en todo caso, se ablandaron, desdeñando lo impertérrito del búho.

Y es que había pasado una corriente de aire refrescando las sienes. Y esto duró pues el niño, en su circunvalación de la mesa, se paraba aquí y allá, cogía y soltaba papeles, guiñaba al delegado más mozo, manoteaba en la pechera más tiesa, brincaba sobre el tropel, mejor que en parque público.

Había ocurrido sólo el que haciendo paréntesis entre el lío coreano o el impasse griego, como quien dice entre dos alambradas de fronteras o dos copas bruñidas para Catalina de Médicis, por uno ni otro el "pergenio" pasó. Circulaba confianzudo por inocente, tuteador de cualquier "Excelencia", soltando piruetas y sin turbarse. Y habrá sido míster Lye, más este entrometido, quienes sacaron adelante la ponencia que nombramos: "Llamado proinfancia", y fácilmente, por la gracia de esas palabras "lleno de gracia".

Lo más denso de la aventura, el hueso tónico de ella, viene ahora, y es el día del "llamado", que es hoy en todas las latitudes. Había ya "Días" de la Cruz Roja, de los Estudiantes, de la Victoria y de cuanta entidad por los países pulula y lanza pregones; había también "Días" nacionales del Niño. Pero lo de hoy corresponde a una cruzada sin doble frente de fieles e infieles y a una movilización universal. Es un ensayo más que hace la estrella desesperada que llamamos "Tierra", pero tiene de novedoso el que se aplica al punto mágico no tocado antes: todas las empresas largas —ríos que todos hemos navegado— no llevaron sus aguas hacia la fuente, según hacen descubridores y geógrafos.

Miles de afiches embetunarán las fachadas, en una destellada visual a los ojos distraídos o trascordados que son los criollos y... los demás. Sobre rectángulos claros hablarán los "aguas-fuertes" del hambre china, vieja de milenios, y los del Africa Ecuatorial que le va a la zaga; pero también ha de ir el niño de mi cuento, que encueradillo y todo espejeando desnudez hindú, que es dorada, o en las negriazuladas del maya o en el pectoral ancho del araucano. Como en la mesa barnizada, bueno será en este día olvidarse de cosas y gentes, menos de este "aparecido" al que hemos puesto el último en la fila de nuestros pecados. Bueno será darle en este día, en las casas y por las calles, no sólo en el salario algo de la ternura; hacer en nosotros el paro, la huelga de nuestras sensualidades, de los sentidos que decretan cristianos y budistas. Será una limpieza de la vista y el alma, el tardarse en él, sobre él, gozándole como un re-

frigerio, según hace el arriero que se queda en un "ojo de agua", sin mirar el arreo, bebiendo por los ojos agua viva.

En la fila de nombres familiares que damos al niño, y que van de lo cariñoso a lo zumbón, se hallan éstos: pergenio, cabecitas, varilla, ovillo de hijo, sí-es-no-es. Todos insisten en la talla. Con doble razón: de tan pequeño cualquier cosa lo cubre, una mata, un animal, y cualquier bulto nos lo tapa entero. Nuestra vida criolla está llena a rebosar de adulteces o madureces y de vejestorio: la infancia apenas "aparece" aire confinado o calenturiento. También a mí me vuelan con la manita al aire los duendes de este día, bajados de cerros y quebradas. Un napolitano que tuvo hambre con y sin fascismo (un pescadito por almuerzo), un negrito de Brasil, gracioso, luciente como un tordo, un saltarín que me salta en cuero, de Las Hurdes de Castilla, se me entremeten en el papel.

Pudiese ser por esta ausencia de frescura, o sea, de infancia y oreo del alma.

Hierba ni trigo, cordero ni cabrito y niño, nacen donosos y alácritos. Pero aquéllos los guardan agua y soles y a éste no le alcanza a guardar la madre que trabaja ni le puede valer la maestra de la ración magra, y me cosquillean la mano. "Cuenta más —dice—, cuenta". Y los voy a ir contando, poco a poco. Hoy es cuestión de pregonar el día de ellos, a toda boca. La escritura es una segundona para apiñar gentes. Habría que darles a todos en un filme, a media plaza, para hacerlos ver en sus ciento zancadas. Aplaco a la bandada que me corre la mesa. Les digo: "Voy a seguir, claro está, voy a seguir..."

Las alcancías llevan esa marcha viva, porque fingen de despertadores; como los jefes de patrulla militar, ellas dan el toque de diana y sacuden de la molicie amodorrada. Que pudiese resultar un pascuense chileno: es un islandés de manos tan heladas como nuestro alacalufe de Magallanes. Mariposean sobre las mujeres y éstas, de tanto repetir la palabra niño, *ya se los ven.* Hay que verlos. El niño corre por nuestras bocas, pero no cuaja *cosa viva.* Su nombre es cuenta, y obliga, y por esto es que hay mucho de aire fétido en nuestra vida familiar y nacional y que la vitalidad está cayendo por falta de alegría a ojos vistas.

MENSAJE DE GABRIELA MISTRAL A LOS NIÑOS DEL LITORAL

Niños del Paraná, niños del trébol de ciudades que acabo de ver y que voy a dejar; yo agradezco esta ocasión que me dan de hablar con vosotros.

Ayer yo navegué vuestro río, bajé mi mano a vuestra agua fluvial y el río bueno tomó mi cuerpo y me llevó consigo.

Ayer yo vi los elevadores rosarinos de grano, los medí, los gocé y los bendije pasando. Las mujeres amamos las cosechas de Canaán, porque nosotras somos las proveedoras de las mesas y a nosotras nos toca distribuir el pan.

Los graneros parecían, a la luz de la mañana, torres de Cibeles o el talle mismo de Ceres, galaneando en la luz argentina; los graneros parecían también los mástiles de la abundancia, los palos mayores de la grande patria agraria.

Yo nunca olvidaré, niños argentinos, esos graneros rosarinos, empinados como aleluyas del trigo; siempre llevaré en mis ojos su signo blanco, su raya vertical, su dedo afirmador de la abundancia feliz.

Lindo destino os regaló la Providencia, niños del Paraná. Podría decirse del sustento del hombre que lo primero es el pan y lo último también es el pan.

Vuestra llanura es una horizontalidad perfecta, por voluntad de pan; vuestra lluvia también cae copiosa por voluntad de pan y vuestro aire vuela sin vidrios de hielo, igualmente por amparo del pan.

La Argentina plantó y crió lo que era menester, se aplicó como quien dice a las raíces del ser, oyó lo que pide la boca del niño y dio las espigas, y lo que reclama la del trabajador y desató en la pampa su ganadería homérica.

Vosotros oís un repertorio, un repertorio de música que hacen las mágicas espigas del Paraná. El trigal recién nacido ondula blanco, el trigal maduro suena virilmente áspero; y el chorro de oro que sube y baja de los graneros mecánicos, ése canta a repechadas de música.

Vuestros oídos están llenos en la infancia de esta música cereal, de este golpe de trigo en cierne y del trigo maduro. Si a mí me tocase escoger las hablas que caen en mis oídos, escogería, tal vez, la de los trigos de la Argentina, la de los huertos chilenos y la del maizal de México. Porque soy mujer y esas voces sosegarían mi corazón diciéndome que hay harina y frutas bastantes para los hombres de la Tierra, que no falta y que alcanza a todas las manos.

Alabad vuestro cereal santo, aunque lo tengáis resabido y sea vuestra costumbre eterna. La alabanza es el regusto de la gratitud que se vuelve devolución. ¡Haced himnos con el trigo, dibujos incontables con la espiga y la gavilla y haced danzas con las parvas!

¡Ande siempre el trigo en vuestra probidad racial; vuele el trigo en vuestro donaire criollo; los americanos palpemos en vosotros siempre una nobleza de trigo y seais vosotros, niños argentinos, lo que esta vieja maestra quiere, cuando mira a cada niño de su raza: grano maduro para resistir el mal, grano tierno para amasar la humanidad que pide todavía Cristo, la cristiandad cabal, la que parece que no hubiese nacido aún y que Cristo, tal vez, ya no espera sino de nosotros, gente americana, gente nacida para la nobleza y la piedad totales!

Rosario, 6 de abril de 1938.

LLAMADO POR EL NIÑO

Este es un día de unidad y, además, de reconciliación de todos nosotros en el Niño.

Nuestras discusiones partidistas hacen hoy un paro: huelgan, sobran. Porque muchas cosas podemos discutir, menos este gran bochorno que se llama el Niño desnudo y hambriento.

El no pidió nacer y él pide sin más alegato que su pobre cuerpo que nos declara el sustento a medias, el cuarto insalubre, el mal vivir.

Por primera vez vamos a dar para una criatura sin raza expresa, sin patria declarada, chiquito, de cualquier parte del mundo: sudamericano, chino, italiano, polaco, judío, etc. Y sabremos, con sorpresa de nosotros mismos, que, a pesar de los chauvinismos rabiosos, el concepto de la humanidad, como el cuerpo indivisible de Cristo, está latente a mitad de nuestro espíritu, y que este "llamado" lo hace subir a flor de pecho.

Muchas de las cosas que hemos menester tienen espera: el Niño, no. El está haciendo ahora mismo sus huesos, criando su sangre y ensayando sus sentidos. A él no se le puede responder: "Mañana". El se llama "Ahora". Pasados los siete años, lo que se haga será un enmendar a tercias y corregir sin curar.

Estamos enfermos de muchos errores y de otras tantas culpas; pero nuestro peor delito se llama abandono de la infancia. Descuido de la fuente. Ocurre en algunos oficios que la pieza estropeada al comienzo ya no se puede rehacer. Y en el caso del Niño hay lo mismo: la enmienda tardía no salva. De este modo, nosotros estropeamos el diseño divino que él traía.

Hoy es el día de dar para una muchedumbre, pero a la vez para cada uno, de dar alcanzando a todos, sin despojar a los nuestros: la probidad de las Naciones Unidas en esta distribución será irreprochable.

Comienza en la colecta de hoy un aprendizaje audaz que

nunca hicimos: el de dar para el próximo y el lejano, para el nacional y el forastero. Y este ensayo no tiene nada de absurdo: es la primera y la última letra del alfabeto cristiano. Nunca ensayamos esto y alguna vez habían de conducirnos hacia una operación espiritual postergada pero inevitable, dura pero posible.

Queremos salvarnos salvando al Niño; siempre creímos que la salvación podía salir de la ayuda al pariente, al de rostro sabido. Pero Aquel a quien llamamos el Salvador no vino para el mero judío; El vino para el planeta y escandalizó con su adopción del Mundo a centuriones y a rabinos.

Pudiese ser que la flaqueza del cristianismo arranque de nuestra caridad casera y regional y de la indolencia con que miramos el hambre oriental y el hambre africana y las demás.

La mano estirada de hoy, la alcancía ambulante que va por las calles, no es que pida, *es que cobra.* Todos somos deudores al bulto menudito que se esconde en nuestra montaña, que vive en los valles sin más ración que el aire y la luz y que vaga por unas ciudades a la vez suntuosas y raídas de miseria.

Hoy los colectadores nos cobran cuanto se debe al Niño, lo cual es mucho. Demos sin ceño fruncido; demos por decoro colectivo e individual, cristiano o pagano, pero demos todos. Y al soltar las monedas, procuremos ver al pedigüeño invisible, para que de su imagen nazca en nosotros la conciencia del Mundo unitario, que fue ensayado en vano por la Sociedad de las Naciones y que ahora la *UNO* vuelve a intentar, como quien hace segunda siembra sobre tierra helada y terca.

Las Naciones Unidas son más que una asamblea y una hechura política: ellas son la yema de una conciencia universal. Y lo mejor de sus creaciones y de su inspiración tal vez sea este "Llamado por el Niño", que es también el desagravio a la madre en falencia.

Todos fuimos niños, y dar hoy será traer a los ojos la propia infancia. Vaciar el jornal entero será recobrar la mano infantil en la cual nada se pudre porque nada se acumula y que él lleva abierta porque el Niño es un botarate a lo divino...

Mayo de 1948.

DESPEDIDA A LOS NIÑOS DEL BRASIL

Niños brasileños, dejo el Brasil después de cinco meses de vida entre vosotros; vuestra patria es como la montaña de imán del cuento árabe: dobla el itinerario y deshace el cálculo del viajero; el Brasil toma y retiene con su esplendor físico, con su suave temperamento racial y con su originalidad de patria americana con facciones propias.

En estos meses de vacaciones, casi todos vosotros estáis en el campo o en las playas. Estas palabras de una turista que es una maestra, las leeréis en la arena de Copacabana o en los plantíos de tierra adentro, sentados entre las herramientas agrícolas o acostados en la tierra roja del Brasil. Esas arcillas brasileñas tal vez sean vuestro símbolo mejor; la Tierra posee entrañas aquí y hasta las plantas tienen no sé qué dejo de Adán o de Eva.

Aunque viváis dos tercios del año en vuestras hermosas ciudades, vosotros, niños brasileños, sois como yo campesinos y exhaláis la leche de la tierra en vuestra benevolencia, y mana una leche de piedad de vuestra historia pacífica. Otras razas grandes del mundo, el italiano, el francés, el alemán, el chileno, el mexicano, son válidas por lo mismo de conservar intacta esta leche agraria que a la vez refresca y conforta.

Os agradezco la fiesta de la Escuela Chile, donde yo vi las primeras danzas indígenas del Brasil, que abrieron mi apetito para buscar las minas de vuestro folklore. Os agradezco el día de la Escuela Antonio Delfino, en que me hicisteis dos regalos no recibidos en ninguna parte y que cayeron rectamente a mi corazón: un álbum de las leyendas de vuestros árboles, copiadas por vuestra mano a otro álbum, con veinte manojitos de vuestros cabellos; os agradezco las horas del Instituto de Sao Paulo, en que nos cambiamos de la mano a la mano, como un juguete, la infancia vuestra y la mía, conversando familiarmente. Os agradezco los juegos gimnásticos de la isla de Paquetá, en los que os

oí reír, silbar, gritar, mimetizando el rumor de vuestros ríos, de vuestra marea y de vuestros animales: nada extranjero, nada prestado, nada hurtado a la invención ajena, todo brasileño, todo salido de vuestro ingenio fértil.

En vuestra gracia, en vuestra inteligencia, en la linda camaradería que me habéis dado, me siento deudora de vuestras maestras, que así os forman: alertas y donairosos.

Niños brasileños, hijos del portugués, que dobló la geografía, que inventó arquitectura y dio a Europa una épica noble y una lírica fina, esta palabra de crear es la voz de orden que se oye ahora en cada escuela, cada taller y cada programa vuestros. La he recibido con emoción de boca de los maestros, los escritores y los músicos brasileños, porque hace muchos años que yo amo la escuela que hace crear, que entrena, provoca y pone a crear.

Vosotros ya decoráis el muro, la taza y el cuaderno con la palma, la orquídea, la onza, la garza roja y el pájaro mosca, lo mismo que el griego decoró con el acanto, la hiedra, el caballo y el buey.

Vosotros, antes que los niños de mi América española, habéis tenido en *Martín Cereré* el poema nacional y popular, donde las palabras se coagulan para regalar a los niños la cretona de su hazaña nacional y la de su territorio.

Vosotros, también antes que nosotros, habéis tenido la intrepidez de lanzar al mundo una música criolla, de la que saltan las brusquedades y las lentitudes, las lanzadas y las dulzuras de vuestra selva, vuestro *sertâo* y vuestros parques.

Vosotros, además, creáis sin saberlo, niños del Brasil, una industria que ya no se ama en otras partes del mundo: creáis el convivio cristiano de las razas, en el mismo momento en que la cristiandad se cuartea o se desfigura en otras partes; creáis el cristiano de América, blanco, amarillo o negro, que no se logró ni en la Palestina, puente de pueblos, y que nace aquí, en tierra que no pisaron los pies de nuestro Señor Jesucristo. Vosotros, niños, no os dais cuenta cabal de esta creación brasileña que sale en bocanada sobrenatural de vuestras escuelas y de vuestras iglesias, que vuela sobre vuestras ciudades y que corre por las rutas del Brasil.

Vosotros, niños, creáis y seguiréis creando con gozo. Sois el pueblo menos triste y apesadumbrado entre los iberoamericanos. Rezáis con alegría, criticáis sin acidez, trabajáis, ricos o pobres, con esperanza.

Las razas vitales, es decir, los eternos dueños del mundo, trabajaron así como vosotros, en Grecia, o en la Campania o en el Miño.

Yo me llevo en lo más seguro y estable del recuerdo vuestra voz y vuestro idioma que son un polen volador, que a la vez enardece y ablanda el aire; los llevo en discos de coros que oiré en mi casa de Europa o de América, que oiré siempre, para no perderlos más.

Seguid creando en cada día que os da el Tiempo y que os dora la Eternidad. Aunque parezca que hacéis sólo lo vuestro, con cada golpe de garlopa, de grúa o de timón, trabajáis también por Chile, aviváis nuestros pulsos y dobláis el volumen de nuestra sangre, de ser nosotros una raza que tiene y da la confianza.

Hay una operación escondida dentro del alma americana, según la cual nuestro bien o nuestro mal se redondea con palabras que parecen individuales, pero que son raciales y que, partiendo del país A o Z de la América, se juntan en una sola frase. Esa frase fue una vez la de "Independencia política" y ahora tal vez sea la de "Emancipación moral y económica". *En frase* hablamos sin saberlo los americanos, y cuando caemos en la discordia, el Espíritu nos castiga volviéndonos estéril la palabra.

Tal vez Dios nos mira, a pesar de la forma brutalmente sólida del Continente, como un sistema de corrientes aéreas, que juegan a huirse y que no hacen sino enrollarse una a la otra, cada vez que es necesario, cada vez que pasa un calofrío de riesgo.

Los nombres de nuestros guías, de nuestros bandeirantes continentales, se truecan con facilidad, aceptan una equivalencia moral, entran unos en los otros como las cajas sucesivas en que sepultaban al Faraón. El cuerpo místico de la América tiene en el bueno de Lincoln, en el óptimo de Bolívar, en el pacífico de O'Higgins, en el sabio de Ruy Barbosa, en el trágico Tiradentes, capas y capas, defensas y más defensas del santo bulto de la América.

En unos dos meses más, ya no os miraré, ni desde la altura gallarda del Estado de Sao Paulo, ni desde la llanura del Plata; ya estaré cordillera adentro, en el valle de Chile, donde mirar a los ausentes no es divisarles sino recrearlos a puro recuerdo.

Entonces yo os contaré a mis niños de Chile en vuestra estampa natural: un gran friso de cuerpos blancos y mestizos, que trabaja y juega a la orilla del Atlántico y que parece no tener más mira y más ansia que la de salir a su costa para ojear el mundo.

Pero la estampa invisible y verdadera es esta otra: La Amazonia mágica os lanza, desde adentro, la flecha del indio, el llamado de la tierra; la Amazonia os desvía los ojos

del mar y los vuelve hacia su inmensidad; la Amazonia os lacea con ráfaga de olor, volviéndoos hacia ella; la Amazonia, que es la esencia de la América, os habla, os silba, os gime, desde este término verde, desde su *saudade* profunda, que es la *saudade* de la América original y eterna. El friso de la infancia brasileña, el friso marítimo que estoy diciendo, oye a la Amazonia, y movido por su magia, va poco a poco caminando hacia adentro, más adentro, más...

Así caminamos todos, hasta encontrarnos hacia nuestro corazón, que en Chile se llama la Cordillera, en la Argentina, la Pampa, y en el Perú, la Sierra. El mismo friso de infancia se mueve allá y acá hacia su entraña americana, y cuando todos hayamos arribado a ella, mejor nos oiremos, y nos amaremos en la americanidad cenital, conseguida.

Os he querido, os conocí y os seguiré siempre con lealtad, niños del Brasil grande y humano. Tomo de prestado la expresión del poeta de Italia, para deciros que yo conservo, no lo que doy, pero sí lo que pierdo: siempre os tendré conmigo, aunque no os vuelva a ver más.

Junio de 1938.

VOTO DE LA JUVENTUD ESCOLAR EN EL DIA DE LAS AMERICAS

Nosotros, americanos del Norte y del Sur, hemos recibido y aceptado con la unidad geográfica cierta comunidad de destino que sería un triple destino de realizar la riqueza suficiente, la democracia cabal y la libertad cumplida en el Continente.

Puestos por la Providencia a vivir en territorios desatados, favorecidos así con un inmenso hogar físico, nuestra faena ha sido primero la de tomar posesión de la tierra leonina; luego la de obtener en el suelo domado esa suma de bienestar colectivo que las democracias honestas se prometen y se cumplen a sí mismas, y es hoy la de crearnos una costumbre espiritual digna de nuestras herencias raciales y de nuestra fortuna geográfica.

Poseemos la tierra desahogada que no mueve a codicia inútil, una sobriedad republicana que repugna la abundancia viciosa, el consejo unánime de nuestras morales religiosas y laicas que ven en la probidad la única atmósfera durable del mundo y un paisaje piadoso que sugiere la paz como una condición natural del hombre americano.

A lo largo de nuestros 105 grados de latitud, la tierra se muestra como más pronta, como más anhelosa y como más rápida que cualquiera tierra a su obligación secreta de regalar la dicha al hombre. Tal vez por estar menos fatigada de generaciones, por hallarse más asistida de aguas y calores genésicos y menos agobiada de población, la tierra americana se ofrece mejor que otra ninguna al brazo movido de justicia para la distribución legítima de su riqueza y para la creación de unas civilizaciones morales saturadas de cordialidad, tejidas con las fibras más ostensibles de las virtudes sociales.

Hijos del Viejo Mundo, e hijos de dos culturas indígenas indudables, buscamos trascender a Europa y a los imperios aborígenes con una democracia cabal y con el concepto más rico de la libertad humana. Situados por la Pro-

videncia entre Europa y el Asia, ella nos impone un deber de comprensión respecto de las sensibilidades opuestas; nuestra doble costa que mira al Occidente y al Oriente tiene, al igual que la costa griega, la misión de aceptar, comprendiéndolas, a las razas diferentes.

Nuestra obligación de entender que la modalidad diversa de dos culturas no entraña inferioridad respecto de una, y que los grupos humanos suelen manifestar una doctrina idéntica con modulación ya patética, ya serena, debe comenzar en el Continente mismo por medio de una interpretación leal que haga el Norte respecto del Sur, y el Sur respecto del Norte: la buena ética exige, antes que todo, el cumplimiento de los deberes inmediatos. Una mejor comprensión nuestra para el resto del mundo vendrá después, y será ya fácil como las rutas conocidas que el instinto y los ojos siguen bien.

La cultura latina ha hallado en los pueblos del Sur un reino más vasto que el Mediterráneo clásico para gobernar hombres bajo su norma ejemplar; las culturas universales realizan, por su parte, en la América anglosajona, la prueba victoriosa hasta hoy de una fraternización de ellas todas en un mismo territorio. Y esta prueba no la había intentado hasta hoy el mundo con buena suerte.

Nuestros héroes del Norte y del Sur, Bolívar como Washington, Lincoln como San Martín, parecen concebidos en una misma hora por un mismo designio, y son obreros de una faena idéntica. Nuestras Constituciones, salidas de la conciencia de ellos, están iluminadas por una luz igual y destacan un perfil fraterno como las plantas que nutre un humus común.

La América anglosajona, nacida rigurosamente de Europa, ha cumplido más o menos con facilidad una labor semejante a una especie de unificación de las grandes provincias espirituales de Europa, en un territorio nuevo; la América latina ha realizado y sigue realizando con más dificultades, y por lo tanto con más dolor, la aleación de dos razas de diverso orden físico y de más diverso ritmo emocional, y su triunfo sobre tales obstáculos tiene la trascendencia de las más rudas faenas cumplidas en el mundo.

Americanos del Norte y del Sur, nosotros vamos a imprimir a la cultura europea, a la institución europea y a los hábitos, al arte, a la pedagogía y la ciencia europeos una tónica, un acento, un sabor democrático gracias al cual ellos derramen sobre el hombre de las tierras nuevas una belleza y una dulzura mayor.

Hemos llamado a los hombres de los cuatro puntos car-

dinales, con perfecta liberalidad y con una generosidad que es la de nuestra latitud geográfica, a crear en el Continente razas de facciones universales, capaces de un ensanchamiento de la vida clásica y capaces también de toda la épica futura.

En el cuerpo y la conciencia nacidos en el Continente Americano, educados bajo la costumbre de mayor suelo y el uso de menos ayudas históricas, el observador justo suele anotarnos una bella desenvoltura delante de la empresa grande y una dichosa confianza del futuro. Creemos que la guerra aparecerá a las próximas generaciones americanas como una ilustración de viejas literaturas y una ley de tiempos anulados para ellas por la sensatez piadosa de nuestros legisladores y maestros. La guerra no haría en el Continente Americano sino enloquecer desde la santidad de nuestro paisaje hasta la sensibilidad colectiva —paisaje interior de las masas—, de modo que a causa de ella tendríamos que rehacer el suelo y reedificar penosamente a la criatura, y está demasiado próximo el recuerdo de la construcción de la América para que podamos comprometer así la obra de nuestros padres.

Nosotros, americanos del Norte y del Sur, amamantados por la leche de veintiuna Constituciones que proclaman el respeto de la independencia ajena como una forma primaria de decoro propio, puestos a vivir por Washington y Bolívar bajo el meridiano del derecho de gentes y adoctrinados desde la escuela primaria hasta la universidad en la lealtad hacia esa sagrada escritura que son nuestros códigos nacionales, reiteramos a los héroes de los cuales venimos nuestra voluntad de servir la independencia de estas veintiuna patrias en el mismo grado de dignidad de la nuestra; renovamos a ellos voto de repugnar la violencia en el trato de estas veintiuna naciones, como una torcedura hecha en sus normas eternas, y rechazar la injusticia como una disminución de su honra gloriosa, de la cual vivimos y seguiremos viviendo.

Escrito especialmente para el Primer Día Panamericano, 14 de abril de 1931.

NIÑO Y LIBRO

BIBLIOTECA Y ESCUELA

El pueblo americano que nos hospeda, a poco de nacer, entendió que Biblioteca y Escuela son sinónimos, y además que el cuerpo de la cultura no puede trabajar como un manco, sólo a base de la última. Los Estados Unidos nacieron leyendo, se han acrecentado dentro de esta pasión y siguen perfilándose por medio de ella. Ellos trabajaron sobre el capítulo librero con un criterio de abastecimiento en grande, de inundación de géneros, lo mismo que hacen con su mercado de alimentos.

A mí me apena confesar la norma opuesta con la cual se trabajó en el Sur. Pero estáis allí en trance de deciros la verdad los unos a los otros, y el tapujo dañaría vuestra faena, aparte de que la autoadulación me pareció siempre una malicia de niños bobos que a nadie engaña.

Digo, pues, que la mayor parte de la América latina acometió la empresa bibliotecaria dentro de una manera que llamaríamos suntuaria, o aristocrática, o mejor, urbanista. Se buscó servir a las ciudades en cuanto a núcleos vitales del país. El estilo fue muy ibero, pero también europeo, y señalado por las marcas digitales de todo régimen colonial. Al llegar la era republicana, no se corrigió la fórmula, ensanchando aquel sistema de abrevadero único, como si la sed de leer que ardía en el pueblo emancipado no obligase a surcar el territorio entero de bibliotecas.

Las ciudades pequeñas, y no digamos las aldeas nuestras, o bien poseen bibliotecas paupérrimas o viven rasas de libros, ayunas de esta alegría que es parte del disfrute mismo de vivir; ellas quedaron al margen de la honra de leer, la cual corre pareja con la de ser hombre y no zoología rasa.

Dos excepciones rotundas hay que hacer en este acaparamiento necio: Sarmiento, el quemador de una decena de barbaries, quien se había criado en el hambre del libro fino, cuando llegó a la presidencia de su país había de volear la

biblioteca pública hacia los cuatro cantos de la Argentina. Mucho más tarde, el Ministro Vasconcelos, yendo más lejos todavía, y haciendo de cada maestro rural un bibliotecario, injertó la sala de lectura en cada escuela. El crearía una tradición que México no habría de soltar, sabiendo que este quijotismo librero, esta locura de la celulosa que habla, debe seguir su marcha en bien de la ciudadanía provincial y aldeana.

El Libro Caro

Sin derecho, sólo por la gracia que se me ha acordado, yo quiero indicar el punto más enfermo que veo actualmente en la vida del libro.

El ha encarecido sobre todos los meridianos, y con una alza escandalosa que va mucho más lejos que la de los demás "alimentos terrestres". Los escritores siguen viviendo tan pobres como antes, en tanto que su producto ha triplicado el precio, volviéndose lo que ellos jamás desearon: lujo, materia preciosa, privilegio. Y como el libro nunca fue para el hombre común artículo equiparable a la mesa y el vestuario, en esta carestía desaforada el libro irá retrocediendo, será una "piel de zapa" que encoge sin más causa que la explotación de impresores y especialmente de libreros. Yo no creo que en tal proceso obre un plan maligno, pero pienso que obra un dejar hacer de los dueños naturales del libro que somos los escritores, las escuelas, las bibliotecas y los gobiernos. El daño puede subir y volverse un suicidio de la industria librera y, sobre todo, una sangría lenta de la cultura.

En años de democracia cenital, en los cuales todo se hace bajo esa advocación, precisamente en pleno jubileo del populismo, resulta que lo que decae, escasea o se escurre, como una personalidad eliminada, sea precisamente el libro, nada menos que el libro. El hecho que vemos pertenece a uno de los mayores absurdos de nuestro tiempo, el cual va en un zigzagueo desde la lucidez a la ceguera y desde la sutileza de la concepción a la grosura de las realizaciones.

La Calidad de la Lectura Popular

Cualquier observador que quiera seguir la vida de una sola biblioteca pública sabrá que se lee en algunas de ellas mu-

cho y mediocre; en otras, poco y malo. Cierto deportismo o jugarreta intelectual se está despeñando sobre esta hora, que es conjuntamente de buena voluntad y de atarantamiento, y el demonillo que llamaríamos espíritu de facilidad y comodonería desplaza el hábito del lector antiguo y no digamos del lector heroico, para los cuales no fue nunca trivialidad ni bufonada, sino operación seria cumplida sobre materiales que exigían algo o muchísimo.

Estamos viviendo unos auges lamentables de ciertos géneros de novela, por ejemplo: de la policial y de la de seudomisterios, que no son, ¡ay!, las hijas ni aun las entenadas del grande Edgar Poe... Parece que una marejada borrosa se va llevando por delante "la flor del botín" que fue la lectura paladeada; esta ola de envalentonamiento arrasa a los clásicos universales, a la obra de historia, al libro científico y a los demás géneros que corren bajo el rubro del Libro con mayúsculas. Los engendros recién venidos parecen pertenecer al cuerpo del cinema, y serían, por lo tanto, la invasión de un intruso en morada ajena, que pertenece a otro reino, a otro ejercicio y a otra jerarquía.

Todos sabemos las excusas que se dan por el acrecentamiento de estas especies inferiores, cuya multiplicación se parece al desove de ciertos peces; se habla de pereza mental en los jóvenes, a causa del deportismo y de la fatiga que acarrean el trabajo y el ajetreo de las urbes. La lectura, gran dama, se nos estaría abajando a recitadora de asesinatos, de "misterios" y de chistes baratos, en un trueque como el de la Dulcinea con la moza olor de ajos...

La estadística, que indica la prosperidad de esta lectura tonta, abisma a los profesores; pero la cifra paralela de la delincuencia infantil, que lleva encima los signos digitales del libro policial, deja despavoridos a los padres. Los libros de la línea indicada lucen en los catálogos el apodo de "Lectura... popular".

Uno de los peores daños que se puedan hacer al pueblo lector tal vez sea el de primarizarlo más aún y enviciarlo en el hábito del esfuerzo mínimo, y hacer que pierda lo poco que había ganado en buen gusto, en eso que llaman "el paladar del alma". El pueblo nunca puede ser promovido a dignidad verdadera al margen de la cultura, y bueno sería que él mismo supiese esto, que lo entendiese.

Apostolado del Bibliotecario

Aquí viene lo del apostolado en el oficio; siempre hay que caer en la palabra bíblica, para muchos antipática, pero que

sigue siendo válida en las empresas morales anchas, las cuales piden, como el mar duro, barcos de gran calado. Al hombre de temple apostólico se apela también cuando la marisma invade las granjas limpias. Sólo su alma de alta temperatura puede conducir a la clientela lectora hacia el esfuerzo y hacia la conversión a los maestros universales que en su mayoría escribieron para el pueblo, indicando aquí el vocablo al pueblo no estragado.

Los bibliotecarios con sentido de misión pueden lograr que el lector popular reconozca ciertas verdades verticales. El teatro griego, Shakespeare, el Dante, Cervantes, Rabelais, Dostoiewski, Montaigne. Todas las Escrituras Sagradas, Poe, Melville, y los novelistas grandes de hoy en la América del Sur o en cualquier país liberan del tedio, solazan y atrapan el interés tanto y más que la caterva de autores policiales; los grandes imaginistas que ellos fueron y son, siguen frescos e intactos; no se han vuelto cecina ni están tomados de herrumbre; se parecen a la brisa marina que no cansa y orea nuestras potencias. El sustento que ellos dieron, puesto al lado de aquellos embelecos, equivale a la tajada del buey homérico junto a la hortaliza tercerona...

Un apostolado del libro popular es cosa que pudiera incitar, pues resulta bastante más intenso y fértil que el oficio pedagógico. Explicar libros convidando a leer me pareció siempre una fiesta, y en mí fue hasta una euforia...

La curiosa clientela diurna o nocturna de las pequeñas bibliotecas es más avisada que la infantil por más vivida, y se vuelve, a poco andar, ambiciosa de logros mayores, ávida, incansable. El niño sólo querría jugar; el cliente adulto es un convencido de la materia, un verdadero amante de la manufactura viviente que mentamos "volumen", un husmeador que corre hacia sus fines, aun cuando empiece esta aventura con el libro primario y confusionista.

Para este apostolado, como para los demás de nuestro tiempo, se necesita técnica, anchura de espíritu, paciencia, pero a la vez fervor y un abstencionismo radical de aquel espíritu de partido de "maña" y de secta que pone a arder toda morada o la envenena de alto a bajo. El bibliotecario propagandista para en una calamidad.

No hay nada más fácil que amontonar libros: eso no cuesta más que enfilar ladrillos, y hay gentes que ordenan sus volúmenes para la eternidad con cierto regusto faraónico de no moverlos nunca... Son algo así como decoradores de muros o compadres de la muerte; realmente matan cada obra cuando la enclavan en sus anaqueles.

Gracias a Dios existen también los bibliotecarios jóve-

nes, o los viejos sin edad, y éstos manejan el santo depósito lo mismo que si fueran las represas del valle de Tennessee. Saben muy bien que el libro se hizo para circular, ambular, trotar y "perderse ganándose", como quería el maestro Vasconcelos, quien daba por bien aprovechados los libros que no vuelven a las bibliotecas-madres...

Guardianes vivos de muros vivos, estas gentes valen un tesoro: husmean el temperamento tanto como los intereses del cliente tímido y salen al encuentro de ellos; son una especie de orden dominicana de predicadores que viven batiendo la modorra del ambiente provincial y enleudando con levadura verbal al convivio de lectores-auditores. Mal pagados en muchas partes, ellos se sienten confortados por el espíritu mismo de misión, que es una dínamo ardiendo. Estos pobrecillos son quienes deciden de muchas vocaciones y a veces llegan a crear una vida nueva en las ciudades de media muerte.

Me los he visto en muchas partes, y supe que eran, al margen de toda gloria, los autores sigilosos del futuro y que manejaban las esencias de su raza más y mejor que los actores de alto coturno llamados "políticos"...

Recuerdos de Misioneros

Los nombres de los discóbolos del libro que conozco en la América del Sur se me vienen en raudal, pero sólo puedo citar algunos.

Leopoldo Lugones, poeta mayor y, además, varón sapiente, gobernó por años la Biblioteca de Maestros en Buenos Aires. Al muy letrado se le vio siempre allí sirviendo al entrenado como al simplote, y atizándoles la pasión de conocer que no le anda a la zaga a la del amar, y se halla, por lo tanto, latente en todos. La fertilidad cultural extraordinaria que irradia hoy desde el foco de Buenos Aires le debe, seguramente, más de lo que sabe a este minero del libro que conocía también sus metales y que no recibió la justicia que merecía cualitativa.

Entre los vivos, me cae el primero a mi memoria alguno que, sin ser bibliotecario ni pedagogo, se ha vuelto algo así como el rector de la lectura sudamericana, además de ser uno de los maestros de la prosa española. Mucho nos beneficiamos de él, y todos hemos recibido trigo de sus manos. Su dar y su prestar son tan anchos como sutiles, por-

que su arte de divulgación sólo puede compararse con el del ateniense por él mismo divulgado. Se llama Alfonso Reyes este bienhechor.

Me golpea la memoria un bibliotecario sin cargo ni paga, verdadero proveedor de lectura para su país entero, el uruguayo Vaz Ferreira... Rodó y él dibujaron las entrañas sensibles de su pueblo fino. Con manera ambidextra, enseñando y haciendo leer, regalaban en todos los sitios (aula, casa, salón, plaza, calle), por donde fuesen, bibliografías de ciencias y artes a los investigadores novatos, a los maestros de escuela, a los muchachos, y vivieron siempre el turno honesto de crear lo propio y divulgar lo ajeno.

En Costa Rica vive un curioso hombre partido en tres menesteres: García Monge, el educador sin cátedra, bibliotecario jubilado y editor de un cuaderno de textos y bibliografías que se llama *Repertorio Americano*. Esta gaceta ligera y densa hace de Mercurio andador por toda la América del Sur, y finge, además, de pregonero para reunir a los dispersos y alcanzar a los perdidos. Lleva cincuenta años de ayudarnos el publicista pobre, y nos sirve dentro de esa gratitud fantástica que sólo tienen los dioses...

Yo vi trabajar a otro clérigo más de iglesia librera: era el guatemalteco Arévalo Martínez, persona sagaz en la purga de la lectura popular tanto como exigente en su obra misma de prosa y verso. Mostraba sus salas con ese lindo orgullo del que vive pegado a su llama, y la alimentaba con leño y leño, en dueño y siervo de ella.

En el Brasil no conocí bibliotecarios; en cambio palpé un culto cotidiano y fervoroso de la lectura nacional, norteamericana y europea.

Sin tiempo para seguir repasando más y hacer justicia cumplida, debo mencionar algunos casos descollantes de divulgación del libro en América del Sur. Colombia viene a ser, proporcionalmente, el país más lector entre los del Sur, y este dato da el perfil de una cultura literaria en sazón. Venezuela ensaya la empresa fiscal de libros y revistas, que los escritores chilenos están ahora solicitando; Cuba y varios países ya editan a sus autores clásicos. Y hay el acontecimiento magnífico de grandes focos editoriales en la Argentina, el Brasil, Chile y México. Se trata de empresas en plena prosperidad comercial que trabajan con rigor intelectual, defendiendo su prestigio al igual de sus ganancias, conducta nada común en los usos comerciales.

Yo creo que este suceso del Sur tiene tanta trascendencia como la descolonización política hacia el año 1800, porque el mercado nacional del libro ya está triplicando la lectura sudamericana. [1]

Santa Bárbara (California),
julio de 1947.

[1] Fragmento de ponencia a un Congreso Interamericano de Bibliotecarios.

NIÑO Y LIBRO

Biblioteca y Cine

Se ha entablado una especie de lucha franca o sorda entre biblioteca y cine, que se disputan el tiempo libre de los niños. El cine gana hasta ahora la partida y atrapa a los niños la tarde del domingo o el sábado.

Una combinación de cine educativo en las bibliotecas infantiles sería de aconsejar para que el libro no quede enteramente derrotado por la sala de espectáculo.

Siendo la conquista del niño por el cine una expresión solamente de la pasión de la criatura por la imagen, sería conveniente aumentar de un modo extremoso la provisión de libros ilustrados en estas bibliotecas e ir eliminando el viejo libro sin láminas o paupérrimamente ilustrado.

Quiosco de Libros

La otra lucha, aparte de la anotada, se desarrolla entre deporte y lectura. También aquí es el deporte quien gana y deja derrotado al libro.

He visto a veces en la biblioteca de niños del Retiro lograrse un buen equilibrio entre ejercicios y lectura.

El ensanchamiento de este servicio de quioscos libreros podría salvar a los niños de llegar a la extremidad a que van derechamente, y que es la de dejar de leer a causa de la boga, creciente y loca, del deporte. No podemos combatir la pasión del ejercicio físico, que representa la reacción saludable de unos pueblos que hasta hace poco lo tenían abandonado y con daño tremendo para su vitalidad.

El niño deportista acepta leer en los descansos de sus juegos, y esta condescendencia llega hasta una alegre buena voluntad.

La renovación constante del repertorio de los quioscos es absolutamente necesaria. Anaqueles conocidos y resobados pasan a ser cosa muerta. Un servicio giratorio de libros entre los quioscos de parques y paseos de la ciudad se aconseja, aunque parezca que sobre el encargo. La lectura es un hábito que vive de novedad; la lectura debe ser batida como el aire de las habitaciones por unas aspas de ventilador que avienten lo ya inhábil por rancio.

Lectura Libre y Programas Escolares

La instancia, el pregón y la exigencia para que el niño lea quedarán inútiles mientras las escuelas de casi todas partes tengan unos programas tan recargados que se devoran, en pulpo, fuerza y tiempo del niño.

Solamente quienes tienen un estudiante en casa saben que, o el niño lee aventando sus tareas escolares, es decir, sacrificando colegio y calificaciones, o sencillamente no podrá leer de veras sino en el refugio de sus vacaciones. Esta es la realidad, y hay que quedarse con ella y no ponerse a planes de lectura encima del lleno completo de la semana escolar.

La consecuencia del hecho será mirar mucho por una lectura posible y holgada durante ese período de vacaciones, para nuestra empresa de hacer leer.

Las clases pudientes llevan sus niños al mar o montaña en esos meses; las pobres también logran mandarlos a playas o alturas en las llamadas colonias escolares.

Por lo tanto, viene a ser cosa de mucho cuido el movilizar una biblioteca de niños hacia esos lugares de concentración, por volverse ellos el punto estratégico de unas masas infantiles y en pleno período propicio para que ellas se entreguen a la lectura sin tener delante el coco o el fantasmón de las lecciones.

Es lo frecuente que ni los padres se ocupan de hacer un acarreo copioso de libros para sus hijos en esta ocasión ni que en los pueblos de veraneo, a menos de tratarse de ciudades de lujo, haya a mano una biblioteca infantil.

Bibliotecas Circunstanciales

La Fiesta del Libro, invento de muy buena fortuna, puede lograr en dos o tres años la dotación de biblioteca en la escuela pobre.

Las familias se allanan a hacer el obsequio de un volumen, y cae una lluvia cerrada de libros sobre la escuela, lo que significa poblar en un día los muros de la sala pertinente sin esperar dotaciones oficiales.

Pero resultan una calamidad estas graciosas y no agraciadas bibliotecas. Las familias regalan, o bien libros que nunca se leyeron en casa, extraños bichos, curiosos abracadabras, o mandan volúmenes de una vejez indecorosa por su estropeo, o se desprenden de obras saturnianas que hicieron el deleite de los abuelos, pero que no encandilan ni al hijo ni al nieto.

Nace así una cómica biblioteca, verdadero aborto institucional, que me he encontrado en varias partes, hija de la pobre fiesta de circunstancia y ofensora de sí misma.

A un maestro digno de su función no le queda sino hacer un auto de fe con esta malaventurada cosecha del Día del Libro, si quiere limpiar de roña sus anaqueles y dejarlos libres para aposentar otros huéspedes más serviciales.

Aconsejaríamos a los maestros gestores de esta linda festividad del Día del Libro el pedido desembozado y hasta impertinente de regalos, según una lista de obras que pueden procurarse los donantes y que formen un repertorio válido para escuela. Los padres de la triste ocurrencia de regalar lo jubilado de sus propios gustos entenderán y tal vez hasta celebren la pícara jugada...

Maestros y Bibliotecarios

Y a propósito de lo anterior, hay que decir algo de estos dos oficios, amellizados en las ciudades pequeñas por razones de economía.

Parecen de tan relacionados que se hallan, que pueden hacer conjunción natural; pero no siempre la alianza resulta tan excelente como creemos.

El bibliotecario profesional acepta más fácilmente el concepto de que la lectura del niño entre los siete y los doce años va desde una recreación educativa a una recreación lisa y llana. El bibliotecario-maestro ve casi siempre en la lectura libre de sus chicos otra manera de clase, en la cual él ha cedido la disertación a su colega el libro, al que busca todo lo seriote y sabihondo que se pueda... Prefiero el bibliotecario profesional, aunque lo sé una pieza de lujo en nuestros países pobres y desprovistos aun de los fondos necesarios para hacer la dislocación de los oficios soldados.

Cuesta mucho arrancar a los maestros de su celo vicioso por instruir en cada hora —hasta en el sueño lo quisieran— y llevarlos a la flexibilidad sonriente de hacer leer por ir dando una lectura desinteresada hasta clavar en el niño la pasión subida de leer.

Lectura por los Bibliotecarios

Entre las iniciativas ingeniosas para crear en los chiquitos la apetencia de leer, están la "Hora del cuento" en la escuela o la lectura por el bibliotecario en la misma sala de libros.

Recorre ahora nuestros pueblos una fiebre de la recitación poética, que se ha vuelto un género teatral bastante socorrido de los públicos. El ver esta moda asentada fácilmente en nuestros países me ha hecho pensar en la utilidad preciosa que tendría el formar, en vez de esas recitadoras de tablado, un equipo de maestros y bibliotecarios que sepan leer bellamente, con donosura y magia, despertando por un lindo recitado en prosa la avidez de leer la pieza completa que se oyó a medias o la obra congénere.

Porque una de las causas del desgano o desabrimiento de nuestros niños hacia la lectura viene de lo mal que se lee en la escuela, de que la persona didáctica (y la prueba la pone quien esto escribe), aprendió a dar lecciones y no a leer con donaire o alacridad.

Mayor bien que muchos cursos de esos llamados de especialización traerían unos de buen leer y de buen contar, hechos para maestros y bibliotecarios. El resultado de ellos podría ser un desplebeyamiento de la lectura del aula, una promoción del leer corriente a ejercicio selecto y a un desperezarse de la lectura en general.

Madrid, mayo de 1935.

CONTAR

Poco toman en cuenta en las Normales para la valorización de un maestro, poco se la estiman si la tiene y menos se la exigen si le falta esta virtud de buen contar que es cosa mayorazga en la escuela. Lo mismo pasa con las condiciones felices del maestro para hacer jugar a los niños, que constituye una vocación rara y sencillamente preciosa. Lo mismo ocurre con el lote entero de la gracia, dentro del negocio pedagógico. (El filisteísmo vive cómodo en todas partes; pero muy especialmente se ha sentado como patrón en el gremio pedagógico dirigente).

Sin embargo, contar es la mitad de las lecciones; contar es medio horario y medio manejo de los niños, cuando, como en adagio, contar es encantar, con lo cual entra en la magia.

Estoy hablando de la escuela primaria, naturalmente, sin que esto deje de cubrir también los tres primeros años de la secundaria.

La zoología es un buen contar de la criatura-león, de la criatura-ave y de la criatura-serpiente, hasta que ellas, una por una, caminen, vuelen o trepen delante de los ojos del niño, gesticulen y se le metan en el alma hasta ese como núcleo en que él tiene sentado a los demás seres con quienes entabla la linda familiaridad animal que es la mera infancia.

Se han de dar primero las estampas, todas las posibles, abundantes, numerosas estampas, sin las cuales no habrá en la sala objeto verdadero sobre el que el niño aúpe conocimiento alguno. Sobre la lámina yo pondría la aventura o el relato —muy coloreado— de la costumbre animal, ya sea dando el trozo escogido de una buena Antología Zoófila o el cuento de bestias que el profesor se sepa. Sólo después de esta doble estampa de la bestezuela, la estampa grabada y la oral, ya entraría en la descripción técnica haciéndola vigorosamente enjuta, como el trazo del aguafortista, porque es engorrosa siempre para el niño; de ella pasaría, final-

mente, a lo del orden y la familia, que como trabajo de generalización es bastante ingrato para el chiquito.

Caldeado el niño con el relato, echado así de bruces en el tema, con el gusto del nadador que se zambulle, él encuentra en la criatura-abeja, o la criatura-león, como un elemento que le da el gozo, y él dará dentro del tema los pasos que se quiera o, al menos, los que permita la suma de interés levantado por la narración en confluencia con la imagen.

La botánica no es menos contar que la zoología, al revés de lo que algunos creen. Se cuenta con la misma arquitectura bella de relato, la cosecha y elaboración del lino; se cuentan muchos árboles americanos prodigiosos, dando al niño el mismo encantamiento de una fábula animal. Así el árbol del pan, así las palmeras —que hacen tribu vegetal—, así la tagua ecuatoriana o el alerce chileno.

La geografía es siempre un contar en el gran geógrafo y un puro enumerar huesoso y hacer cubos de cifras en el mediocre. Reclus, el admirable, contó larga y jugosamente; Sven Hedin y Humboldt han contado. La plaga de autores de textos de geografía no sabe contar por boca propia ni tiene la hidalguía de citar con largueza las páginas magistrales de los clásicos con que cuenta su ramo. De donde viene ese pueblo feo y monótono que forman los textos de una ciencia que es genuinamente bella, como que es la dueña misma del panorama.

El paisaje americano es una fuente todavía intacta del bello describir y el bello narrar. Ha comenzado hace unos pocos años la tarea Alfonso Reyes con *La Visión de Anáhuac,* y ese largo trozo de una maestría de laca china en la descripción ha de servir como modelo a cada escritor indoamericano. Nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo íntegramente y, además, dignamente.

La química es también contar. Las propiedades —y no digamos los usos— de cada materia dan para relatos del mejor "maravilloso". Yo he hecho en una escuela de obreras uno con el yodo —producto precioso que sólo da nuestro país— y otro con las principales resinas, por lo cual bien sé lo que aseguro.

Yo dividía hace años los temas en temas con aureola y temas sin aureola, es decir, los que se prestan a una transfiguración del asunto gracias a un comentario hábil y los que esquivan o rechazan su dignificación a criatura gloriosa... Ahora yo creo que no existen sino temas aureolados, o sobrenaturales, y que mi pereza para punzarlos hasta

sacarles esplendor era la que me dictaba aquella tonta clasificación. He leído un artículo ajeno sobre los cristales a esas mismas alumnas obreras y las he tenido dos horas como debajo de un hechizo. Sé que después de esa lectura su mirada para el simple vidrio, y no digamos para el cristal de roca, será una mirada nueva.

Sobra decir que la historia es un contar, aunque no esté de más la perogrullada para los maestros que resuelven ese ramo en fechas, lugares y apellidos.

Quedamos, pues, en que quien sabe contar donosamente tiene aprovechado y seguro medio programa.

Ahora vendría el esclarecer lo que es un buen contar.

Creo que no se sabe esto preguntándolo a un técnico en fábulas, o sea, a un escritor, sino recordando quiénes nos contaron en nuestra infancia los "sucedidos" prodigiosos que nos sobrenadan en la memoria desde hace treinta años.

Mi madre no sabía contar o no le gustaba hacerlo. Mi padre sabía contar, pero sabía él demasiadas cosas, desde su buen latín hasta su noble dibujo decorativo: era hombre extraordinario y yo prefiero acordarme de los contadores corrientes. Dos o tres viejos de aldea me dieron el folklore de Elqui —mi región— y esos relatos con la historia bíblica que me enseñara mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil. Después he leído cuantas obras maestras del género infantil andan por el mundo. Yo quiero decir que las narraciones folklóricas de mis cinco años y las demás que me han venido con mi pasión folklórica después, son las mejores para mí, son eso que llaman "la belleza pura" los profesores de estética, las más embriagantes como fábula y las que yo llamo clásicas por encima de todos los clásicos.

El narrador en el folklore no usa del floridismo, no borda florituras pedantes, ni florituras empalagosas; no fuerza con el adjetivo habilidoso el interés; éste brota honrado y límpido del núcleo mismo de la fábula. El narrador folklórico es vivo a causa de la sobriedad, que cuenta casi siempre alguna cosa mágica, o extraordinaria a lo menos, que está bien cargada de electricidad creadora. Con la repetición milenaria, el relato, como el buen gimnasta, ha perdido la grasa de los detalles superfluos y ha quedado en puros músculos. El relato folklórico de este modo no es largo ni se encuentra atollado en las digresiones, camina recto como la flecha a su centro y no fatiga ojo de niño ni de hombre. Estas son, creo, las cualidades capitanas del relato popular.

¿Y las del contador? De lo anterior se desprenden algunas de ellas.

El contador ha de ser sencillo y hasta humilde si ha de repetir sin añadidura fábula maestra que no necesita adobo; deberá ser donoso, surcado de gracia en la palabra, espejeante de donaire, pues el niño es más sensible que Goethe o que Ronsard a la gracia; deberá reducirlo todo a imágenes, cuando describe, además de contar, y también cuando sólo cuenta, dejando sin auxilio de estampa sólo aquello que no puede trasmutarse en ella; deberá renunciar a lo extenso, que en la narración es más gozo de adulto que de niño; deberá desgajar en el racimo de fábulas que se ha ido formando las de relación caliente con su medio: fruta, árbol, bestia o paisaje cotidianos; procurará que su cara y su gesto le ayuden fraternalmente el relato bello, porque el niño gusta de ver conmovido y muy vivo el rostro del que cuenta. Si su voz es fea, medios hay de que la eduque siquiera un poco hasta sacarle alguna dulzura, pues es regalo que agradece el que escucha una voz grata y que se pliega como una seda al asunto.

Si yo fuese Directora de Normal, una cátedra de folklore general y regional abriría en la escuela. Además —insisto—, no daría título de maestro a quien no contase con agilidad, con dicha, con frescura y hasta con alguna fascinación.

Abril de 1929.

MADRINAS DE LECTURA

Del Consejo Nacional de Mujeres de Buenos Aires —hermosa institución— esta noticia que beneficiará a otras.

La sección más fuerte del Consejo es la Biblioteca, y la Biblioteca viva, es decir, con el libro movedizo y fecundo, bien distribuido, accesible y variado. Las iniciativas de la Biblioteca son numerosas, pero la que anoto me parece la más original.

La Argentina mira mucho hacia la civilización rural, porque las fuentes de su economía son, como se sabe, rurales. No hay cultura campesina sin buen maestro. El pobre hombre o la pobre mujer, a la par sin cultura general y sin instrucción agrícola, que en Chile se mandan al campo, no pueden sacar a las aldeas de eso que podríamos llamar su masa-barbarie. No llevan lo mejor de las ciudades y no aman tampoco la vida del campo.

Para hacer llegar a la estancia (hacienda) del último pedazo de la Patagonia o del Chaco el latido de Buenos Aires, el Consejo que menciono ha creado las "madrinas de lectura". Parece que la institución es nueva en América.

Las esposas de los terratenientes, las profesoras de Normal, las periodistas, etc., en una alta cifra, se inscriben contrayendo la obligación de tomar a cargo la lectura de una maestra rural. La labor es desinteresada: no se trata de mandar ni la biblioteca oficial del Sindicato Rojo ni la del Sindicato Azul. Libros de divulgación pedagógica, de geografía recreativa, revistas de agricultura, lo mejor del género biográfico universal, periódicos de labores de mano, también las excelentes ediciones dominicales de los grandes cotidianos, todo esto va, volumen a volumen, en encomienda quincenal. Entiendo que no hay devolución; no soy partidaria del libro alquilado. Ruskin decía que todo individuo decente debía tener los mejores libros; pero incorporados al menaje de su casa y de su espíritu. El libro que se ama

no puede ser sino lo que el vestido o el lecho: decorosa propiedad.

Naturalmente, la "ahijada de lectura" tiene derecho a solicitar de su madrina desconocida las obras que le interesan particularmente. De tan sencillo modo puede cumplir una mujer con algo que me ha parecido siempre que debía ser profesión humana: la de formar una criatura espiritual...

La llamada vida del campo es muy noble para ser vivida por aquellos que han tenido ya largo sustento de cultura en las ciudades: llevan los materiales para hacer en la soledad la más poderosa vida mental y la depuración más segura de sus facultades. Para la inteligencia sin pasión de estudio, para el alma nueva que debe construirse, el campo es una fatalidad. Después de tres años se siente en estas últimas la herrumbre, la ociosidad hecha naturaleza. ¿Qué hace en el silencio el que no ha llevado pensamientos que esmerilar y qué hace con la soledad el que no sabe cuajarse sus entrañas de amigos?

Yo estoy entre los que conocen esa guardia de sí mismo que es necesario hacerse en el campo, para no caer en la modorra ni en el desfallecimiento, vigilancia para darse cuenta de cuándo la tristeza se hace amodorramiento, de cuándo la tensión se vuelve febril y de cuándo el monólogo, que parece tan peligroso a Eugenio d'Ors, empieza a volverse soberbia.

Y por conocer yo hasta el último límite el abandono en el campo, me ha conmovido la obra de estas grandes mujeres argentinas. Tienen ojo pronto para ver las fallas, los huecos de la organización de la enseñanza. Ayudan finalmente al Estado que, al cabo, es una máquina brutal a la que no puede pedírsele todo.

Merece mención especial entre ellas la hacendada. Lo malo de nuestros ricos está en que casi nunca saben ser dueños. Cosa compleja ha sido siempre eso, sobre todo ser dueño de la tierra. Porque la tierra contiene al hombre, y regir pastales y viña es cargar también con las almas que se mueven entre ellos. No hay criatura más abandonada en tierra de Chile que la campesina. El dueño de industrias tiene menos angustiosas responsabilidades: la ciudad le ayuda a formar moralmente al obrero: le ayudan el teatro, la escuela nocturna, la conferencia, hasta la calle. El terrateniente tiene él solo que responder de sus campesinos. En muchas regiones éste es un subhombre que no ha nacido todavía para la realidad espiritual.

Estará bien que el hacendado descanse su conciencia en el maestro de escuela, pero antes hay que construir al maestro rural.

Es necesario civilizar, cristianizar el campo. Siquiera desbarbarizarlo.

21 de marzo de 1926.

PASION DE LEER

DAR UN APETITO

La faena en favor del libro que corresponde cumplir a maestros y padres es la de despertar la apetencia del libro, pasar de allí al placer del mismo y rematar la empresa dejando un simple agrado promovido a pasión. Lo que no se hace pasión en la adolescencia se desmorona hacia la madurez relajada.

Volver la lectura cotidianidad, o según dice Alfonso Reyes, "cosa imposible de olvidar, como lavarse las manos". Dejar atrás el hábito de padres o abuelos que contaban los libros que habían leído por las catástrofes nacionales o los duelos de la familia. Hacer leer, como se come, todos los días, hasta que la lectura sea, como el mirar, ejercicio natural, pero gozoso siempre. El hábito no se adquiere si él no promete y cumple placer.

La primera lectura de los niños sea aquella que se aproxima lo más posible al relato oral, del que viene saliendo, es decir, a los cuentos de viejas y los sucedidos locales. Folklore, mucho folklore, todo el que se pueda, que será el que se quiera. Se trata del momento en que el niño pasa de las rodillas mujeriles al seco banco escolar, y cualquier alimento que se le allegue debe llevar color y olor de aquellas leches de anteayer. Estas leches folklóricas son esmirriadas en varias razas: en la española conservan una abundancia y un ímpetu de aluvión. No es cosa de que los maestros las busquen penosamente: hechas cuento o romance, corren de aldea a ciudad por el lomo peninsular; llegan a parecer el suelo y el aire españoles, y no hay más afán que cogerlas, como las codornices en la lluvia de Moisés, estirando la mano y metiendo en saco las mejores: casi no hay mejores y peores; posee el folklore español una admirable parejura de calidad en que regodearse.

Yerran los maestros que, celando mucho la calidad de

la lectura, la matan al imponer lo óptimo a tirones y antes de tiempo. Debemos condescender algo o mucho con el niño, aceptándole ciertas lecturas o bobas o laterales. He visto a chiquitos bostezar por unas Ilíadas en versión llamada infantil y que se despabilaban en seguida por cualquier Julio Verne.

Aceptemos ladinamente el gusto zurdo del niño por la aventura mal escrita, que una vez hecho su "estómago de lector", la aventura sandia irá trepándose hacia Kipling y Jack London, y de éstos a otros, hasta llegar a la *Divina Comedia* (tremenda aventura por dentro del ánimo), al *Quijote* o al mundo de Calderón.

Dicen que lo mejor suele ser enemigo de lo bueno; también lo solemne anticipado puede empalagar de lo serio y por toda la vida. El fastidio lleva derecho a la repugnancia.

Pasión Subida

Pasión de leer, linda calentura que casi alcanza a la del amor, a la de la amistad, a la de los campeonatos. Que los ojos se vayan al papel impreso como el perro a su amo; que el libro, al igual de una cara, llame en la vitrina y haga volverse y plantarse delante en un hechizo real; que se haga el leer un ímpetu casi carnal; que se sienta el amor propio de haber leído los libros mayores de siempre y el bueno de ayer; que la noble industria del libro exista para nosotros por el gasto que hacemos de ella, como existen la de tejidos y alimentos, y que el escritor se vuelva criatura presente en la vida de todos, a lo menos tanto como el político o industrial.

Entonces y no antes la lectura estará en su punto, como el almíbar; ni pedirá más, que fuese manía; ni aceptará menos, que sería flojedad.

Pasión de leer, seguro contra la soledad muerta de los hueros de vida interna, o sea de los más. Sirviese la lectura solamente para colmar este hondón del fastidio, y ya habría cumplido su encargo.

Pasión preciosa de fojear el mundo por mano más hábil que la propia; pasión de recorrer lo no recorrido en sentimiento o acción; arribo a posadas donde dormir soñando unos sueños, si no mejores, diferentes del propio. Y pasión del idioma, hablado por uno más donoso, o más ágil, o más rico que nosotros. Se quiere como a la entraña a la lengua, y eso no se sabe sino leyendo en escritura feliz

un logro del prójimo, que nos da más placer que la nuestra, que nos llega a producir una alegría pasada a corporal, a fuerza de ser tan viva.

Mudanza del Gusto

El cine está habituando a los muchachos a un tipo de hazaña más rápida, más vertical. Bueno será que los novelistas morosos se den cuenta de este ritmo de la generación lectora que viene. El mismo cine les está retrotrayendo a la imaginación pura, tirada y reída por nuestros padres, que fueron educados en la calva Razón.

Ahora comienza, y también por el cine vilipendiado, el amor de la lectura manca de ciencias naturales. Es cuestión de aprovechar el suceso y sacarle el beneficio posible. Obreros he visto leyendo en una sala una *Historia del Cielo,* bien ilustrada, y sé que es corriente su gusto de la aventura animal, en vidas de abejas, de elefantes y de bichos estupendos...

Paciencias

Por estos caminos de niñerías se puede llevar a cualquiera a la pasión de leer, hasta al lerdo y sordo, y sin más que alimentar esta avidez niña.

Lo único que importa es cuidar los comienzos: el no hastiar al recién llegado, el no producirle el bostezo o el no desalentarle por la pieza ardua. Ciencia de editor, o de bibliotecario, o de maestro: astucia de la buena, manejo de persona difícil, habilidad de entrenador.

Queden para después las limpias del material, los cuidos acérrimos del repertorio, la organización de los temas, según la ideología A o B.

Este postergar es un cuidar, un racional acomodamiento del huésped, antes de contarle la heráldica de la casa de los libros.

"La lectura distrae." No siempre nos distrae, es decir, nos aparta y nos pone a la deriva, porque muchas veces nos hinca mejor en lo nuestro. Da el regusto de lo vivido y es rumia de lo personal que hacemos sobre la pieza ajena; egoístas no dejamos de ser nunca, y en la novela resobamos percance o bienaventuranza propios.

Los programas de lectura escolar u obrera no dejen de mano la poesía, o se quedarán muy plebeyos. La poesía grande de cualquier escuela o tiempo. Si lo es, tendrá garra como la bestia prócer o echará red en nosotros a lo barca de pesca.

Menos que la poesía debemos desdeñar de tontos desdenes la lectura religiosa. Escrituras sacras, todas, una por una, y nuestra *Biblia* la primera, valen por el más ancho poema épico, en resuello heroico y en forzadura cenital a sacrificio. Contienen además ellas una fragua tal de fuego absoluto, que sale de allí, cuando se las maneja a las buenas, un metal humano duro de romperse en el trajín de vivir y muchas veces apto para rehacer las vidas del mundo, cuando ellas crujen de averiadas. Los libros que hicieron tal faena, sin etiqueta de criatura religiosa, llevaban por el revés la vieja marca de la mística despedida y que regresa siempre.

Madrid, mayo de 1935.

LECTURAS PARA MUJERES

(Introducción)

I. Palabras de la Extranjera

Recibí hace meses de la Secretaría de Educación de México el encargo de recopilar un libro de *Lecturas Escolares*. Comprendí que un texto corresponde hacerlo a los maestros nacionales y no a una extranjera, y he recopilado esta obra sólo para la escuela mexicana que lleva mi nombre. Me siento dentro de ella con pequeños derechos, y tengo además el deber de dejarle un recuerdo tangible de mis clases.

He hecho, no un texto escolar propiamente dicho, un libro *graduado* para cierta sección: se trata, primero, de un colegio casi industrial en el que la enseñanza del idioma es sólo un detalle, y, luego, la heterogeneidad de las edades de las alumnas —quince a treinta años— sugiere la heterogeneidad de los trozos.

Por otra parte, mis alumnas no cursarán humanidades en otro establecimiento; quedarán, pues, sin conocer las páginas hermosas de nuestra literatura. Bueno es darles en esta obra una mínima parte de la cultura artística que no recibirán completa y que una mujer debe poseer. Es muy femenino el amor de la gracia cultivado a través de la literatura.

Mi pequeño trabajo no pretende competir con los textos nacionales, por cierto: tiene los defectos lógicos de la labor hecha por un viajero. He procurado compenetrarme de la sensibilidad y el pensamiento mexicanos; no he podido conseguirlo en unos cuantos meses, naturalmente. Un libro de esta índole es, a mi juicio, labor de tres años, y necesita mucha tranquilidad de espíritu y un profundo conocimiento del ambiente. Es éste el ensayo de un trabajo que realizaré algún día, en mi país, destinado a las mujeres de América. Las siento mi familia espiritual; escribo para ellas, tal vez sin preparación, pero con mucho amor.

II. Lecturas Femeninas

He observado en varios países que un mismo *Libro de lectura* se destina a hombres y mujeres en la enseñanza primaria y en la industrial. Es extraño: son muy diferentes los asuntos que interesan a niños y niñas. Siempre se sacrifica en la elección de trozos la parte destinada a la mujer, y así ella no encuentra en su texto los motivos que deben formar a la madre. Y sea profesionista, obrera, campesina o simple dama, su única razón de ser sobre el mundo es la maternidad, la material y la espiritual juntas, o la última en las mujeres que no tenemos hijos.

Mi libro no tiene de original sino esta sección *Hogar*, para la que he espigado en unas cuantas obras todas aquellas páginas que exaltan la maternidad o el amor filial y que hacen sentir, hecho nobleza, el ambiente de la casa. Desearía que se realizara en mi raza lo que llama en un noble verso Eduardo Marquina: "elevar lo doméstico a dominio". Y también a belleza; debemos ennoblecer con éstas todas las cosas que queremos hacer amadas.

Tal vez en parte no pequeña hayan contribuido los *Libros de Lectura* sin índole femenina a esa especie de *empañamiento del espíritu de familia* que se va observando en nuestras generaciones.

La participación, cada día más intensa, de las mujeres en las profesiones liberales y en las industriales trae una ventaja: su independencia económica, un bien indiscutible; pero trae también cierto desasimiento del hogar, y, sobre todo, una pérdida lenta del sentido de la maternidad.

En la mujer antigua este sentido fue más hondo y más vivo, por ello los mejores tipos de mi sexo yo los hallo en el pasado. Me parecen más austeros que los de hoy, *más leales a los fines verdaderos de la vida;* creo que no deben pasar. Para mí son los eternos.

El descenso, imperceptible pero efectivo, que se realiza desde ellos hasta nosotros me parece un triste trueque de firmes diamantes por piedrecitas pintadas, de virtudes máximas por éxitos mundanos; diría más: *una traición a la raza, a la cual socavamos en sus cimientos.* Puede haber alguna exageración en mi juicio; pero los que saben mirar a los intereses eternos por sobre la maraña de los inmediatos verán que hay algo de esto en la "mujer nueva".

Siendo lo que anoto, una de mis inquietudes espirituales más vivas por la juventud femenina de mi América, me ha sido alegría el que la escuela que lleva mi nombre sea

una escuela-hogar. Ha sido también faena gozosa reunirles estas *Lecturas,* en las cuales la primera sección, hecha con más cariño que ninguna, está destinada a robustecer *ese espíritu de familia, ennoblecedor de la vida entera y que ha vuelto grandes a los pueblos mejores de la Tierra: al inglés, por ejemplo.*

No son muy numerosos los capítulos de esta índole que ofrece la literatura. Ella ha sido generosa para la mujer en el aspecto que llamaríamos *galante,* y extrañamente mezquina para la madre y aun para el niño. Y si pasamos de la literatura general a la española, la pobreza se hace miseria.

Yo desearía que, en arte como en todo, pudiésemos bastarnos con materiales propios: nos sustentásemos, como quien dice, con sangre de nuestras mismas venas. Pero la indigencia, que nos hace vestirnos con telas extranjeras, nos hace también nutrirnos espiritualmente con el sentimiento de las obras de arte extrañas. Así, yo he debido acudir a buenas o medianas traducciones de autores extranjeros para poder completar la sección mencionada. Vendrán días de mayor nobleza en que iremos cubiertos de lo magnífico, que a la vez sea propio, así en las ropas como en el alma.

Ya es tiempo de iniciar entre nosotros la formación de una literatura femenina, seria. A las excelentes maestras que empieza a tener nuestra América corresponde ir creando la literatura del hogar, no aquella de sensiblería y de belleza inferior que algunos tienen por tal, sino una literatura con sentido humano, profundo. La han hecho hasta hoy, aunque parezca absurdo, sólo los hombres: un Ruskin, en Inglaterra; un Tagore, en la India; para no citar más. (Anotemos, en descargo de las mujeres, dos nobles nombres: el de Ada Negri, en Italia, y el de Selma Lagerlöff, en Suecia.)

La llamada literatura educativa que suele circular entre nosotros lo es solamente como intención. *No educa nunca lo inferior.* Necesitamos páginas de arte verdadero en las que, como en la pintura holandesa de interiores, lo cotidiano se levante hasta el plano de belleza.

III. Motivos Humanos.

Pero en un libro de *Lecturas para Mujeres* no todo debía ser comentarios caseros y canciones de cuna. Se cae también en error cuando, por especializar la educación de la joven, se la empequeñece, eliminando de ella los grandes

asuntos humanos, aquellos que le tocan tanto como al hombre: la justicia social, el trabajo, la naturaleza.

He visto casos de deformaciones por esta limitación. A la mujer antigua, hay que reconocerlo, le faltó cierta riqueza espiritual por causa del unilaterismo de sus ideales, que sólo fueron domésticos. Conocía y sentía menos que la mujer de hoy el Universo, y de las artes elegía sólo las menudas; pasó superficialmente sobre las verdaderas: la música, la pintura, la literatura. Todo el campo de su sensibilidad fue el amor, y no hay que olvidar que es la sensibilidad algo más que un atributo que hace a las actrices y a las literatas: la fuente de donde manan la caridad encendida y los más anchos resplandores del espíritu. *Guardémonos bien, pues, en esto y en otras cosas, de especializar empobreciendo y restando profundidad a la vida.*

Por estas consideraciones he puesto en mis *Lecturas* esa sección copiosa de *Motivos espirituales.*

IV. Sección México y América Española

Domina todavía en algunos textos escolares de lenguaje el criterio de tratar los asuntos geográficos, históricos o de ciencias naturales *en erudito*; se entresaca este material de los manuales de esa índole. Me parece una invasión que hace el lenguaje en las otras asignaturas y un unilaterismo que deforma el manual de lengua materna.

Es lógico buscar trozos de historia por ser ésta el ramo educador por excelencia, y buscar la descripción geográfica; *pero con criterio de belleza.* La producción histórica de México y de mi país es muy rica; mas la mayoría de sus páginas no son adecuadas a la índole de una obra para la enseñanza del lenguaje.

Según este concepto, yo he preferido a las firmas ilustres de González Obregón y de Toribio Medina las de los divulgadores amenos de nuestra historia, como Rodó, Montalvo y Martí. Son escasas las páginas de esta índole en la literatura nuestra; las tienen los norteamericanos en Irving y en muchos otros; Francia, en Lamartine y Michelet; entre nosotros los investigadores de la Historia son más que los comentaristas amenos y ágiles.

Quiero decir lo que pienso sobre la formación del amor patrio en la mujer. Algo he observado en mis años de enseñanza escolar.

Para mí, la forma de patriotismo femenino es la ma-

ternidad perfecta. La educación patriótica que se da a la mujer es, por lo tanto, la que acentúa el sentido de la familia.

El patriotismo femenino es más sentimental que intelectual, y está formado, antes que de las descripciones de batallas y los relatos históricos, de las costumbres que la mujer crea y dirige en cierta forma; de la emoción del paisaje nativo, cuya visión, afable o recia, ha ido cuajando en su alma la suavidad o la fortaleza.

Según este concepto, en la sección *México* del presente libro dominan las descripciones de ambientes y de panoramas. No se ha olvidado, sin embargo, la biografía histórica.

Van en esta serie algunas prosas mías, no por vanidoso deseo de arrebatar el comentario al escritor mexicano. Son trozos descriptivos, unos, en los cuales he querido dejar a las alumnas de mi escuela las emociones que me ha dado su paisaje, y, otros, el elogio de sus gentes, que, hecho por un extranjero, no dicen sino su ternura admirativa.

El número de trozos de índole mexicana es equiparable al que contienen los textos de lecturas nacionales.

Al seleccionar el material correspondiente a nuestra América, me he encontrado con una pobreza semejante a aquella a que aludí sobre temas de hogar.

El poeta y el prosista descriptivos en los cuales se encuentre derramado en verdad y en belleza nuestro paisaje americano, son muy pocos. Hay dos grandes nombres que se repiten aquí página tras página por esta razón: el magnífico Chocano y el sutil Lugones.

Otra forma de patriotismo que nos falta cultivar es esta de ir pintando con filial ternura, sierra a sierra y río a río, la tierra de milagro sobre la cual caminamos.

Nuestra poesía descriptiva es casi siempre bélica y grandilocuente; nuestra prosa descriptiva no es siempre artística. Vendrán también los poetas que, como Paul Fort, digan desde los barrios humildes de nuestras ciudades hasta el color radioso de nuestros frutos. Hoy por hoy, sólo en Chocano ha sido alabada la América con su piña y su maíz, sus maderas y sus metales. En él está el trópico, listado como el tigre, colores espléndidos, y su ojo es el que mejor ha recogido nuestro paisaje heroico.

He procurado que el libro, en general, lleve muchas firmas hispanoamericanas. No están todas las valiosas, sin embargo, *porque no se trata de una antología.* La índole hispanoamericanista de mis *Lecturas* no es cosa sugerida a última hora por el hecho de servir a un gobierno de estos países. Hace muchos años que la sombra de Bolívar ha al-

canzado mi corazón con su doctrina. Ridiculizada ésta, deformada por sarcasmos en muchas partes, no siendo todavía conciencia nacional en ningún país nuestro, yo la amo así, como anhelo de unos pocos y desdén u olvido de los otros.

V. Indole de las Lecturas

Tres cualidades he buscado en los trozos elegidos: primero, intención moral y a veces social; segundo, belleza; tercero, amenidad. En aquellos que son fragmentos se procuró que tuvieran cierta síntesis del asunto.

Sin intención moral, con las lecturas escolares los maestros formamos sólo retóricos y *dilettantis;* creamos socios para las academias y los ateneos, pero no formamos lo que nuestra América necesita con una urgencia que a veces llega a parecerme trágica: *generaciones con sentido moral, ciudadanos y mujeres puros y vigorosos e individuos en los cuales la cultura se haga militante al verificarse con la acción: se vuelva servicio.*

Respecto de lo segundo, la belleza de los trozos, pienso que revela desprecio hacia las jóvenes la calidad inferior en la lectura que suele ofrecérseles. Se estima que basta con darles *doctrina,* aunque ésta lleve un ropaje tan lamentable que le cree el desamor.

Caemos así en ciertos extremos de utilitarismo a que han llegado algunos manuales sajones, llenos de espesas arengas para la acción y narraciones que de sencillas pasan a simples. Olvidamos al primer maestro de nuestra América, al noble José Enrique Rodó, que nos pedía apacentar "con la gracia" las almas que son eso: "la gracia". Tendencias prácticas empiezan a dirigir la enseñanza en nuestro Continente. Estoy con ellas en todo lo que tienen de salvadora sensatez para nuestra vida económica. Mas suelen exagerarse esas tendencias en forma dañina; van hacia un torpe desprecio de los altos valores espirituales de la escuela.

El maestro verdadero tendrá siempre algo de artista; no podemos aceptar esa especie de "jefe de faena" o de "capataz de hacienda" en que algunos quieren convertir al conductor de los espíritus.

En cuanto a lo tercero, a la amenidad, creo que ya hay demasiado hastío en la pedagogía seca, fría y muerta que es la nuestra.

Tal vez esta falta de alegría que todos advierten en

nuestra raza venga en parte de la escuela-madrastra que hemos tenido muchos años. El niño llega con gozo a nuestras manos; pero las lecciones *sin espíritu y sin frescura* que casi siempre recibe van empañándole ese gozo y volviéndole el joven o la muchacha fatigados, llenos de desamor hacia el estudio, lo que viene a ser lógico. *Hacemos de éste lo que algunos hacen de la libertad: una Gorgona en vez de un dios afable.*

Hombres sin agilidad de espíritu, sin imaginación para colorear un relato y sin esa alegría que se hace en el individuo por la riqueza y la armonía de las facultades, han sido generalmente nuestros maestros.

Muchos trozos de índole moral he encontrado en mis lecturas que no he querido aprovechar para este libro, a pesar de la firma ilustre. La enseñanza no era dada con amenidad, con esa fluidez feliz con que enseña Tagore, ni con esa ternura traspasada de encanto que tiene la prosa de Carlos Luis Philippe. La odiosa sequedad de muchos moralistas defrauda su deseo de mejorar el mundo... La juventud, esa agua viva, no puede amar al que tiene, sobre la lengua viva, la palabra muerta.

VI. Gratitud

Ha sido para la pequeña maestra chilena una honra servir por algún tiempo a un gobierno extranjero que se ha hecho respetable en el Continente por una labor constructiva de educación tan enorme, que sólo tiene paralelo digno en la del gran Sarmiento. No doy a las comisiones oficiales el valor sino por la mano que las otorga, y he trabajado con complacencia bajo el Ministerio de un Secretario de Estado cuya capacidad, por extraña excepción en los hábitos políticos de nuestra América, está a la altura de su elevado rango, y, sobre todo, de un hombre al cual las juventudes de nuestros países empiezan a señalar como al pensador de la raza que ha sido capaz de una acción cívica tan valiosa como su pensamiento filosófico. Será en mí siempre un sereno orgullo haber recibido de la mano del Licenciado señor Vasconcelos el don de una escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el único período de descanso que ha tenido mi vida.[1]

México, 31 de julio de 1923.

[1] Gabriela Mistral, *Lecturas para Mujeres*, México, 1924, págs. 7-17.

LIBROS ESCOLARES COMPLEMENTARIOS

Leyendo las páginas llenas de donosura y de ceñida observación del niño que nos ha dado Georges Duhamel en *Los Placeres y los Juegos,* yo me acuerdo de la eficacia, tan olvidada en las mecánicas y mecanizadoras Escuelas Normales, de los libros complementarios.

Cada vez que salgo de una de estas lecturas fertilizadoras del corazón y que excitan a los actos inmediatos de bien, yo deseo hacer lo de antes: juntar al grupo de maestras que, si no lee, puede oír leer y comentar, o que lee y gusta de confrontar lecturas por goce de la vivificante frotadura de las opiniones de donde salta la buena llama. Ya no tengo ese grupo con nombres precisos y domicilio escolar conocido; pero me queda otro para el que escribo la mitad por lo menos de mis articulejos, que no pasa de diez compañeros, que anda repartido y me cuesta juntar, alguno en Colombia, alguno en el Uruguay y el doble en Chile probablemente...

Muchas veces hablaba yo al otro que ya no tengo, de los libros complementarios. De los de texto no tenía para qué hablarles: bien se los sabían y bien los manejaban.

En éstos alimenté yo toda la juventud; de ellos saqué lo que los libros de texto no me supieron dar: la pasión de la tierra, el entusiasmo —un poco místico como de rama de magia— de la química; el fervor que me ha calentado toda la juventud, de las vidas heroicas; la fiesta de la geografía en que, sin saberlo, me preparaba al errantismo.

Se siente en los maestros nuevos una acción violenta contra el libro de texto, por amojamado y antidinámico. El niño lo lee con fastidio, dicen: escrito en definiciones y fórmulas, casi es la segmentación del código: no le punza la imaginación, no le da impulso de búsqueda ni le ofrece goce.

Yo creo que la reacción va lejos. El libro de texto —botánica, zoología, geografía o pedagogía— cumple su oficio de proporcionador de síntesis, de ordenador de los conoci-

mientos, de socorro para exámenes laboriosos y muchas veces de rellenador de los huecos de descuido que deja en su materia el maestro, aun el bueno. Unicamente que administrado solo, tiene las propiedades astringentes de la corteza de la granada... O, en lenguaje de médico naturista, no nutren, a la manera de los alimentos desagradables, porque no excitan el paladar y no han sido largamente gozados por la lengua como el alimento deleitoso.

El libro de texto, que puede resolverse en un cuadro sinóptico, sirve para clasificar y jerarquizar. Lo que él no da debe estar en la clase, y si el maestro —como el caso abunda— fuese solamente un parto seco del mismo texto seco, no hay más refugio para el pobre niño que ha caído entre Caribdis y Scilla, que los libros complementarios.

Si se hiciera a sabios y a patrones de empresa una encuesta sin obligación de respuestas firmadas, que se rehúyen por cortesía al maestro A o B, sobre cómo despuntó su vocación y en qué clase fue alimentada y regalada, se tendrían sorpresas. El explorador fue mal alumno de geografía y encontró en Mayne Reid su excitador de hazaña. El naturalista se dormía y tenía hasta sueños con alegoría sobre el banco y un pobre Buffon de tres pesetas le puso la brasa de su pasión futura. Tal novelista nació en las fábulas de su abuela analfabeta. Los niños de hoy se desquitan en Favre, el perfecto contador de la "tierra de sepulcros" que suele caer de la boca de su maestro de escuela.

Deben hacerse, pues, y bien poco cuesta, en torno del libro de texto, unos veinte artículos de lectura fertilizante. Muchos de esos libros pertenecen a aquellos que los enjutos directores de Normal llaman "pueriles". Para curarles la petulancia habría que conversarles de las cosas pueriles de que se vive. Un paseo al buen sol de primavera, por un camino rural o una playa no urbanizada, es puerilidad pura y da, sin embargo, una mente jovial para el día entero, cura la ictericia del ojo hastiado y afloja la boca apretada del fariseo.

Yo deseo ahora hablar solamente de un grupo de libros que podría arrimarse al texto de pedagogía para bien suyo e higiene mental de los estudiantes envenenados de abstracciones.

A los dieciséis años —edad de entrada a las Normales— una niña no entiende la pedagogía escolástica: los niños son para ellas —se lo he oído a varias— una bestiecita saltona, sucia e impertinente. Las mejores, cuando han tenido hermanos pequeños, saben jugar con eso que brinca y grita sin sentido. De este modo la psicología abstracta, de sen-

tencias o de experimentación presuntuosa que le dan, no se le funde con el niño que ella ha visto. Recibiría mejor en el primer tiempo una psicología anecdótica, especie de cinta viviente de los gestos y las actitudes del niño. Por otra parte, las Normales caen directamente en la observación chistosa y verídica de Wilde: "Se quiere amoblar el alma del escolar antes de que éste tenga alma", es decir, se busca amoblar el vacío...

O interesa el niño como conocimiento puro, a muchachas excepcionales en que exista de modo natural la curiosidad científica, o puede interesar a casi todas como objeto de afección. Yo creo que las mujeres empezamos por querer a los chiquitos y acabamos por entenderlos, o no los entendemos nunca, pero los servimos por amor. Luego, las Normales, que no han de olvidarse de que están haciendo mujeres antes que callados buzos de introspección, han de ponerse a crear la pasión del niño en las mujercitas que van a manejar criaturas durante el día entero, niños de escuela primaria, sacados, como quien dice, de las rodillas de la madre.

Yo siento una repugnancia que me crece con los años, por el técnico de las escuelas que aprendió a marcar las líneas de la fatiga en el escolar, y que no sabe ni quiere inventarle un juego ni servirle con la sencillez humillada y divina de las viejas comadres criollas.

Los libros complementarios de la estudiante de pedagogía (no se me escandalicen las profesoras puritanas) son las novelas sobre la infancia. La literatura se nos ha llenado, y en buena hora, de ellas.

Renán escribió sus minuciosos y algo secos *Recuerdos de Infancia.* Anatole France, que llevó su don omnipresente de gracia a tanta bellaquería sucia, dejó dos libros donosos con las imágenes de sus siete años. Romain Rolland ha hecho en *El Alba* la novela de infancia que yo me releo cada tres años, gozando siempre; la *Novela de un Niño,* de Pierre Loti, tiene muchísimos atisbos y belleza de anécdota; la *María Clara,* de Margarita Audoux, no se envejece todavía, gracias a la espontaneidad del estilo; el *Dedalus,* de James Joyce, es el más extraordinario relato de adolescencia que yo conozca, pero yo no lo recomendaría a los estudiantes. Funde de ternura *La Madre y el Niño,* del admirable Carlos Luis Philippe. *La Infancia,* de Gorki, está contada para la Rusia y la América nuestra, prima de varias barbaries eslavas; y, para poner obra americana que resista estas vecindades, *El niño que enloqueció de amor,* del chileno Barrios, está lleno de observaciones y anécdota legítima.

El género se enriquece por año; parece que el asco de las juventudes feas y las madureces peores que vivimos, nos hiciera remontar los años a zancadas ansiosas, hasta caer en el cuadro jugoso de la infancia, donde se revuelca el pensamiento en cosa pura.

Naturalmente, el género no está exento de podredura; los Gide y los sobrinos literarios del señor Freud han llevado a la biografía novelesca del niño su aliento sucio capaz de emporcar el aire del desierto.

Todo lo enumerado vale más que el lacrimoso *Corazón*, esa Biblia de las escuelas laicas en que el ateísmo, buscando escapar de la aridez de cal que es la suya, se ha atollado en una manteca sentimental que empalaga hasta a las criaturas.

Que las bibliotecarias de Normal no traten demasiado en "niñas" a sus clientes. La adolescente nuestra sabe demasiado. Cuando oigo hablar de los peligros de la lectura novelesca en las jóvenes, pienso en los peligros de la imaginación sin alimento, porque, como dice no sé qué educador franco, la mente suele hallar en la novela lo sensual; pero en la vida tan desnuda de este tiempo, encuentra lo obsceno con mucha más seguridad.

La enumeración de novelas de niño puede acrecentarse hasta el centenar por los que frecuentan la literatura inglesa y la italiana. Con lo anotado hay bastante para crear una antesala soleada de la psicología infantil. El novelista francés cuida bastante la verosimilitud y es honrado en la observación del sujeto: mima demasiado la exactitud desde que la manía del cientificismo de Bourget y los demás lo cogieron. El respeto del llamado dato científico les ha amojamado muchísimo la imaginación, atándoles el ímpetu de la "fábula pura", el viejo licor que ya no se hace ni para los niños ni para los hombres.

No necesito nombrar *La Luna Nueva*, de Tagore. Por fortuna que llamaré sobrenatural, esta colección de poemas de niños, la más perfecta que se conozca, ha alcanzado a los maestros, aunque sea por la vía teosófica...

Yo diría que toda educación de niño o de adolescente, toda clase, todo recitado, ha de parecerse a un juego de estampas. La madurez espera con la capacidad, y también con el vicio de abstracciones. La botánica, la geografía, la historia y la pedagogía elementales, que es la de las Normales, si no se dan en estampas violentas de vida, valdría más que no se dieran. La expresión "estampas" hará sonreír a la seria gente profesional. Juego de estampas dice

sencillamente lenguaje, objetivo, lección bien coloreada de imágenes felices.

Me viene el recuerdo de mi visita a una biblioteca de Escuela Normal chilena:

—Aquí —me dijo una de las jefes mostrándome una de las estanterías y con un orgullo rotundo— no hay novelones ni novelas; si usted recorre las filas, no encontrará sino libros serios.

—Las pobrecitas niñas que vienen de la escuela primaria —le dije—, ¿pueden entonces saltar heroicamente de sus cuentos a la historia y las ciencias?

Su biblioteca era lo que muchas escolares que yo bien me conozco. Como los libros no se sacan nunca, la enfiladura de lomos dorados aparece irreprochable. Aquello que allí se guarda es algo así como la *Torah* judía: mientras más se la respeta, menos se le aproxima. Allí se hallan, en la paz de los 600 años que gozó el cuerpo de Tutankamón antes de que llegara el inglés de la estupenda excavación, los hombres que amaron el caminar con los niños, el conversar con sus semejantes de los diferentes oficios, el fundir el alma del prójimo, y a quienes su gremio caído en molinismo budista, honra con la parálisis en los anaqueles que nunca se abren. Se llamaban Rousseau, el caminador; Pestalozzi, Richter, Costa, Giner de los Ríos y Sarmiento, todos ellos gente de aire libre, como la gaviota o el venado, ninguno sedentario, ninguno con la boca encerada del difunto egipcio de las seiscientas vendas.

Ahora yo quiero añadir a esta lista de nombres más o menos divulgados el de *Los Placeres y los Juegos*, el libro de Duhamel, el francés que ha escrito sobre los cuatro primeros años de sus dos niños. El ha querido contar con sencillez de varón y de médico su experiencia paterna. Cada padre y madre inteligentes deberían hacer lo mismo, y lo harían bien si, como Duhamel, se pusieran a mirar a sus chiquitos día por día y a contar en esta linda promiscuidad de lo verdadero sus "habilidades" junto con sus naderías.

Para invitar a esta lectura de una naturalidad verdaderamente clásica, yo pongo al pie de mi articulejo dos trozos suavemente incitadores. Otra será la ocasión de escribir sobre el conjunto de la obra de Duhamel, tan poco leída en nuestra tierra, dónde de lengua francesa sólo atraen, o las "pimientas" que decía Rubén, o los "Zohares" a lo Valéry, porque se cree que toda sencillez ha de ser ñoñería, y toda salud, filisteísmo.

A varón de la literatura tan bien dotado para guiar y purificar a su época, yo lo llamaría completo si no le fal-

tase la sal cristiana; pero he de confesar que suelo preferirlo a muchísimo cristiano degenerado que camina por la literatura de esta hora, sin que lo cristiano se le conozca en la abundancia del corazón ni en la fundidura de la caridad.

París, Mayo de 1928.

P.D.— He olvidado las dos lindas novelas de infancia y adolescencia del ruso Garín. Añado dos bellas y honradas autobiografías de infancia que acabo de leer: *Mi Padre y Yo,* del novelista norteamericano Anderson, una especie de Gorki menos ácido que el otro, y la *Gavilla Dorada,* del francés Henry Béraud, que acaba de aparecer y tiene un limpio éxito.

De Los Placeres y los Juegos

Si me preguntáis cuáles son las artes primitivas, no iré a consultar a los clérigos para contestaros: miraré vivir a mis hombrecitos y os responderé: la música, el dibujo, la danza y la arquitectura.

El hombrecito entreabre la puerta de mi gabinete de trabajo. Está muy tranquilo aunque yo traté de fulminarlo con la mirada. Acerca su cara a la mía, me mira batiendo las pestañas, el infame seductor, y va recto al fin:

—¡Papá! Mi lápiz no tiene punta. Sácasela.

Lo hago porque tengo interés por las artes.

—Gracias. Y ahora dame papel.

Le doy papel, del mejor. Soy un buen Mecenas.

El hombrecito vuelve a su trabajo. Dibuja, pinta. Todo lo que hace significa alguna cosa. Todo es grosero, informe, pero corresponde a una idea, tiende a representar algún rasgo del modelo. Ningún trazo es absolutamente inútil. Más tarde él hará cosas inútiles, dirá cosas inútiles, creará cosas inútiles y acumulará, como todos los hombres, lo inútil sobre lo inútil.

Viendo esta pasión de dibujar que ellos tienen, comprendo, mejor que nunca, que crear está en la naturaleza del hombre. Pero, ¿qué crear? Es mucho más sencillo: él se divierte, se expresa.

Bernardo parece cierto de que dibujar es una función

natural como construir, danzar, cantar. Me tiende su lápiz y me ordena con simplicidad:

—Dibújeme un elefante, dibújeme una locomotora, un barco, un señor, una casa.

Yo obedezco sin discutir y me doy cuenta con asombro de que sé dibujar todo eso que él me pide. Cuando menos él queda contento.

* * *

El más pequeño baila con movimientos lentos, contenidos, serios: es demasiado pequeño para tener vergüenza. Bernardo, un poco más grande, un poco más torpe, no sabe más que hacer el loco. Pero canta: el canto es un gozo tan natural que parece ligado en él al acto de la espiración. Llena de aire su pecho. ¡Oh delicia! Después el aire se va. ¿Habrá que consentir en perderlo pura y simplemente? ¡No! La garganta está allí para sacar al paso algunas bellas canciones. Cuando está bien solo, puro, abandonado a su instinto de animal, cuando sus manos y su espíritu están ocupados en alguna menuda tarea, canta sin parar una canción ondulosa, ágil, parecida a la que se debe cantar allá en la estepa. Encuentra ritmos e inventa intervalos extraños: voz del viento en soto, roce de las hojas del álamo, gotas de lluvia que caen de las ramas en la taza de la fuente.

Un día este humilde genio se desvanece: el hombrecito aprende a cantar. El arte civilizado se instala en el jugar del arte primitivo. Nosotros encontramos que eso está bien porque estamos corrompidos, petrificados por nuestros hábitos.

En seguida conoce la vergüenza. Es imposible ahora arrancarle esa menuda canción que sabe tan bien. Luego, una noche, después de las abrazos, solo en su cama en medio de la sombra protectora, pero seguro de que nosotros lo estamos escuchando, se pone a cantar con una voz neta:

Oh verde pino,
rey de las selvas...

Nosotros escuchamos en la pieza contigua. Escuchamos silenciosos y recogidos. Conocemos la voz del animalito. Es menos bello que antes; pero es la voz del hombre.

El sigue: canta mucho tiempo, mucho tiempo. Es como una plegaria que naufraga en el balbuceo. De golpe el sueño cae.

Presta a los instrumentos de música una atención que no se cansa. Gira en torno del piano buscando esa "cola" de la que todo el mundo habla y que él no ve. Pide soplar en la flauta, seguro, cada vez, de sacar el sonido; decepcionado cada vez de su fracaso.

El martes en la noche, en tanto que nosotros tocamos reunidos en torno del piano, él se despierta a medias y se queda durante dos horas con los ojos abiertos en una especie de sueño extático. Yo me escapo un segundo para ir a verlo; su mirar de pupilas inmensas está encendido en la sombra: un mirar de otra vida.

Si después canturreo un aire de los que se han tocado el martes, él dice simplemente, con un aire indiferente, bajando la cabeza: "música de la noche". No se equivoca nunca. No confunde "la música de la noche" con la "música del circo".

GEORGES DUHAMEL
(Trad. de Gabriela Mistral)

UNA MUJER ESCRIBE UNA GEOGRAFIA

Eugenio d'Ors alaba alguna vez, entre las obras de arte, el texto escolar bien hecho, el sencillo, sobrio y eficiente libro de escuela.

Me acordé, leyendo ese elogio, de algunos libros franceses de botánica, de zoología... y hasta de química leídos por mí con pasmo de su objetividad, de su orden, del equilibrio entre los capítulos; en suma, de su clasicismo. Me viene a la memoria un trozo anónimo sobre el faisán, que yo copié, de mi mano, por la pureza de la lengua, equiparable a la del más prócer texto latino.

Menospreciamos los libros de texto en nuestros países, como miramos de soslayo al maestro. Por eso ambos, textos, y enseñantes, andan tan mal. La manera mejor de corregir cualquier cosa o criatura es la de traerlo al primer plano de la atención colectiva. En esa buena luz del primer plano se le verá el contorno, denunciándose aciertos y torpezas; se creará entre espectáculo y espectador, el río caliente de la mirada, y con ella, el de la simpatía; la cosa comenzará a ponerse viva y la criatura a volverse algo fraterno, un negocio de nuestra contingencia.

Suelen ser algunos asuntos desdeñados o postergados por la atención y se trata, precisamente, de asuntos vitales, nada menos que de vida o muerte. Es el caso del texto escolar. Si los padres escrupulosos cuidan y miman la cuestión de elegir la nodriza para el hijo, no se entiende que ignoren y que no les importe un ardite el texto escolar, que es, al igual de la nodriza, el sucesor de ellos en el trato del niño. Pasa la criatura de su conversación a aquella charla; sale de su contacto cotidiano hacia aquel otro contacto cotidiano: el coloquio ha cambiado de boca y de regazo.

Ando buscando un texto elemental de geografía, quiero que no sea el que me conozco de la pedantería monumental y de la lengua bárbara; lo busco regado de imáge-

nes, porque un libro de niño debería tener tanta superficie de imágenes como de lectura; lo preciso breve, pues se trata de hacer dar al niño un paseo sin pretensiones por el hogar terrestre, pero no acepto el que la caminata se vuelva un saltito pueril, sino que sea un recorrido del niño por el globo.

Me gusta hallar el libro con firma española. Es lo corriente que estas obras nos la haga siempre a los hispanos un extranjero. Me sorprende encontrarlo con firma de mujer. Las mujeres no nos hemos puesto nunca a hacer geografías. Hacemos poesía, periodismo, novela, teatro; hasta solemos hacer historia. Pero no llegamos a la geografía. Es ciencia superobjetiva: pide fiel descripción y avienta las fantasías de buena voluntad; fuerza a una exactitud que viene en seguida de la matemática; ha menester de un lenguaje directo y ceñido a su objeto, pero caliente, coloreado y expresivo. La plana de exigencias es crecida; las mujeres le ponemos mal gesto y no nos atrevemos con ella.

La *Geografía Elemental* a que aludo, está escrita en los Estados Unidos por la profesora Carolina Marcial Dorado, mujer española con estudios norteamericanos. El último dato explica la feliz aventura de ella con esta rama baldía para la mujer. El yanqui, hombre nuevo y el más "novedoso" o correteador del globo que pueda darse, es gran lector de geografías; es también, y como consecuencia de su pasión terrestre, buen divulgador de las rutas de mar y tierra. Ha leído más libros de viaje que novelas y conversa con más gusto de su experiencia con los climas extraños, que de una historia de Marcel Proust o de Bernard Shaw.

Carolina Marcial Dorado, mujer sensible a tiempo y lugar, es el raro tipo de la latina que, viviendo entre yanquis, toma de la raza los cogollos válidos de las virtudes inglesas, acepta el bello ritmo vital norteamericano, hurta el alma al resto que no le sirve y aprieta sus cualidades de mujer española, cuidándose de no extraviarlas. Mente clara, podada de confusiones, pensamiento limpio y sencillo como un dibujo de su cerámica de Talavera; lengua de expositor, positiva y natural. Y siempre a la vista la orilla, como el navegante clásico, no se navega aguas adentro con los adolescentes, no se les pasea por oscuridades de vértigo. La aventura vendrá después. Por ahora, en la adolescencia, la claridad que forma la mirada, y la proximidad que da la confianza.

Excelente persona para escribir textos. Más especialismo y el texto se metería por los dédalos a donde nadie puede seguir ni quiere ir; más estilo y el libro apuntaría a

literatos, saliéndose de su público legítimo; más preocupación pedagógica y la lengua se secaría como ladrillo al horno, que es como escriben los pedagogos.

Hay en su lengua una honradez de maestra que escribe como teniendo cogida la mano adolescente dentro de la suya. Sabe que no puede lanzarse a lujos de períodos cervantinos y a ostentaciones de vocabulario.

La geografía nos hace una bonita reverencia al abrirse y es que comienza con nosotros, es decir, con la América del Sur. Impresa en Estados Unidos y aceptando colaboración americana, docta, la autora quiso abrirla en "la tierra del porvenir" y en el renglón latino del Continente nuevo. Es de las pocas españolas que saben, por sentidos alertas, que las que ellas llaman *las Españas ultramarinas* cuentan ya bastante en el mundo y contarán más y más, hasta volverse el mejor plantel de hombres del globo. Es de los escasos españoles liberales que dan por bien gastada la sangre que hacia allá enderezaron y no dan por perdido medio Continente a causa de unas guerras de independencia y de unas inmigraciones europeas en masa. El español dejó en América cosa más importante que la sangre, al dejar la lengua hincada como una pica que no la muevan los siglos. Más conquistó enseñando castellano al indio que procreando hijos; más hizo el misionero enseñador que el soldado sembrador de mestizos.

La *Geografía* de Carolina Marcial desata bajo los ojos una fiesta de grabados. Está ilustrada, en un exceso precioso que le agradecemos, de las más bellas y las más novedosas fotografías. La América del Sur, imperio natural del paisaje, ha ganado mucho con esta abundancia gráfica; el niño hallará uno a uno todos los lugares clásicos de nuestra hermosura terrestre. Encontrará también divulgada la costumbre regional, sin que este capítulo caiga en el tipo odioso de lo pintoresco malintencionado que suelen volverse, en manos del sajón, nuestros hábitos populares.

En libro de doscientas páginas, de gran formato, hay unas seiscientas ilustraciones magistrales.

Nuestros países prosperan y mudan de fisonomía ciudadana y rural con la rapidez con que los niños hacen sus carnes. Las ciudades se doblan en pocos años y aparecen nuevos y nuevos pueblos. Habrá que revisar el texto de diez en diez años para recoger la novedad y las novedades.

He querido convidar a nuestras mujeres (y hasta a nuestros hombres) con el ejemplo de Carolina Marcial Dorado a que escriban geografías, si no universales (que ésas son palabras mayores), algunas decorosas geografías regio-

nales. Hay que barrer las escritas por los extraños, a veces desde Berlín, a veces desde Estocolmo.

Las patrias son tanto obligación de conocimiento como obligación de relato. Contar las patrias es tan dulce a la lengua como contar la infancia o el cuerpo de la madre o las carnes del hijo.

Una mujer española se ha dado el placer noble de describir con particular esmero y cierta ternura la tierra que sus mayores hallaron en los mares tenebrosos y que ellos regalarían a los ojos medio atribulados de los europeos a quienes no tocó en gracia este formidable destino español de reintegradores de las orografías e hidrografías incompletas que tenía el mundo.

Madrid, agosto de 1934.

RECADO SOBRE UNA MAESTRA ARGENTINA

DESTERRADOS

De tarde en tarde la ola atlántica o la ráfaga platense me traen hasta Guanabara algunos amigos. Vienen ellos por ver el Brasil y gozarle su permanente Domingo de Ramos, que no es remate de ninguna Semana de Pasión, y dura el mes, el año y la eternidad. Y —distancias hechas— vienen también a causa de una de las obras de misericordia: "Consolar a los tristes", de la cual se desgaja esta otra: "Compadecer a los exiliados de la tierra o de la lengua". Las lenguas son países reales, aunque carezcan de osatura geológica; son territorios invisibles como los de las religiones y tan poderosos como los de ellas mismas. Al igual de las patrias físicas, ellas tienen sus habitantes y sus trashumantes. Los primeros comen y se nutren cada día de sus arroces y sus lentejas orales; los otros, o bien se hambrean de su sustancia y acaban en fantasmas, o se salvan con los auxilios que les llegan, de cuando en cuando, en libros, en amigos.

Entre los huéspedes robinsonianos de esta casa, yo prefiero, como en todas las cosas, a los de mis dos oficios. Me dan una compañía adensada por la experiencia común, me desentumen la palabra empalada por veinte años de extranjería, me funden el *iceberg* de mi español tullido y me lo sueltan en una cascada feliz. ¡Qué presa rota! !Qué deshielo!

Hace años me dijo Pedro Henríquez Ureña en una fiesta escolar del Plata, presentándome a Marta Salotti: "Ella es familia suya, una pariente argentina que usted ignoraba". Y el hombre sabio en tantas cosas, también acertaba esta vez. La maestra argentina se dio por aludida y aquí aludir fue encomendar. Porque Marta Salotti se puso en seguida a ser mi correo argentino de noticias, de libros y hasta de medicinas... Como si me hubiese visto en la cara los

desnutrimientos del errantismo, la noche oscura del despojo terrícola —verbal, Henríquez Ureña me señaló arrimo a alguien que quisiese y pudiese ayudar—, unos quieren y no pueden; otros pueden y no quieren...

SARMENTISMO

Gracias a ella, pues, el barco argentino trae casi siempre el libro nuevo del que no sé nada, o el libro viejo que perdí en barco o tren. Por ella he repasado a mi Ricardo Rojas, cuyas esencias muchas veces me sostuvieron; por ella vino en otro libro argentino la enjundia de una prosa cosmopolita que le resucita al andariego sus muertos de tres continentes; por ella he sabido que nos llegó en la hora exacta el poeta civil y religioso en Francisco Luis Bernárdez; por ella también recobré al Banchs bienquerido, que en su dejadez no se hace reeditar; y por sus cartas la lengua criolla vuelve a mí como la banda de cigüeñas y con el alboroto de ellas...

Pero cuando Marta Salotti no escribe, sino que llega, la Pascua se vuelve cabal, pues cae sobre mi casa una avalancha sarmentina, es decir andina; entonces el viejo titán entra por estas puertas bajo las especies de una hija suya, se instala a toda anchura, y por los tres meses de vacaciones el herrero de patrias manda sobre la conversación y la lectura en este barrio petropolitano que se llama Independencia.

A PESAR DE TODO, UNIDAD

Los antiunionistas, los hispanoamericanos que ponen gesto agrio a los que creemos en la soldadura de lo roto en 1810, se quedarán cariacontecidos viendo a dos viejas maestras hablar de sus niños como si ellos fuesen los mismos, aunque se trate de criaturas divididas por murallas de hierro y cobre; se azorarían de oírlas hablar de lo suyo y común con una tal intimidad de miras y correlación de ideas como juegan las coyunturas de antebrazo y mano. Lo diferente, aunque sea bastante —llanura contra valle, trigo contra cobre, marejada atlántica contra marea pacífica—, estos desencuentros de la visión y del hábito se allanan como en los sueños, donde la montaña se derrite, se cuartea y nos deja pasar...

Marta Salotti tiene la vida exactamente partida como el fruto en una mitad de libertad jocunda y en otra de feliz servidumbre escolar. A los diez y ocho años salió "oleada", es decir "confirmada", por la Escuela Normal. A los cuarenta años (¡qué tardanza remolona!) le han dado la segunda jefatura de una escuela primaria porteña.

Llama la atención en mujer urbana la piel tostada hasta el punto de la pasa mendocina, que cuenta las vacaciones de cordillera o mar. (La muy atareada no se cuida de restaurar lo que sol y salmuera retostaron a más y mejor...)

Ella entregó toda la mocedad a los niños, sin las distracciones de las jóvenes ni las cicaterías de las viejas, poniendo en ello, como su padre Sarmiento, un puñado de virtudes opuestas y coincidentes: arrebato y sensatez, experiencia e infantilidad, absolutismos y elasticidades. Pionera en su avance a las tierras nuevas de los métodos, y otro tanto misionera en lo de volear a todo brazo cuanto posee, está dotada de ánimo jovial para poder llegar sin destrozo al Extremo Oeste y llena de sentido de eternidad para que lo temporalísimo no la achate ni la envilezca.

Ella camina con la marcha lozana que me he visto en tres mujeres de la Pampa marcadora de gentes: en Victoria Ocampo, su dueña y señora; en una niña de Bahía Blanca y en Marta Salotti. Las tres andan con una rapidez de ñandúes bebedores del pampero y dando en la marcha testimonio del espacio y la libertad que son su padre y su madre.

La maestra argentina habla al comienzo en la lengua lisa y parda de los profesores, pero no puede mucho tiempo con ella y saca y desdobla de golpe la otra, el lienzo verbal que la Pampa, gran nodriza, hace para no deshacer más. Esta segunda conversación de Marta Salotti, increíble en mujer de Buenos Aires, se trae adentro nada menos que el agro nacional: las motas negras del humus franciscano, autor del trigo; los siete cereales que dijo alguien a quien olvido; la hierba olorosamente magullada; algunas crines bravas y sedosas que son dejos del gauchismo; muchos caracoles de Miramar, y los largos rocíos nocturnos, hálito casi divino de una tierra, por cristianizada, humanísima.

Yo me duelo de que todo esto parezca símil, pues no hay tal: mi colega habla así, como escarmenando un cordero invisible de estancia, y el que oye le recibe todo eso

revuelto, vivaz y recién cortado. Parece que cada día Marta Salotti acaba de llegar de la Pampa, y que no atravesó Buenos Aires para embarcar ni pasó aduanas, donde habría tenido que soltar algo de su carga rural... Yo no me conozco charla tan terrícola en maestra alguna, pero tampoco vi nunca, en mis andares ruralísimos, un granjero que conversase así, con las palabras estregadas en sus plantas y sus bestezuelas. Y por este asombro mío la estoy contando como a un fenómeno salido de suelo, marina y atmósfera argentinos, que me llega al Brasil en un "envión" de olas, de ventada y de hierbas batidas...

Cuando los pintores futuristas dan sus modelos rayados por el oficio o la pasión no travesean, sólo ven, y ven muy bien. A Marta Salotti tendría que pintarla recorrida por pedazos de su territorio o rebosando su flora: un brochazo de viñas aquí, uno mayor de trigales y órdenes de olas agitándole los brazos.

PESQUISA SUTIL

En su viaje pasado ella me trajo un libro que yo leí a sorbos y regustos, con el espacio que pone la paloma entre grano y grano, por bien disfrutar[1]. El libro trata de asunto que me acarrea los peores recuerdos: de la composición escolar. (Mis ojos se quemaron sobre millares de cuadernos, creo que sin ganancia para nadie, porque es inútil corregir la escritura si no se enmienda en todas las clases la manera inorgánica de pensar y si no se elimina de las raíces del niño el hábito de mentir, torciendo la realidad que le dan sus sentidos). Yo leía y leía, sabiendo, de grano a grano, que mi avenimiento con la compañera arrancaba de muchos años y venía también de varias fobias comunes. En 230 páginas la argentina se revuelve, como la granjera acosada por el avispero, contra la adulteración entera del lenguaje infantil, hecho por la pedantería docente, doliéndose de la reyerta eliminatoria que se crea entre el habla de la ciudad y la de la casa.

Ella ha seguido y perseguido su asunto con la porfía para el bien que Dios y su raza le han dado. Lo sigue en los recreos, en la clase, en el barrio, en la ciudad, en la tremenda parva semanal de los cuadernos y en los libros

1 *Enseñanza de la Lengua*, escrito en colaboración con la doctora Carolina Tobar García, a quien no conozco y dejo por esto sin comento largo.

extranjeros, donde otros han desnudado el conflicto dejando ver el desastre. Algo se ha averiguado ya, pero sólo comienza el ancho buceo del idioma en cuanto a instrumento suficiente, victorioso o inválido del alma. En la Argentina el jefe de la gran pesquisa se llama Amado Alonso, quien va ensanchando su grupo de averiguadores colegiados en el prócer Instituto de Filología.

Marta Salotti, cabeza seria y terca, ha tomado por lote suyo la semilla del mal sobre el plantel escolar. Las composiciones le han confesado a ella cosas que los guardianes de la lengua no ven ni oyen y que en todas partes están subiendo de malas a escandalosas. Su libro no se complace ni se retarda demasiado en teorías. Aunque las tiene, propias y ajenas, y de primer agua, la autora, con una honestidad que honra al gremio, se da de preferencia a escarmenar los trabajos mismos. El libro es casi una radiografía: por ahí corre toda la aventura verbal de los niños en sus tejidos sanos, en los desgarrones del injerto docente, en sus desviaciones lentas pero fatales, y al final en la lengua devorada por la jerga subdocente. El niño va tirando hacia atrás el *habla* doméstica —que diría Guillermo de Torre— por miedo de que se la rían, y adopta la del aula, desnutriéndose de los juegos que lo regaron siete años. El traje verbal postizo le cae a la niña tan bien como al jardinero el del notario, pero la cuitada quiere complacer y adular a la maestra, busca obedecer y dar gusto, y lo da, pero a costa de lo mejor con que llegó a las clases: de su fertilidad para crear y su linda naturalidad para decir.

No sólo paga la pobrecilla este impuesto tremendo de la modalidad propia (que es de carne como el de Shylock)[2], sino que los temas suyos, los de su interés más caliente, también los echará atrás para adoptar los que le recomiendan: ¡ay!, siempre las estaciones, a las que en la ciudad apenas si les ve la cara; y siempre "la Patria" en un abstracto teológico; y el amor de la escuela, a la que ha menester cantar en letanías, aunque la deteste; y el paseo al campo, a un campo de cromo; y el amor de la madre, puesto en estampa catequista, nunca la madre de carne y hueso. Y los otros temas que todos padecimos y que todavía nos encabritan la memoria magullada por ellos.

La profesora del ojo agudo se duele de la composición convencional, tan confeccionada como los discursos electo-

[2] Este Shylock es el de la leyenda recogida por Shakespeare y en la cual no creo. Se le nombra aquí en cuanto a símbolo, el más fuerte de lo que puede arrebatarse a una criatura: un listón de carne.

rales, y que, o contienen la retórica peor —la del siglo XIX—, o por huir de ella para en el seco ladrillo de lo esquemático-pedagógico.

La brava crítica del libro, por consecuente, ofrece varias salidas al mal. Desgajo éste entre los consejos: el alumno vive repitiendo, por falta de coraje para crear, lo mismo que el peatón camina con paso corto, y no quiere correr por "respeto humano". Marta Salotti aguijonea al niño, lo estimula y, finalmente, lo echa de bruces a la creación con unos ejercicios que parecen mágicos. Hay en ellos un hondeo, un lanzamiento de la imaginación infantil tan eficaz como el de la piedra y la flecha. La mente fue disparada, saltó, ya vuela y no caerá hasta haber cumplido su parábola. Esta gimnástica o "jugada" maliciosa es de las que no fallan, y semanas después el entrenado ya perdió timideces y comodonerías y se lanzará sin empujón ni grito, como el nadador que ya mató los sustos.

La pasión que Marta Salotti ha puesto en asunto pedagógicamente desconsiderado, me trabaja y me intriga. Ella parece la de un filólogo, la de un escritor o la de un rector de almas; es decir, parece el afán misionero de los que tienen a su cargo las pesquisas más delicadas del idioma, llevando por mira un registro íntimo del alma. Con razón el profesor de la Sorbona M. Marouzeau dijo del libro *Enseñanza de la Lengua,* que él alegraría a M. Bailly y a los otros investigadores europeos.

Estética más ética

Y es que Marta Salotti es una maestra al día en su oficio, siendo también una alma entrañablemente religiosa. Ella para mientes en que la aceptación por los niños de la lengua docente los encamina a lo fraudulento. Con su experiencia, sazonada de años, como en la palmera, ella sabe que la mentira infantil estropea al hombre y a la raza. El europeo suele hablar de nuestra vida criolla como de una bonita armadilla de malicias, "listezas" e hipocresías, que dañan la vida civil, la comercial y la "vida" *tout court.* La maestra desea para su escuela una clase y un patio llenos de niños que reverberen de franqueza verbal y de actos claros y ostensibles.

Hay más todavía en su empeño de jardinera por conservar recto el tallo de la palabra infantil. Descubrió hace

mucho —tal vez en ella misma— la alegría que da el conversar dentro de la expresividad criollo-española. Por el gozo particular que esta lengua se trae; por el saboreo que sólo ella nos ofrece de nuestro repertorio de experiencias visuales, auditivas y afectivas; por la delicia de su intimidad: en suma, por el acarreo de materiales que la vitalísima se lleva de arrastre.

Don de hablar

La profesora porteña habla así, en un lenguaje listado de madurez ciudadana y de infancia rural, y el no haber extraviado su expresión original ha de ser el secreto de su fascinación sobre los chiquitos.

Oírle un relato de hacienda o la descripción de un bicho de la Pampa, que ella nos pone vivo en la mano, u oírle contar sus charlas con los niños, equivale a llegar sin tránsito a la granja entrerriana y a seguir a la vizcacha por forados e intemperies...

El genio de contar, que para mí vale más que el de escribir, porque equivale a la toma de un *moulage* angélico sobre las criaturas y cosas sin perderles brizna, es virtud rarísima en nuestros pueblos de tradición oral ya desangrada y en agonía, y este don medio perdido pertenece a mi colega tanto como su respiración o su andar; no lo aprendió y se lo sabe por eso mismo...

Si las Normales atribuyesen al genio oral los subidos quilates que él tiene en el ejercicio escolar; si entendiesen que manejar niños es ganarlos, adueñándose de ellos por la hebra solar del habla donosa, la *resistencia* suya en la batalla escolar se fundiría y el clima de la sala de clase, que es de fastidio o de tensión, mudaría por completo como por ensalmo.

Marta Salotti apunta a otro blanco más con su prédica de la lengua natural en el niño. Ella sabe tanto como Unamuno que la retórica está en "las últimas", que en la época que llega, de ingenieros y de mecánicos, la muy patricia —o patricio—, primero romana, luego dieciochesca, luego jacobina, no tiene probabilidades de sacar a lucir, ni por los días de efemérides, su crinolina o su toga. La linajuda perdió en manos de los románticos la sobriedad y la veracidad, y nadie la cree más en sus reductos parlamentarios ni en los docentes. En cambio, el español conversacional del

viejo vasco ha servido en cualquier mañana de septiembre para alegrar las potencias humanas.

Esta virgen verbal, fresca como "la vaquera de la Finojosa", es la musa escolar de Marta Salotti. Las composiciones de su libro dan testimonio de las conquistas de la maestra de marca mayor. La oración vivaz de los pequeños redactores es rápida, caliente y donairosa; reverbera de movimiento como el colibrí; no se consiente los bandullos del período ni gandulea en ires y venires inútiles, aunque acepte retozos y jugarretas. Pero la sobriedad no se les pasa tampoco a hueso calino: *esta prosa infantil es, como el niño mismo, acción pura.* Marta Salotti hace mucho hincapié en la "lengua afectiva"; pero, en verdad, ella rebana en las correcciones la hojazón sentimental: sus niños escriben en la manera objetiva y "terminante" con que trabajan artesanos, ceramistas, tejedores, ebanistas. Escriben para decir con precisión, pero, además, usando de las expresiones idiomáticas y las buenas interjecciones. Esos niños dicen el mundo concreto que es el suyo, sin inventarse "estados de alma" como los malos poetas, y cuentan derechamente, con rapidez de arroyo vertical.

Los trabajos de las muchachas huelen a casa, a alacena, a comedor; dan un tacto real de las cosas entre las que viven. Y de ese modo su escritura se parece, por el calor de vida que allegan al lector —¡válgame la ocurrencia!—, a la blusa recién quitada, al brazo de la silla en que se afirman, a la cáscara de la naranja sacada entera. Sus asuntos están gozados y vividos. Y ellos no demoran en darlos, porque en nada, sea juego, sea trabajo, se demora el niño. (Para eso estamos los viejos...)

Yo pienso en los Péguy, en los Ramuz, en los Gionos, que nos está criando en sus escuelas Marta Salotti, sin enseñar "preceptivas", precisamente no enseñándolas.

Dos santos patronos

Leyendo composiciones me digo que es buenaventura nacer en un pueblo de óptimos abuelos verbales. El argentino legítimo nunca reniega —ni *olvida,* que es otro renegar— a dos de sus mayores: a José Hernández y a Sarmiento. Los lleva ostensibles o subterráneos; sigue comiendo de ellos, pues no se han agotado el pastal ni la viña de uno y otro. Ellos *dan de sí* todavía; y lo que prestan no es sólo vocabulario y giros: es el método para manejar la realidad; las suyas son operaciones que si no se achican vol-

viéndose receta, nos ayudan en cualquier empresa: novela, "corrido", crónica y hasta reportaje...

La alegría

El argentino no es un pueblo acedo, pero tampoco es alegre como el italiano y el andaluz. Sin embargo, la porteña que voy contando aquí nació bajo un signo de jocundidad, casi, casi de euforia. Le estimo la cultura pedagógica, le admiro la ejemplaridad en el oficio escolar; pero su don de alegría es lo que le tengo por virtud inefable. Haber llevado veinte años la escuela a cuestas sin jadeo, como quien lleva cielo y aire; conllevar un casamiento tan largo con el ámbito escolar conservando entera la infancia del corazón; pasar indemne por el calvo país de la pedagogía, sin caer en fatiga y aridez, todo esto me pasma, como al Padre Eterno de Péguy le sobrepasaba la terca esperanza de los hombres. El bloque de malaquita de esta maravillosa alegría y esta fe de cantos cuadrados, guardada entre fieles e infieles, doctos y palurdos, me pone a hervir, buscando entender. Porque no me vale para explicación ni siquiera una salud poderosa. La repechadora de colinas petropolitanas y la que se ajetrea todo el día entre libros o niños, sanos y enfermos, tiene ahora quebrantada la fortaleza que le dieron sus abuelos y su Pampa salubérrima. Me revuelvo por comprender, mudo piezas, como en el juego de damas, y Palma Guillén, que sabe de almas mucho más que yo, me dice: "Ella no tiene la alegría fundada, que es la rompediza; no se la dan los tendones ni el sol, como al deportista: la tendría prestada en tal caso. La suya es una sal cristiana, de puros ingredientes evangélicos. Ella *quiere y logra su gozo;* como los franciscanos de veras, supo a tiempo que lo primero era *la aceptación con júbilo.* Su idilio alegre con el oficio duro le viene de estar mirando siempre este mundo a la luz del otro".

La explicación, que me doy vuelta dos veces, como buena hija de Tomás, el carnal, me resulta recta según la flecha. Es cierto, me digo: *allí está.* Pero en seguida se me cae encima la otra averiguación: ¿y cómo se va a repetir el logro en un gremio de millones si la receta se confunde con la Gracia y ésta nunca cubre a la legión y sólo se posa sobre unas cuantas cabezas?

El espectáculo de una alma rica y *determinada,* la cual según el laico, se organiza en torno de una especiali-

dad y según el religioso en torno de una misión, siempre me atrae y me retiene. No hay paisaje terrestre que haga un préstamo tan caudaloso de electricidades morales para sacudirnos y lanzarnos a la acción redentora.

El árbol de música

Cualquier empresa que mira a la palabra —el místico dirá el Verbo— y quiere arrancarla de la trivialidad, de la chabacanería o del encenagamiento en la mentira, revela mucho amor y primor hacia el alma. Estos médicos higienistas de la expresión trabajan en todas partes sobre el idioma adulto; pero yo no me había encontrado todavía con un vigilante exclusivo del verbo infantil. Al niño se le nombra, se le agita y ventea muchísimo, y la verdad es que para los más él viene detrás de nosotros, pues no le damos todavía la delantera.

Marta Salotti, maestra exenta de sonajas gremiales y rasa de vanidades literarias, está —hace diez años— puesta a un afán de botánica divina: al de cuidarnos el "árbol de música" que es la lengua desde su primer almácigo. Supo de buen saber que "la planta rumorosa" se agusana y se malogra desde la *platebandes* del Kindergarten, que fue su primera jornada escolar. Seguramente la ternura espiritual y física que ella siente por las criaturas le venga de haberlas adoptado en un jardín de infancia, que es casi recibirlas en el alumbramiento. En su celo hay una porción materna, más un madrinaje estético, más unos dejos de nodricería que sabe lo que ignoran los parientes despreocupados. La vigilancia poliédrica de carne, sentidos y potencias, que va desde el peinado y las ropas hasta la cernidura de la palabra, me parece una pura maravilla, y he querido, como a tal, desmenuzarla en un disfrute que quiero darme y dar a los otros.

Marta Salotti envejecerá trabajando sobre la argentinidad íntima, obligando así a su gente, pero también a los que han hecho oficio de la expresión verbal. En el telar grandísimo que va de tierra a cielo, en la buena causa del Verbo español, se toca un enjambre de manos sin verse y sin saberse, ciegas como las abejas de la "enjambración" apícola. Mejor que trabajar en la ceguedad y el desconocimiento sería darse voces y trocar acuerdos. Nunca vi, en un mundo lleno de congresos, que se hayan dado cita maestros y escritores para conversar del negocio común del

idioma. Es una guerra civil de competidores: el maestro se cree el dueño natural de los niños; el escritor se cree el mayoral de los adultos. ¡Lástima que el segundo recibe a su lector ya torcido por los textos escolares y que el primero no sabe que él no cría, sino que descría, que no nutre, sino que enflaquece, con la dieta docente, el ingenio y el haber verbal de los Peters Pans y las Alicias!

En una escuela común de Buenos Aires, sola y tan feliz como si contase con legión, Marta Salotti, hija de su Sarmiento sillar, que basta para sostener a didactos y autodidactos, sigue recogiendo y anotando su experiencia preciosa con los niños. Acaba de rematar el segundo libro de su curioso peritaje; seguirá hasta que el asunto, profundo y oscuro como la entraña marina, le entregue sus hermosuras, sus sorpresas y sus absurdos. Seguirá en la faena hasta rendir los ojos, hallando anémonas desconcertantes estrellas verbales que no se sospechan, esturiones ácidos y pulpos que nunca imaginamos, y todo esto, como en un fondo marino, revuelto en las aguas azulencas que llamamos "la infancia". Nada tienen ellas de simples y de captables por el brazo común; las aguas de la infancia son duras de cortar, más aún, de encañar, y todavía más de reducir a tabla de definiciones.

La escuela primaria argentina

Desde Sarmiento, el fundador, esta escuela representa una especie de cuarto poder, una derramada potencia, sin apelativo personal, que se extiende desde el primer colegio de Jujuy hasta el de la Tierra del Fuego. La docencia primaria parece la sal por excelencia del cuerpo argentino, la afirmadora y la sazonadora de la Nación, la que le ha evitado corrupciones y desmigajamientos. Como es ancha y albea desperdigada desde el meridiano 20 hasta el 55, para mostrarla a los extraños es preciso tomar unos cristales de ella en la palma de la mano. Es lo que quiere hacer este pobre recado, contando, bajo el nombre de María Salotti, el ímpetu liberador, creador y casticista de la escuela primaria argentina.

En la mudanza solapada que la inmigración iba cumpliendo sobre la argentinidad con su infiltración cotidiana, lo más visible eran las averías del idioma. Escritores y profesores dieron la alarma. Capdevila, con un acento doctamente irritado. El magisterio nacional recogió recado y en-

cargo y puso sus manos sobre la cernidura de este inmenso cereal impalpable que es el habla popular. En no más de quince años se ha verificado un vuelco palpable que los forasteros seguimos en los libros y la prensa. Prosa y poesía han entrado en unos afilados rigores de conciencia, de escrúpulos y aun de refinamientos.

El magisterio trabajó allí duro y bien: la faena no se remata todavía, y es natural: el enorme organismo sobador y mascador de inmigraciones, sigue recibiendo masas europeas, y después de la guerra el aluvión se va a doblar probablemente. No es cosa de clamorear con sirenas y cobres. Existe una manipulación formidable para prevenir y salvar en ese punto de nuestro Continente pueril,[3] y ella se llama la escuela nacional, la prieta red a la vez federal y unitaria de millares de colegios argentinos.

Petrópolis, marzo de 1944.

[3] Pueril: niño.

LA GEOGRAFIA HUMANA: LIBROS QUE FALTAN PARA LA AMERICA NUESTRA

Con el bello rubro de *Geografía Humana* está publicándose en Francia una colección escogidísima de libros que deben dar, a la vez, el paisaje y las gentes de una región, en croquis rápidos pero enjundiosos.

Hace dos años, yo hice incluir en la nómina de una serie indo-española de libros del I. I. de C. I.[1], un volumen con el nombre de PAISAJE AMERICANO. La idea fue aceptada con gozo por el comité. Pero... ¿quién escribe el libro? Pronto empezaremos a buscar quiénes hacen, a lo menos, la sección de cada país. Queremos uno como dilatado friso, dividido en segmentos nacionales, del semblante físico de nuestra América: unos veinte cuadros todo lo calientes de veracidad panorámica que se pueda y en los que, como en los frescos de Gozzoli, salten al ojo, enlazados, el árbol típico, la montaña patrona y la bestia heráldica.

Ciertas cartas geográficas primitivas, de una ingenuidad feliz, se aproximan a nuestro deseo: el rectángulo o el triángulo de un territorio aparecen en desahogado espacio. El árbol dominante, o el metal, o la industria patronímica, están marcados en medio del país; la ciudad ilustre se ve bien coloreada, como para punzar el ojo desatento; el tipo regional, luce terciado sobre el conjunto. Esto, transportado a la literatura, andamos buscando.

La norma aconsejable para el volumen que me tenía pensado era *La Visión de Anáhuac*, del mexicano Reyes, librito que no peca sino por la brevedad, como las materias aristocráticas de la naturaleza, y que es una miniatura cuidadísima del paisaje de la meseta.

Se pusiera un escritor de cada país a escribir síntesis semejante de su llano, su valle o su montaña, y tendríamos esa obra extraordinaria que, en francés, haría por nosotros

[1] El Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones.

más que la colección literaria entera que el I. I. de C. I. publica en este momento. La tierra vale siempre más que la criatura literata. Entre la *Odisea* y el Mediterráneo, me quedo con éste, que todavía está abotonado de núcleos de Odiseas. Entre la *Mireya* y la Provenza, también opto por la Provenza, a pesar de mi pasión del Homero del Continente que fue Mistral.

II. Una miscelánea nacional. — Estaba yo con este libro entre ceja y ceja cuando me llegó *Mi Tierra Nativa,* de don Agustín Edwards, como llamada por mi deseo. Su plan va más lejos del que yo indicaba, porque incluye la historia y la leyenda locales. Aun así, sobrecargado de obligación compleja, este libro ha podido con la empresa.

La Sociedad de Historia y Geografía de Chile, institución que merece bien de la patria, como diría un documento oficial, envió en delegación al reciente Congreso de Historia de Estocolmo al señor Edwards. Hombre positivo él, en vez de ofrecer a la asamblea de sabios una monografía más, quiso llevarle sobre país tan poco divulgado como una Groenlandia o unas Azores, un libro mixto, de costumbre actual, de historia nerviosamente breve, de descripción honrada del suelo, con su flora y su fauna lealmente anotadas. De este modo, y habiendo distribuido generosamente la obra, él ha regalado a quinientos profesores europeos y asiáticos con una miscelánea viviente del país, en la cual nada esencial ha sido omitido y donde no hay tampoco congestión de datos ni abuso necio de estadística. Es la patria reducida a su columna vertebral de hecho humano, de economía y de visión. Nada más y nada menos.

Ha esquivado el autor la escrupulosidad microscópica del especialista, porque él no es un especialista, ni lo pretende, guardándose a la vez del baedekerismo[2] banal, que cuida más un itinerario cómodo de turista que la vieja honra de la tierra que él atraviesa.

Sin embargo, el libro hará fortuna entre profesores y viajeros. A aquél le empujará a leer más sobre el bello asunto, que es digno de ser cavado hasta el tuétano; al viajero le entrega un país vivo, como en la más perfecta cinta cinematográfica del género documentario, con el folklore enderezado, con la vegetación que de bien dicha se aspira; con la riqueza del subsuelo magníficamente desnudada.

El estilo es el que conviene al asunto, ágil cuando cuen-

---

[2] Referencia al **Baedeker,** libro descriptivo de países, guía sucinta de turismo.

ta; parecido por la vivacidad a la estampa popular, cuando describe. Ningún preciosismo que aúpe el valor de la frase sobre el del asunto, que debe primar aquí, como en una buena geografía. Tampoco hay descuido, sino la corrección y el orden del mejor periodista de tipo sajón. Porque el género es un poco periodístico, sólo que del periodismo educador.

La obra se lee con la complacencia que da un plan feliz y un estilo fácil donde se mueve la frase como el buen nadador mueve sus tendones.

No hay en este mundo motivo más embriagante que una bella tierra, para contarla en su accidente y en su regularidad. Eliseo Reclus, Humboldt o Waldo Frank son bienhechores primogénitos de la criatura que lee, en todos los tiempos.

La obra dividida en tres volúmenes desahogados, ha aparecido en inglés, a causa de haber sido hecha con generosa voluntad de divulgación. La seguirá una edición española que ha de tener buena suerte en América, donde ya se ve despierto el apetito de un conocimiento continental minucioso.

III. La imagen todopoderosa. — Yo aconsejaría más grabados, mucho más, todos los posibles, para esta edición. En la obra geográfica, cada lámina calienta y desentume el texto; engruesa la corriente de la emoción y ayuda a los sesos, que son lentos, con el ojo, que está siempre vivo. El libro de geografía y el de costumbres no deberían llevar página ayuna de estampa. Objetividad, más objetividad y siempre objetividad. Nunca se peca por exceso de ella con el adulto lo mismo que con el niño, y quizás el adulto ha menester de más cromismo, porque es un niño de imaginación estrujada —si la tuvo— y reacia a *recrear* siempre.

Si estos países de Europa, cuyo paisaje ha sido popularizado hasta el sobajeo por los semanarios gráficos, siguen haciendo su literatura geográfica a base de copiosísimo grabado, nosotros, dueños de un suelo inédito, apenas vislumbrado, hemos de prodigar la estampa con una larga insistencia. Aparte de que "hay que hacer el gasto", como diría una ama de casa. Nuestra naturaleza no pide al grabador, al acuarelista o al fotógrafo posturas hábiles ni maña refinada. Confórmese con recoger sencillamente la montaña bastante prócer de cada región; no haga sino encuclillarse a tomar la buena fotografía del bello animal —chinchilla o guanaco— y sepa poner la placa de modo que reciba donosamente a la araucaria solemne, que es la Juno de nuestro paisaje de Chile. Será suficiente.

IV. Nombrar. — Yo haría un segundo suave reparo a la colección: su nombre. El señor Edwards ha nombrado tiernamente a Chile, con ese mimo que usamos de lejos más que de cerca para hablar de lo nuestro. Sólo que la tierra, se me ocurre, prefiere los nombres secos, un poco minerales, para ser designada, y rehúsa cualquier adjetivo, como lo rechazan los cuerpos en la fórmula química. Yo habría puesto "Chile", sencillamente, o bien "Chile, mi país", si se quería evitar la confusión con otras publicaciones sinónimas.

El nombre le sirve al libro como al hombre; pero aquí se trata, no del nombre más o menos lindo, sino del nombre ceñido a un género enjuto que no admite intenciones de adorno. Yo me temo que el lector con predilección de lectura geográfica o costumbrista recele de la obra y la tome —¡tan sobria como ella es!— por uno de esos relatos del género sentimental que abundan en el mercado.

V. Células que llenar. — Una obra con esta misma red sabia de conocimientos, aprovechadora del mismo plan sagaz, creo yo que necesita cada país indoamericano. Solamente la Argentina, afortunada en los grandes como en los pequeños menesteres, cuenta con algo aproximado en aquella *Argentina y sus Grandezas* —¡lástima del nombre, otra vez!— que le escribió por encargo oficial Blasco Ibáñez. Yo me quedo con la obra de Edwards, que ha usado con tino del deseo de convencer sobre las excelencias de un país. La empresa de Blasco Ibáñez era bastante mercenaria y no hay obra plagada de este pecado original que no resulte desaforada en la alabanza, y torpe, aun cuando la haga el maestro de la descripción que era Blasco. El optimismo se derrama como un río de manteca que empalaga; la geografía oratoria no resulta; la efusión atarantada aparece ridícula cuando se la aplica a asunto de economía... El volumen de Blasco Ibáñez aventaja al de Edwards en lo que dije, en el grabado omnipresente, y gracias a esta generosidad litográfica, que habla con lengua de prueba, el libro se vende todavía en los mercados.

Una Colombia cafetera y letrada; un México petrolero y social; una Cuba azucarera e internacional; un Perú cauchero y colonial, querría yo tener puestos en volúmenes que siguieran el mismo plan cuádruple de *Mi Tierra Nativa*: folklore, rico; historia de subidos quilates; costumbre original; fauna apasionante y flora sencillamente estupenda. Con ellos habría para informar a Europa con decoro sobre el suelo de América, diez veces prodigioso, lo mismo

que sobre su nobleza étnica. ¿Por qué no lucir el hecho geográfico, cuando menos, que es el hecho indiscutible que tenemos, el lote de gracia que Dios nos ha dado, y hacer volverse hacia nosotros el ojo, bastante displicente, del Viejo Mundo?

Avignon, marzo de 1929.

INFORMACIONES Y POSICIONES SOBRE EDUCACION

LA REFORMA EDUCACIONAL DE MEXICO

Dos períodos

La reforma educacional de México se continúa bajo el mismo principio director de que el país debe crear una civilización rural digna de su magnífica cultura urbana.

Yo tuve la honra de divulgar una parte de la reforma vasconceliana, enorme punto de partida y, como si dijéramos, la dínamo poderosa que moverá por mucho tiempo la educación mexicana y aun la de América. Después de dos años de viaje yo no había vuelto sobre el tema. Recibo ahora las publicaciones de este período de receso, y me pongo a continuar, sencillamente, la divulgación suspendida. Se mantiene un interés expectante por el destino de esta reforma en nuestros países. En Europa se palpa la misma curiosidad respecto de todo movimiento educacional novedoso que despunta en América. Yo estaría contenta de informar respecto de cualquiera creación que de allá parta.

Una labor no sólo tiene significación por sí misma, sino por su resonancia. El radio de contagio que ella cubre revela su fuerza y duplica su valor. La obra de don José Vasconcelos pertenece a las que han efectuado un verdadero contagio espiritual. Labor que se apaga en cuanto el creador quita sus manos de ella, no contenía fuerza para ir lejos y no poseía, por lo tanto, el rango de cosa óptima.

En una noble carta, el nuevo Ministro de Educación, doctor Puig Casaurance, me habla con estimación del legado que él recibió de manos de su antecesor. Me envía también con sencillez los boletines, las memorias y los libros donde empieza a cuajarse su trabajo propio. La obra del doctor Puig Casaurance es generosa en aspectos: mira hacia lo popular sin debilitar la cultura superior; hay muchas y vigorosas iniciativas que corresponden al período actual, pero se ha guardado lo mejor que se hizo bajo la era obregonista.

Bibliotecas

El Departamento de Bibliotecas, servido por la Licenciada Esperanza Velá quez Bringas, aparece como el de actividad más rica; fue también antes uno de los más afortunados.

Mil quinientas bibliotecas, sabiamente divididas según esta clasificación: populares, industriales, escolares (de la cual son una rama las infantiles), institucionales (de cuarteles, sindicatos y hospitales), ambulantes y rurales. La cifra englobadora no da más que el asombro del gasto, pero lo que dice esta cifra es que cada soldado, cada obrero, cada campesino y cada niño lee en México sin que la lectura dependa de su fortuna. Es la escuela duplicada por el estante de libros: el soldado de mañana que, con un toque de cultura, será menos brutal; el maestro primario sustentando cada día sus conocimientos como un cuerpo vivo; el indio recibiendo en la sierra educación agrícola y siguiendo, en el periódico, la vida del mundo, y, por encima de todo, el niño americano adquiriendo, como el europeo, el hábito de leer todos los días que forma parte de la dignidad del hombre.

Bibliotecas de Legaciones

El Departamento ha dotado las legaciones mexicanas de grandes bibliotecas. Quien ha viajado aprecia el valor de esta innovación. Regularmente, y excepción hecha de esa irradiante Argentina, las legaciones y los consulados de la América son no más que oficinas de pasaportes, de un tieso burocratismo. Una o dos salas en las que se amontonan los pobres emigrantes, una fotografía de presidente y unos cuantos empleados perezosos y que no saben su *oficio de informar*, gran oficio, por cierto. Al periodista que va a pedir datos sobre algo más que las minas o el intento revolucionario, no saben qué decirle: no conocen sino a los políticos que les dieron su nombramiento; saben poco de su legislación; de su historia, unas cuantas vaguedades ampulosas; menos de la geografía del país. La biblioteca es el complemento natural del Consulado. Pero se ha ido más lejos: el Departamento ha obsequiado y sigue obsequiando este tipo nacionalista de bibliotecas a las instituciones extranjeras que tienen alguna significación —grandes colegios, sociedades obreras, etc.—. (Hasta a Punta Arenas, de Chile, es decir, al ápice del Continente, se le ha hecho una

dotación semejante.) Vela también por que las colonias mexicanas en el extranjero, especialmente las de Estados Unidos, no se desarraiguen moralmente, y mantiene con ellas un movimiento de publicaciones, gracias al cual el emigrante sigue la vida mexicana.

El Bibliotecario

Guían la lectura el bibliotecario titulado tanto como el *Boletín de Bibliotecas*. La escuela que ha preparado a los primeros técnicos se hacía necesaria para evitar la improvisación, ese "mal de América". Para servir un número tan grande de bibliotecas, se ha aprovechado en el primer momento a toda persona de cultura superior y aun de cultura suficiente, mientras los técnicos van aumentando.

El *Boletín* hace una especie de vivificación del Catálogo que, para el lector de pocas luces, no es consultor verdadero. Un número del *Boletín* se dedica al libro agrícola, otro al infantil. Hay síntesis excelentes de las obras nuevas y una crónica de la vida de las bibliotecas. Y como la faena de hacer leer sigue siendo un trabajo escolar, se ha dado la inspección de las bibliotecas de los Estados a los maestros. Estos informan sobre si los libros que envía el centro corresponden o no al medio, para evitar ese tipo de biblioteca, abundante y paralítica, que supera al ambiente.

Biblioteca Social

La creación de la Biblioteca de Ciencias Sociales corresponde a la urgencia de la masa popular por orientarse en este sentido. Mas que a la misma masa interesa al Gobierno formar el juicio de obreros y campesinos sobre las cuestiones sociales que han agitado tanto al país. "México es —decía una norteamericana—, el campo de experimentación más inquietante que hay en esta hora". Mejor será que la doctrina le llegue al obrero por el libro que por el *leader*, aun por el libro extremista, que tiene en el mismo anaquel su réplica.

El Libro Ilustrado

Un buen observador de las mesas de lectura se ha dado cuenta de la preferencia que el pueblo da al libro ilustrado.

Por esto el Departamento tiene alrededor de 100 suscripciones a periódicos y revistas nacionales y extranjeras de esta índole. Yo he visto cómo en el campesino el amor del leer comienza con la ingenua hojita local, pasa después al semanario con láminas abundantes y se hinca al fin en el libro.

El envío de los grandes cotidianos hasta los extremos del país sirve mucho para corregir esa conformación moral desgraciada que tiene México como España y que Ortega y Gasset llama "la nación invertebrada": el localismo que debilita y camina a la desmembración.

La Hora del Cuento

La señorita Carmen Ramos, profesora de la Sección de Kindergarten en la Normal, ha inaugurado la "hora del cuento" en las bibliotecas infantiles, consiguiendo que, sencillamente, mil niños la escuchen en la "Cervantes" en su fábula semanal.

La hora del cuento es tradición ajena (Estados Unidos o Inglaterra), pero la maestra citada le ha incorporado esta singular innovación; después que la maestra cuenta la primera fábula, el público se suma a la fiesta, como ocurre en los grandes coros populares. El niño narra el último cuento aprendido en la casa o en la escuela; el aya pone el suyo, y el viejo, ganado del entusiasmo, da también su relato. En toda manifestación colectiva yo veía en México esta tendencia, que es generosidad natural, a cooperar enriqueciendo el esfuerzo ajeno y, sobre todo, a restar tiesura pedagógica a estos actos, volviéndolos fiesta común. Esto viene también del estado de creación que es el natural en esa masa donde se ha producido el músico popular sin técnica y el decorador sin Escuela de Bellas Artes.

Provechosa resulta la propaganda que hace el cine de las obras recién llegadas a las bibliotecas y que tienen carácter de acontecimiento. Si se anuncia en la sala la marca nueva de automóvil, ¿por qué no se ha de colocar la carátula del libro admirable que todos deben leer?

La Norma Laica

Una información amplia, y hasta ilustrada, del *Boletín* nos sorprende: la creación de una biblioteca anticatólica. De igual modo sorprendería cualquier dotación *oficial* que,

bajo la norma juramentada del laicismo, favoreciera o atacara a judíos o mahometanos. Ojalá se trate de un simple obsequio de libros. Uno de los grandes peligros de México es la guerra religiosa que, poniendo fuego en la médula del pueblo, acarrearía una inmensa pérdida de energía nacional.

Un discurso reciente del Ministro belga Vandervelde, considerado por muchos como el socialista más preparado de Europa, dice más o menos esto: "Yo considero que el triunfo del socialismo belga depende, en buena parte, de la actitud que asuma ante la cuestión religiosa. Pienso que esta es, irremisiblemente, cosa de fuero interno y que la política no debe tocarla".

Es sumamente delicado agitar un problema que interesa por lo menos a diez millones de habitantes en México y que en la Historia ha tenido siempre el destino de enardecer a los hombres más que las cuestiones económicas, más que causa alguna.

La Lectura Viva

El Departamento de Bibliotecas ha añadido a su nombre el de "Lecturas Populares". Cada cosa se colorea del ambiente: en los pueblos con vicio de erudición, tiene la misma biblioteca popular no sé qué de rito. Mesas individuales con un estudiante que trabaja sin moverse dos o cuatro horas con el dorso inmóvil del escriba egipcio. En la biblioteca de la aldea mexicana, la sección de lectura se vuelve una conversación, se hace social, pintada de comentarios vivaces.

Mientras voy leyendo los boletines recuerdo las bibliotecas conocidas, desde esa severa nave de catedral, que es la hispanoamericana, hasta la sala infantil llena de ilustraciones donosas de la Biblioteca Infantil de la Secretaría. No llevan los mexicanos el nombre de sus generales a todas las cosas, ponen a éstas bajo su advocación natural y llaman a sus bibliotecas "D'Amicis", "Tagore", "Netzahualcoyotl", "María Enriqueta", "Gutiérrez Nájera", "Amado Nervo".

Estas 1.500 bibliotecas podrán aparecer a algunos exagerada pasión de libros. Vendrán los tiempos en que a cada escuela corresponda una biblioteca. Entonces México tendrá 5.000 de ellas. La biblioteca no es sino la institución que recoge la masa adolescente que la escuela entrega con una cultura incompleta, o que sale de los liceos con una instrucción no especializada, o que abandona la Universidad con

una mente fatigada de especialidad y que recupera el goce del estudio en campos nuevos.

Dos Criterios — Departamento Editorial

Las ediciones de los clásicos, excepción hecha del gran "Libro de lectura para niños", se han suspendido, *no suprimido.* En torno de esto ha habido polémicas. La actividad más discutida del Ministro Vasconcelos fueron estas ediciones. "Por cada volumen de Platón o de Esquilo —se decía— pueden hacerse 50 silabarios para los indios".

"Los clásicos quedan al margen de la capacidad media de la población".

En verdad, por un Plotino hermético se publicó un Tagore diáfano, por cada Platón un Tolstoi evangélicamente popular, con lo cual se hacía el equilibrio. Yo también soy una simplista, pero he solido recibir alguna lección que vale la pena contar para este caso. Había dicho yo, en no sé qué conferencia, que los pueblos se ocupan, por vanidad, de sus universidades antes de haber hecho la escuela primaria en grande. Repetía luego el lugar común del niño que empieza por hacer su organismo. Pedro Prado llegaba al otro día a verme y en una delicada alusión me decía: "¿De dónde sacan eso? El niño se hace a la vez sus huesos, su sangre, su mente y su espíritu". Mi amigo, como Vasconcelos, se lleva la razón.

Después de 18 volúmenes formidables de contenido, bien se puede dar un reposo la Editorial con esos folletos de pura divulgación popular que ha hecho el doctor Puig. Yo no creo que una colección verdaderamente prócer, como la mencionada, quede sin continuarse.

La edición de los "Clásicos Infantiles" señala el mayor esfuerzo de arte que ha hecho la Editorial. La colección oficial de la Argentina no ha llegado a volúmenes tan espléndidos. Parece que con ello se hubiera dicho: la mejor hoja, la más noble ilustración y el tomo más perfecto de cuantos salen de estas máquinas, serán para el niño. Sin restar admiración a este *record* lleno de nobleza, indicamos al doctor Puig la necesidad de hacer de la misma obra una gran edición popular que llegue hasta la última escuela de la sierra. No han lanzado las casas editoras de España un libro de lectura para niños que tenga esta *sencilla universalidad* y que, por esto mismo, contenga más sentido humano. Los dos grandes volúmenes serán el lujo de las bibliotecas en vez de ser esa humilde maravilla del libro pequeño, voltea-

do cien veces por las manos del niño en su banco de la escuela y en la mesa de su casa. A lo menos podría hacerse la reimpresión de las dos secciones más bellas: la "Edad Media" y "Grecia".

Corazón

Corazón ha sido reeditado con un conmovido prólogo del doctor Puig. El estudiante de literatura que escribía esas páginas de encendido elogio para el clásico italiano, no sabía que la vida iba a darle la ocasión de difundir el libro de su preferencia, hasta el último término entre los niños de su raza.

Con los *Principios de Estética* del maestro Antonio Caso, el Departamento inicia una como serie de los clásicos vivos del país. Es excelente el conjunto de folletos publicados sobre la *Cooperación en las industrias alemanas.* Cuando se continúe con Inglaterra y Bélgica, se dispondrá de una literatura nueva destinada a dotar las bibliotecas obreras espléndidamente.

El Departamento Editorial ha sido el portavoz más eficaz de la obra renovadora de la Secretaría de Educación. Gracias a él, los educadores de América y de España que no han tenido la fortuna mía de mirar de cerca la reforma educacional, tienen de ella una clara noticia.

El Departamento de Bibliotecas llevaría vida muy mercenaria sin esta sección editorial que le ha proporcionado colecciones propias. Se camina hacia el ideal de que las futuras bibliotecas vivan de la existencia de sus almacenes, en vez de enriquecer editoriales extrañas: empresa concebida y realizada en grande, equivalente a las construcciones monumentales de escuelas. Cuando la mitad de los textos escolares hayan salido del Departamento, se habrá acabado con la explotación económica del alumno.

Se lee con asombro la cifra de las ventas. Algunos han dicho que la actividad era sólo de donaciones: es la verdad que las colecciones oficiales se venden y que la empresa empieza a poseer presupuesto propio.

Vale la pena señalar, como actividad futura, la elaboración de material escolar. En Europa se va formando el concepto de que la escuela es, por tercios, el edificio, el material escolar y el maestro. Tal apreciación conducirá a que, en el futuro, un Estado gaste sumas iguales en sueldos y material. Se verá entonces que el niño aprovecha mejor sus cartones y sus láminas que la misma clase del maestro.

Cultura indígena.— La mejor innovación que encuentro en este capítulo son los cursos por correspondencia para maestros rurales. Me conmueve cuanto se hace, en México como en la Argentina, por llevar el aliento de la cultura urbana al campo. Comparo la situación del maestro abandonado en un rincón del territorio a la de las colonias penales de Ushuaia y Punta Arenas (Patagonia). Se les olvida como a forzados.

Yo veo la amplia sala del palacio de Educación, desde cuya mesa parten, hacia Yucatán o Sinaloa, los folletos que contienen, o una colección de clases modelo, o la monografía de una pequeña industria, y veo el campo en que el maestro estudia con esa forma de estudio que poco a poco llegará a ser la única, o sea, la independiente. Se ha hecho bien en conceder a esta preparación voluntaria un valor de grado para el escalafón.

Las misiones rurales han sido sensatamente restablecidas, como que constituyeron el éxito más alto del período vasconceliano.

Se ha creado, por fin, la Escuela Normal Rural, aunque lleva otro nombre un poco complejo. Esta es la anotación que yo hago con más viva complacencia. Todavía no comprenden nuestros países que el maestro para el campo no puede formarse lado o lado con el ciudadano.

Se trata de internados para trescientos jóvenes indios o mestizos, elegidos en cada zona para que amen a la región que van a servir. Durante tres años reciben una cultura general decorosa y hacen el aprendizaje cuidadoso de tres o cinco industrias a base de los recursos naturales de la región. El objeto es el aprovechamiento de las materias primas que México, en unos diez años más, no exportará, porque de sus cinco mil escuelas habrá salido el millón de obreros que necesita.

La enumeración de estas industrias señala a Oaxaca, por ejemplo, la elaboración del aceite de ricino obtenido de la higuerilla; a Puebla, la explotación intensa de su espléndido mármol de colores y la del sarape bajo la técnica persa, a fin de renovar el mercado. Cada Normal Rural tendrá agrónomos y veterinarios. Se hace hincapié en que las mencionadas escuelas no aplicarán métodos europeos que no corresponden a un ambiente primitivo, y que estos sistemas darán solamente la norma de las escuelas en las ciudades.

El Departamento de Bibliotecas ha formado la serie de

libros del maestro campesino, con una sensatez que hay que alabar. Son seis volúmenes que constituyen un mínimum de páginas y un máximum de sustancia. Después de la compenetración con esta lectura, vienen los cursos de mejoramiento profesional.

Una Aldea Ejemplar

La República, llamada por tantos socialistas, está dando también más conciencia cívica al terrateniente, y yo leo con sorpresa este dato que ojalá un día podamos hallar también en una publicación oficial de Chile: las escuelas rurales, en su mayoría, no pagan arriendo de local: o los ha cedido el hacendado o los ha construido el pueblo. Aquí, el caso del pequeño pueblo de Santa Rosa en el Estado de Nuevo León.

La propiedad está muy dividida y no hay en la región el latifundista que ponga su fuerte cuota. Cada campesino tiene su jacal (casa de adobe), su pequeño cuadro de suelo y sus animales. Tan pobre era la población (pobre como lo son las aldeas americanas, por pura falta de cooperativas), que carecía de agua potable. El delegado de Educación, que ha de ser un pariente moral del admirable Eliezer Oliver, hizo un llamado que el pueblo escuchó. Dijo a los vecinos que la capital no podía "comprarles, con el agua, la salud". Las señoras verificaron ferias populares a base de su santo trabajo de aguja; se vio ese entusiasmo colectivo que, desgraciadamente, sólo las guerras provocan. Nadie quiso quedarse a la zaga del otro, y, el que menos, puso el acarreo de piedras. Se llevó el agua hasta la plaza; pedazo a pedazo de suelo se llegó a la donación de dos hectáreas; la escuela recibió un regalo de animales para las clases de avicultura; se trazó el campo de juego; el resultado ha sido que el pueblo debe a la escuela el agua y que la escuela lo debe todo al pueblo. Las contribuciones suman 30.000 pesos chilenos.

La Escuela, según Wells

Radio.— Wells ha hablado de la escuela futura a base de radio y de cine, como quien dice de la palabra selecta y de la imagen hermosa. Hablará con la mejor garganta el pensamiento ordenado del mejor maestro, y el niño irá siguiendo, a la vez, en la pantalla las figuras más cuidadosamente escogidas. A aquellos que leen con horror de sentimentales esta profecía, acaso Wells contestara que es mejor esa pa-

labra sin cuerpo, pero ordenada y sobria, que la cháchara de los maestros vulgares, y preferibles también las formas que se mueven en la pantalla al desteñido cuadro mural de las escuelas.

La Sección de Radio la dirige también una mujer, la periodista y profesora señorita María Luisa Ross. Su labor justifica en buena parte este feminismo oficial de México, que ha entregado cargos de significación a las mujeres.

Cooperación de los Intelectuales a la Escuela

Las ondas de la gran estación difusora C.Z.E., alcanzan hasta la América del Sur y su instalación se halla en el mismo edificio de la Secretaría. En la inauguración el Ministro, señor Puig Casauranc, hizo una alocución llena de pensamientos generosos, destinada a los mexicanos de Estados Unidos, como si hubiese querido, con la nueva estación, completar la patria dividida y, por un momento, tener un México unificado que escuchase su llamamiento. Después la jefe de la Sección dirigió una circular a los intelectuales de la capital, pidiendo a cada cual su aporte. México tiene entre sus mejores cosas la *élite* intelectual con que es necesario contar para estas empresas de gran aliento, y sin la cual museos, escuelas y estaciones de radio son fardo muerto, porque el museo no divulga, la escuela no tiene irradiación y la radio se llena de majadería. Digamos lealmente que la dictadura empezó a formar dicha *élite* y que la democracia camina sobre ese cauce. La tradición de los Sierra, de los Caso, de los Salado Alvarez, de los Pallares, etc., ha hecho fácil la formación de la generación que ha venido.

Respondieron los intelectuales y especialmente los maestros. La serie de conferencias consulta todas las especialidades: los médicos han dado conferencias de higiene popular; los agrónomos han hecho divulgación agrícola; se han desarrollado cursos enteros de pedagogía elemental y se empieza a enseñar idiomas. Son ejemplares los programas dedicados a un solo tema: la obra de un poeta o de un sabio. La Sección trabaja cotidianamente, es decir, las sesiones no tienen carácter de fiesta dominical, de cháchara de la semana. La música se lleva un tercio de los programas. La conferencia está limitada a 15 minutos para evitar que en este nuevo terreno la pedagogía abuse de su abundancia...

La radio ha venido a presentar a los intelectuales la ocasión de lavarse de un pecado mortal de que están acu-

sados por los demagogos: lo que llaman el egoísmo o su esterilidad.

Como en México hay tres o cuatro naciones lingüísticas, se dan también conferencias en las lenguas que dominan en las aldeas. Sobra decir que las dotaciones de radio han sido llevadas a las escuelas principales, a las cárceles, a los hospitales; se ha señalado la cifra de 500 para este año. La jefe de la Sección ha recomendado a las escuelas industriales que enseñen a construir aparatos del tipo más sencillo, con el objeto de que este invento no tenga carácter de lujo.

Una Ley de Jubilaciones

La Escuela Primaria.— Aunque la ley que vamos a comentar afecta al personal de Educación entero, trataremos de ella en este párrafo.

De la ley de pensiones y jubilaciones, celebramos los puntos de contacto que tiene con la argentina, es decir, su base en una caja de retiro. Quienes han combatido tan apasionadamente el descuento de los sueldos, tal vez no saben que este principio está incorporado a las más honestas legislaciones de otros países. Pero si la ley es sabia en este punto, es desacertada en otro: el de la edad mínima para la jubilación, que se ha fijado en 55 años. El envejecimiento humano en ninguna profesión se hace sentir más como decadencia del espíritu, como estatismo, como mediocridad del esfuerzo, que en la educación, la cual, para mí, constituye por excelencia el reinado de los jóvenes y de la gente madura. Yo he visto fracasar planes muy óptimos en manos de los viejos. Hay una especie de fraude que hacen ellos fatalmente, a veces hasta a pesar suyo, a las ideas nuevas. Wells ha dicho la verdad inconmovible de que hay que educar para el porvenir, previéndolo maravillosamente, anticipándolo con un ímpetu osado de que sólo son capaces los jóvenes de la más fogosa juventud. Es cosa de ritmo y aquel que conserva el de la juventud a los 55 años, resulta una maravilla, de la cual no haremos regla. Seguramente la ley será modificada en un futuro próximo, cuando la economía del país lo permita, dejando que esta edad, y aun la de 60 años, rija para otras profesiones sedentarias y que solicitan menos el espíritu. La excepción en favor de los educadores no tendrá nada de privilegio, será, sencillamente psicológica.

Alabamos la legislación en la parte que obliga al maes-

tro mexicano, dispendioso e imprevisor, como gente de raza española, a una economía cotidiana. Entre las virtudes que necesitamos hacer en nuestros pueblos nuevos, está el ahorro, el santo ahorro del hombre francés y belga. Que el maestro abra el camino con su ejemplo. El Estado-Providencia que ha sido el de nuestros países debe acabar.

Ferias Escolares

En artículos anteriores sobre la reforma educacional en México, yo he señalado el éxito asombroso de venta y de técnica que rinden las exposiciones escolares. Como consecuencia de él, ha venido, seguramente, la formación de las ferias permanentes o anuales. Se trata de comprobar de modo absoluto el trabajo del año y, especialmente, se trata de que la Escuela de la Acción muestre sus buenos quilates. En algunos países las exposiciones de las escuelas son de una preparación precipitada y muestran labores de última hora y hasta de manos ajenas. Para alejar el fraude, el Ministerio ha dispuesto que mientras la Feria quede abierta al público, los niños trabajarán a la vista de los visitantes o explicarán paso a paso la técnica de su labor.

Tan buena como esta innovación ha sido la otra de fijar el número de excursiones. El maestro poltrón que no siente en su cuerpo la necesidad de atmósfera viva que hay en el niño, solía contentarse con llevarlo mensualmente al campo o a los parques. Ese sábado que se ha fijado para las excursiones será el día de la semana en que el niño reciba más: reciba el generoso sol de la meseta y la ocasión de la danza y el canto libre.

La Escuela Americana

Señalo con gozo la creación de la primera escuela al aire libre que, para honrar a un hombre que viene de la tierra, el ex Presidente Obregón, se ha abierto en el barrio de Atlampa. "En vuestros países —nos decía hace poco el doctor Decroly, a la señorita Palma Guillén y a mí— no debería haber otras escuelas. Ustedes tienen la divina ayuda del sol y de una atmósfera verdaderamente maternal para su faena. ¿Por qué al niño de vuestros países se le arrebata la dicha de la atmósfera y se roban los maestros a sí mismos esta cooperación que nada substituye?" El conoció Colom-

bia y tiene todavía en los ojos la luz de la meseta americana.

Se palpa en la acción de la Secretaría la voluntad de mejorar la calidad del maestro primario que en México viene a ser, o el hombre más útil o el que más traiciona al destino del país. Otro tanto puede decirse del resto de la América. El Subsecretario, señor Moisés Sáenz, conoce los Estados Unidos, y sabe que el mejor soldado de aquella civilización vigorosa ha sido el maestro primario y especialmente el rural. El sabe, por lo tanto, qué hecho tan profundo se vuelve el mejoramiento espiritual del maestro en nuestra raza. El individuo que va a purificar la población obrera de las ciudades y a organizar la vida del campo, absolutamente primitiva todavía, se merece la guía más celosa de un jefe escrupuloso como él. El profesor Sáenz es uno de los educadores de la América que trabajan con los ojos puestos en el espíritu y da una faena que un racionalista no sobrepasará nunca. Haciendo este elogio suyo, yo olvido que su fe es distinta de la mía: nos une el mismo concepto de que el hombre viene a realizar el espíritu y que los materiales que nos dan la naturaleza y la cultura han de ser puestos a su servicio, y nada más que a su servicio.

Mejoramiento del Personal

Los profesores de la Normal de México han tomado posesión de su verdadera misión, que no es solamente formar a los maestros nuevos, sino renovar a los antiguos, incorporándolos a la doctrina de su tiempo. La enseñanza complementaria que han impartido gratuitamente a más de mil maestros, revela una solidaridad generosa y una cooperación enorme al plan del Ministerio.

La segunda parte de este plan de mejoramiento la forman los cursos de verano que se han dado a los maestros de la provincia. Anoto un detalle sugerente: tanto para ayudar económicamente a sus compañeros como para vivir con ellos dos meses de efectiva fraternidad, los educadores de la capital fueron invitados a hospedar a aquéllos en sus casas. El objeto esencial, buscado en estos cursos, ha sido la preparación en trabajos manuales y en las industrias elementales, a los que la Escuela de la Acción señala casi la mitad del tiempo. Esta peregrinación a la ciudad de México es algo más que un viaje costoso para oír clases: ver la capital significa conocer un gran museo americano que contiene una síntesis asombrosa de la historia nacional, y ha-

cer las excursiones clásicas a la Teotihuacán de los magnos monumentos. A menos que ellos sean hijos de las otras regiones arqueológicas, de Oaxaca y Yucatán, antes de conocer la meseta de Anáhuac no han podido recibir la formidable emoción del pasado de su raza que dan estos solemnes lugares.

Y como no es posible la movilización de todos los maestros rurales que viven a una inmensa distancia, para ellos se siguen enviando las misiones culturales que llegan hasta los límites del país, llevando desde la biblioteca ambulante hasta el modelo de la casa rural.

Coeducación

Escuela Normal.— Las dos Normales de la capital se han fundido, adoptándose en ellas la coeducación que resultaba lógica, puesto que existe en la Universidad. Yo no entiendo el miedo que este sistema levanta en algunas partes. Creo profundamente en la emulación que se despierta en las alumnas por la capacidad incontestablemente superior de los jóvenes, y espero en una generación de hombres que será más fina hacia la mujer con quien ha compartido el estudio.

La fusión de las Normales alejó del servicio, con una jubilación honrosa, a una educadora llena de prudencia y de sobria cordialidad: la señora Ana M. Barlanga de Martínez.

Esta Normal de Maestros se diferencia de las de Chile en que contiene, al lado de la primaria anexa, un kindergarten, cosa indispensable para el estudio completo del niño. El nuevo Director, señor Aguirre, ha sacado el Kindergarten al aire libre y mudado por el trabajo de la tierra y el contacto con los animales, los dones muertos con que jugaban los niños en sus salas.

Acaba de inaugurarse una imprenta como sección de los talleres que, para los diferentes oficios, se irán añadiendo. La imprenta nace de una cooperativa en que los maestros han puesto el dinero y los alumnos ponen la mano de obra. Yo observo que a cada creación los jefes llevan su voluntad de educar al hombre mexicano en el espíritu cooperativo.

Libertad de Programas

Se comienza a dar una gran autonomía no sólo al profesorado normal mismo (siempre la ha tenido), sino a las

maestras de la Anexa. Uno de los hechos que más me sorprendieron en la educación mexicana fue la libertad casi absoluta del profesor en su cátedra. El profesorado de la Normal, como el de la Preparatoria o Liceo Central, está formado en su mayoría por personalidades, y de aquí nacen la confianza y, con ella, la libertad completa. El sistema va pasando lentamente a las demás escuelas. Yo atribuyo a él un espíritu de creación que es cosa común en los maestros de México, así como atribuyo al vicio de la disciplina y a la horrible tiranía de los internados de otras partes la mediocridad del magisterio. Crea maravillas la confianza y, en esto como en todo, el mal o el bien labra su cadena: a maestros con sentido de libertad, lo que equivale a decir, con respeto de sí mismos, corresponden alumnos igualmente libres. El profesorado secundario o normal hace su programa a comienzos del año y lo presenta a los llamados jefes de clases. Fuera de un mínimum de materia, el resto es campo para la iniciativa de cada uno, para el desarrollo de las ideas propias que tendrá siempre el educador más modesto, y que desarrollará mejor que las ajenas, porque las ama.

Pensiones a los Capaces

La mayor situación que dan las demás profesiones liberales haría que las mejores inteligencias se encaminaran hacia el Derecho o la Medicina, como ocurre en Chile. Previendo este daño, se han creado las pensiones de la Normal. Los Estados o provincias, tanto como el Gobierno central, sostienen alrededor de doscientos pensionados, que son, naturalmente, seleccionados entre los alumnos brillantes de la escuela primaria. Es el aprovechamiento de la inteligencia, eso que Alemania cuida tanto y que la América toma en poca cuenta.

La Normal está dividida en dos ciclos: el de cultura general, que también puede hacerse en la Preparatoria (Liceo), y el de la especialización. Tal organización trae, entre otros, este bien: el maestro se ha codeado con el hombre de otras profesiones tenidas por superiores en el banco del Liceo, y este hecho crea entre ellos una nivelación hermosa.

Jardines de Niños.— El Kindergarten se ha aristocratizado en otros países, porque funciona anexo a los liceos o porque pertenece a la enseñanza particular que, generalmente, sirve a una sola casta. Aquí se ha seguido el camino opuesto,

y la distribución de los trece jardines de niños corresponde a los barrios más populares, digamos a los más desgraciados de la capital. El niño que necesita más del canto, del juego, de la escuela con calor de entraña, es el niño pobre. Aumenta cada día el número de madres que trabajan en las fábricas y caminamos, gracias a esta barbarie, a la entrega de los hijos al Estado. A pesar de que México es una de las ciudades menos fabriles, ha visto claro y empieza a transformar estos jardines en hogares.

La tendencia que ya anotamos al ocuparnos del kindergarten de la Escuela Normal, es la de los otros: el niño, que es la criatura más viva entre todas, jugará con la vida en vez del cartón y la greda; era éste el anhelo, no oído antes, de la educadora señorita Rosaura Zapata, quien me decía: "El niño mexicano no halla alegría en muchos de los dones froebelianos; quiere ver en torno suyo moverse las aves, correr los conejos y andar él entre los cuadros floridos de un patio que sea su sala de clase verdadera".

Los "Congresos del Niño"

Protección a la infancia e higiene escolar.— Aparece como todo un acontecimiento la creación de la Junta Protectora de la Infancia, que puede volverse la más poderosa institución de beneficencia en el país, como lo es en Chile, si el Estado le mantiene su ayuda y si las mujeres cogen la obra como campo suyo. Yo tendré un día ocasión de dibujar una muy noble figura de mujer chilena, doña Concepción Valdés de Marchán, más madre de la patria que las heroínas belicosas, que dirige en mi tierra esta faena superior.

La Junta que comentamos ha sacado su ideología y sus métodos de los excelentes "Congresos del Niño", patrocinados por *El Universal.* Es bueno recibir estas confortaciones: después del último Congreso, celebrado en 1923, y en cuyas sesiones estuve presente, se creyó que de eso no quedaría nada sino un folleto lleno de conclusiones más o menos afortunadas. Pero uno de sus organizadores era el doctor Puig, y cuando le ha llegado la hora —que siempre llega para el capitán de empresas morales— de que el material viniera a sus manos, el doctor Puig ha sacado a luz toda la médula de esa asamblea.

En la Junta se ha hecho lugar honroso a los educadores y a los obreros, lo cual está muy bien: el pueblo palpa en el Estado la voluntad protectora de sus hijos y los maestros

reciben mucho enriquecimiento cuando colaboran con los médicos.

Pendían de esta Junta dos proyectos que tal vez a esta fecha ya sean leyes: los tribunales para niños y la transformación completa del régimen de las casas correccionales. El primer paso para la reforma del sistema carcelario general, que es todavía una lacra en América, puede comenzar con estas dos innovaciones, que golpean más fácilmente al corazón porque se ocupan del niño.

A mí me complace ver a esta Junta presidida de derecho por el Ministro de Educación, figura generalmente política, que toma aquí su verdadero sentido.

Visitadoras de Hogar

Aparece en México una nueva carrera para la mujer: la de enfermera escolar. Cuando el feminismo toma posesión de lo suyo, ¿quién puede disputárselo? Y otra carrera que a la vez se ha formado en Chile gracias a la videncia de otro médico, el doctor Alejandro del Río: se la llama de Visitadoras de Hogar. Harán estas buenas mujeres la vigilancia del niño en la calle, en los jardines y en el propio hogar, donde suele hallarse tan abandonado como en un camino. Se pide a las candidatas moralidad reconocida y tres años de liceo. Aconsejarán a las madres ignorantes, y en colaboración con las directoras de escuelas deberán formar esos "círculos de madres" que hacen de la escuela y la casa un terreno común.

Se ha lanzado por la Junta un llamamiento a los escritores para que hagan literatura infantil, especialmente teatro. Es la defensa del niño contra el cine dañado, que lo busca por todas partes. Alguna vez había de recordarse a los literatos que en las artes el niño ha sido desplazado o visto como intruso.

Los Técnicos

El doctor Puig dejará en este capítulo la huella mejor de su paso, justificando a los que, como Vasconcelos, quieren un técnico para cada cosa. Se ha hecho por algunos esta observación que es exacta: el desorden de la América viene de que los hombres no son colocados en su lugar y el orador anda en cosas de educación y el general anda en las leyes.

Bajo el concepto de que la higiene escolar está dentro

de la pedagogía y que, como lo asegura el doctor Decroly, en el médico falta el educador y en el educador el médico, ha inaugurado en el Ministerio una oficina nueva para dirigir la formación de los *tests* de los alumnos.

La Universidad y el Pueblo

Universidad Nacional.— La Universidad tiene un buen capítulo de hechos que corresponden en su mayoría a la norma que señalara el Presidente Calles en este párrafo de un discurso: "Estoy absolutamente de acuerdo en que la unión de las clases intelectuales con las clases laborantes es uno de los medios más seguros para lograr la felicidad de la patria".

Todas las universidades hacen, más o menos, investigación científica; lo que hay que señalar en la de México es el aporte que ella pone en el movimiento social. La llamada Facultad de Ciencias Químicas se ocupa en la formación de los técnicos destinados absolutamente "a la explotación industrial del país". Su plan es arrancar México al que se ha llamado tanta veces "Continente de las materias primas", o sea, la América que lo vende todo para comprarlo en seguida elaborado a Europa o Estados Unidos. La mencionada Facultad, con la cooperación de los jefes de industrias, busca a los mejores obreros para iniciarlos en la práctica científica de los oficios en que se han improvisado. Mientras las Normales hacen sus técnicos de pedagogía, las escuelas que dirige esta Facultad forman los técnicos del vidrio, de los productos farmacéuticos, etc. La Universidad evita caer en el error de sus congéneres americanas, que producen diez licenciados en leyes por un químico.

Sigue funcionando un Liceo Nocturno que pone las humanidades al alcance de los empleados y los artesanos. La enseñanza secundaria y superior es, naturalmente, pagada, a pesar de la índole democrática de la enseñanza, o, mejor dicho, como consecuencia de ello. Para obviar el inconveniente, tan explotado en Chile, de dejarse a estas dos ramas fuera del alcance popular, se ha dispuesto que todo hijo de obrero está exento del pago de cuota y que se le haga gracia también a los jóvenes de la clase media que tienen clasificaciones excepcionales.

La Escuela de Medicina mantiene un consultorio gratuito para los estudiantes y los trabajadores y hace, además, la divulgación de la higiene social e industrial en los centros obreros.

Inició este período el intercambio universitario con la Sorbona y con la Universidad de Río de Janeiro. Los conferencistas franceses han sido M. Pierre Janet, M. Dumas y M. Eugene Gley.

Cursos de Verano Internacionales

La tarea de más fruto para México, en el aspecto internacional, sigue siendo los "Cursos de verano", especialmente dedicados a los profesores de español de Estados Unidos. El programa de ellos sirve admirablemente estos fines: dar el conocimiento geográfico, histórico y moral del país, y un poco el de la América española. Son mil extranjeros que van a México sin otro interés que el de practicar el idioma entre gentes que lo han guardado con facilidad; pero durante los dos meses de estada acaban por dejarse penetrar insensiblemente de la cultura indoespañola, acaso la más opuesta a la suya entre todas las culturas. El conflicto permanente de Estados Unidos y México no sólo tiene causas económicas, es el choque formidable de las dos sensibilidades diversas. Un conocimiento, que podemos llamar sentimental, llevará lenta pero firmemente a la paz.

Teatro Indio

Departamento de Bellas Artes.— Un enorme éxito empieza a tener la formación —única en la América— del teatro indígena. Con ocasión de las fiestas de la primavera, se ha celebrado, en la zona arqueológica de Teotihuacán, entre los bloques de piedra donde adoraban y sacrificaban los toltecas, una representación dramática con asunto histórico. Se ha buscado dar a los niños la historia viva, exaltarlos con las visiones de un pasado magnífico del que ellos siguen siendo los herederos, porque la raza es una de las más puras todavía.

La obra representada es del viejo escritor Rubén Campos; el acto al aire libre, a la sombra de las pirámides del Sol y de la Luna, tuvo una solemnidad verdadera.

Los maestros abren concursos de cuentos hechos por los niños para ellos mismos; el Departamento los hace ilustrar para ir creando con ellos una decoración original de las escuelas.

Se publica el periódico infantil *Pulgarcito,* escrito exclusivamente por los alumnos de la capital, cosa de entrete-

nimiento para ellos; para los maestros, buen motivo semanal de estudio: solamente en el trabajo libre, el niño se abandona y entrega su verdad.

La América trabaja.— Tardíamente el americano que vive en Europa tiene ocasión de hacer con prueba tomasiana, con honrado legajo de anotaciones, la defensa de su América. Decir a las gentes de Europa: "La América no solamente destierra después de cada revolución, sino que trabaja, levanta escuelas, hace mejores maestros que enseñarán la paz, lee, asimila o crea también con sus entrañas métodos de enseñanza; la América tiene guías morales para un futuro próximo y aun cuando imita a Europa, también la juzga en sus errores"; poder decir eso es una satisfacción aliviadora. Y aunque el trabajo que mostramos sea el del país Z y no el del país B, con eso se defiende a todos y la pobre honra magullada. En los mismos días en que el Brasil sorprendía, de inaudita sorpresa, a la Liga de las Naciones exigiéndole un lugar permanente para un país de la América española, a mí me interrogaba una revista francesa sobre si nuestros pueblos tenían algo efectivo que aportar a la investigación del Instituto de la misma Liga. Yo le contestaba recordándole los tesoros arqueológicos de México y el Perú.

París, junio-julio de 1926.

COMO SE HA HECHO UNA ESCUELA-GRANJA EN MEXICO

I

La escuela más pobre de México.— Una colmena de octubre.— Un maestro que no es especialista.— El intelectualismo de las Escuelas Normales.— Su falta de espíritu.— La adquisición de la tierra.— La ayuda del Ministerio de Agricultura.— Banco y Caja de Ahorros escolares.

Empiezo a dar mis impresiones de la enseñanza en México con la más pobre de todas las escuelas, con la que encontré más desnuda en mi primera visita, y a la que he visto crecer bajo mis ojos, en dos meses, por una de esas maravillas que sólo hace el Espíritu, que no podrá hacer nunca sino el Espíritu.

Para llegar hasta ella, el automóvil me hizo atravesar el barrio (o *rumbo*, como aquí se dice) más abandonado y feo de la gran ciudad; puro arrabal, casas de obreros y de trabajadores, semejantes a aquellas otras en que nosotros arrojamos a morir a nuestro pueblo obrero.

Al entrar en la escuela, mi primer pensamiento fue mezquino: ¿Para qué traerán a ver un colegio tan pobre a una extranjera? Porque es de estilo, en estos casos, en muchas partes, mostrar a los visitantes los grandes colegios de parquets brillantes y de aulas decoradas.

Pero el pensamiento maligno desapareció en cuanto yo llegué al primer patio. Una multitud de niños, de pobrecitos, desharrapados, hacía labores de huerto: regaban, removían la tierra, desmalezaban entre un rumor jubiloso de colmena de octubre.

Fui acercándome, desorientada primero. Una hora después, mi estado de alma era un respeto y un fervor religiosos por lo que estaba viendo.

Tenía delante de mí, realizada en la tierra mexicana, la escuela que soñó Tolstoi y que ha hecho Tagore en la India: la racional escuela primaria agrícola, que debiera for-

mar el ochenta por ciento de los colegios en nuestros países, sueño mío ella desde hace quince años.

El maestro que me guiaba iba apoyándose en su azadón. Le pregunté de qué Escuela Normal tenía título, para rastrear la fuente de un espíritu extraordinario en el gremio pedagógico, por su sentido práctico. Supe que salió de una Normal, a poco de haber entrado, lleno de desencanto. Ha sido un bien. Las Normales suelen entregar excelentes educadores. Yo cuento entre mis amigos de Chile y México, algunos de ellos; pero son excepciones, tardías, distanciadísimas excepciones; la regla que caracteriza a estos colegios es una congestión libresca, que dan a sus alumnos una vanidad intelectual enorme, que puede verse en el hecho de que el normalista chileno considera una injuria que se le dé un nombramiento de escuela rural, y, si llega a ésta, vive al margen de la población campesina, desdeñando a ese pueblo del cual viene siempre y al cual está destinado. Caracteriza a los estudiantes de pedagogía el concepto un poco infantil de que el aprendizaje de las biografías de todos los maestros de verdad, los Pestalozzi, los Froebel, significan alguna adquisición efectiva, siendo que lo único necesario es que *la lectura de estas biografías los encienda de apostolado y les dé el espíritu heroico que ha sido el de esos hombres*, y sin el cual una cultura —pedagógica, filosófica, científica en general— no les servirá sino para ser lucida en un discurso de aniversario...

—¿Cómo hizo usted esta escuela, compañero? —fui preguntándole.

Estábamos sentados delante de una mesa rústica y yo compartía la comida frugal del hombre tolstoyano.

Y fue contándome la formación de su escuela-granja, con la sencillez con que nuestros campesinos cuentan la poda de sus árboles.

—Este terreno —empezó diciéndome— formaba el Parque Francisco Madero, enteramente abandonado y que, si de algo servía, era de sitio de bacanales populares en los días festivos, de borracheras y riñas de la infeliz población aglomerada en torno.

"La Sección de Desayunos Escolares que sostiene el Gobierno, enviaba aquí diariamente a su jefe, la señorita Elena Torres, para hacer el reparto en la escuela primaria que daba al parque. Fue suya la idea de solicitar el gran terreno baldío a la autoridad, y destinar las dos hectáreas a una escuela-granja que sería el primer ensayo de esta índole hecho en la enseñanza primaria de México.

"Se obtuvo la concesión. Afortunadamente, mis jefes

me dejaron en entera libertad de acción; no se me fijaron programas; no se me ataron las manos con reglamentos. Un día empecé a cultivar una parcela en el centro del terreno, y dije a los niños solamente que hicieran lo que yo fuera haciendo. Ellos verificaron el reparto del suelo en pequeñas secciones y se las distribuyeron. No les di lecciones previas de agricultura, porque no creo en la enseñanza teórica, sino como cosa paralela con la práctica y, a veces, como posterior a ella.

"Se fue poblando la tierra eriaza y fea de las pequeñas manchas verdes de hortaliza. Había que ver con qué ardor trabajaban mis pequeñitos agricultores, siempre con mi vigilancia, pero sin mi ayuda, para enardecerlos de esfuerzos. No he querido matarles la alegría ingenua de que descubran ellos, de que se sientan menudos creadores... Vino la cosecha. La hizo cada uno por separado en su parcela.

"Yo envié algunos niños a invitar al Ministro de Educación para que la viera. Y aquí comienzan las numerosas incidencias gratas que han ido levantando la escuelita pobre, creándole el prestigio y la simpatía. Los niños pedían inútilmente una entrevista con el atareado funcionario. Cuando el señor Vasconcelos supo de qué se trataba, los hizo pasar entre el asombro consiguiente de los empleados subalternos. Vino a la escuela, vio la cosecha y desenterró algunos betabeles (remolachas). Y este hombre que tiene un ojo tan agudo para mirar lo que en la enseñanza es corteza pintada y muerta y lo que es verdad viva, tuvo una mañana de alegría y comprendió lo que de allí iba a nacer.

"Yo dejé que cada uno de los niños se fuera al mercado con su liviana cosecha. Volvieron descontentos a contar que los revendedores les habían pagado muy mal las legumbres, les habían dicho que no les convenía perder tiempo en adquirir lotes tan insignificantes. Dedujeron ellos mismos que necesitaban asociarse y encomendar a uno solo la venta total. Dedujeron, además, que no toda la semilla empleada había sido de buena calidad y que deberían comprarla selecta. El mismo día se fundó la cooperativa para adquirir semilla y se nombró el encargado de la venta. Se crearon también un Banco minúsculo y una Caja de Ahorros. Las utilidades se distribuirían de este modo: un tercio para el agricultor, un tercio para la adquisición de útiles y otro para la Caja de Ahorros, hasta capitalizar cinco pesos (veinte pesos chilenos), con lo cual adquiriría un traje cada uno de los pobrecitos campesinos.

"Cuando, después de tres cosechas, varios niños pudieron comprar calzado y ropa, y los efectos de la organización

fueron apreciados por ellos mismos sin necesidad de que se les hiciera una lección sobre el asunto, el entusiasmo fue tal que tuve a mi alrededor un clamoreo de peticiones de tierra y la escuela aumentó su matrícula espléndidamente.

"Les dije que había que conseguir esa tierra, dando a conocer la escuela: irían a cada uno de los periódicos y traerían a los reporteros a *ver* lo conseguido y no a oír disertaciones interesadas... Se buscaría la ayuda de los jefes del Ministerio, en ausencia del Licenciado Vasconcelos. Se traería aquí a los miembros de las sociedades agronómicas. Les aseguré que todo vendría, desde las herramientas hasta los terrenos. Y es que conozco a mi raza. Sé que todo está en convencerla con *la visión directa del bien que se hace* y que hay un descontento muy grande hacia la vieja escuela primaria, que se nos hizo retórica y perdió el sentido de la realidad, descontento que sólo espera ver surgir una cosa diferente y verdadera para reemplazar lo que ha fracasado.

Hasta aquí llegó mi primera conversación con el maestro Arturo Oropeza. Ya empezaba la campaña de la prensa. Cada día iba yo leyendo uno y otro artículo y sentía un placer muy grande por la comprensión de este pueblo hacia el oscuro maestro del arrabal.

II

Un periódico infantil que hace la propaganda de su escuela.— Pequeños oradores.— La escuela, centro del barrio obrero.— Institución de créditos para la escuelas-granjas.— El aseo del radio, dirigido por los niños.— Alcance moral de la enseñanza primaria agrícola.

La dotación de la escuela-granja ha sido cosa de dos meses, como lo he dicho.

El coronel Rojas llegó un día en busca de los niños a ofrecerles el terreno colindante: cinco hectáreas casi baldías, donde pastaban unos cuantos caballos. Fue enorme el asombro de los campesinitos. Ya no tendrían la parcela de diez metros, que recorrían varias veces en la mañana con su azadón y sus manos...

Pero ahora se necesitaban tantos útiles de labranza y tanta semilla, que el Banco Cooperativo iría a la quiebra...

El Ministro de Agricultura, señor don Ramón de Negri, vino a sacarlos de la confusión: fue el segundo *Rey Mago.* Su Ministerio ha entregado a la Escuela Francisco Madero

una dotación completa de maquinaria agrícola, vacas para un establo que ya se construye, gusanos de seda, colmenas y algunos técnicos que guíen a los niños.

Una visita de los profesores norteamericanos que hacían en este tiempo curso de español en la Universidad de México, significó a la escuela el pequeño capital para la adquisición de una imprenta. Como todo organismo espiritual, necesitaba éste la palabra múltiple para la propaganda. Empezó a publicarse *El Niño Agricultor*. Quincenalmente aparece la publicación, de la cual tengo a mucha honra ser colaboradora, y que los chicos vocean en las calles. Toda la vida de la escuela se cuenta allí; las experiencias de los campesinos: cómo se siembran y se cultivan las parcelas, breves y graciosas monografías de plantas, el movimiento de fondos, las visitas que se reciben, hasta los fracasos de los agricultores que riegan mal... Está desde el editorial minúsculo hasta la diminuta crónica, escrita por los muchachos.

Quise darles un día algunas indicaciones sobre periodismo infantil; pero vi que poco las necesitaban. Fuera de sus errores de ortografía, ellos saben muy bien lo que deben publicar para que los lectores sigan la vida de la colonia y el tesoro de la simpatía aumente y aumente.

Oí una vez a un orador de doce años explicar a sus compañeros algunas reformas que le parecían necesarias. Visitábamos la escuela los maestros misioneros (profesores de indígenas repartidos por todo el país) y yo, que les había invitado en una sesión de su congreso, que presidí, a conocer la maravilla que el entusiasmo y la fe de un hombre estaban haciendo en el jirón más desgraciado de su metrópoli. Nos detuvimos a escuchar, y es la verdad que se sacaba más provecho de aquel discurso que de muchos discursos pedagógicos. Trataba el orador de la biblioteca en formación.

Me asombra la facilidad extraordinaria de expresión que tiene este pueblo mexicano, desde la niñez. La dicción aventaja a la de cualquier profesor chileno.

Confieso que cuando les hablo me esfuerzo un poco en pronunciar mejor mi español tan chileno... Ha sido mi mayor alegría oír conversar a los pescadores en el lago de Chapala, a los obreros de cerámica en las fábricas de Puebla, y por todas partes a los campesinos. Y este encanto de su lenguaje tal vez sea una de las cosas que les ha ganado mi corazón tan profundamente. Porque para mí lo mejor que tiene México en su *haber* para el futuro es su masa indíge-

na, esta pasta racial sencillamente maravillosa que son el indio azteca, maya o tolteca.

Vuelvo a la escuela y a mi orador infantil. Hablaba aquel niño sin el énfasis tan común a los escolares que hacen discursos —con la claridad del que conoce muy bien su asunto, y con un acento cordial en el que yo una vez más reconocía la dulzura del pueblo mexicano, la dulzura india que yo he visto en todas las expresiones genuinas de su alma: en las canciones, en el trato de la mujer y del amigo.

La Escuela Francisco Madero ha triunfado en meses y se ha impuesto enteramente. Pero lo más importante no es su éxito individual: es el haber dado el tipo de la escuela que el país necesita derramar de Estado en Estado. Yo quiero, me dice la habilísima colaboradora del maestro Oropeza, señorita Elena Torres, que se haga en torno de la ciudad una especie de cerco de bien, de redención, que vaya del arrabal hacia el centro, limpiando el ambiente moral de la ciudad. Vea usted: en dos meses se han cerrado cinco pulquerías (lugares de expendio de licores), que infestaban este desgraciado rumbo. Ya tenemos en la escuela un cinematógrafo que atrae a los obreros. Así, lo que estamos haciendo no es sólo enseñar a leer y a escribir, cosa que constituye la labor única a que se creía llamada la escuela primaria, tan mezquina de horizontes generalmente.

Como todos los niños del barrio no querrán ser agricultores, me sigue informando, ya hemos formado cursos de pequeños sastres, de tipógrafos y mecanógrafos.

La labor del hombre humilde que me parece salido del Evangelio, ha sido el grano de mostaza de la parábola. Sigámosla. Interesado vivamente en que las cooperativas agrícolas se propaguen, educando a todos, a los grandes también, en esta materia descuidada, por nuestros países, el Ministro de Hacienda, señor don Adolfo de la Huerta, ha destinado *cien mil pesos mexicanos* (cuatrocientos mil chilenos) para la formación de un Banco de Crédito, que servirá a todas las escuelas-granjas futuras. Hay que mirar con ojos maravillados este éxito moral y económico.

Y las iniciativas del director Oropeza no se agotan. Ya tiene la escuela una sección de peluquería, atendida por los mismos alumnos, y para su propio servicio: ¡venían tan revueltas algunas cabecitas de niños del arroyo!

El parque estaba ya enteramente limpio e higienizado; pero las calles vecinas, el barrio entero, como he dicho, tenía la suciedad de todos los suburbios.

Los escolares empezaron a servir a sus vecinos. Una comisión de ellos se apersonó al Ayuntamiento para solici-

tar los carros de aseo urbano, y ellos mismos se han encargado de hacerlo en parte, de dirigirlo en otra.

Estos y otros servicios extraordinarios de los alumnos son recompensados con un *bono* de desayuno. Ha habido trabajadores exageradamente laboriosos, que llegan a ganar tres bonos al día. Se pensó, por esto, en crear una Liga Protectora Infantil para favorecer a los pequeños del barrio que aún no van a la escuela, y que, por lo mismo, no tienen derecho a recibir la ración de alimento matinal. De este modo objetivo, y no con discursos, se combate el egoísmo entre los niños.

El jefe de la Educación Primaria, señor Roberto Medellín, lógicamente ha tenido que mirar con respeto afectuoso la personalidad del que era el último de sus subalternos. Envía semanalmente a la Escuela Francisco Madero un Orfeón Popular, que está formando otro Infantil, y le manda también maestras de declamación para que en el año próximo la extensión primaria, o sea los espectáculos educadores que así llamamos en Chile, sea atendida enteramente por los alumnos. Ya he hablado en otra ocasión a los lectores de *El Mercurio* del cariño que siente el pueblo mexicano por la música, y he dicho que ésta es la raza que canta, no sólo dentro de los Conservatorios, sino derramada por sus campos entre el gozo de los maizales.

Mis dos compañeras chilenas, la escultora Laura Rodig y la maestra normalista Amantina Ruiz, van a la escuela-granja a dar clases de dibujo y de gimnasia, y yo en poco más cumpliré a los niños mi promesa de ir a enseñarles algunas canciones de las escuelas chilenas.

¿Qué serán estos niños en diez años más?, ¿qué los diferenciará de los otros formados en las escuelas primarias?

No serán, por cierto, aspirantes a bachilleres, postulantes eternos a empleos que llenen pasillos de Ministerios, pidiendo con un montón de recomendaciones el puestecito fiscal más mezquinamente remunerado, con tal de ser *miseria dorada, pobreza decente.* Ni serán tampoco hombres unilaterales, sin la visión de unidad de la vida que caracteriza a los intelectuales; ni pesimistas que se han hinchado de odio y de desaliento por su pequeño fracaso, del cual no tienen la culpa sino sus manos torpes y su mente amodorrada. Serán eso que es para mí lo más grande en medio de las actividades humanas: los hombres de la tierra, sensatos, sobrios y serenos, por el contacto con aquella que es la perenne verdad. Harán una democracia menos convulsionada y menos discurseadora que la que nos ha nacido

en la América latina, porque, hay que decir mil veces este lugar común: la pequeña propiedad (que ellos exigirán y que conseguirán en México) aplaca las rebeldías, da dignidad a la vida humana y hace el corazón del hombre propicio a las suavidades del espíritu. La pequeña república agraria que estos niños han creado, les irá revelando el régimen económico y los caminos por donde se busca la prosperidad de un país; no tendrán el odio de la riqueza, que sólo cuaja cuando el hombre no tiene nada que defender ni amar bajo el sol porque sea suyo.

No es que me haya lanzado en un río de fantasía; es que palpo, por primera vez en mi vida, lo que significa la pequeña experiencia de los niños sobre los grandes problemas sociales. He visto la fuerza estupenda que tiene la enseñanza económica cuando se hace carne en los hechos y no se da como palabrería gárrula. Ha habido momentos en que la masa de escolares que trabaja en la tierra, porque trabajaba en la tierra, por la sensatez que ponía en su trabajo, por las intuiciones que alcanzaba, me ha parecido una república de verdad, y me he sentido embriagada de una fe muy grande.

Suelo decir al maestro Oropeza que hay para felicitarse de la miseria inicial de su colegio, de sus salas desnudas. Porque todo eso lo ha hecho sacar a sus alumnos al parque, y cambiar el aula techada por esta aula de Dios que es su cielo mexicano, siempre azul, bajo el cual la lección es más verdad y más belleza, donde la ausencia de la clásica tarima hace al maestro sencillo y espontáneo y la proximidad a la tierra le da vergüenza de gastar diez horas enseñando análisis gramatical.

Sí, mi compañero. Hay que alabar esta vez con San Francisco a la santa Pobreza, que hace suplir con espíritu los materiales; a la buena Pobreza, que mata la vanidad y da inspiraciones y fervores que usted tal vez no hubiese tenido en un gran colegio con laboratorios y gimnasios. Y hay que alabarle a usted como a un caso de milagro entre la masa de los maestros, que se sienten injuriados cuando se les manda a la escuela del suburbio, porque creen que un título, más o menos decoroso, es una patente para exigir situaciones espléndidas y esquivar la fusión con el pueblo, del cual somos.

Aunque su escuela sea laica como todas las del país, deje que yo la sienta el tipo de la escuela cristiana: casi nació en un pesebre; el corro de sus niños descalzos ha debido ser el mismo que tuvo un día Jesús. La escuela nueva que sueñan los obreros es esto que usted está haciendo.

No creen ya los trabajadores, y yo les acompaño en este escepticismo, en aquella escuela que les enseñó todas las inutilidades y los lanzó a la vida con las manos torpes para todos los oficios; ellos no aman, no pueden amar, al maestro sin sentido de la vida que les robó la riqueza de la sangre en una sala de clase oscura, y que les mató la alegría de vivir al no ponerlos en contacto con la tierra-madre, de la cual emanan el vigor y todas las excelencias, más que de sus lecciones sin entusiasmo.

Y digo para terminar: ¿no habrá un gran propietario chileno que entregue a un maestro de verdad cinco hectáreas de suelo en los arrabales de Santiago, para que se haga una escuela de esta índole? Aunque he hecho mal la interrogación: el éxito que cuento empieza en el maestro, y acaba en el rico generoso.

México, diciembre de 1922.

DIVULGACION DE PRINCIPIOS DE LAS ESCUELAS NUEVAS

BIBLIOTECAS POPULARES

El barómetro de la cultura.— La biblioteca pública va teniendo más sentido para la medición de una cultura, que la escuela misma. Revela el estudio desinteresado: su estadística muestra cuántos hombres y mujeres buscan sin obligación, y sin deseo de diploma, el conocimiento. Revela la calidad de las horas de ocio en la clase alta, la entrega noble que de su hora libre hacen los trabajadores. Es un verdadero barómetro de la vida mental en un país.

La escuela y el hábito de leer.— La escuela debería preocuparse de dar *el santo apetito de la cultura;* pretender dar una cultura es vanidad. Si dejase las facultades frescas y si hincase en el niño la curiosidad del mundo, le serían perdonados los huecos, a veces abismales, que olvida. Pero la escuela, la de hoy, entrega almas sin frescura, agobiadas por un cansancio inútil.

Quiere anticipar en el niño el interés intelectual, dándole ideas, antes que sensaciones y sentimientos. Le hace, en la gramática, el hastío de la lengua; en la geografía, le diseca la Tierra; en las ciencias naturales, clasifica antes de entregar la alegría de lo vivo; en historia, en vez de cultivar la crítica, forma *los dogmas históricos,* los muy burdos dogmas históricos.

La biblioteca central.— Ya tenemos una biblioteca monumental, edificio que las capitales deben poseer, como tienen su palacio de Gobierno y su Municipio, inmensas salas, para contener la opulencia del pensamiento humano; forma parte del decoro de la gran ciudad el que haya honrado los libros con solemne arquitectura.

Pero la biblioteca central ha de ser solamente un corazón espacioso que reparta, por un centenar de venas más

humildes, la sangre de la cultura hasta los suburbios y hacia el campo.

Las bibliotecas de barrios.— Necesitamos, en cada barrio obrero, en cada parque y plaza, *el quiosco de libros,* para los niños, los enfermos que toman el sol, y los vagabundos. Próximo a la fábrica, invitando a los obreros a leer en la media hora de espera, que suelen ocupar en diálogos obscenos. En las estaciones, donde siempre se espera un tren de itinerario fantástico, más de media hora...

Al lado de los libros, las revistas, las de deportes y las de información gráfica.

Debió empezarse por esto, hace cincuenta años; pero somos los países que hacen el capitel antes de la columna y el salón antes del comedor, y por vanidad hemos invertido el orden en cada servicio, en cada actividad.

Educación post escolar.— Debe indicarse la biblioteca popular como el mejor instrumento de la educación post escolar, por la que aún no se hace nada en Chile. La escuela da un *alfabetismo* demasiado relativo.

Carlyle decía, repitiendo palabras de un aristócrata inglés: "Hay que enseñar a leer a los bárbaros, porque los bárbaros van a dominarnos pronto". Se enseñó a leer, allá en Inglaterra y aquí en Chile, y enseñar solamente eso no resultó panacea como creímos; hasta piensan algunos pesimistas que ha sido peor. Y es que *los dones del espíritu, o no se dan, y así se deja un apetito mudo, o se dan a manos llenas, y entonces sacian verdaderamente y se vuelven una bendición.*

En España dicen de nosotros con alguna razón: "Es más grave la semicultura de vuestros países que el analfabetismo nuestro". Sí, porque allá no hay democracia, es decir, no ha sido entregada al pueblo el Arca de la Alianza, que contiene el tesoro inefable...

Una dotación modesta y preciosa.— Sala amplia, amoblado sencillo, unos cuantos retratos de los que pueden llamarse nuestros clásicos; un conjunto de "obras maestras sencillas". No hay que asustarse de que estos dos adjetivos vayan juntos. Sencillas son casi todas las grandes obras: son límpidos Plutarco y Tolstoi; llena de naturalidad augusta la *Biblia*; claros, Reclus y Balzac, Fabre y Tagore; democráticos, Shakespeare y Romain Rolland; amenos, Cantú, Wells y Papini. ¡Qué populares son, como por designio de Dios, los genios, y qué humanamente asequibles!

Una buena colección de libros de viaje ilustrados, a fin de dar a los humildes, a la vez que la fiesta de la lámina, ayuda para la imaginación pesada que es la chilena. Bio-

grafías sin erudición (esas que parecen un coloquio) de nuestros héroes y de los ajenos, pues el género plutarquiano sigue siendo el primero para educar hombres y consolar a las almas solas. Obras nacionales, que divulguen la cultura chilena, tan poco popular, casi terreno de especialismo entre nosotros. Forma parte de la educación cívica el conocimiento de la literatura nacional, y esta verdad, que cae dentro de las de Perogrullo, la han olvidado los maestros. Demasiado han hecho ya por los héroes marciales, cuyo elogio el niño escucha desde los siete a los veinte años, en biografías sin espíritu, que acaban por empalagarlo. ¡Están olvidados nuestro Jotabeche, nuestro De la Barra, nuestro Pérez Rosales, hasta Vicuña Mackenna!

Ediciones económicas. — ¿Y la Biblioteca de Escritores de Chile?— Se hizo una sola edición lujosa de cada volumen. Los lomos dorados sobre azul hacen buen efecto en las estanterías de los Ministerios y de algún consulado. No era eso lo que necesitábamos, pero nos gusta tanto a los mestizos lo suntuoso... Necesitamos repartir ediciones económicas de nuestros clásicos, como quien dice, tomos en mezclilla azul, con papel corriente y buen tipo de letra, a dos o tres pesos el ejemplar.

El bibliotecario.— Aquí como en todas las cosas, la importancia está en el instrumento humano, más que en la estantería y en los sillones de lectura. Con trescientos volúmenes puede haber una biblioteca decorosa, si quien maneja los libros es un hombre que humaniza su oficio. Debe saber contar, semanalmente, relatos y fábulas a los niños; ha de reproducir, con agilidad, el capítulo saliente de la obra nueva, para invitar a la lectura completa; y repetir, sin matarle la frescura, una página de Wells o de Flammarion.

Para esto no sirve cualquier bachiller, sirven los escritores jóvenes que andan por ahí, castigados, copiando oficios o estadísticas en las oficinas públicas...

Un bibliotecario que otee el gusto de los lectores, y no les haga dar el salto mortal, desde Montepin al Dante... Al lector de mala novela, le llevará, suavemente, desde Montepin hasta Dostoievski. Al de mala poesía le conducirá, como por una ladera suave, desde los *Parnasos* de la señora Wilson hasta Antonio Machado; así, imperceptiblemente, con adulo de las predilecciones del cliente simple.

Ni demasiado desdén, ni interés impertinente. El bibliotecario perezoso entrega siempre el libro que le piden, y no hace más: debe ir ofreciendo otros, delicadamente,

dentro del género. Suele ir demasiado lejos, y por pretensión de cultura, *impone lo suyo*, fastidiando al pobre hombre que en la lectura busca la alegría de la complacencia.

Ésta es labor para un amante de libros, que aquí, como en toda cosa, el que ama conoce los caminos y con cordial vehemencia va despertando el amor de su criatura. Maneje libros para niños (y adultos que están haciendo su infancia mental) el que pueda leerles emocionándolos, y contarlos con imágenes y color.

Una cruzada para la lectura popular.— Nuestro pueblo es uno de los menos sensibles de esta Tierra. No nos halaguemos con mentira inútil. Y es, además, uno de los que reciben menos información del mundo. Otra generación de maestros le ha formado el patriotismo; la presente, que le cree la sensibilidad. Pueblo que busca la crónica violenta del delito, para recibir la sensación eléctrica, porque ignora el delicado estremecimiento de otras emociones. Pueblo que desconoce los semanarios extranjeros que contienen divulgación científica y que son populares por la imagen y el texto. Pueblo ayuno, hasta lo inconcebible, de cultura política. Ignora la nobleza del laborismo inglés; nada sabe de las justicias sociales de la República Alemana; desconoce la maravilla de Suiza. Por ignorar todo esto, mira a Rusia como a una especie de "Mil y una Noches" irradiante. No sabe nada de las *repúblicas logradas*, que con su perfección de columnas le habrían dado el asco de una dictadura que tiene los brazos atollados en la sangre.

Una cruzada en favor de la lectura popular. ¡Deberían hacerla cuantos han gozado de la enseñanza secundaria y superior gratuita, como quien devuelve en servicio público lo que ha recibido por excesiva gracia! Es necesario también que los intelectuales se laven con obra generosa del mercantilismo odioso en que han caído las profesiones liberales. Entraría en ello también algo del pudor: la cultura de especialidad, en países semianalfabetos, ofrece un espectáculo algo grotesco: un erudito o un universitario ilustre no destiñen la visión de la ciénaga inmensa formada por la masa ciega. Enseñar a leer y a escribir, y dejar detenido allí al ciudadano, es como repartir arados y no entregar el campo de cultivo.

Si es verdad que estamos en cruzadas cívicas y que nos ha venido una especie de pasión de bien público, aquí hay una cruzada, clara, fácil y sensata.

La Serena, junio de 1925.

LA ESCUELA NUEVA EN NUESTRA AMERICA

CARTA DE GABRIELA MISTRAL A JULIO R. BARCOS

Me ha llegado su libro en momento de intensa pesadumbre. La Asociación de Profesores de Chile, la única agrupación de hombres que yo sentía viva en Chile, cuyo coraje me hacía esperar en una volteadura de la escuela primaria y cuyos pequeños errores yo miraba sin enfado, por agradecimiento de la entraña cargada de bien que les sentía, o se ha acabado o se acabará pronto. Cae por un escándalo que se ha levantado en torno de ellos por gente que no los ha oído, sino que ha obrado por el muy vil "dicen que dicen", con lo cual en nuestra América se mata la reputación de un hombre o de un grupo. Una Ud. este duelo casi personal a la pena cotidiana que siento, observando en Europa el éxito creciente de un nacionalismo rabioso que prepara otra guerra para de aquí a 5 ó 10 años. Los libros que leen los niños se hallan intectados de este paganismo brutal y estúpido que es la soberbia local y el odio hacia el que tiene su casa ahí cerca, al otro lado del río, como quien dice. Acaba de proponerse a la Cámara francesa una ley que movilizará viejos, mujeres y niños en tiempo de guerra y que... declara que los intelectuales deberán ajustar su criterio al de la nación —léase del Estado— y adoptarlo en su trabajo (artículo de diario, libro, etc.). Lea Ud. en la revista *Europa* la noble respuesta de Romain Rolland sobre esta movilización de las conciencias. Se mira la mitad de la América nuestra en cacicazgo, en no sé qué resurrección de la tribu, y el corazón se aprieta...

Su libro me ha confortado un poco. Un poco, porque aunque Ud. diga que el fondo suyo es optimista, a mí me parece más bien desesperado. Los enemigos que Ud. señala son muy fuertes y hay todavía más enemigos de los que Ud. exhibe. De todos modos conforta ver un valor civil completo que se ponga en medio de la plaza a pedir salud,

desinfección, lealtad y hora meridiana para la educación popular, sacrificando con ello amistades, paz, sosiego y hasta reputación. Porque al voceador de males le va muy mal en este mundo, amigo Barcos.

Ordeno un poco esta carta, en bien suyo y mío.

La Argentina

Se conoce que vivimos "pared por medio" en la semejanza de nuestras miserias. Su formidable crítica conviene a la enseñanza nuestra absolutamente. Acaso sirve lo mismo para el resto de la América. Por ser común el mal debería hablarse de él sin quemadura de amor propio. Hay verdaderas tareas de raza en esta dolencia de la educación sudamericana. El español era, y sigue siendo, magnífico tipo de hombre, pero está tarado de estas llagas: el sentido aristocrático de la cultura, la pereza y la vanidad metidas dentro de su aristos, un desdén fabuloso, un desdén insensato hasta la estupidez, del trabajo manual; cierto apego a la letra que apaga al espíritu, a pesar de sus místicos que odiaron la letra; y la consabida falta de organización que hizo su fracaso de colonizadores. Ud. sabe, mi amigo, que a la larga se mella una herencia; un siglo apenas si la muerde.

Pero volvamos a la Argentina. Al revés de los que llaman a Ud. un sin patria, yo le siento un celo tan vehemente, que quema, por la honra de su país. La Argentina se creó con Sarmiento un prestigio educacional, cierto mayorazgo de la cultura democrática que ficaba y fica todavía —especialmente, en la escuela primaria—. Le tocó en suerte dar el primer presidente que no era ni un matón ni un trapecista de la política, es decir, que no pertenecía a ninguna de las dos castas fétidas del hombre público sudamericano. La Argentina es grande porque el anverso de su riqueza —cosa ésta novicia de todos los tiempos— es precisamente el Sarmiento civilizador con pasión no vista sino en nuestro Vasconcelos de construir al hombre español de nuevo, en igualdad humana y en cultura. Quítesele a la Argentina su Sarmiento y con San Martín y todo, y aunque yo respeto a muchos hombres suyos, ella pierde los dos tercios de la mayoría de edad que le atribuimos los segundones: Chile, Perú, etc.... Ud., pues, con su sarmentismo, vigila lealmente la honra argentina. Es su país quien debe quemar el primero la escuela vieja, antes de que la polilla se extienda por su cuerpo con esa suavidad de algodón por la

cual los otros maestros no se dan cuenta de su mal; es la Argentina quien debe volver a decir la palabra de salvación para ella y para los demás. Yo creo que lo hará; yo he sentido a su tierra un pulso vital y una voluntad de creación que sólo se siente en Norteamérica, y que me ha conmovido.

Dirá alguno: ¿Por qué se mantiene ese ritmo poderoso de vida si la escuela, como se dice, está agarrotada? Sencillamente porque en la Argentina las enfermedades criollas son contrapesadas y detenidas por esa inmigración enorme que los demás países nuestros no tienen y que le manda en 10 años la sangre que los demás rejuvenecemos en 50. Que la Argentina con esa intrepidez tan suya, que le aportan el alemán, el judío y el italiano, quiera ser el Discóbolo de ésta y todas las reformas y siga aceptando la honra de probar, de ensayar los tipos nuevos lo mismo de gobierno que de escuela, los que pasarán desde ella a los otros países. Corresponde a los organismos ricos este lote de riesgo y de hazaña.

Mi amigo, yo creo en su Ministro Sagarna. Le he conocido una sencillez llena de modestia, que es la puerta abierta por donde pueden pasar muchas iniciativas. Porque la soberbia mestiza, la ridícula soberbia de nuestra gente y que yo he probado cuántas veces en el Ministro analfabetamente olímpico (perdone el vocablo no castizo), señor tieso de puro miedo de que de moverse le descubra la armazón de pobre diablo, el meteco hecho personaje oficial por nuestras pobres políticas, ése sí para en seco las iniciativas. Un hombre que no oye porque no está nunca seguro si sabrá contestar, y que, sobre todo, hace entre él, Ministro por una semana o un mes, y el maestro primario, hombre de vida entregada a un oficio, un espacio que ni los dioses griegos establecían de cielo a tierra, es criatura con la que no cabe sino la sonrisa o la desesperación. Yo que no sé reír y aliviarme con la ironía, viví, mientras fui maestra, desesperada de mis manos y mis sesos inútiles, puestos por el reglamento al margen de cualquier creación eficaz.

Hay más que acogida cordial en el Ministro Sagarna, él lee, él recibe el reflejo del movimiento educativo de otras partes. Es un informado y un atento. De su inteligencia no hablo, aunque la tiene; la inteligencia está desacreditándose mucho en la América... Se entiende casi todo y no se hace nada, porque la pasión del bien no la calienta.

¿Por qué no habíamos de formar una "Liga sarmentina por la educación nueva" en la América y llevar al doctor

Sagarna sus aspiraciones? Créame que cuando he pensado en este grupo de libertadores de los niños (los libertadores de hombres hicieron su faena en San Martín), yo cuento de anticipado con él y no cuento con más de dos Ministros de Estado de los otros países.

El Estado docente

Como a Ud., me parece a mí calamidad el Estado docente, especie de *trust* para la manufactura unánime de las conciencias. Algún día los gobiernos no habrán sino de dar recursos a las instituciones y los particulares que prueben abundantemente su eficacia en la educación de los grupos. Pero Ud. odia la escuela católica, y ella dentro de esta norma nueva deberá tener el mismo derecho del grupo socialista o del judío a enseñar bajo su doctrina. La escuela neutra no existe, mi amigo, y lo que así llaman los ladinos es una criatura confesional como cualquiera. En Francia esta escuela neutra es spenceriana o cosa semejante, jacobina, radical, etc., no neutra. Entiendo su pensamiento y, como Ud., amaría una especie de luz blanca, de escuela que respetara al niño en su alma prodigiosamente, sin armarle para matón de ninguna secta. Pero ya lo he visto con angustia: eso es utopía. El mal menor, el respiro de esta asfixia del Estado docente, está en el acrecentamiento de la iniciativa particular. El Estado sigue siendo y será siendo y será siempre Napoleón que movilizará las pobres almas de los niños para afianzar el imperio, dando credo social, credo económico y... credo religioso. Imposible —hoy por hoy— eliminarlo como educador de hecho, aunque no lo es de derecho. Disminuyámosle campo, reclamémosle la mitad del dinero de las contribuciones para levantar las escuelas libres; escuela con ideales, mi amigo, con el suyo una, con el mío otra, organismos netos con rumbo confesado, socialista o capitalista, sin caretas.

Sé que Ud. se me ha entristecido en esta parte de mi carta. Ahonde en su pensamiento y verá que Ud., en el fondo, rehúsa, y violentamente, la escuela neutra. Ud. quiere dar a los niños principios anticapitalistas. No hay neutralidad en lo referente a la economía del mundo. Ud. desea soplar aventando del niño la idea religiosa (generalmente muy torcida e incompleta) que lleva el niño de su casa. Ud. sacará un ismo y pondrá otro, porque todo es ismo, mi amigo, y la luz blanca es artificial. Los únicos neutros ver-

daderos que yo conozco son los tontos. Nada dan, porque nada tienen; no pueden colorear si adentro les falta el añil o púrpura. Y aun éstos, por necios, suelen pretenciosamente, para "hacer que hacen", juntar ideas opuestas y confeccionar para el pobrecito niño un tapiz insensato de remiendos imposibles.

Ud. se extrañará que una "que quiere la paz" esté aconsejando la guerra con esas escuelas, todas confesionales. Me he desengañado de muchas cosas; he visto la hipocresía estupenda de las neutralidades y estoy por las fisonomías netas: escuelas según Rousseau, o según Don Bosco, o según Spencer. Me irrita de igual manera la extorsión al colegio católico que al libre. Hay una gran probabilidad en el patronato neto.

El Estado debería después de un censo de los habitantes, por credo, subvencionar 100, u 80, o 50 escuelas de cada confesión. Tiene que servir a una masa heterogénea sin mano homogénea.

Su pensamiento, Barcos, es elevado y superior, le repugna que el niño asome a la vida con una marca: "católico" o "anarquista". Quiere robarlo al padre afiliado, atado a una fe o a una política, y que le traspasa su verdad o su error como el color de sus ojos. ¡Ay, mi amigo, pero recuerde que se lo da Ud. a otro "marcador"! Yo no sé dónde hallaría Ud. los 10 ó 12 maestros "luz blanca", santos de desinterés cabal, caballeros de la perfecta lealtad, para poner cada uno en su escuela a crear niños sin confesión alguna.

Grave hasta lo trágico es la lucha de espadas en que veo a los pobrecitos niños y que yo he seguido de cerca: padres cristianos dueños suyos medio día; maestros spencerianos que maniobraban durante la otra mitad. En la desorientación enorme que se les crea, ¿no habrá daño mucho mayor que en un fanatismo unanimista? Pero basta de esto.

Los maestros

Ud. ha dicho en su librito algunas cosas fuertes a los maestros. Pudo ir más lejos. En la calamidad pública que son nuestras escuelas, aunque el Estado lleve la mitad de la culpa, tenemos que decir honradamente, sin amarras de compadrazgo, que la otra mitad se la dividen maestros y padres, y mucho más toca a aquéllos que a éstos.

Yo conozco maestros que jamás han gastado un peso en un libro o una revista para no digamos mejorar, completar sus conocimientos. Yo he visto centenares que no acuden a una reunión de profesores sino cuando van a tratarse cuestiones de sueldos. Yo conozco en ellas especialmente el renegamiento de su clase, la vergüenza de venir del pueblo, el olvido de toda solidaridad con su carne, en ningún sentido de clase, la indiferencia absoluta para los problemas obreros que tienen tanta relación con la escuela. Yo he visto —especialmente en las mujeres— una mundanidad desenfrenada, pasión ingenua y tonta del lujo, consecuencias limitadas y serviles, cargadas de lastres de prejuicios, beatería sin cristianismo y otras cosas más. Le habla a Ud. una antigua maestra primaria, que hizo su carrera desde la ayudantía de la escuela rural y que ha visto "el pez pedagógico" de las diversas zonas del mar, hasta llegar al vanidoso pez secundario.

Ustedes tienen que trabajar particularmente en hacer de nuevo como quien dice a la maestra primaria. Es necesario que ella sea una mujer para la democracia americana, toda una fuerza social que obre en beneficio de la purificación y la elevación de las masas populares; no una Luisa Michel de la barricada, pero sí una doctora Dellepiane, una Luisi, una Concepción Arenal, una Carmen Lira, una Palma Guillén, de México; una María de Maeztu, de España; todo esto sin desaforado sufraguismo, con brasa espiritual, ideas claras, coraje y sentido heroico de la vida. Nuestro amigo García Monge cree mucho en una América echada a perder por los hombres y salvada por las mujeres. Dios le oiga y su hojita preciosa que se llama *Repertorio* las junte, las oriente y las decida. Yo, mi amigo, comienzo a envejecer. Procuro decir desde aquí cuanta cosa excelente veo en las escuelas. Hago lo que puedo, hice lo que pude y reconozco que fue poco. También pesó sobre mí el Estado docente, centurión que fabrica programas y que apenas deja sitio —como hurtado— para poner sabor de alma.

Yo espero mucho de la lectura del maestro. No le pidamos, por ahora, sino que se informe de las escuelas nuevas, que gaste un centésimo de su sueldo (vea qué poco es) en obras y revistas. Estimulen ustedes la lectura común, con comentario, con ejercicio de discusión y con ambiente familiar. Creen ese ambiente precioso de fraternidad de los primeros cristianos, que es más que la familia, que es un estado sobrenatural de cariño por un pensamiento al que se le ha jurado la entrega de sí mismo. Yo des-

deño esas sesiones académicas de maestros en que se leen actas, se vota sin interés, se lee con tiesura y se pelean los cargos del directorio. Otra cosa muy diversa habían logrado crear en Chile los pobres maestros de la Asociación de Profesores Primarios. Hay que trabajar con las únicas fuerzas constructivas, las del corazón, y con las ideas, pero organizadas por el espíritu, que es el solo levantador de catedrales. Sin él, se aglomeran hombres, no se les unifica; se crean cuerpos en vez de organismos. Vea Ud. lo que son la mayoría de las sociedades pedagógicas: ¡qué heladas, qué impotentes y qué inútiles!

La escuela nueva

La Escuela Nueva, mi amigo, es una creación espiritual y sólo la pueden hacer hombres y mujeres nuevos, verdaderamente asistidos de una voluntad rotunda de hacer otra cosa. El que la logra es el que la llevaba adentro. Perdóneme la palabra algo eclesiástica: necesita la escuela nuevos maestros que posean la gracia. La gracia significa para mí movimiento inédito del alma; cierta alegría de crear que Dios da, y que contiene su gozo del Génesis; una convicción completa de que la verdad adoptada es la mejor, ninguna concesión a los consejos del pasado abolido; ningún resquicio por donde se cuelen la muerte, el desaliento, el hombre viejo; un fervor del niño que se vea en la cara y que caliente las palabras, que se mire en el gesto y se haga palpable en las menudas acciones; una fe desenfrenada en que de veras el niño es la salvación de todos, carne en que va a hacerse la justicia nueva, carne que no va a oprimir, ni a matar y que no ha venido en vano.

El niño es Cristo que trajo volteadura de los valores, que no aceptó ninguna de las supersticiones sociales del Imperio Romano, ni del pueblo judío.

Cuando la gracia nos ha cogido y nos ha quemado ideología, costumbre y manera vieja, entonces se puede ser maestro de la Escuela Nueva. Que los que no pueden con esto no vengan a hacernos adhesiones que, además de no servirnos, desnaturalizan nuestro trabajo y le ponen materia, pedantería o torpeza.

Los padres

Ud. se queja de la influencia de los padres. Yo me quejo con Ud. especialmente del padre. La madre, ignorante y a

veces torpe, da lo que tiene; el hombre no hace por el hijo más que el animal; le lleva el alimento (cuando se lo lleva), que ahora el feminismo victorioso permite también que la mujer a una vez alumbre, críe, trabaje y pague la casa...

Con las madres puede hacerse mucho, con las no emancipadas, que renuncian a la vida social siquiera en parte, para educar a sus hijos, o cuando menos asistirlos con su presencia. Con aquella legión de madres ricas, que han entregado sus niños a todos los extraños para que hagan de ellos lo que les plazca, a la niñera, a la maestra mala, a la calle todopoderosa, con tal de seguir los espectáculos estúpidos de la estación y hacer la "gran dama 1950", con ésa no hay nada que hacer; fue una máquina que, a su pesar, entregó un niño, pero que no muda el niño en hijo.

Esas sociedades de madres anexas a las escuelas podrán asistir a las lecturas colectivas de los maestros, tomar parte en las discusiones, adoptar lentamente la escuela nueva. Maestra hábil cogerá siempre a la madre, con el interés que le pruebe, de su criatura. Yo vacilo en aceptar el reemplazo que Ud. desea, de la madre por la maestra, por una razón: la maestra rara vez es digna de reemplazar aun a la madre mediocre: ve a los niños en montón, entiende el servirlos como a una clientela, con sus conocimientos, pero no los ama de manera profunda y no puede reemplazar a la otra para la cual el niño Pedro o Juan existen individualmente. La madre sigue siendo, mi amigo, la fuerza más linda de este mundo, con la renovación de la vida (siquiera física, que ya es material para que otros trabajemos en eso): la madre danzadora de charlestón se suele mudar a los treinta años y volver a lo suyo; cuando en ella no obra el espíritu, obra el instinto, lo cual ya es mucho, para sacrificar su bienestar a su criatura. Hay que ayudarla sin disputarle a su chiquito. Yo no sé de pareja humana más maravillosa que la de una madre verdadera al lado de una maestra verdadera, inventando en juegos y en lecciones argucias y maneras para sacar luces de una criatura. Con esa pareja se puede hacer el hombrecito nuevo que queremos, el de buenos humores, alegre, solidario y lleno de inteligencia.

Prólogo a Cómo educa el Estado a tu hijo.
Buenos Aires, marzo de 1928.
Publicado también bajo el título
"Hacia una Liga Sarmentina."

CON EL DOCTOR DECROLY, REFORMADOR DE LA ESCUELA BELGA

La tierra gris y la escuela dichosa

En el mayo de las tulipas, nosotros hemos hecho nuestra visita al doctor Decroly, que vive casi en el campo. En el país belga, triste para quien ama el sol como un inca, mi única fiesta de color fue esa de las grandes manchas de tulipanes derramadas en parques y plazas. Bajo el cielo pesado y gris se recibe de ellas y de las dos escuelas decrolyanas que visitamos, la misma alegría. Yo recuerdo a Bélgica como un paisaje de cielo bajo con una alfombra azafranada de tulipanes. En ese cuadro, un hombre fuerte y dulce que, haciendo jugar a sus niños, sacó una pedagogía de su juego.

Ibamos buscando su escuela y encontramos su casa; vive al costado de aquélla, para mantenerla más suya. En un barrio semirural de Bruselas —Ucclé— él se ha rodeado de las cosas elegidas para el empleo de su vida: la naturaleza, su familia y su escuela.

Nos recibe con una llaneza que nos evita el difícil primer plano de la conversación. Está habituado a un peregrinaje cotidiano de maestros extranjeros que le llevan su mismo anhelo de antes: el de conocer una escuela nueva y que sea verdadera. Somos muchos los decepcionados de la escuela vieja que, por ironía, es nuestra contemporánea. Dos maestras más le dirán ahora su misma decepción y él sentirá en ellas con simpatía la búsqueda que hizo penosamente antes de su hallazgo.

Los anormales

Nos damos cuenta de que en este momento da una clase y le pedimos escucharla. Ha venido el curso superior de

una de las escuelas normales: él les habla de la educación de los retardados mentales. Va diciendo:

—Se dice que los anormales son una escoria. La industria, que es actividad en que no entra el espíritu, aprovecha en la máquina la escoria; la educación, ejercicio humano y superior, no puede hacer menos. La economía industrial viene a darnos el ejemplo para la economía humana. Estos niños que yo procuro rehabilitar para la vida, acaso no lleguen a ser sino semiobreros, pero, abandonados, no serían ni siquiera eso.

"Han venido a tomar un sitio entre nosotros y nos hacen la solicitación más viva de servicio. No podemos desentendernos. Alguno ha dicho que el niño es un pequeño mendigo maravilloso que nada trae y viene a pedirlo todo; los anormales son efectivamente quienes, por traer menos, solicitan la absoluta dedicación.

En seguida va llamando a algunos y hace rápidamente su historia, mientras juega con ellos para no fatigarlos. Cada uno está unido para él a una experiencia profunda que se halla muy lejos de la experiencia, a veces cruel y a veces vil, que hace el médico en la carne que trata. Este hombre de ojos claros, cargados de dulzura, ha sido para ellos una especie de madre que fuera sabia además de madre. Y no digo un padre, porque éste es casi siempre el hombre que viste y sustenta al niño; pero que no le sigue el alma y generalmente se la ignora.

Tiene entre sus rodillas a un pequeño cuya cabeza es extraordinariamente hermosa; en la cara muy pálida se abren los grandes ojos que hace el Oriente.

—El —dice el doctor Decroly— viene de una familia turca. La madre lo retuvo en su casa hasta hace dos años, dándole el amor vigilante que se ofrece a un inválido. Es sordo y mudo. La convencí de que era necesario que me lo entregara por un tiempo y enteramente. Yo he conseguido que su atención educada siga la palabra en el movimiento de mis labios. Ahora lee y escribe. Tenía, naturalmente, la índole antisocial de la criatura que apenas se comunica con el mundo : ahora, con los medios de expresión que ha ido haciéndose, él se va incorporando a la comunidad escolar. La ternura excesiva que le daba la madre para compensarle de su desgracia, había creado en él un carácter tiránico y un poco femenino; creo que tiene actualmente naturaleza más viril.

La niñita que ha llamado ahora, muestra una visible deformación de la cabeza por el uso que del fórceps se hizo en su nacimiento. El doctor Decroly dice:

—Ella nació con un oído inutilizado y tiene signos seguros de que perderá el otro. Yo procuro evitarle la pérdida del lenguaje que sigue ordinariamente a estos casos.

Después entran otros y otros muchachos, algunos semidiotas; cada uno, mientras el maestro habla, trabaja delante de una pequeña mesa. El maestro nos explica después las composiciones que han hecho.

Nos despedimos, porque va a dar su clase a la Universidad de Bruselas, y recibimos su invitación a almorzar al día siguiente con su familia.

Algo de su biografía

El doctor Ovidio Decroly tiene cincuenta y cinco años. Después de sus estudios de medicina en la Universidad de Gante, fue a Alemania y trabajó en medio de una generación de médicos y educadores ilustres, especializándose en las enfermedades nerviosas de la infancia. Como la doctora Montessori, fue pasando insensiblemente de la educación de los anormales a la del niño ordinario. Uno de sus biógrafos anota su diferenciación con la reformadora italiana: ella ha declarado que abandonó a los primeros por no perder fuerzas en un material que nunca se redime por completo; el maestro belga no quiso dejarlos y sigue dedicándoles la mitad de su vida. Nosotras lo escuchábamos en su concepto preñado de sentido cristiano sobre estos que, por ser los más desaventurados, piden la más alta piedad, e íbamos pensando, sin conocer aquel dato, en lo que significa el hecho de una vida tan preciosa como ésta, gastada en una faena que cualquiera rehusaría por odiosa.

Su primera escuela fue para esta clase de alumnos. El ha declarado que donde acaba la medicina empieza la pedagogía, elevando así ésta a una categoría muy alta de cultura y a la vez a una responsabilidad moral que ojalá se volviera conciencia en tantos que hacen de ella un oficio sin profundidad.

Un grupo de padres de familia pidió al doctor Decroly que abriera una escuela para normales, en la cual ensayase sus métodos. Así nació la de la calle del Ermitage, de la cual se tratará en lugar aparte. El ya se había hecho su crítica formidable de la escuela primaria, y edificando, a través de la revalidación de los retrasados, un método completo, estaba maduro para una reforma; no iba a tantear ni a perder en su batalla contra la escuela vieja.

Es conveniente anotar un hecho trascendente: el doctor Decroly ha reunido en torno de él un grupo de discípulas en el sentido antiguo de la palabra. Pedagogo sin Escuela Normal ni Instituto Superior de Pedagogía, él ha venido, sin embargo, a rehabilitar el sentido de la palabra pedagogo, que quería decir antes "maestro de maestros". No se logra esto sin dos cosas: una gran generosidad para revelar íntegramente el secreto que se posee y una mayor humildad para ser ayudado por los otros en la propia experimentación. Hay que apreciarle también su estimación de la mujer: algunos semisabios de nuestros países tal vez desdeñaran trabajar así, de igual a igual, con mujeres, y no aceptasen que su doctrina fuese expuesta por ellas.

Son tres sus colaboradoras principales: Mlle. Monchamps, que firma con el doctor Decroly el libro titulado *La iniciación a la actividad intelectual por medio del juego;* Mlle. Hamaide, que ha escrito la obra más sintética sobre el sistema decrolyano *El Método Decroly*, y Mlle. Descoeudres, autora de dos libros sobre la educación de los anormales. Una de ellas, recomendada por el maestro, divulga en Colombia, donde vive desde hace un año, la escuela nueva.

La reforma de Decroly fue, en sus comienzos, combatida por la pedagogía oficial, tan cesáreamente celosa de sus derechos. Aunque parezca un absurdo, cada reforma pedagógica tiene que dar los mismos combates que una reforma política y es una especie de herejía que se procura ahogar con una de estas cosas: la indiferencia, especie de sordera oficial; la ironía, juego de ingenuos ociosos o débiles, o la ofensa cruda.

La escuela Decroly, según los críticos de primera hora, no enseñaba a los niños ni a leer ni a escribir ni a contar. La reforma se defendió con los hechos como un buen soldado que no discute. Probó que la escuela nueva enseñaba esas cosas, pero dentro de otro régimen y que era libre sin anarquía. La batalla fue ganada dentro de Bélgica, donde actualmente numerosas escuelas del Estado siguen su método: su éxito en el extranjero es completo. El doctor Decroly constituye hoy para los centros pedagógicos de Europa el primer educador de su país y se le invita continuamente a las que podríamos llamar capitales del movimiento educacional: Ginebra, Londres y Berlín, a dar series de conferencias. La última de ellas corresponde a Madrid, de donde él acaba de regresar y que le ha puesto en contacto con la nueva cultura española.

Su casa nos muestra ese mismo concepto de la vida que hemos observado en otras partes; la mujer belga, menos cuidadosa que la francesa de su vestimenta, pone en el interior de la casa su sentido de la decoración y su creación de belleza. Los interiores severamente suntuosos que la pintura flamenca ha hecho clásicos, existen todavía en cada casa belga; la mujer forma una sala de recibo que es la síntesis de las nobles artesanías de su país: bronces preciosos, tapicería con motivos antiguos, encajes de Malinas. La señora Decroly es una mujer de cara fresca y sana, que ayuda al maestro gobernando el internado de la escuela. Una de sus hijas está terminando su carrera de médico; otra, según él nos cuenta, ha hecho por sus manos el material escolar con que él trabaja.

La mesa con su fiesta de frutas lleva la conversación a la América. Los maestros de Chile recuerdan a un joven colombiano, Nieto Caballero, que pasó por allá dejando buena huella; él hablaba por donde iba pasando de su Gimnasio de Bogotá, creado al margen del oficialismo escolar y que constituye un éxito resonante. Este Nieto Caballero, tan rico de entusiasmo, llegó hasta Bélgica y obtuvo del doctor Decroly la concesión extraordinaria en un hombre de vida cargada de trabajo, de que hiciera un viaje a Colombia. Habla de la ascensión que duró varios días, desde la costa hasta la meseta, y que le permitió conocer las tres hermosas vegetaciones que se suceden a través de la navegación; recuerda también el regreso, inesperadamente rápido, hecho por vía aérea.

—¿Por qué ustedes en semejante naturaleza no tienen sus escuelas al aire libre? Yo envidio buenamente esa luz y esa atmósfera tibia y vegetal en medio de la cual se vuelve una fiesta permanente. Nieto Caballero —añade— es un maestro lleno de pensamiento generoso y del fervor sostenido que necesita el hombre de empresa. Tiene colaboradores de su misma elevación (da dos nombres que yo lamento no recordar exactamente). Nieto ensaya llevar mi método a la enseñanza secundaria. Confieso que yo no he dado a esta rama un interés grande, para poner el mayor esfuerzo en la escuela primaria, necesidad vital de los pueblos. Si la enseñanza secundaria tuviese carácter popular, yo repartiría mi trabajo por igual entre ella y la otra.

Yo le explico que el Liceo chileno ya no tiene tendencia aristocrática.

La conversación pasa del Liceo a la Universidad, y yo le cuento mi asombro de la juventud realista de Francia, preguntándole su opinión.

—Sí, allá como aquí, la Universidad está creando fascismo, y yo miro este hecho con verdadera pena. Los jóvenes universitarios reciben ciencia para servir y no para dominar. Si se interesan en la política, que lleven a ella pureza en vez de fuerza bruta.

—Es una forma de idealismo vuelto hacia otra época —le digo—, tal vez a causa de que los maestros de esa juventud no saben darle con claridad, y sobre todo con el encendimiento místico que el adolescente busca, los ideales que corresponden a este tiempo. No todos los maestros levantan, como usted en su cátedra, al lado de la ciencia, un pabellón blanco de espiritualidad. Dan la ciencia y creen haber cumplido. No han cumplido y dejan en esa juventud una sed que busca otras fuentes.

La escuela nueva en América

Después del almuerzo el doctor Decroly conversa de sus escasas relaciones con la América. Acaba de recibir una información de la escuela de Las Piedras, que dirige Luisa Luisi, en el Uruguay, y que sigue sus tendencias. El maestro nos trae desde su escritorio un grupo de composiciones de los alumnos, que él ha leído complacidísimo.

La señorita Palma Guillén le da un dato que él desconocía absolutamente: la implantación oficial de su método en las escuelas primarias de México.

—Yo tengo conocimiento —dice— de una reforma radical de la educación en México y he oído sobre ella excelentes referencias en Ginebra, pero ignoraba que mi pensamiento pedagógico sirviera de algo allá, tan lejos. Estoy contento; me gustaría seguir sus resultados—. Mi compañera le ofrece el envío de las publicaciones escolares de su país.

Yo le he presentado el saludo de la Asociación de Profesores Primarios de Chile. Le doy también la alegría de informarle sobre la creación de escuelas nuevas en Santiago, entre las cuales habrá una que le pertenezca pedagógicamente. Le pido algunas palabras para esos maestros de mi país que le estiman y le siguen.

Un lema

—Dígales —me responde— que cada educador debe hacerse un Cristo si queremos alcanzar una humanidad nueva; es decir, que es necesario el sacrificio de la vida entera para quebrantar la escuela vieja, substituyéndola con una que sea efectivamente "otra" no sólo por la forma, sino por la entraña.

El huerto escolar

Salimos al huerto de la escuela, que es el mismo de la casa; porque la familia Decroly vive casi en comunidad con los alumnos. El maestro nos va explicando:

—Aquí en este huerto mis niños siguen la obra de las estaciones, los cultivos de cada una, la fisonomía del árbol de otoño y del de primavera. No la siguen sólo sentimentalmente; tienen la hortaliza dividida en lotes individuales y yo observo en su trabajo libre el temperamento de cada uno. Hay el decorador, que se preocupa del aspecto de los surcos y que orla su cuadro de flores; el inconstante, que inicia el cultivo y quiere dejarlo; el ansioso, que cuando aparecen los brotes de una clase de semilla desea poner inmediatamente otra; el descuidado...

"Aquí ven ellos la corta de la leña, la vida de la colmena. Cuidan por sus manos los conejos y manejan la incubadora. No se ama la vida sino así, sintiéndole el calor bajo la mano. El amor de los animales predicado como sermón en la sala de clase se queda en fraseología: hay que ser responsable de una vida de pájaro o de bestezuela para que eso se entienda y se sienta. Yo no acepto que se dé ninguna lección oral que desplace la experiencia. No hay éxito escolar que no tenga este nombre: experiencia.

Nos despedimos de esta noble gente que vive con tan grande naturalidad una vida superior. Los maestros de todas las tierras recibimos en esa casa la esperanza, ese aliento del cual se vive en un mundo torcido y feo, ¡la esperanza!

Marsella, septiembre de 1926.

EL METODO DECROLY

Ahora, a la escuela del Ermitage, en el centro de Bruselas, donde el método Decroly se aplica a los niños normales.

Dos grandes castaños tutelares bajo los cuales juegan unos treinta niños belgas: mejillas rojas, ojos burlones de cuadro flamenco, delantales coloreados.

Otra sección está en clase. Entramos.

Los niños trabajan sobre mesas llenas de láminas y de materiales de cartonaje. La tarima de la maestra está vacía: ella va de una mesa a la otra.

Es una clase de composición. El niño pega en su cuaderno un grabado de asunto doméstico y va a hacer, al pie, la breve descripción suya. Las palabras que necesita están en una caja llena de cartones menudos. El va buscándolas con una risueña paciencia. *LA... MAMA TEJE... UNA MEDIA.* Sigue buscando las otras palabras. En media hora ha acabado la composición, que se lee entera debajo de la lámina.

Trabajan en un silencio impuesto por la búsqueda y no por la orden seca de la maestra, es decir, el silencio viene de la labor misma. No se les ve atareados ni perezosos, sino vivos: el ojo busca, la mano coloca y, al acabar una frase, él lee o comenta.

Cientos, miles de láminas. Es la escuela de la imagen más que la palabra. Son los objetos domésticos —las sillas, el lecho, las mesas—; son las herramientas de trabajo —la azada, la barreta, el yugo—; son las flores —la tulipa flamenca, casi heráldica de los Países Bajos; son la rosa, el jazmín, la azucena, las formas patricias entre las flores, forma floral en estrella, en copa, en abullonado—. Es la ciudad —la torre, la plaza, el tranvía, el movimiento.

Pero, sobre todo, son las cosas mismas, palpadas, volteadas, hurgadas por los niños. La lana, el algodón, la arcilla, la arena, la madera, el mármol, etc.

Se dirá que esta fórmula está contenida en todas las pedagogías clásicas. Sí, pero nunca pasó de concepto a hecho. Y en Decroly ella es acto en cada momento. ¡Menuda diferencia!

El maestro Decroly ha hecho un programa a base de los que llama "grupos o centros de interés". Estos centros de interés son cuatro: la alimentación, la necesidad de luchar contra la intemperie, la defensa y el trabajo en la comunidad. En la escuela del Dr. Decroly se estudia un solo asunto por año. La defensa, por ejemplo, considerada en todos sus aspectos en torno del niño, que es el eje, y ensanchándose en círculos concéntricos (la familia, la escuela, la sociedad, los animales, los vegetales, la Tierra, el Sol). Cómo se defiende el niño —sus gritos, sus uñas, sus dientes, su acción—; cómo se defienden las plantas y los animales —las espinas, los venenos, las garras, el mimetismo—; cómo se defiende el hombre, aislado y en sociedad —las armas, policía, bomberos, etc.—. De círculo en círculo el conocimiento, trabado con la vida, crece y se ahonda. Las nociones no se dan aisladas. En torno de la noción *del fuego* se colocan desde el bosque y la mina hasta la estufa, la cerilla, la lámpara.

Los muros de las salas están llenos de los cuadros sintéticos. Recuerdan la composición ingenua y coloreada de la pintura italiana primitiva y también el burlesco Bruegel flamenco: al centro, una gran llama roja. Alrededor, un hombre que tumba un árbol, otro que lo corta. Una vieja prepara el almuerzo. Una locomotora desaforada, con sus crestas de humo. Una mesa con la veladora eléctrica; un mechero aislado, de gas.

Verdadera monografía del fuego.

El niño habla desordenadamente, sin el clisé de la respuesta pedagógica, delante del cartón que contiene la síntesis coloreada del motivo.

Cultivo ejemplar de la vista que describe cuidadosamente y buen ejercicio de la imaginación, porque la sala se puebla de la escena lejana hecha presente: forja o mina.

En torno del fuego, el elemento bello por excelencia, se agrupan los oficios del fuego: el deshollinador, el herrero, la cocinera. Y como la materia sólo es preciosa para el niño cuando arde, o se funde, o se exhala en olor, aquí está también la pequeña cocina donde los niños encienden el

fuego y manejan unas marmitas de casa de muñeca. Y aquí los fogones de barro que ellos construyen.

La escuela de Decroly es utilitaria, por realista. Algún mal criterio quiso ver en ella una cosa sentimental. El conocimiento es directo; la acción inmediata.

Esta es la vida, sencillamente la vida. No hay clase, lo que en todos los tiempos se ha llamado clase; los bancos enfilados con los cuerpos tiesos y la cara vuelta a la maestra-pitonisa; la colección estúpida de interrogaciones formales y el niño de pie, con miedo a aburrimiento haciendo algo tan forzado como la presentación de armas del soldado.

La tierra

Y es el globo con sus zonas naturales marcadas como un dibujo futurista.

El gran cartón del trópico: el plátano lacio de calor, el cafetal menudo; los negros en la recolección; el sombrero inmenso de Tehuantepec; la hamaca cubana; la piña geométrica como un diseño cubista.

El cartón de la tierra fría; el llano duro del Plata, de la Patagonia o de la Siberia; los pinares negros haciendo con él su seca agua fuerte; el hombre polar del trineo y de las botas altas; la casa aplastada que hace el frío.

Se dirá que el programa de la escuela antigua contiene las mismas materias; sí, pero menos articuladas, debilitadas por el desmigajamiento y sin irradiación vital.

Pasamos a la sala de gimnasia y canto. También aquí la ausencia de formalismo.

En vez de la fila, el canto en ronda, unido a movimientos naturales asistidos de gracia. Nada de ejercicios duros a la scout, nada de gimnasias militarizadas y militarizantes. Música creada por las maestras o viejas melodías walonas o flamencas con palabras domésticas. Asuntos familiares que hacen de la canción escolar cantinelas para ser cantadas en medio de la familia; el canto no se queda en la sala de clase; sigue al niño, entra con él a su casa. Un sentido del ritmo de raza vieja, eso que, en América, tienen los niños de México y del Perú.

Sencillez, una sencillez escolar no vista antes en ninguna parte por nosotras. Ni edificios suntuosos, sino cuatro salas familiares; ni maestras protocolares, sino mujeres con infancia detenida en el corazón; ni jardín decorado

a lo Versalles, o a lo parque inglés, por jardineros de oficio, sino el pedacito de tierra en que las manitas torpes, las pequeñas manitas rojas, plantan aquí y allá, sin geometrías pedantes.

Un detalle pueril, pero que dice muchísimo: la voz de las maestras. Las voces de mando no se oyen por ninguna parte. Sobran, porque no hay formaciones.

Casi no existe el horario: la maestra suspende la clase cuando se ha acabado el trabajo: horario también natural que vale más que el otro por la fatiga de los niños.

Clara escuela belga, tibia de cariño, asentada sobre el rescoldo bueno del sentimiento; y activa, con actividad sin espoliadura. Describirla casi es daño, porque se la mete en sistema, y no tiene sistema de ensambladura helada: hay que verla y, sobre todo, sentirla en muchos días, sin prisa. Así se la *recibe* y se la incorpora suavemente.

Diciembre de 1926.

IMAGEN Y PALABRA EN LA EDUCACION

En muchos asuntos nuestro planeta ha ganado: en ciencias y hasta en riquezas, pero todavía persiste en algunos una vieja llaga, una hipócrita presencia que circula calladamente por varios lugares del planeta Tierra. Existe un odio velado o desnudo, sordo o confeso, que hace un trabajo de zapa y daña calladamente la vida de algunos pueblos. Camina a paso lento. Entre las taras del planeta bien puede contarse como la más grave, como una dolencia rancia y tenaz. En las aldeas como en las ciudades, en las instituciones que se llaman a sí mismas grandes o ilustres, suele verse, y bastante desnudo, lo que ellas mismas llaman el orgullo racial o nacional, especie de industria que corresponde a un período añejo que no se ha realmente liquidado. Y esta fea borra perdura en patrias antiquísimas o jóvenes. Se trata de la xenofobia, o sea del desdén hacia el negro que habita en una zona de población blanca pura, y se trata igualmente del odio emboscado que el negro guarda hacia el blanco y que estalla en cuanto llega la ocasión propicia.

Un odio hipócrita o desnudo del extranjero o del extraño, se pasea aún por algunas patrias cultas que lo han vuelto virtud patriótica y que rinden a este esperpento una especie de culto. Duele ver y palpar que las religiones no se hayan hasta hoy aliado para borrar una llaga tan visible de los pueblos y se puede decir del planeta. Pretenden algunos llamar a eso patriotismo, pero no hay tal. Hacer patria significa, entre muchas otras cosas, aceptar al extranjero pacífico que se une temporalmente o *per vita* a una nación o que llega a ella por la fama de sus bellezas naturales sin idea alguna de lucro o logro. Llega el extranjero a veces por haber leído en un periódico que el país tal precisa de gente especializada en tal o cual rama, o llega meramente por disfrutar de un clima aconsejado para su salud, y ocurre que un día cualquiera aparece un cadáver en

un apartamento o en una calle, y la ciudad sabe que aquella criatura inofensiva, celebradora del hermoso suelo que lo sustenta, ha sido eliminada sin razón alguna, sólo porque se trata de una antipatía grotesca hacia un rostro blanco y unos ojos azules. La investigación se abre, y cuando se halla al matador o al cómplice, éste suele declarar sin escrúpulo, y a veces con el orgullo de haber eliminado al extraño, que ese hombre "era blanco de más". Yo os relato aquí una experiencia mía, de deudo mío y la doy sin nombre de país por respeto a nación, que es latinoamericana.

El xenófobo puede alegar otras causas: alega a veces que su nación no precisa de extraños, alega que el extranjero no puede volverse un ciudadano por el mero hecho de un papel que lo declare tal. El xenófobo ha ganado la batalla: ahí está un hombre muerto diciendo, con las facciones de su rostro y con la rigidez de su cuerpo, que es posible morir en un mundo cristiano, o budista o mahometano, sólo porque las facciones de su rostro difieren de las suyas.

Este hecho, que dura desde todo tiempo, todavía no es tratado como delito: el extranjero está solo, él ignoró en toda su vida anterior y en su patria, que en un mundo cargado ya de legislaciones humanísimas existía todavía la fatalidad de ser de otra raza.

Yo hablo por muchos que no pueden hablar, y hablo porque es necesario que en tales regiones del mundo se añada a los códigos el delito, a la vez desconocido y frecuente, de la xenofobia. Y no doy ni daré el nombre de tales patrias, porque lo que me interesa, como a mera cristiana, es el que desaparezca del mundo, por fin, el delito racial, el crimen a causa de la piel clara u oscura, o del simple hecho de hablar en lengua extranjera.

En el gran tema de la Libertad, la rama de la cultura resulta ser no sólo importante sino vital. La pérdida de ella representa una especie de parálisis no sólo en el Estado, sino en la vida de cada ciudadano. Muy poderosa ha de ser para que el nazismo haya disparado sobre este asunto sus flechas mortales. Recordemos cómo y cuánto sufrieron las universidades y las grandes bibliotecas alemanas por el control y el saqueo de obras milenariamente preciosas.

¿Qué significaba ese rencor, esa rabia furiosa que no respetó escuelas, museos ni bibliotecas?

Muchos creímos que los hogares del libro, más las universidades, quedarían indemnes, pero se trataba de una locura vertical de naciones, incluso cultas, y de ese borrón de la memoria en que caen los jefes insensatos.

Fue entonces cuando oímos por primera vez algunos gritos aislados, pero que salían de muchos templos de la cultura, pidiendo que fuesen puestas a salvo las bibliotecas ilustres. Los sabios rogaban o exigían la protección de esos lugares medio archivos y medio templos. Aquel grito no obtuvo todo, pero obtuvo la salvación de mucho.

Supimos desde entonces, y supimos para no olvidarlo más, lo que representan las estanterías de nuestras bibliotecas, la santidad de nuestros templos, y el tesoro sin apelativos de la libertad humana.

Recordemos, por unos momentos siquiera, esos años sombríos, y pensemos en la lección eterna que significa el hecho de que nuestra generación corrió el albur de haber perdido, junto con la libertad del mundo, todas las formas de nuestra cultura y todo el haz de religiones que gobiernan nuestras vidas.

La libertad en la Cultura es un asunto que a muchos parece meramente literario y un tema casi constreñido a los círculos de letrados, pero sucede que en nuestra época existen ya tantas escuelas profesionales o de altos estudios que deducimos de este hecho el que nuestros pueblos poseen ya una cultura más una civilización que sólo pueden crecer, pero no morir. Se cree, por otra parte, que la Gran Señora que llamamos Libertad ha llegado tan lejos y ha ganado tal extensión mundial que podemos ya dar su causa por conquistada y eterna. Es que olvidamos la Historia, aunque ella abarque la aventura sin apelativos y que fue la de ayer.

En raras ocasiones hay inteligencias alertas que se enfrentan a la realidad de nuestra civilización y se dan cuenta de unos puntos en vacío que hay en ella o de otros puntos que ya se han debilitado en nuestra época, demasiado llena de quehaceres, o bien demasiado segura de los llamados "Derechos del Hombre". Como todos los optimistas o los fieles, ella, la Cultura, cree en sí misma, a causa de haber alcanzado ya muchas victorias y de ser ya enorme y de vivir servida por miles de inteligencias y de llevar ya un verdadero halo de prestigio. Una especie de euforia universal estamos viviendo todos respecto de ella, en esta época llena de inventos maravillosos y de una paz que creemos duradera. Sólo algunos ojos muy lúcidos que se parecen a los del vigía que hace la guardia desde su barco sobre el mar, suelen echar una mirada inquisidora sobre el horizonte. Entonces este previsor fiel se azora un poco, mira hacia el norte y el sur o hacia el este y el oeste, y esta mirada ancha y fija le hace ver que unas nubes intrusas

van pasando y que, si ellas cunden, la navegación se volverá fatal. Sigue aún observando y, esta segunda vez, se convence de que el cielo no le asegura realmente una noche de calma plena.

Yo creo que muchos de mis ilustres invitadores se han dado cuenta de que el asunto Libertad, aunque aparentemente gobierna en muchos países donde ella parece ya criatura ganada, retenida y eterna, es todavía un ente débil sobre el cual se debe velar día por día. Entonces sabemos que es prudente doblar el celo y observar cuáles ramas del saber, instituciones o escuelas, duran sin crecer y realmente perviven sin vivir.

A estos vigías pertenecen las nobles personas que me han transmitido la ansiedad que ellos viven aún por la causa de la Libertad en lo que se refiere a la Cultura.

Esta "Gran Señora" no tiene un organismo completo que realmente la defienda de recaer en las llamadas épocas oscuras; esta persona sabia conoce el espacio en el cual ella manda y gobierna por entero, pero nuestra humanidad ignora las otras zonas civilizadas a medias o a tercias y cuyo cuerpo de principios y de acción falla todavía en lo que se refiere a los grandes ideales humanos, es decir, universales. Estos son la paz y la justicia social.

La Libertad no es ni debe ser una especie de cualidad o de lujo que se puede poseer o no poseer; no es eso, no. La Libertad es sencillamente una función tan vital como la respiración, y cuando ella falta o desaparece, los organismos que llamamos ciudades o Estados degeneran y a veces mueren. Todos recibimos honra y alegría a causa de la Libertad, porque su bien, como el sol, a todos enriquece y beneficia.

Seguramente el tema que voy a tratar ha preocupado a varios de muchos profesores que trabajan con pasión y provecho sobre estas dos entidades que han ganado en menos de diez años un interés vivísimo dentro del gremio de profesores.

Al hogar de la Palabra, que llamamos Escuela o Colegio, ha llegado un competidor formidable: la Imagen.

Ignoro lo que ocurre en Estados Unidos, pero sé que en los países europeos, sobre todo en aquellos que viven siempre atentos a las reformas y sobre todo a las grandes invenciones, la cuestión del cine educativo, lo mismo que la recién nacida televisión, va y viene en ensayos y en críticas laudatorias o despectivas y hasta iracundas.

Yo dejé la enseñanza hace muchos años, pero como el oficio pedagógico es una vocación vertical y no un mero

asunto de cargos y sueldos, nunca cesé de perseguir en los escaparates de librerías los libros nuevos y novedosos de mi antiguo oficio.

Creo que el cine es el acontecimiento de mayor bulto que ha venido a llamar a las puertas de las escuelas, colegios y universidades, pero sé también que la alarma del magisterio sigue creciendo por causa de que el cine y la recién nacida televisión no han vivido aún en anchura de tiempo, de lugares, de crítica, y sobre todo carecen del material pedagógico indispensable, que no es todavía ni suficiente ni cualitativo. El material para dar la enseñanza visual crece demasiado lentamente y es además caro y escaso. Pero cada invento nace así, como nacemos nosotros mismos: pequeñitos, torpes y desmañados. No hay que desalentarse; tampoco hay que pedir a los recién nacidos demasiado. Lo que está dando ya la enseñanza visual es admirable para los adultos y toda una fiesta para los escolares que disfrutan cada día de las maestras mayúsculas que se llaman Imagen, Color, Relato oído, y Visión gozada.

¡Con qué alegría yo vi y oí la primera clase hecha a base de cuatro anchas imágenes!: se trataba del invierno y del estío en Africa, Asia, Europa nórdica y el Trópico sudamericano. Se daban los tipos de deportes en esos lugares y la vida de los Continentes bajo las estaciones extremosas. Ninguna clase escolar de tipo verbalista habría podido dar a los muchachos, ni aun por el profesor más ilustre, el caliente interés de aquella cinta viva, coloreada por la vida misma y asistida en su relato de movimiento, de expresividad, de color y calor, de arte, belleza y verdad.

Hace muchos años tuve ocasión de celebrar y ver esta bonita experiencia: las llamadas "escuelas al aire libre". Funcionaban por gracia de familias ricas en patios y huertas de las haciendas, con subida asistencia de alumnos. Era cosa ejemplar el llamado constante de las radios urbanas convocando desde las grandes casas patronales de las haciendas a asistir a esas "escuelas ambulantes". Ellas eran fáciles de confeccionar. Había una mesita, una radio y un maestro rural de tipo apostólico, que renunciando a su descanso nocturno doblaba las clases diurnas con las nocturnas y esto con paga o sin ella. Yo llamaba esto la "escuela sin horas y sin techos". Guardo el recuerdo de esas y de otras invenciones geniales del gran reformador José Vasconcelos, quien alfabetizó con la ayuda de los maestros misioneros, del cine y de la radio a millares de campesinos.

El ambiente que se creaba en las escuelas primarias ambulantes en ese conjunto de alumnos cuya edad iba des-

de los seis años a los sesenta, me parecía precioso, incluso porque iba creando fraternidad entre la clase media y los campesinos, todos ellos indígenas. Allí tuve yo la alegría de aprender que ha sido una vieja y malhadada superstición aquello de que el indio americano padece de una incapacidad intelectual irredimible. Más aún, allí gocé de observar el genio que tiene el indio para el dibujo, la pintura y la escultura. Vi sobre todo la sed de leer, de escribir, recitar, danzar y cantar, que posee el pueblo indígena. La alfabetización iba de mes en mes liquidando centenares de analfabetos. Esas escuelas nocturnas llamadas por su creador "misioneras", parecían realmente un asunto tan civil como religioso: eran también el desagravio a una raza entera, la indígena, y eran además una escuela de civilidad. El analfabetismo retrocedía a ojos vistas de zona a zona rural: un segundo México nacía.

Desde mis años de maestra hasta hoy, siempre tuve a la imagen como entidad superiorísima sobre la palabra, pero nunca tuve la suerte de obtener para mi escuela primaria ni para mis liceos una provisión grande y cualitativa de grabados ni de meras fotografías, con las cuales convencer a algunas maestras y profesoras que eran testarudas, no por mala voluntad, sino por una preferencia exagerada de la palabra. Desdeñaban la imagen atribuyéndole sólo una cualidad de mero entretenimiento. Fue para mí muy penoso no poder comprobar y convencer a mis colegas de que, en lo que se refiere a niños y a muchachos, la imagen se lleva por delante a la mejor lección oral.

Solamente cuando aparecería el cine hablado, la convicción respecto del tema tan discutido ganaría la batalla, pero a pesar del triunfo del cine hablado, su aplicación a la enseñanza tardaría mucho.

Gran oposición tuvo el indiscutible en sus comienzos; los profesores le daban un ceño hostil, porque pensaban en que aquello llegaría a suprimirlos, cosa que no ocurrió ni ocurrirá nunca. Lo que nació fue la alianza de la Palabra con la Imagen y tal fusión benefició a ojos vistas el gran asunto de la alfabetización.

La batalla de convencer ha sido larga y se puede decir que aún se lucha por ella en varios cantos del mundo, pero tarde o temprano, y gracias al auge que ha obtenido el cine, los profesores comprenderán que el huésped cuya presencia les pareció un peligro, es realmente el mayor y el mejor de sus aliados.

Hubo un desdén muy grande de los profesores, primarios o secundarios, respecto del valor decisivo de la ima-

gen en la enseñanza, de su utilidad y de su magia, sobre todo de las sugerencias que ella regala.

Las imágenes coloreadas cabales y hermosas son la fiesta del Kindergarten, de la Escuela primaria y de la secundaria toda. Aunque suele decirse que los grabados engolosinan demasiado a los alumnos y los vuelven desatentos a las clases, no hay tal. Lo que ve en claro cualquier observador es aquello vuelto refrán en nuestro pueblo: "No me lo cuentes ni me lo cantes: píntamelo". Son muy raros, son escasos los muchachos superimaginativos y creadores; por lo tanto, habría que excitar ese don que casi todos traemos. Pero ni aun lo que llamamos "facultades" son perdurables. Toda la primera infancia nos aparece dotada de imaginación, pero son muchos los padres y los maestros que la desdeñan torpemente y hasta la combaten. Hay más: todas las gentes que yo llamo casadas en un ciento por ciento con la lógica de tipo aldeano, admiran devotamente las invenciones y los inventores y no saben que esos sus grandes benefactores han tenido de un lado ciencia y del otro la imaginación ancha y fija en su pasión. Por esto se ha producido en todo el mundo y en todos los tiempos el hecho de que casi cada inventor haya tenido en sus comienzos un vía crucis de crítica o de regaño paternal cotidianos, es decir, pequeño infierno doméstico. Disparate diario es en las gentes comunes el de llamar "novelero" al niño distraído, no sólo porque pida que le cuenten fábulas, sino porque también ensaye hacerlas y vivirlas. Y cuando se dice a esos tapiados que la fantasía en su niño es un bien, que inventando él se cuenta historias a sí mismo y que algunas de estas historias suelen ser también el cuerpo infantil de los descubrimientos mayores, dudan o no creen.

Todos sabemos que las facultades naturales que traemos al nacer van declinando de más en más si ellas no son alimentadas por el niño mismo ni por los maestros y la familia.

Sucede, ¡ay!, que el niño imaginativo no halla generalmente arrimadero ni comprensión, y menos elogios, de sus padres ultrasensatos o de los ignorantes. Yo he visto y oído verdaderos duelos de los padres cuando ellos se han dado cuenta de que el hijo no quiere ser abogado, ni médico, ni empleado de banco —tres profesiones que llevan a los éxitos monetarios—. Duelos he visto y oído por esta causa.

¿Quién, me digo yo, puede salvar a un adolescente de los padres que tuercen y mudan el ente casi divino que es una vocación?

Hay muchachas o mozos que viven casi día a día esta

operación paterna diabólica o meramente estúpida de torcer, trocar o matar una vocación.

Yo me he detenido de paso en esta desventura casi cotidiana que todos hemos visto sin comprender o que se ha cumplido en nuestros allegados. Y esto digo porque todos los viejos profesores hemos visto de cerca esta tragedia muda, imposible de evitar, dada la posición absoluta que es la de una multitud de padres que imponen a los hijos el oficio o la profesión, lo mismo que les imponen el color de sus trajes y el estilo de sus sombreros.

La vida de los escolares suele correr en la monotonía sin apelativos de una sala de clase en la cual resuena la voz de diez o más profesores ilustres a veces y hasta amados por sus discípulos; pero ¿existe alguien que pueda gozar de una descripción larga y sin que su alegría de aprender se relaje y su pensamiento se escape huyendo al tedio?

Mucho pueden dar el buen cine y la televisión a los estudiantes normales, pero hay algo más: existe un alumnado al cual yo conozco bien y es el del estudiante libre, es decir el autodidacta. Este es precisamente el más heroico y el más digno de ser ayudado.

El llamado cine educativo y ahora los programas de televisión no cumplen todavía en pleno, o sea a toda anchura, la misión que traen. El estudiante libre, más el que cortó sus estudios por pobreza, más el otro que en lo que se refiere a la ciencia se ha quedado ignorando las novedades de los últimos años, piden algo más de estos grandes propagadores de cultura.

Es increíble la ignorancia en que viven los pueblos rurales respecto de nuestra época. Aunque llegue a ellos el cine, lo que de él alcanza a las aldeas y hasta a las ciudades pequeñas es un material calamitoso o tonto de amoríos o de crímenes, cuando no son unas necias historias seudocómicas que sólo hacen reír a los niños de las galerías.

Ninguna época tuvo como la nuestra ocasión tan preciosa y ancha para educar a las masas haciendo llegar la cultura hasta el último reducto de una cordillera y hasta las cárceles, donde no se da a centenares de presos la ocasión de aprender un oficio, ni de leer un libro sano, ni de ver una película que les muestre las maravillas que logra el trabajo de los hombres normales y las otras mayores que alcanzan los sabios de nuestra época.

Hay más: este mundo moderno al cual creemos un ente tan activo en cuanto se refiere a la publicidad gráfica, rara vez nos ofrece, aprovechando de los grandes medios que tiene a su disposición, cuales son el cine y la televi-

sión, la vida maravillosa de los grandes sabios y la de los demás héroes universales. En lugar de eso sigue el cine en muchos países corrompiendo a las masas con unos repertorios de filmes que divulgan crímenes famosos en una especie de antología para enseñar el delito. Hay algo que podríamos llamar la Contra-Educación o la Contra-Escuela, que es tal tipo de cine.

Cada vez que yo he hablado con dueños de cines sudamericanos sobre la calamidad de ciertos espectáculos, se excusan diciendo que las empresas productoras más el gusto popular, y no ellos, son los culpables. Yo les respondo que lo único que pide el llamado bajo pueblo es que el filme sea interesante y que lo mantenga en tensión hasta el final. Otra rama del interés popular es la visión de grandes ciudades. Otra es la vida de los oficios diversos: la vida rural o urbana de cualquier raza o cualquier ciudad mayor.

Los pueblos sudamericanos van cobrando un interés grande por Norteamérica, por Europa, por el Asia y hasta por la Oceanía.

¿Por qué los técnicos cinematográficos tienen de nosotros el concepto calamitoso de que la América del Sur se interesa como una especie de niño estúpido en los meros filmes policíacos y en esa especie de literatura gráfica de última clase?

La América del Sur lee mucho. Ella se sabe sus clásicos y sus modernos, pero además ella tiene ahora una atención muy viva de vuestros autores de hoy: cada muchacho lector conoce a vuestros escritores vivos y no sólo a los muertos. Quiero deciros sin ganas de halagaros, sino de informaros solamente, que en nuestra juventud de hoy hay un interés vivo que no tuvo la juventud de mi tiempo hacia la vida norteamericana en todos sus aspectos. En cada Universidad, en cada Liceo, en cada periódico grande o pequeño, la noticia norteamericana hace presencia casi cotidianamente. No hay amor ni mera simpatía sin conocimiento, y éste ha comenzado y crece día por día. Algo falta que sólo pueden añadir ustedes mismos. Un conocimiento mayor de nuestra vida criolla. El viajero que pasa por cinco o diez hoteles y no procura acercarse a nadie, traerá en sus ojos sólo algún pico de montañas, algún río y algunas tarjetas postales.

Los viajes demasiado caros y demasiado rápidos que hacéis a la América del Sur no pueden dejaros algo que se parezca a una impresión y menos a un conocimiento y una

vinculación. Vosotros sois demasiado rápidos para buscarnos y nosotros demasiado lentos para solicitaros.

Lo que ambos necesitamos es una convivencia, aunque ella sea breve. Nuestro pueblo dice: hay que mirarse a la cara para llegar al querer. Y el pueblo llama querer a la simpatía y al amor. Nunca hubo amor sin rostro y si nos cuentan algún amor así, es una mera fantasía o fábula lo que nos cuentan...

Desde siempre consideré la Imagen como una especie de superpalabra, que evita todo error y que convence mucho más que la mera palabra escrita o hablada.

Nuestra generación, no digamos las siguientes, está ahora viviendo bajo su poder, su triunfo y su belleza. Más aun: ella ha vencido en el cine y ahora con la televisión ha llegado a nuestras casas. En profesores y maestros hay cierta alarma respecto de esta ancha victoria de la Imagen.

Ya se leen o se escuchan unas duras voces que denuncian al cine y hasta a la televisión como los matadores del teatro y no tardará en nacer alguna institución o grupos dedicados a denunciarlos como a unos enemigos mortales.

Confieso, aun contra la opinión de sus adversarios ilustres, que en esta discusión subida a batalla, yo voy a sufragar por la imagen aunque sea con escándalo de mis colegas, los defensores de la palabra.

La mayor gracia que recibió mi país al nacer fue el de una naturaleza hermosa que corre de sur a norte mudando de rostro, pero sin perder y sólo cambiando de belleza.

¿Qué es un paisaje alpestre, cordillerano o himalayo contados y cantados en la poesía universal, junto a la imagen viva de nuestro padre el Himalaya o de los Andes sudamericanos?

Muchos han sido los contadores y nuestros ojos se han fatigado en vano por recibir realmente el don de su imagen en la gloria verdadera de su arranque y en el triunfo de su cima; pero son muchos más, son millares los que ignoran el corazón de nuestros Andes como un ente vivo que es dueño de una ley suya, de una flora y fauna absolutamente suyas.

Muchos son también los chilenos que no han habido la gracia de llegar al remate de las cumbres andinas en donde señorea la cima del Aconcagua.

Arribó un buen día el cine y ahora da sus primeros pasos la televisión, y las dos naciones andinas se han dado el gozo sin apelativo de que su gigante esquivo bajase a sus ojos y les entregase su hermosura audaz y su resplandor eterno.

Grandes beneficios esperamos de estos inventos magníficos de la Ciencia moderna, especialmente para ciertas ramas educativas como la geografía, la botánica y la zoología.

Todos los grados de la enseñanza, repito, desde la infeliz escuela primaria hasta las universidades de los países pobres, pueden alcanzar la eficacia y la realización de sus finalidades con tal que llegue un día a ellas una ancha dotación de estos auxiliares magistrales: Radio, Cine y Televisión.

Julio-agosto de 1956.

LA ESCUELA OBRERA SUPERIOR DE BELGICA

—¿Quiere usted conocer la escuela que forma a los dirigentes obreros de todo el país? —me dice nuestro guía. (El Ministro del Trabajo, M. Wauters, se ha dignado poner a nuestra disposición un empleado, el señor Swaef, para que nos guíe hacia las instituciones de su dependencia.)

Acepto y salimos con dirección hacia Ucclé, un radio casi rural de Bruselas, equivalente al de Providencia de Chile o al San Angel de México. Campos, campos en que se levantan los bungalows blancos, grandes residencias, granjas y, de pronto, la selva de Soignes, mancha de un verde que me parece sobrenatural (aunque en plena primavera), bajo el cielo gris del norte.

Hemos llegado: varias hectáreas de prado y, al centro, el gran edificio luminoso que es la Escuela Obrera Superior de Bélgica. El Director, León Delsinne, nos recibe con esa llaneza que también queda entre las virtudes de los países pequeños, un hombre rico de salud y de cordialidad humana.

En su oficina, rigiendo su trabajo, los retratos de varios sociólogos y una cabeza, en la que me detengo, de Luisa Michel: enjuta la mejilla, comida de ardor la frente dolorosa. La llamada Virgen Roja parecía un monje medieval.

Los alumnos nos esperan a almorzar y entramos en un comedor hirviente de jóvenes, donde el Director, M. Delsinne, nos presenta, a mi compañera y a mí, como visitantes que ellos añadirán a los extranjeros que han sido sus huéspedes, pero que vienen de dos países —México y Chile— que no habían hecho acto de presencia en la escuela.

Fisonomías abiertas; pequeñas mesas, en vez de la clásica y larga mesa común de los horribles internados; los alumnos conversan en voz alta; son alumnas las que han preparado nuestro almuerzo y yo tengo el gusto de servir los platos de mis tres vecinos... El régimen entero de la

Escuela está visible en este comedor en que se habla con una camaradería exenta de chacota; se come sobriamente, con una alegría sin vino; el Director no marca el cargo con ceño ni silencio...

Salimos después de caminar por el campo circundante —casi un parque—; nos detiene el Director en el pabellón de las internas, y aquí nos sentamos a oírlo hablar.

—La instalación —costosa, a pesar de su absoluta sencillez— fue dada por un político liberal casi millonario. (El Partido Liberal belga está formado en buena parte por la nobleza y se atribuye al rey especial simpatía por él entre los otros, el Católico y el Socialista.) Cuando se conoció por algunos de sus amigos la donación extraordinaria, fue reprobada. El les contestó: "El mayor peligro para Bélgica sería el de un socialismo ignorante, cargado de ambiciones y sin caminos claros y legítimos para satisfacerlas".

"El donador entregó la Escuela al Partido Socialista.

"Como la Escuela hizo sus instalaciones excediendo el legado, contrajo una deuda fuerte que se ha ido pagando con los productos de la tierra. Anote usted que hoy día este campo proporciona una buena parte del consumo de la mesa común. Sólo cuando la labor agrícola es excesiva traemos trabajadores; los alumnos hacen voluntariamente el cultivo.

"Su objeto es formar a los dirigentes obreros a base de educación moral, para que la masa tenga jefes honestos; de una cierta cultura en sociología, a fin de que conozcan honradamente las doctrinas que van a propagar o a combatir; y, por sobre todo, a base de generosos ideales humanos.

"Hemos visto con alegría incorporarse mujeres en el último tiempo.

"No: la Escuela no es gratuita. Cada sociedad fuerte, cada sindicato —de metalúrgicos, de carpinteros, de albañiles, de impresores—, sostiene una o más becas y envía desde las diferentes ciudades a los jóvenes bien dotados para *leaders* —inteligentes, puros y fervorosos— que ellos ven destacarse en sus escuelas. La cuota anual es pequeña, consulta escuetamente el costo de subsistencia: 3.000 francos belgas. Para las instituciones pobres, en las que es necesario el jefe que guíe el trabajo social, hemos creado bolsas de estudio. Y si entre estas instituciones aparece un joven de inteligencia sobresaliente, la Escuela le hará sitio inmediato. Nosotros buscamos el aprovechamiento absoluto de la inteligencia, que es, por lo menos, una fuente de bien común como una riqueza mineral o una industria

próspera; es necesario que el pueblo no pierda nunca al individuo superior que ha salido de él para su propia dignificación y, sobre todo, para su servicio.

"La institución patrona recibe el informe mensual de los estudios de su patrocinado y lo cambia si éste avanza poco o no merece el sacrificio. Lo ordinario es que trabajen con alegría y con éxito. Pedimos que, de preferencia, nos manden obreros talentosos. Al término de sus estudios (esto es muy importante) el joven vuelve a su pueblo a continuar en su oficio: la educación de dirigente que ha recibido no le da derecho a un sueldo; está destinado a servir a sus compañeros y no a vivir a merced de ellos. Dedicará sus noches libres y sus días festivos a conferencias y trabajos de secretaría, nada más. Por ningún motivo queremos crear dentro del proletariado una nueva burocracia.

"El alumno graduado de esta Escuela será el miembro de su partido o de su gremio que conoce la técnica de las organizaciones, que aconsejará en materia de cooperativas o Código del Trabajo; que, si es mujer, organizará las ramas femeninas de su grupo político e informará a las obreras acerca de las leyes que deben pedir.

"Algunos de estos *leaders*, los que estén bien dotados para ello, serán oradores; pero no creamos el demagogo para la arenga vacía, sino el jefe responsable, con ideas claras, con programa neto, que sabe hacia dónde conduce a los suyos.

"No se recomienda en las clases una doctrina socialista determinada; los profesores repasan las ideas dominantes en esta época, especialmente en materia económica; el alumno optará por una y profundizará su conocimiento de ella con las obras que el maestro le indique.

"Respecto a programas, hemos espigado en cada ramo la parte que se relaciona con nuestros ideales. Así, nuestra geografía es, por sobre todo, económica; nuestra historia revisa las formas de gobierno de todos los tiempos y hace la historia del movimiento obrero moderno; la literatura nos da el pequeño grupo de obras en las cuales se ha pintado con verdad la vida del pueblo; la higiene se detiene especialmente en la rama industrial y en la cuestión de las habitaciones obreras. Por encima de todo está la educación para el mutualismo, desde el seguro de vida hasta las cooperativas de las cuales usted ha visto sembrada esta Bélgica obrera y obrerista.

"La edad mínima para el ingreso es la de dieciocho años; los conocimientos que exigimos son los de la escuela primaria completa.

"Sí, usted encuentra aquí, como en todas partes, el problema de las dos lenguas que habla nuestro pueblo. Hemos creado la sección flamenca. Tuvimos, en el último año, cuarenta graduados de lengua francesa y treinta de lengua flamenca.

"Hemos admitido alumnos extranjeros, dos suizos. Exigimos que sean enviados por sociedades obreras similares; pero no hay nada de académico en la instrucción que damos; todo ello es cultura que debe ser inmediatamente aprovechada y vivificada por la realidad del trabajo en medio de los obreros.

"Durante las semanas de vacaciones, que tenemos distribuidas en diversos meses del año, organizamos nuestras "semanas" de difusión de un ramo cualquiera, destinado a los obreros, y a veces a visitantes extranjeros.

"Tuvimos la "semana" política consagrada entera al estudio de las finanzas belgas, para poner esta materia compleja y penosa de la baja de nuestro franco al alcance de los trabajadores. Otra fue dedicada al arte belga, explicado a visitantes ingleses que fueron huéspedes de la Escuela.

"La Escuela da también a los jóvenes el amor de los deportes; ellos organizarán a su vez en sus ciudades las sociedades deportivas de los trabajadores.

"Acaso lo más importante de nuestro plan de estudios sean las dos semanas de viaje por todo el país que realizan los alumnos, acompañados de sus maestros. Aunque el país es pequeño y aunque el estudio insistente de la geografía económica les presenta las actividades industriales de cada región, nada reemplaza la visión directa de la faena, y llevamos a nuestros jóvenes a conocer mina por mina la región del Borinage y fábrica a fábrica la zona textil de Gante.

"El mapa industrial de Bélgica debe quedar vivo dentro de ellos en forma de conocimiento y en forma de relaciones establecidas con los obreros de los cuatro costados del país. La visión directa de los oficios por los alumnos, que es una comunicación viviente con el dolor de los hombres, no ha sido olvidada o descuidada por la Escuela; ella constituye una fuente de simpatía humana: el hombre sólo conoce al hombre cuando ha mirado su faena; esto forma el más fuerte contacto; los otros, la vida social, la vida comunal, son roces de sus epidermis solamente.

Desde la primera semana hasta el último día de nuestra estada en Bélgica, recorriéndola de Spa a Ostende y de Mons a Amberes, hemos visto en cada detalle (manifesta-

ciones públicas, casas del pueblo, cooperativas, bancos) una democracia disciplinada, con una sensatez que no pierde fuerza en la vocinglería, que sigue a sus jefes absolutamente, porque los eligió honestos y capaces; que no descansa en el Estado para servir sus intereses vitales, porque el ahorro la ha hecho señora de una enorme fuerza económica; que está traspasada de cultura y se impone en el Parlamento por medio de representantes que están a la altura de los que envían las clases burguesas; y, por fin, que gobierna con la mitad del Gabinete.

Hay muchas fuentes de donde arranca todo este bienestar y toda esta dignidad que sorprenden a quien viene de una semidemocracia sin ordenación; pero acaso la primera sea la calidad de los *leaders* modernos.

Bien recompensado está aquel liberal magnánimo. En el espectáculo de esta masa obrera ejemplar, a la vez potente y refrenada, que por su sentido de la honra no vende su voto y es dueña de la mitad del Parlamento; en este espectáculo civil, su Escuela ha hecho una buena parte de faena enseñando una libertad regida por la cultura.

Marsella, agosto de 1926.

LA IMAGEN DE CRISTO EN LA ESCUELA

Una maestra de la provincia de México ha querido preguntarme qué pienso yo respecto de la imagen de Cristo en la escuela católica.

Yo le he contestado más o menos:

La escuela privada es casi siempre una escuela doctrinaria: un grupo de hombres que quieren divulgar un credo, religioso o político, sacrifica dinero en esta empresa, ganando la aquiescencia del Estado con el servicio que presta a la difusión gratuita de la cultura. El Estado le permite existir; ella le ayuda a educar las masas. En Chile esta colaboración de los particulares es profunda: no menos de una cuarta parte de la población escolar recibe educación en esas escuelas, generalmente católicas. Por muy rico que sea un Estado, en la rama de la educación popular, en la que toda generosidad y todo esfuerzo no son nunca exceso, debería aceptarse siempre esta colaboración. La acepta hasta la Francia, ruidosamente laica.

La libertad de enseñanza debería ser, en el lote de libertades, defendida apasionadamente por cada hombre que es verdaderamente un liberal: cuando se niega derecho a una sociedad radical para mantener una escuela, como cuando se lo niega a una institución católica, debería levantarse la misma protesta, porque las corporaciones más extremas existen sobre un cimiento delicadísimo: el de la tolerancia; cuando éste se debilita, el oído fino escucha la crujidura del suelo entero.

En cualquier capital europea, recorriendo a veces una sola calle, se hace palpable esta confraternidad de la enseñanza privada: cinco escuelas oficiales, dos católicas, dos socialistas —de las cuales una suele ser comunista—, una protestante, o judía, o mahometana. Están protegidas por una misma égida; la misma atmósfera les da salud. La sensatez, el simple sentido común, las vuelve solidarias en derecho, aun cuando sean enemigas por la entraña de la doctrina.

El Estado se ha reservado en todos los tiempos su derecho de vigilancia sobre la enseñanza como sobre una actividad que se cumple en su dominio; no concederá derecho a vivir a la escuela que corrompa a la juventud y a veces lo niega también a la escuela que ataca su organización. Afortunadamente, ninguno de esos casos corresponde a la escuela católica; ella es una vieja sustentadora de juventudes; ella las ha formado en todos los tiempos, leales, vigorosas y sanas, y, cuando alega su derecho a educar, lo hace respaldada sobre siglos de experiencia. Como una maestra ilustre que ha hecho ciencia en grande, literatura en grande, cultura en grande.

Pero, pregunta mi compañera de la provincia de México, ¿la escuela católica tiene derecho a poner los estudios bajo la dirección de un concepto católico?

Yo creo que sí, recordando las escuelas de índole socialista que he visto en diversos lugares; es decir, yo miro lo que recibe *el otro* para que eso mismo se le dé a mi credo, guardándome bien de solicitar privilegios para mí. Ha pasado el tiempo en que la Iglesia era la hija mayor del Estado, en el sentido de predilección; hoy nos hemos de conformar con que el Estado nos rija bajo la misma norma que a las otras instituciones; *pero no con un gesto menos cordial.*

La notable *Escuela Superior Obrera,* de Bélgica, de la cual yo me he ocupado largamente, institución dirigida por el Partido Socialista, se ha hecho un plan de estudios entero a la luz de su credo. No se limita a dar doctrina *económica socialista* en el ramo de sociología: enseña la Historia con un sentido social, mira hacia la vida de los pueblos con un ojo social y hasta divulga la literatura bajo un pensamiento social. Algunos dirán que esta falta absoluta de desinterés para el juicio, esta teñidura del conocimiento por la pasión doctrinaria, deforma la cultura y la rebaja. Puede ser. La escuela oficial debe seguir otra norma, tendiendo sobre el mundo una mirada efectivamente libre. Pero la escuela particular, sostenida para la guarda y la difusión de una doctrina, costeada desde sus bancos hasta el sueldo de sus maestros por hombres doctrinarios, tiene derecho a vivir conforme a su credo.

La escuela católica, como la socialista, educa según su historia, según su sociología y su literatura. Cristo, para algunos, trajo al mundo solamente un mensaje para la vida mística del hombre; según otros, de ese mensaje místico se desprenden claramente las normas para la vida de la familia y de la nación. Su servidora cree, con éstos, que la doctrina cristiana es a la vez individual y colectiva.

Desgraciadamente, la enseñanza de la religión, en muchas escuelas, se limita al aprendizaje mecánico del catecismo, a una teología elemental sin sangre, casi deshumanizada, a veces a un recitado escueto de las escenas bíblicas, que no son vivificadas por medio de la comparación con nuestra época, que no son conectadas con los hechos actuales. De esta manera la escuela viene a dar historia bíblica y catecismo, pero no enseña religión; la religión es la cosa más viva que pueda imaginarse, es la hora y la acción que ejecutamos dentro de esta hora y por medio de la cual damos prueba de que la doctrina está situada en el medio de nuestro corazón, regándonos como una sangre.

Yo no doy a usted una opinión sobre México en este aspecto, yo no oí allá una clase religiosa; le digo observaciones de mi vida escolar. Tuve como jefes de escuela secundaria (en país donde el Estado estaba unido con la Iglesia) algunos profesores de religión que eran sacerdotes y cuya clase era admirable como aplicación ceñida al momento humano; pero también vi profesores para los cuales la clase era algo así como una academia en que se examinaban las virtudes y no se daba el ímpetu de la virtud, en que se dejaba el *Sermón de la Montaña* aislado, y no se le ponía a proyectar su resplandor sobre el problema social.

Alguno dirá, seguramente, que con la forma de enseñanza que yo deseo, hay peligro de que la clase se vuelva política; habría que contestar que si la política constituye la dirección de la vida colectiva, eso es de índole religiosa también y debe ser tratado en la escuela. La escuela debe estar plantada en el medio de la vida, como un árbol recogiendo el ambiente con poros vivos.

Más peligro que el de juzgar en una clase el acontecimiento social del día, me parece el de callarse respecto de él, ya sea por desorientación, ya por una malicia cobarde que comprende, pero que no quiere comprometerse, cosa que el niño observa bien y que lo hace despreciar a su maestro tarde o temprano. La escuela católica belga, la más noble que yo conozca, sigue la cuestión social con una fidelidad de tacto y da a sus alumnos la norma cristiana para resolverla.

La doctrina social de la escuela cristiana tiene que ser democrática, porque el Evangelio está lleno de la *pasión del pobre* (valga la expresión), cargado de una caridad que va mucho más lejos, mucho más, que la llamada justicia de nuestros códigos de trabajo. En libro alguno se estampó ley más efusivamente popular que en el Evangelio y los pobres no han recibido nunca exaltación más absoluta que las que les dio Nuestro Señor.

Yo estimo que la misión urgente que corresponde a la escuela católica en esta hora, es la unión de las clases sociales. Ha solido dividirlas con la tendencia aristocrática que ha adoptado a veces, educando aparte al hijo del obrero del hijo del empleado, o al hijo del empleado del hijo del rico. Error muy lamentable, pero del cual ya los católicos están de vuelta en los Estados Unidos, de vuelta en Suiza y en Alemania. En nuestra América también se hará la rectificación.

Pero cuando en la América se anotan errores o defectos de tal o cual grupo católico, suele caerse en la ligereza de escribir *Iglesia* donde debe decirse un nombre de caudillo o uno de corporación. Es un vicio regionalista ese de atribuir un sistema a la institución que muestra en muchas partes ejemplos contrarios que la salvan.

Era necesario este preámbulo para llegar a la pregunta esencial de la maestra mexicana.

Si hay el pleno, el absoluto derecho a enseñar bajo la norma católica, el mismo derecho existe a que una imagen de Jesús domine una sala de clase. La escuela socialista a que he aludido como a un tipo, está decorada por numerosos retratos y bustos de amigos laicos del pueblo, desde Marx y Bebel hasta Luisa Michel. Existe la sala de clase con paredes desnudas, recomendada por algunos educadores para que la atención del niño no se disipe; existe también la tendencia a decorar, deshumanizando la decoración, con motivos florales, a veces con los mejores paisajes del país, y la otra antigua de decorar con los retratos de los héroes. Si en una escuela, de hora en hora, se están formando las almas nuevas bajo la sombra de Jesús, ¿por qué se ha de caer en la ingenuidad de eliminar una imagen estando presente la doctrina? Sobra el alegato para defender la presencia simbólica de Cristo en una sala de escuela cristiana.

Pero yo quiero decir el derecho de Jesús a estar *también en la escuela laica.* En los muros llenos de libertadores, de descubridores y sabios, ¿no habrá ningún sitio para El? El fue un libertador; arrancó a los pueblos antiguos de la bajeza y de la crueldad del culto cruento. El fue un descubridor: sacó a la luz continentes espirituales enteros; dice el crítico ateo que añadió a las mejores filosofías antiguas cosas nobles y desconocidas hasta entonces. El reveló la única ciencia que se vuelve dicha: la del amor que hace la concordia entre los hombres. El aplastó en el Imperio Romano el lujo insolente y el vicio que empaña las limpias facultades humanas; El aplastó la tiranía imperial

que impedía al cristiano amar a un Dios elevado y que lo forzaba al amor de dioses grotescos o inmundos. Destruyó muchas cosas más, pero ésas bastan. Y hasta dejó el Muy Perfecto una literatura nueva en sus parábolas y en el Sermón de la Montaña. Circula por ellos una leche jamás saboreada de hermosura superior, y no es posible encontrar en la literatura romana ni una sola página a la altura de la palabra Suya recogida de su boca por los San Marcos y los San Mateo.

La escuela laica honra a los hombres *parciales* que, o libertaron o descubrieron; no quiere honrar a Este *que, con manera divina, hizo todas las faenas humanas.*

La escuela pone una aureola admirativa sobre una multitud de violentos cuya faena fue matar y poner servidumbre (a veces ilustres servidumbres) entre los hombres. Se fatiga la mente de los niños con recitados inacabables de esa larga carrera del delito que es la mitad de la Historia, según Wells, ¡y para el tipo de Excelencia que fue pura carne de sacrificio, pobre corazón ofrecido que no conoció otro gesto que el de darse, la escuela laica no tiene nada!

Si desde otro planeta viniese un ángel y volviera a hablar a los suyos de la Tierra, no sabría ponderarles lo bastante el absurdo de un mundo donde el nombre del Mejor se calla. Diría tal vez: "Aquellos tuvieron Uno al que no han superado, que no vivió para sí una hora, ni vivió una gula, ni un odio, ni un solo poder terreno y porque no son capaces de realizarlo, han impuesto el silencio sobre El". Los habitantes de ese planeta no comprenderían, no podrían comprender...

Se alegará que el silencio no existe, puesto que se le alaba en los templos y en los hogares; pero el único lugar en que se honra verdaderamente es la escuela, porque es el solo recinto superior de este mundo. Cuando a un héroe se le da la boca de un niño para la alabanza, se le ha dado la mejor primicia de aquí abajo.

El templo es el lugar de la penitencia; allá se va para pedir perdón de nuestras miserias y recobrar la gracia; el hogar es también una cosa elevada; sin embargo, constituye una creación menos pura que la escuela. Esta sigue teniendo el primer magisterio y el manejo más apasionado de las almas.

Ahora bien: si la escuela se ha vuelto el lugar donde sólo se enseña un oficio y se da al niño nada más que estrategia para no ser aplastado, esa escuela se habría volun-

tariamente envilecido y cambiado, como Esaú, su lote santo por uno inferior.

Me ha dicho un amigo, que es creyente, a propósito de Cristo en la escuela: "Yo prefiero no verlo allí a verlo mezclado con los sucios héroes humanos. Tampoco quiero que su imagen sea puesta como signo de batalla y que despierte odio en el niño que la mira".

¿Despertar odio la imagen de Cristo?... ¿Por qué? ¿Porque tal político católico y tal sociedad religiosa han cometido una violencia? Eso es tan lógico como odiar la plata porque con ella *también* se han hecho puñales...

En la sala de clases, rigiendo con su mansa mirada la lección del maestro y la inteligencia del niño, esa figura no puede decir sino: "Yo me negué a mí mismo, y el maestro debe negarse a mi semejanza; yo exalté el amor que ayuda al conocimiento; yo traje a los hombres la noticia de que pueden ser perfectos, porque su Padre es perfecto".

Yo no soy partidaria de que en la sala de clases se coloquen imágenes dolorosas de Jesús. Cuando tuve una escuela mía puse siempre delante de las niñas láminas en que la figura de Cristo era serena: o el Jesús rodeado de los niños, que dijo la frase eterna, o el Jesús glorioso que ha vencido a la muerte. Fue a mi sala de trabajo adonde llevé el Cristo con sangre, el Cristo de la propia inmolación, que conforta al maestro con su agonía.

Cada pueblo sigue honrando a sus criaturas superiores; día a día anota, para todos los tiempos, a aquellos que le trajeron algún bien. Ellos no pueden desentenderse de Jesús, a menos de estar insensatos. Esta misión de honrar perennemente un pueblo la delega en su escuela.

A propósito de la imagen de Cristo en un recinto laico, yo recordaré también, insistiendo en la Bélgica ejemplar, la fuerte impresión que recibí al visitar la gran Casa del Pueblo de Bruselas. Entré en la sala de reuniones: una enorme cabeza de Cristo, una cabeza de cuatro metros de altura, la presidía; no era un Jesús *adaptado* al sitio, ni un *leader,* ni un obrero hermoso y voluntariamente desfigurado para servir de tema a una arenga. La cabeza tenía una expresión verdaderamente sobrenatural, la frente era divina.

Aquella gente, al revés de las de Rusia, reconocen lo que deben a Cristo; piensan que el cristianismo, por lo menos, creó en el mundo una atmósfera de alta piedad hacia los pobres y que sólo con los materiales de piedad, de concordia y de igualdad humanas, que él ha aportado, los reformadores de hoy han podido levantar nuevas creacio-

nes sociales. ¿Quién es el Tolstoi de los locales obreros, sino el *trasvasador* del cristianismo, la segunda fuente que dice el manantial que lo sustentaba?

Hasta tal punto la idea de perfección está unida a Cristo, que cualquiera acción virtuosa que se abre en la luz debe ser fatalmente comparada con tal o cual episodio suyo; El viene a constituir de tal manera *la medida para todas las cosas superiores.* Hacer el silencio en torno de su nombre en la escuela y mencionar los acontecimientos de la Historia que lo tocan es un absurdo, es algo parecido a tratar en química el agua, callando en geografía los mares.

Quiero decirle algo también sobre enseñanza religiosa.

Una vez una alumna mía, niña de religión hebrea y de extraordinaria inteligencia, iba a pedirme, acogiéndose a nuestra libertad escolar, su retiro de la clase de religión. Le concedí, naturalmente, el que en esa hora ella pasara a otra clase, pero le dije en seguida: "Usted es judía y vive en un país católico. Usted necesita conocer la sensibilidad de esta raza, para comprendernos en bien o en mal. La religión forma, en buena parte, esa sensibilidad. Usted se encontrará con el cristianismo en cada obra de arte, en la mayoría de los libros, hasta en las canciones: cuando usted viaje, también lo hallará en cuanto documento de cultura europea conozca. No basta la relación que del catolicismo le han hecho sus padres; es bueno que lo conozca usted en detalle. Yo le aconsejo que se quede durante un mes en la clase de religión. Usted sigue por pasión de conocimiento asignaturas que no ama, porque ellas forman parte de la cultura general. Haga, sencillamente, eso con el cristianismo".

Se quedó, no un mes, todo el año; no se convirtió, por cierto, ni yo, que conozco al judío, esperaba eso; pero yo sé que esa hora de clase estaba para ella llena de una vivificante confrontación y se le había vuelto la más rica de todas. Aceptó estudiar el cristianismo, padre de diez razas, con no menos atención ardiente de la que ponía en las familias vegetales, por ejemplo...

Yo recuerdo ese caso cada vez que veo gentes que desdeñan una fe y que no la conocen.

No le he dado, compañera, ninguna razón sobrenatural respecto de la religión en la escuela: solamente he revisado la cuestión bajo el puro concepto de la libertad. Para usted, como para mí, Cristo no es un héroe ni un santo: es el Hijo de Dios. Sin embargo, no podemos hablar con nuestro lenguaje a los indiferentes y para ellos es necesario que juntemos, con una paciencia llena de pesadumbre, las razones que pertenecen a su orden. *París, septiembre de 1926.*

KINDERGARTEN

Una vez más agradezco a México el don sin superlativo de una casa escolar. Pero en esta ocasión no me regalan adultos sino niños y lo que me atribuyen es un grupo de pequeñitos, casi una familia. A mujer muy sola se lo dais, como una especie de arrimo espiritual y de razón de vivir. Porque no tienen derecho a durar sino aquellos que viven para algo o para alguien.

Esta aldea, llamada donosamente Fortín de las Flores, a la que gobierna, como a mis pueblos chilenos, una montaña señera y señora, el dulce y audaz monte Orizaba, puede anotarse en su haber una verdadera hazaña: su Municipio ha costeado un Kindergarten, un segundo hogar para los más chiquitos, en quienes apenas si hemos reparado, tal vez a causa de su talla de vara y su aire de duendecillos.

En todas partes se multiplican las escuelas primarias, pero el Jardín de Infancia poco cunde, hasta en la Europa que creó y lanzó esta gaya invención pedagógica.

Por cortesía hacia una vieja maestra vuelta vecina de Fortín, habéis querido poner mi nombre sobre el umbral de esta casa blanca, plantada en buen cemento y buena madera de roble y coronada de tejas españolas.

Muchas gracias, señor presidente municipal: no podíais darme nada mejor ni alegrar a una enferma con dádiva más conmovedora.

Esta va a ser la casa de unos niños que crecen en zona de café, de banana, de naranja, de tabaco y de piña. He visto a las madres caminar de mañana hacia las plantaciones: llevaban un niño en los brazos y uno o dos a la siga. Caminando tras de ellas las vi recolectar dejando a la criatura al alcance de sus vistas y echando una ojeada a la rama cafetera y otra al pequeño, o acostándolo a la vera del tabacal, al amparo de una cerca; y me acordé de las *Garderies d'Enfants,* lindas casas de depósito donde los chiquillos

quedan a seguro mientras los padres se ajetrean por el pan de cada día.

Este Kinder va a cumplir su misión directa de institución preescolar, pero, además, ella va a hacer la guardia de los que más precisan de celo y primores. Aquí quedarán ellos, a lo largo del día; el Municipio acucioso se las arreglará para darles un casi almuerzo al mediodía. ¡Qué contentamiento el del mujerío pobre, y qué paternalidad verídica la de este consejo municipal hacia su pueblecito!

La fiesta de hoy abarca, más o menos, a cincuenta o más familias, ella desata el nudo de la aflicción mujeril que se llama *dejar al niño solo,* se allanan así un conflicto y, por añadidura, se hace felices a todos estos "chamacos".[1] Del acto de hoy salta una cinta de ejemplo, se enciende un fuego que provocará otros: pronto brotarán otras y otras escuelas maternales en la región. La buena acción municipal hincha el entusiasmo y empuja a crear lo que falta.

Estos gorriones y estas golondrinas van a jugar aquí a sus anchas. El rectángulo calculado para patio, jardín y huerta, es más que suficiente, se sobra, y así es como debe ser para que la empresa escolar no pare ni se agote a poco andar. Y en este corredor cabrán todos a la siesta, cuando el sol ataranta o el cielo se suelta a llover; y las salas son desahogadas y no más, porque aquí los arquitectos no han urgido ni derrochado espacio y materiales. Y el refectorio de la colación está pensado justamente para el turno de los grupos desayunadores. Esta casa se pensó y se hizo con modestia pero sin tacañería, y esto, y no lo espectacular, debe ser el estilo de *las obras republicanas.*

Celebro la carencia de pretensión y la sobriedad, señor presidente, porque me gusta más el "suficiente" que el "excesivo", y prefiero lo exacto a lo vicioso. Pero, a pesar de la justeza, el edificio ha resultado hermoso por su proporción, su gracia y sus donosas vistas. Así construyen un Kinder los pueblos sin vanidad: Suiza, Bélgica y Dinamarca. Ustedes, que tienen muchos y grandes pintores, en tiempo más, lograrán que las salas luzcan algunos frisos a todo color y movimiento que alegren los ojos de estos Juanes y estas Marías, quienes son unos grandes visuales y reciben euforia del color y la imaginería. Pero si esto les falta, no importa: el paisaje, que es una danza perenne de colinas en una luz gloriosa, bien que bastará. Bastaría con el volcán trocador

---

[1] Mexicanismo: niños pequeños.

de luces, casi persona, que muda a cada hora su jugarreta con las nubes y trueca colores como un malabarista, y hace el hombrón pardo, y el marinero azuloso y, a la tarde, un profeta metido en llamas...

Buenas maestras: este Kinder es un hijo más que les nace a Pestalozzi, Froebel y María Montessori. Hay que recordarles en esta ocasión como a padres de la obra. No levantaron ellos esta casa y no van a entrar nunca por estas puertas; pero de ellos viene la obra y vosotros seréis sus gargantas, su voz, sus manos, su ir y venir por este ámbito. Son vuestros bienhechores y una brava gente de lucha cerrada, pero en ésta no perdieron nunca; Pestalozzi fue la ternura, Froebel el amor de guardabosque hacia la naturaleza, Montessori el sentido creador y realista para "los dones". A todo atinaron estos atentísimos: a la salud del niño, a la defensa de su gozo natural, a un entrenamiento minucioso de los sentidos, al desperezar de la fantasía, al espíritu de convivio, a un cuido delicadísimo de las intuiciones y, sobre todo, el mantener el calor y los modos familiares. Nada tienen ellos que hacer con la pedagogía de ceño fruncido, con la lengua empalada, con la escuela-cuartel de Hitler y tampoco con la de mero jolgorio que suelen hacer los relajadores de lo froebeliano. Fueron los tres maestros en alegría de vivir, en hacer gozar al niño la naturaleza como un fenomenal juguete divino, y Pestalozzi cuidó hasta de dar la primera leche de lo religioso, o sea el asomo de lo sacro que crea el paladar del alma para la vida espiritual.

Ustedes, kindergarterinas, son hijas de esas gentes que vivieron en la dación pura, ríos que refrescaron el desierto que era la escolaridad antigua, de yesca y arena. Fueron genios puestos a producir un encantamiento que resbala hacia la magia, y a ensanchar la fiesta que constituyen el ver y el oír, cuidando así la expresión completa del niño, que comprende el habla, la mano hacedora y el canto. Ellos devolvieron a los niños de la ciudad lo que les hemos arrebatado con el urbanismo vicioso: la flor, la fuente, los animales, las conchillas, las bayas frutales, la arcilla o la plasticina, la tiza de colores, el carbón, la madera. Y, saliéndose de la didáctica calva, rociaron de maternidad todo este aprendizaje, prolongando realmente a la madre, quien enseña a ver y tocar, nos hace pasar del balbuceo a la frase, del oír al escuchar y del pasito temblón a la marcha.

Con todo lo cual ustedes, maestras, son las únicas en las cuales se cumple de veras la vieja frase de que la maestra es una madre lateral y a veces corregida y aumentada.

Esta asimilación que crea un ser doble, hecho de saber y de amor, es una pura maravilla, algo parecido a un arquetipo. Cuesta mucho, pero debe ser vuestra ambición el alcanzarlo.

Hago el voto de que seáis felices en esta casa. Al Ayuntamiento de Fortín, una gratitud calurosa por el sacrificio que hace y seguirá haciendo. Pagados estaréis, y con rebose, viendo que los niños de Fortín mudan a ojos vistas en dos años, que sus ojos brillan más, que la carnecita les rojea y el hueso flaco se les afirma, que llenan este aire dulce rondas nuevas y que se vuelven realmente una "bendición" para los padres, porque eso no pueden serlo sino los niños sanos y felices. Los chiquitos van a ganar salud y dicha en esta casa donde convivirán el niño burgués con el pobre, porque en el reino de la infancia no hay clases y si se las inventase aquí sería una aberración.

Mándenme ustedes, príncipes y maestras, en aquello en que pueda servirles: no quiero ser patrona sino ayudadora; háganlo para que mi nombre merezca estar en este portal y líguenme así a vuestro pueblo de Fortín, a fin de que él sea, desde hoy, parte mía también y no sólo dádiva sino dulce obligación.

Mayo de 1950.

LA ESCUELA "IMAGEN" DE GARCIA MAROTO

PEDAGOGOS NATURALES

De cuando en cuando se me aparecen en cualquier tierra un hombre o una mujer que me dicen sin alharaca y como no sabiendo lo que dicen, algunas cosas cardinales y entrañables sobre la escuela. Casi nunca son profesionales; el problema del niño —que de problema se pasa a "misterio"— lo trabajan en cuanto a individuos apasionados del hombre al que quieren amar... en las criaturas, porque tal vez ya no pueden quererlo en esa cosa cariada y fea que llamamos adulto.

Esta vez es García Maroto, el pintor, quien me pone a hervir de nuevo el viejo corazón de maestra, y me sacude, de sacudón fuerte, los escepticismos míos sobre la empresa escolar, que he visto en los cuatro puntos cardinales.

MAESTRO ESPAÑOL EN AMÉRICA

Me encontré a Moroto hace cuatro años en el pueblo cubano de Caibarién, encandilado con una escuela libre de dibujo que había creado él, asistido por el mexicano Pérez Abreu. Un castellano del misionero siglo XVI español, que también pudiese ser un adelantado del siglo XXI, al que se le ven señales de resultar, provistos de enjundia roja, otro siglo misionero. Un nombre ardiendo en el caldo del servicio humano, muy quijote cuando habla, pero hijo racional de Montaigne cuando se pone a realizar.

La escuela se llamaba "José Martí", y yo me detuve a averiguar "aquello", porque el nombre eléctrico de Martí congrega a los noramericanos en torno a cosa o ente que lleve encima.

Vuelvo a encontrarme a Maroto, y es en Madrid. Ahora capitanea una escuela más cuajada que aquella ambulante del trópico. Buscando lotes de "servicio" (la palabra se le vuelve obsesión), escogió el más desventurado, porque él no se anda en cortejo de prosperidades ni en usufructo de logros ajenos. La escuela está destinada a los sordomudos, y se llama "Imagen".

Me la cuenta dentro de una ola de fervor, que se pasa a euforia, y me la muestra minuciosamente, apuntando, a lo enamorado, los detalles del hallazgo... Oyéndolo, yo retengo el bulto de tres intenciones mayores aparte de muchas tributarias.

Maroto quiere educar por medio de una copiosa imaginería a aquellos que no pueden recibir del mundo otra punzada incitadora que la del color y la forma. Se ha dicho repetidamente que el dibujo escolar debe volverse la segunda lengua del niño, y que por lo tanto se ha de usar de él en cada ramo. Pero esa especie de preceptismo mosaico que es la pedagogía, se formula, se ordena, se cuaja y por lo general no se cumple o se cumple mañosamente.

Puesto que se va a enseñar con un mínimo de lenguaje oral, muy lejos de la garrulería profesoril con objeto de no atormentar la atención dolorosa del sordomudo, esta lengua hablada tiene que hacerse un puro milagro de sencillez radiosa, un portento de expresividad.

Se busca provocar y soltar la confianza entera de aquel niño, el más huido y secreto de este mundo, que es el sordomudo, por medio de una escuela familiar, en la que nada le produzca ni extrañeza, ni hurañez, ni desabrimiento.

La familiaridad de la Escuela "Imagen" la asegura desde luego la curiosa familia del maestro. Hay en ella dos sordomudos rehabilitados por el padre vigilante y por la madre perfecta. Los dos serán instructores, y gracias a ellos las criaturas no van a conocer la humillación que crea el entrenador que no es de su orden y que hace torpezas hasta cuando busca servir. El muchacho instructor les hará manejar la buena biblioteca y la extraordinaria niña sordomuda enseñará jardinerías y labores de aguja. La patrona de la casa-escuela dará a los niños educación doméstica, pero de la verdadera: los llevará a trabajar con ella en comedor y cocina, aprovechándoles esa diligencia manual que en el sordomudo es el desquite de las otras.

El ejemplar de ama de casa está exquisitamente esco-

gido en cuanto a una bondad viva y a una sabiduría fina y vulgar, que hace pensar en los santos de la raza.

Maroto, por su parte, ha compuesto, a lo largo de años, un método de originalidad pura, que reduce toda la enseñanza a imágenes, y repetirá con los niños ajenos la hazaña cumplida en sus hijos.

Materiales

El cine escolar, que en los colegios corrientes no pasa de ser anécdota semanal, se vuelve allí cotidianidad. Y como se quiere arrancar de golpe a los alumnos de su pasividad, ellos mismos tomarán los filmes en campo, mercado y calle.

Las imágenes no están todas guardadas en la máquina cinematográfica. Los muros son una fiesta de los ojos. A donde se mira, saltan en color o en carbón unos cuadros gozosos de movimiento o unos rostros de niños que Maroto ha enseñado en sus viajes. Y hay más: el archivo gráfico hecho a base de recortes de revistas y que forma la más linda agrupación de escenas de vida rural y urbana, de faena agrícola, de trabajo portuario, de cosa industrial. Este archivo, que crece semana a semana, vale por sí mismo una escuela entera y asegura un aprendizaje dinámico, especie de registro imaginero de este mundo.

Número y Casa

Maroto siente un santo horror del escuadrón y el hato escolar. Quien haya enseñado con conciencia o sin ella, lo probó hasta las heces. Nadie educa, sino que arrea a lo matón o a lo astuto un centenar de niños. Ha fijado en doce el máximo de su matrícula, y no ha de faltarle antojo, como a mí, de fijarlo en siete.

Tampoco cree Maroto en la sala única de clases, sino en la casa del niño, por la cual éste va y viene fluvialmente, a lo regato, del aula al comedor, a la huerta y a la cocina.

Su segundo horror va hacia el edificio escolar, partido entre salas, oficinas y comedores, creación trina de tiesa extranjería, de muros embrutecedores y de un triste "padrastrismo".

La escuela está puesta bajo la advocación de unas virtudes que de llanas son lugar común, y que sin embargo, se jadean de duras que resultan: la alegría, mantenida por el trabajo manual renovado, y el enriquecimiento de la vida

interior en unas criaturas que serán irremediablemente introvertidas. El pasto para lo último lo pone una colección de lecturas sustanciales de orden espiritual.

Aquí, como en cualquier cosa, lo que vale tomar en cuenta no son los prospectos prometedores de maravillas, ni siquiera los métodos tan gayamente novedosos. La única promesa de cuenta, porque se ha de cumplir, es la de las condiciones sugestivas de los maestros. Una familia va a revivir sobre la carne de doce niños extraños la revalidación rematada de dos hijos sordomudos, y esa familia tiene por jefe a un hombre creador en cuanto a artista y en cuanto a maestro.

La Lengua

A pesar del alarde que hacemos respecto de nuestras vocaciones, parece que nunca sabemos la gesta inédita que andamos redondeando en unas actividades de azar. Maroto, el pintor, desperdigado en cien temas y en ensayista de literatura social, supo, a media vida y de golpe, que los niños eran su parcela, la emocional como la técnica, es decir, su devoción y su oficio. Manipuló con libertad anárquica colores y líneas para poder entender al ser más libre de todos, que es el niño. Leyó, perdidamente, literaturas clásicas y ultraístas, y dio conferencias sociales, y leyendo y hablando por España y por América, aprendió el secreto de la palabra viva, que constituye hoy su primer don de maestro. Se curó en diez años de todo cuanto es, en la pintura, dureza y mentira, y se vacunó devorando retóricas, contra el verbo de adobe y el de fuego fatuo. Ahora ya está viviendo sobre aquel meridiano verbal de que habla León Daudet a propósito de algunos clásicos. Llega a ellos la hora y el momento en el que cada palabra, y no digamos cada frase, salta llena de impulso como la víbora; la expresión no aparece muerta en ningún punto de la conversación o la escritura, y la banalidad se ha evaporado, dejando sólo los goterones de las esencias.

Nunca se entenderá lo suficiente la significación que tiene en la enseñanza un maestro que sabe decir y que dice a la vez "hincando" y "arrebatando". El lenguaje profesoril sufre, o de una pedantería frígida o de una plebeyez caliente, pero desgarbada. Irrita mirar y oír cómo son adoctrinadas las criaturas en una lengua que si se cuida, se pone cursi, y si se descuida, será chabacana.

En el barrio popular de Torrijos, instalada dentro del de-

coro que reclama el niño —el pobre más que el rico—, sin deslizamientos hacia lo presuntuoso y calentada por el aliento humano de un español de casta, se halla esta Escuela "Imagen", que he tenido el gozo de contar porque tuve el de mirarla. Véanla los que deben verla y celebren esta natividad del sordomudo madrileño, que tal vez sea la del sordomudo español.

Madrid. noviembre de 1934.

UNA EXPOSICION DE LA INFANCIA

Entre las exposiciones cotidianas, de frutas, de vestidos para desvestir y de amoblados cubistas, antes del Salón de Otoño, insensato y espléndido como el mismo otoño, ha estado abierta dos meses en los salones del Jeu de Paume, esta Exposición de la Infancia.

Catorce o dieciséis salones que cansan un poco al visitante de ojo lento para la admiración. Público escaso. Hay que recordar que París tiene sus dos tercios de población nómade. El extranjero viene a la ciudad inquietante a ver otras cosas más pimentadas, con enjundia más delirante que una blanca y limpia Exposición de la Infancia...

No halla aquí acicateo frenético de jazz-band ni los frisos vivos de ancas doradas y negras en una danza. La exposición ha traído menos gente de la que se merece. Mejor para nosotros.

Los pabellones son amplios y a veces entramos en uno como en la "casa de los enanos", preparada espléndidamente y vacía.

En primer término, una demostración gráfica de las obras que en favor de los niños hace París, este París con numerosas trastiendas honradas que los mundanos no ven nunca. Fotografías de grandes *Crêches*, tan bien dotadas como las yanquis, para decir "generosidad superlativa en la beneficencia": *pouponnières luminosas*, repartidas en todos los barrios. El París francés muestra sus creaciones insospechadas por el París internacional de las *cocottes* y los bebedores de *cocktails*.

Luego la exhibición comercial —pero muy estética— de las casas productoras de leche: Nestlé, Maggi, etc. Pirámides lácteas, arquitecturas formadas de las gruesas botellas blancas, en las que hay algo del cuerpo ancho de las vaqueras suizas; leches en polvo que nuestras abuelas habrían creído jugarretas del doctor Fausto —químico de químicas

grotescas—; leches en pastas que tienen un año y que guardan la frescura de la nata arrugada; leches líquidas, naturales, y que no son naturales...

Los Libros

Ahora la sección de los libros infantiles, o sea la otra leche de las fábulas, que también nutre y es densa y donosa. La literatura infantil francesa es pobre de cantidades. Cuando yo recuerdo la montaña editorial de esta especialidad que yo volteaba encantada en las librerías de Nueva York, me parecen mezquinos estos grupos de volúmenes. El niño, en este y en todos los aspectos, importa mucho menos a la gente latina que a la otra, y el número de sus fabulistas, como el de sus artesanos, es visiblemente inferior. Pero hay que decir también que las calidades de esta literatura sin abundancia, duplican las de aquélla. El inglés ha anegado de mediocridad el género. Escriben para él especialmente mujeres, y suelen hacerlo con una conmovedora voluntad, pero sin imaginación y sin donosura. De tarde en tarde les sale un Barry con un Peter Pan maravilloso; mejor lo hacen escandinavos y alemanes.

Perrault sigue siendo el eje de las ediciones infantiles francesas, y el eje, por usado, se afloja. Lo rejuvenece algo la ilustración futurista, de un simplismo genial, medio chino y medio Montparnasse. El pintor —que también es literato— Boutet de Monvel presenta unos dos volúmenes exquisitos, una *Juana de Arco,* anegada de dibujos cuidadosos, y *El Buen Dios para los niños*, de Francias Jammes. Tal vez los franceses digan respecto de la imaginación infantil que la descuidan porque la tienen y que los otros la espolean más, porque son misérrimos de ella...

Mobiliarios Enanos

Lo mejor de la exposición es el mobiliario para niños. Los lectores maestros recordarán conmigo la página expresivísima de la señora Montessori, en la cual habla del ambiente físico del niño. Yo no tengo a mano el libro; citaré a puro recuerdo torpe: "El niño tiene la sorpresa de despertarse en este mundo como un enano en la tierra de los gigantes. Mesas que le parecen montañas, adonde no alcanza; enormes estantes de libros, que cuando él los mira, parecen aplastarlo; sillas en las que se encarama, gracias a una aven-

tura de trapecista. Es un injerto brutal en el mundo de los mayores".

De la pedagogía montessoriana, en una buena parte, viene esta linda industria liliputiense. Es así como yo quisiera ver siempre al intelectual, codo con codo con el artesano, uno proporcionando los tipos, un poco platónicos —¿por qué no?—, de las nuevas cosas que él llama a poblar la morada doméstica o la calle civil; el otro haciéndolas a su lado, con la prisa de esta época en que creación y manufactura deben sucederse como dos pulsos rápidos. Pobres de nosotros los que, en Chile o en cualquier otra tierra de América, hacemos nuestros cuentos para el papel en que se amojaman, o hacemos la canción, cuyo motivo no da el salto hacia un arte manual; donde el "hermano artesano" no existe todavía, para que nosotros lo ayudemos y seamos a la vez ayudados por él.

Un lindo dormitorio de niños. Las dos camas están decoradas de gallos, de ostentosos gallos galos, con insolentes colores puros y una erguidora carmesí de crestas, y unos verdes y negros metálicos, que los hacen moverse a puro juego de luces del esmalte. Más allá, otra cama baja como un cojín, en el cual el pequeño contorno de madera está "recorrido" por una ronda de patos, de anchos, graves y grotescos patos de Nils.

Un estante de libros, sostenido por dos largos papagayos, gozosos también a fuerza de verdes y amarantos inauditos y con picos magistrales. Y las risueñas mesas, pequeñas como para el salto de la rata, mesas verdaderamente encuclilladas, también decoradas en la cubierta con pícaras zoologías...

Los muros del dormitorio, como los de la salita de estudio, son fábulas completas que comienzan, por ejemplo, con la clásica aparición del Lobo a Caperucita en un bosque negro y cómplice, y acaban con un Lobo ventrudo, tendido al sol, al que Caperucita se le escapa, viva, por los riñones...

A los niños nuestros la fábula se les queda en el vacío; al que viva en este cuarto precioso, la fábula lo ceñirá con ese abrazo de imágenes fuertes, la fábula se le amarrará a la mesa, tapiz y delantales: se le volverá horizonte.

Sección Higiénica

Después, la sección higiénica, con cien modelos de baños de niños, especie de valvas de conchas fantásticas, con mamásmaniquíes (que por cierto no existen, porque las únicas ma-

más de hoy son las criadas providenciales, en la clase rica), y con bebés más coloreados de roja salud que los gladiolos rosados; magníficas carnaciones de caucho o de yeso complacientes al engaño...

Tapices Admirables

Hacia un lado, el teatro para niños, que funciona todas las tardes y en el que se dan —a beneficio de las instituciones de la infancia— las fábulas de Perrault o de Grimm. El *foyer* de este teatro de hongos está tapizado de la más sorprendente colección de gobelinos: grandes cuadros de tapices con la Bella Durmiente y Barba Azul, que contienen de veinte a sesenta figuras. También aquí el artesano francés, para mí el más ilustre hombre de Francia, como lo que es el italiano en su país, aparece colorista generoso, creador con la lana y la seda de tramas insospechadas en el tejido, sabio en algodones como el literato en adjetivos, refinado sin pedantería, lleno por el contrario de un sentido clásico de la naturalidad, cuando hace las estampas de la composición o cuando las copia.

Y yo vuelvo siempre a mi obsesión: No existe cultura cuando un pueblo no posee su artesano autóctono y debe comprar desde la alfombra hasta la mayólica. Hacer el artesano superior es cosa más difícil, pero a la vez más importante, que fabricar bachilleres con humanidades que no son, tampoco, humanidades...

Se deja la Exposición con pena. Hemos estado dos horas trepadas sobre las rodillas de la Fábula, que son calientes y mullidas.

Enero de 1927.

LA RADIOFONIA Y LOS NIÑOS

Un recuerdo profundo.— La obra de la prensa mexicana en bien de la infancia.— Los programas dominicales infantiles.— La colaboración de los niños y la de los artistas.

Este es el último recuerdo de México.

Poco antes de dejar la capital del país, *El Universal* me invitó a hablar por radio para los niños mexicanos. La radiofonía se ha difundido tanto, que es rara la casa pobre que no ha levantado la pequeña antena misteriosa y vulgar, donde golpean los acentos lejanos a cada hora. Quince pesos —sesenta chilenos— cuesta la instalación simple.

Me excusé por mi voz insuficiente; me dijeron que hasta un aliento era bastante. Acepté, la verdad era que yo deseaba conversar por última vez con los niños de Puebla y de Hidalgo y de Oaxaca. Querían de mí un cuento o una "plática" moral, como allá se dice. Les llevé, sencillamente, la vieja fábula eterna de Perrault, la desnuda conseja cuya maravilla no se gasta, al igual de las piedras preciosas. *La bella durmiente* para los niños de todos los tiempos se deja picar del huso maldito, y duerme cien años, y despierta con los ojos del amor. Por dar algo, di una versión propia —la que los niños chilenos ya conocen—, larga, para que cubra la mitad de una noche, y en viejo romance, la única estrofa en que se "cuenta", haciendo el relato fácil como la resbaladura del aceite bondadoso.

Llegué a la sala de audiciones de *El Universal.* Sería ésa la tercera audición infantil. El aviso cotidiano, insistente, durante una semana, prepara a los "novedosos", que están prontos para la hora precisa de esta verdadera cita con la eterna madrina suya, la fábula.

El primer número era de canto. Mi compañera de programa me avergonzó un poco: una cantante maravillosa de nueve años. Cantó canciones del país, con una voz, al principio, muy temblorosa, que se le fue afianzando. Mi otro

compañero sugestivo era el payaso de un circo famoso. Llevaba los cascabeles... Nos miramos y reímos; era un viejo de cara cansada, que ha vivido de hacer reír a los niños de todo el mundo: desde el Japón hasta Vancouver...; un buen poeta —el jefe de la sección radio en el periódico— leería un cuento en prosa.

Llegó mi turno. Yo también, como la niñita, tenía un pequeño temblor, que ocultaba a ella, por pudor de competencia... Me siento a leer. Vosotros ya conocéis el aparato transmisor. Es pequeño, insignificante. En esta época, lo prodigioso se humilla en formas materiales harto secas, hasta odiosas. Un disco redondo y grueso, parecido al transmisor del teléfono reformado, que lo mismo puede ser un desenvolvedor automático de fajas de cuero o un tipo de calentador eléctrico manual... La industria prodigiosa, competidora de la noble magia, es plebeyísima de fealdad; en la sencillez de sus medios pone no sé qué burla al misterio antiguo. Este aparato transmisor ni aun recuerda a la boca, ni a la oreja humana; se ha deshumanizado como por desdén. A mí me encantaría hallar al menos una profundidad de campana, en cuya oquedad oscura se hundiera el acento, bebido por el duende de la radio, o una especie de pabellón mullido, donde los versos se sumieran como gotas. Nada de eso; ninguna cosa que reciba bondadosamente, sino este disco desnudo que parece dejarme afuera el cuento, dispersado en la sala...

Pero nos queda la vieja imaginación, para prenderse aun en esto, odioso, y tejer su fronda de oscuridades y resplandores. Y yo, con mis ojitos apretados, no veo al feísimo, y hablo como en una gruta, al espacio vivo, hirviente de espíritu.

Entre las ventajas de la radiofonía está la de habernos dado auditorios invisibles. Esta vez, sólo ésta, la invisibilidad es triste, porque son niños, linda apiñadura de locos inocentes cuya visión regocija. Pero es ganancia que se nos esfumen los otros públicos, los que tosen, y comentan cuchicheando, y hacen pesado de carne calurosa el aire, y van vestidos de ceremonia, horriblemente perfumados.

Está bien que nos ahorren esta mancha grasa que gesticula y que ni con el aplauso grato acierta, porque lo dan a plena garganta gruesa.

La ilusión de soledad hace, por otra parte, bien a los tímidos, y yo soy el peor de ellos; no existe la turbación, los pulsos locos y la cara roja, y somos como más puros hablando en el vacío. No sabemos cuándo la palabra ha

rebotado en los hostiles; creemos en un vuelo suave de ella en la atmósfera llena de profundidades cordiales.

Uno de los reparos que suele hacerse: la voz desfigurada del recitador. ¡Pero son tan pocos los seres de voz grata, Dios mío! La limpia garganta y la inflexión que se dobla con dulzura. Hemos perdido poco. Los metales, el cristal, el agua, fueron mejor dotados de voz que nosotros. Si somos vasos, como dice Omar Khayyam, somos cántaros de greda, de resonancia sorda...

¿Que, además, se pierde la expresión del rostro? Pero hay tan pocos Apolos entre los que cantan o leen, y hay, en cambio, tantos cuyo semblante no se acuerda al motivo, ni lo aúpan intensificándolo con un gesto. Lejos de eso: el verso más noble suele caer de la boca innoble o grotesca o de las comisuras frías.

He terminado mi cuento y vuelvo a mi casa riendo de esta faena tan fácil en que he cumplido con muchos.

Quiero volver al elogio de los festivales infantiles.

La radio, aplicada a la palabra, es el comienzo de una escuela nueva, hecha a base del cine, de imagen muda (¿para qué la imagen ha de necesitar acento?) y de maestro invisible cuyo mal humor los niños no verán.

Mientras se organiza esa cosa mágica, está bien que se dé a todas las escuelas, a los asilos, a las cárceles mismas, la audición dominical, con números enteramente infantiles.

Que los artistas cedan un momento de canciones; que los buenos lectores —rara vez son maestros— les den cuatro páginas de Tagore o de Kipling; que el buen payaso ponga la risa.

El Mercurio podrá ser el viejo Noel conductor de los dones del siglo XX, que son los sonidos viajeros.

Yo he contado para esto mi experiencia ingenua, mi fiesta de un domingo mexicano...

Perugia, agosto de 1924.

INSTITUCIONES EUROPEAS: LA "CRUZ ROJA DE LOS NIÑOS"

Hacer una institución a la vez nacional e internacional, que sirva el interés inmediato y que tienda raíces formidables hacia el porvenir, ha sido el plan bifurcado de la Sociedad de las Naciones con esta creación. Una institución de un positivismo sin bajeza y de una idealidad no brumosa.

La "Cruz Roja" antigua, destinada a los servicios durante la guerra, evolucionó primero hacia una institución civil destinada a servir a la salud pública en todo tiempo: segundo paso. Después ha entrado a las escuelas a enseñar, por una parte, cómo se guarda la salud, y por otra, cómo se puede buscar esa otra salud cristiana, que es la paz del mundo: tercer paso.

Oportuna intervención en las escuelas donde los maestros olvidan bastante al niño como criatura animal a la que es preciso guardar en su frescura. Los maestros, además, han reemplazado en sus clases con los nacionalismos paganos la limpia formación cristiana de los niños. Contra estos dos daños va la "Cruz Roja Infantil" o "de la Juventud" como otros la llaman, o "de los Niños" como yo prefiero nombrarla.

Yo espero mucho de la noble gestión de otros en los negocios educativos, mucho de la aproximación de mentores nuevos a las escuelas (el médico, el artesano, el horticultor), en esta especie de sellado castillo feudal que ha sido hasta hoy la escuela, con el maestro dueño del niño, como el milano de su presa. Veamos lo que pueden llevar al amo y al niño estos intrusos. La madre es el dueño verdadero del niño, un dueño que ha delegado insensatamente sus poderes en la maestra de escuela, o formalista o descuidada (extremidad de celo o abandono, dos excesos). El médico es el padre natural del grupo humano, responsable de su degeneración. Entre dictaduras a la moda, fascismos negros o sovietismos bermejos, la dictadura de la salud parece la única racional. Algún día se comentará como una vergonzosa prehistoria la época en que las escuelas tenían

maestros y no médicos, pedanterías abundantes en las lecciones en vez de enfermera. El médico debería entrar a la escuela cotidianamente; hasta ahora se acercaba allá por las solemnidades o por las épocas de epidemia.

Del artesano yo espero también la llegada. Entrará a enseñar oficios, él, porque los maestros no amarán nunca lealmente los oficios a causa de su costumbre burocrática. El artesano reclamará como lote suyo los dos últimos cursos de la escuela primaria y gracias a él podrán los niños de catorce años incorporarse como aprendices decorosos a cualquier artesanía.

En la escuela rural yo espero al horticultor, que enseñará con menos fatiga para el niño de la que le impone la clasificación de las proporciones, los injertos, la poda, el riego.

Por ahora es el médico quien ha forzado la puerta herrada de la escuela. Ponga el maestro el gesto que quiera. El no supo hacer su oficio completo: ha dado cansancio, ha apagado la imaginación, ha entorpecido las manos, ha aceptado con un acatamiento cómplice programas y rumbos estúpidos. Que acepte ayudadores de la enseñanza y que mire, para que aprenda, cómo se preserva la linda planta humana de las deformaciones y de la enfermedad fea. Con el médico llega la enfermera y la maestra comienza a saber que ella no se volverá maestra de verdad sino cuando sea dos: el experto de la Escuela Normal, perito en la pregunta socrática, y el producto de la Escuela de Medicina, informado del cuerpo, perito más sencillo y más provechoso en anemia, escrófula y toses.

La "Cruz Roja de los Niños" quiere hacer de la Higiene, mejor que una rama de la enseñanza, una atmósfera, una infiltración del hábito en todos los momentos. Porque nuestra higiene de las escuelas es casi una academia. Se la aprende hecha dato, y para dato, como se aprenden —por información— las efemérides nacionales. Cualquier niño de nuestras escuelas sabe de qué sirve el baño. Cualquiera conoce el dibujo de la circulación de la sangre. No le ha faltado al maestro paciencia para dibujar un esquema en el pizarrón, ni tampoco para repetir, hasta obtener un recitado fiel, cómo elimina la piel. Le faltó, eso sí, al maestro rural, buena voluntad para llevar a sus niños a bañarse al río, y a los urbanos, para hacer al menos del sábado el día del baño y acompañar a sus muchachos a una alberca pública.

La "Cruz Roja de los Niños" —donde no haya *scouts*— organizará las sociedades deportivas, paseos al campo, do-

tación de la cancha de juegos, etc., son algunas ventajas sobre el scoutismo, que, dígase lo que se quiera, tiene entraña militar.

Pacifismo escolar

La iniciativa más sorprendente de esta "Cruz Roja de los Niños" es la de las relaciones entre las diferentes patrias. Peca mucho de literatura la propaganda pacifista y la primera vez que yo oí hablar del trabajo que la Sociedad de las Naciones hacía en las escuelas, me imaginé una serie de folletos con sermones, más o menos profundos y más o menos efusivos, sobre el mal de la guerra. Afortunadamente me equivoqué en grande; la vinculación de los niños de todos los países se hace por un medio sensato y verdaderamente eficaz: los niños cambian fotografías y trabajos regionales. El niño japonés envía al uruguayo un lindo cuaderno lleno de recortes con pagodas, palanquines, quioscos, estilo de trajes, escuelas, etc. Añade una labor representativa de la región, que puede ser una esterilla o un juguete mongol. Tienen ojo agudo los que han dirigido la iniciativa; el intercambio de trabajo, aun de esta ingenua, torpe y donosa labor de manitas, vincula muchísimo más que el sermón pacifista.

Yo he visto una selección admirable de estas obras. He leído también cartas recogidas entre las que cambian los niños. Se ha conseguido arrancar la correspondencia del género cursi, común en los pequeños que escriben bajo el dictado de la maestra. Ellos cuentan su vida a su compañero antípoda, enumeran a los miembros de su familia; hablan del oficio del padre o de la madre; describen los árboles y los frutos de su país; cuentan su preferencia de tal o cual ramo escolar; copian una fábula del folklore propio; mandan a su amigo la fotografía de tal o cual monumento y dan algunas anécdotas de su héroe local. El otro responde con finezas semejantes.

El concepto de la fraternidad humana que en la lección del maestro, por cálida que ella sea, se queda siempre flotando por encima del niño como cosa abstracta, por medio de este doble intercambio de trabajos y de cartas se calienta y toma carne.

La Polonia, que era para el muchacho solamente un garabateo en su mapa de colores, el rombo de la Península Ibérica, el triángulo del Ecuador, se transfiguran. Cada uno pasa a ser el lugar donde el niño conoce una familia, que tiene un apellido exótico, pero ya doméstico para él; donde

el padre de Juan o de Rosa trabaja las pieles o cultiva un campo de cacao; donde los almendros echan flor en otra estación y los niños, a pesar de su cara más oscura, viven entre los mismos juegos suyos. En los muchachos corresponsales que van aprendiendo carta a carta la geografía de otra patria y que toman posesión en los cuentos y los poemas del alma de otro pueblo, comienza la formación del hombre internacional. Puede decirse que a pesar de la alharaca nacionalista, mal que les pese a los poltrones y a los egoístas que hablan del espíritu internacional o como de una bobada o como de una traición, hacia allá caminamos. No se asustan de las internacionales del fierro o del carbón, ellos están bastante allegados a esas internacionales, y también a la de la banca. Pues que no pongan cara ácida a la internacional de la educación.

La cultura irá volviéndose más cada día conciencia internacional a la vez que información del mundo. Vendrá el tiempo en que no servirá para nada el hombre cuyos datos económicos, artísticos o sociales acaben en el contorno de su Continente y en que el jefe de cualquier empresa idealista o práctica probará su eficacia con sus relaciones lejanas. De este hombre nuevo cuyo estado civil se ha firmado en Locarno, la "Cruz Roja Infantil" ya se había dado cuenta.

Yo he recibido la información de cuanto se relaciona con esta obra, de un belga que desea incorporar la América española al movimiento. El doctor René Sand es uno de los pocos hombres de ciencia de Europa para quien la América no inglesa es un hecho de primer rango. Su viaje a nuestros países puede contarse entre esa serie de viajes bienhechores del europeo que comienzan con el de Humboldt, Darwin, curiosa lista de anotadores geniales o simplemente activos de nuestro Continente. Unos fueron a buscar las fuentes de los ríos y a medir nuestras montañas: los de ahora viajan por estudiar un suero para los venenos de las serpientes del Brasil o, como este doctor Sand, por enseñarnos la defensa de la raza con el blanco instrumento de la higiene.

Yo he mirado con vergüenza en los grandes casilleros de la correspondencia escolar a que he aludido y en la montaña de los trabajos regionales, el hueco de nuestros países perezosos. La Argentina está aquí, como siempre, haciendo acto de presencia en grande; el Uruguay, que es otra célula viva del Continente, sigue de cerca a la Argentina; la información de los demás países es tan pequeña y opaca que no significa nada.

Fontainebleau, febrero de 1927.

MAESTROS, UNIVERSITARIOS Y GRADUADOS OYEN A GABRIELA

SOBRE INTERCAMBIO UNIVERSITARIO

Un nuevo sistema de intercambio.— El ambiente de familia para los estudiantes.— Las ventajas económicas de esta iniciativa.— Lo que podría hacerse en Chile.— La educación humana y los viajes.— El mal viajero y el luchador débil.

Se está preparando una forma de intercambio universitario, que me parece sumamente práctica, entre Estados Unidos con México y otros países nuestros. Creo que convendría procurarla, con Chile, cuidadosa y eficazmente.

El interés despertado en aquel país por nuestra lengua y el deseo de conocer la América latina en forma de turismo y de investigación de nuestros recursos económicos, es tan vivo, que no bastan las becas con pensión concedidas a los estudiantes por aquel Gobierno, ni bastan tampoco las subvenciones que dan diversas casas comerciales. Así, se ha ideado un sistema que me parece espléndido y que está basado en iniciativa particular, que allá es tan fértil y tan pobre entre nosotros.

Los Consulados, las Asociaciones religiosas y estudiantiles, abren un registro, en Estados Unidos, de familias honorables, de medianos recursos, que se comprometen a proporcionar casa y comida a un estudiante sudamericano, durante dos o tres años. Se obligan a hacer sobre éste vigilancia moral, a guiarlo en sus primeros pasos en el medio desconocido y a darle alimentación suficiente y habitación decorosa. Una familia de idénticos recursos en los países nuestros suscribe igual compromiso respecto del joven norteamericano. Hay seguridad plena de que el compromiso moral se cumpla, puesto que, hecho el canje de dos miembros de una familia, cada una de ellas tiene el interés más vivo de complacer a su hospedado, a fin de que la otra rodee al suyo de semejantes ventajas y atenciones.

En esta forma, podría Chile, por ejemplo, y para citar a un país de escasos recursos, enviar a Estados Unidos un

número de estudiantes diez veces mayor que el que envía actualmente. Bastará con que el Gobierno conceda los pasajes. Eliminados los gastos de asistencia (pensión), el resto: remuneración por la matrícula, tranvías, vestuario, se reduce enormemente y quedan al alcance de la fortuna más modesta los estudios de un joven o niña en una Universidad norteamericana. Ya no se trata de la aventura escabrosa de mandar a un hijo lejos, abandonándolo al medio egoísta y peligroso como es el de todas las grandes ciudades.

Hay, todavía, otras cosas que considerar. El sistema de aceptación de becas pagadas por el Gobierno de Estados Unidos a estudiantes de estos países, será todo lo generoso que se quiera, pero significa cierta presión moral sobre los favorecidos. Estos deben hacerse, lógicamente, solidarios de la política de aquel país con relación a los nuestros, política tortuosa, cuando menos. El agraciado se vuelve un propagandista de tendencias discutibles, tal vez fatales, porque la consecuencia más elemental le obliga a ello. Con el nuevo sistema, se crean esas relaciones humanas necesarias entre todos los países del mundo; se creará, además, la muy justa estimación nuestra hacia las virtudes que tiene aquella raza —energía, moralidad privada, vida sana—, pero separando un poco esa estimación, haciéndola cosa aparte, de la política exterior, en la cual hay fuerza arrolladora, pero no hay moralidad internacional, ni sinceridad transparente.

Creo muy poco en la eficacia de estas gestiones de intercambio si se entregan solamente a las Legaciones y Consulados; creo en ella si se entregan a instituciones privadas. La excelente Sociedad Pro Estudiantes en el Extranjero, formada en Chile, podría organizar, minuciosa y hábilmente, el servicio; la prensa de ambos países prestará ayuda. La Asociación Cristiana de Jóvenes dispone de los medios mejores para llevar a cabo la empresa, teniendo hogares universitarios y, sobre todo, contando en su seno, entre sus miembros, familias de honorabilidad efectiva y un verdadero registro de hogares. Ahora que el movimiento católico de Estados Unidos es tan vigoroso, la Universidad Católica de Chile puede cooperar felizmente en la labor, sobre todo en la parte que se refiere a las jóvenes. Las Escuelas Normales y los Liceos podrían hacer las proposiciones del caso a los colegios congéneres de Norteamérica. Vale la pena iniciar un movimiento serio y sostenido —sobre todo sostenido— hasta que se llegue a un resultado espléndido: el envío de unos cien estudiantes por año. La Asociación de Educación Nacional tendría la dirección general de la obra.

Conviene mirar otros aspectos. No siempre serán estudiantes universitarios los jóvenes de Estados Unidos que deseen conocernos. Lo único que pueden ir a estudiar entre nosotros es el idioma, y para eso han de preferir los países próximos, donde, hay que confesarlo, se habla el español con más fidelidad que en Chile... Será mayor el número de los jóvenes que, siguiendo carreras comerciales, deseen establecer relaciones de esta índole los que quieran inscribirse; serán también turistas con actividades intelectuales. No importa: la única cosa necesaria es que se haga el intercambio *de familia a familia.*

Respecto a los nuestros, no siempre será posible obtener para ellos una pensión por tres años, para que sigan una carrera regular. Pienso que debería bastar a muchos con la simple práctica del inglés. He oído a más de un chileno que era en nuestros colegios alumno brillante, su experiencia, dolorosa pero lógica, de aquel idioma practicado allá en las clases literarias y que en todo su primer tiempo de estada en Nueva York le resultó insuficiente hasta lo grotesco...

Y aun más: no se tratará sólo de obtener la flexibilidad y el enriquecimiento de una lengua, sino los frutos morales de todo viaje. Somos país de costa casi fabulosa; tenemos más que otras razas *el deber dichoso del conocimiento del mundo.* Un viaje es el mejor remedio para la soberbia nacionalista, que resulta hasta ridícula en nuestros diminutos países; el más agudo acicate de la energía, que se nos adormece entre la rutina; la educación más viva para adquirir *la simpatía del mundo,* que es deber de toda alma moderna y, podría añadir, de todo espíritu ampliamente cristiano; la más cruda valorización de lo que somos y podemos, puesto que hemos de vivir solos en ambientes extraños; la mudanza de muchos ideales confusos y torpes, por ideales claros y próximos. Se sufre más, es cierto; pero son sufrimientos creadores por excelencia los del choque con otras gentes. No se trata de los llamados viajes de placer, que los pobres no deberíamos envidiar a los ricos.

No viajamos nosotros solamente para mirar paisajes; la vida dura nos obliga al roce cotidiano con los intereses opuestos, con las instituciones nuevas, y de eso se sale más fuerte, aunque se salga herido. Es lamentable, por mezquino, el viaje del turista adinerado con la libretita de notas —siquiera hace notas— y el álbum de tarjetas postales. El viaje bello sigue siendo el de Vasco de Gama, que ya no va al Asia a coger perlas y aromas, que va *a los continentes espirituales desconocidos* a ver las humanidades indiferen-

tes, a arrancarles, a su pesar, su idiosincrasia, mejor que en una clase de historia, y a probarse a sí mismo en los desalientos y las ansiedades. Es el viaje heroico el único henchido de belleza.

Se ha repetido demasiado, pero es un lugar común en que hay que insistir siempre, el que los viajes son la verdadera educación viril y una forma aguda *de humanismo bien entendido.* Son una serie de rectificaciones a las lecturas que hicimos y a las clases que nos dieron, oídas desde la pereza de un banco escolar, o un sillón muelle: con una tremenda confrontación de lo aprendido con la realidad, con mucha mengua para lo primero... Los ingleses avalúan al hombre por el número de tierras en que ha estado, y tienen razón. Su modelo de tipo humano acaso sea el barón de Humboldt, por sobre sus demás poltrones de los Parlamentos. Aun la mejor patria es rectificable dentro de nosotros y da poco al alma cuya ansia de enriquecimiento es algo así como un divino instinto oscuro, en el que duerme esta verdad: Conocer más y siempre más, porque fuimos hechos, fibra a fibra, de los sentidos *para el conocimiento.*

Pero, hay que decirlo, que viajen los capaces de recibir sin romperse el choque con lo nuevo, que llega a ser trágico a veces. Los jóvenes que salen de una burocracia, del empleo fiscal miserable pero fácil, creyendo llegar a otro país a conseguir lo mismo, con cartas de recomendación, que se queden en su costumbre tibia y no afronten el viento de la llanura, que tumba... Se llega a países en que la carta de presentación no es nada, porque nuestros personajes suelen acabarse en la cordillera, y hay que entrar en el vértigo de la competencia, con muchos puntos menos por la calidad de extranjero, en las naciones en que el nacionalismo es casi una fobia... No hay que contar con las beneficencias sentimentales que puedan servir una semana (la de la llegada), no hay que descansar ni siquiera en los éxitos que se tuvieron en el terruño, porque la tabla de valores se trueca o se turba cuando menos: hasta en los países más semejantes al nuestro, hemos de estar preparados para las sorpresas del trabajo nuevo, que tendrá otras normas, diverso sentido, finalidad noble o absurda, pero distinta.

La maravilla y el dolor a una vez de los viajes es lo que yo llamaría "tragedia de la diferencia". Dejamos atrás, con el paisaje familiar, los familiares sentidos sociales, de trabajo, de arte, etc. Es como si, por un juego de óptica, un injerto burlón de tejidos extraños en el ojo, el verde nos

apareciera de pronto rojo, y el blanco dorado... El espíritu se enloquece y empieza por volverse pura irritación que rechaza la mudanza, un prolongado soliloquio de crítica cáustica o benévola, hasta que, lentamente, entra en nosotros la revelación: hay que aceptar el hecho del *descuajo* del árbol, tomar contacto con la otra tierra o perecer; se ha de conservar la vieja norma en sus ápices superiores, es decir, en aquello que es lo mejor de nosotros, y sacrificar el resto de nuestra arquitectura mental y del espíritu.

De esta adaptación con sangre solamente son capaces los fuertes. El primer momento es tremendo y debe parecerse a ese en que, durante las operaciones quirúrgicas, se arranca un órgano y se aproxima el repuesto, en un mismo mortal...

¡Pero qué años de experiencia concentrados se vuelve cada día, y qué seguridad tan grande de poder ya conocerlo todo después de haber probado esta inversión mortal de aquello que era nuestro *sólido mundo de la costumbre*!

Todo joven que tiene como visión de su carrera algo más que los cincuenta años de lánguido magisterio en una ciudad (juez o maestro), debe hacerse *la decisión del viaje*, y no mirar en esto cosa extraordinaria, sino *un simple deber humano superior* que bien podría agregarse a los llamados deberes del hombre... Muy huecos son algunos de ellos: éste sí entraña la mudanza del individuo para la vida entre la colectividad, por medio del acrecentamiento de sus facultades y, repito, de la *simpatía humana*.

Mayo de 1924.

CONFERENCIA PARA MAESTROS: EL CULTIVO DEL AMOR PATRIO

Ninguna ocasión más propicia que ésta para hacer un estudio del sentimiento más noble que pueda agitar el alma de un ciudadano. Hoy, que celebramos el fruto más importante de los sacrificios que hicieron los patriotas de la Independencia, nada más acertado, para conmemorarlo, que examinar a fondo qué podemos hacer, nosotros sus sucesores, para integrar dignamente la obra que aquéllos dejaron cimentada.

Antes que las prédicas desorganizantes del anarquismo lleguen a infestar el alma de los maestros chilenos —como ya lo habían conseguido con el maestro francés—, es indispensable hacer un estudio imparcial y exacto del amor al suelo que nos cobija, para fijar seriamente los límites que lo determinan y los deberes que reclama. Esto es aun más necesario para los educadores, que son los encargados de dirigir el desarrollo de tan noble sentimiento y son por esto los responsables del porvenir de la nacionalidad chilena.

Analicemos, en consecuencia, qué es el amor de la patria, qué permite y qué exige a todo ciudadano.

Desde luego, el amor patrio es como el amor que cada individuo profesa a sí mismo: enteramente legítimo, humano, natural, e indispensable para que el hombre cumpla su misión de vivir y de progresar.

Así como la falta de amor propio degrada al individuo porque favorece su pereza mental y física, y lo somete al imperio de vicios y pasiones, acarreando su pérdida para la sociedad, así la carencia de un amor patrio ardiente y digno contribuye a la degeneración de la raza, al menosprecio u olvido de sus leyes e instituciones, destruyendo el interés por todo progreso.

Como se observa que, a veces, el bien para unos es contrario al bien de otros, se combate el amor de sí mismo como un instinto pernicioso para la sociedad; pero no es este amor el culpable, sino su falsa aplicación: el egoísmo

exagerado o mal entendido en algunos, frente a su defecto en otros, pues nada bueno y nada grande existiría en el mundo, si no fuera por la aspiración humana a ser mejor. No hay que olvidar que la solidaridad aumenta con los siglos, con la marcha de la civilización, de modo que el progreso y bienestar de algunos repercute benéficamente entre los demás que les rodean.

Por esto lícitamente puede todo hombre aspirar al perfeccionamiento constante de su persona y de sus bienes, siempre que con ellos no obstaculice el de sus semejantes. En esto se resume todo el evangelio de la moral moderna, sin necesidad de otros estímulos.

Como entre los individuos debe pasar entre las naciones —hombres colectivos—: todas deben aspirar al progreso y a la prosperidad, evitando perjudicar con ello el libre desarrollo de sus vecinas.

Un país puede llegar a ser grande por el simple ejercicio del amor propio de cada uno de sus habitantes, tras el ideal del progreso y bienestar personales; esto sucede sólo en los países sanos y bien organizados, en que una larga serie de tradiciones e instituciones procura el desarrollo del pueblo, sin necesidad de golpear repetidamente en el corazón de los ciudadanos para recordarles sus deberes cívicos. Más aún, como el hombre ama aquello que le hace feliz, el amor patrio vive y obra más activamente en los habitantes que son felices o que tienen motivos especiales para amar el suelo que les vio nacer. Por eso existe más patriotismo libre y espontáneo en los pobladores de las naciones mejor organizadas, donde cada cual puede gozar de un relativo bienestar y de tranquilidad por su porvenir.

En cambio, en los países jóvenes o que están en decadencia, o donde domina el despotismo o la injusticia social, la adhesión al terruño es muy débil, nula o negativa, propicia a la emigración y a las teorías anárquicas; entonces hay que valerse del cultivo artificial del patriotismo para procurar que cada ciudadano persiga su perfeccionamiento propio e indirectamente la grandeza de la nación.

El bienestar del individuo y el de su país son íntimamente solidarios: el que trabaja por su prosperidad personal labora por el engrandecimiento de su patria; pero sólo dentro de un país próspero y bien organizado es posible que cada habitante obtenga lo que merece y se aproxime a la dicha, ideal supremo tras el cual corre eternamente la humanidad.

Estas razones exigen a cada ciudadano dos clases de deberes: personales y cívicos, siendo los primeros de mayor

trascendencia, a pesar del gran valor que se atribuye generalmente a los segundos.

Como deberes personales la Patria entiende que cada uno de sus hijos debe perseguir incesantemente su desarrollo físico e intelectual, pues no forma la grandeza de un país el número sino principalmente la calidad de sus habitantes, y aun ésta es la base capital de aquél, pues un pueblo de hombres débiles, miserables, inmorales e ignorantes, difícilmente podrá multiplicar su gente o mantenerla en un estado próspero.

Por esto debemos contribuir, ante todo, al aumento de la población por los siguientes medios:

Favoreciendo el desarrollo físico de la juventud, con la gimnasia, el escautismo y los deportes (imitando en esto a Inglaterra y Alemania, etc.);

no rehuyendo las pesadas responsabilidades del hogar;

predicando y cumpliendo los preceptos de la higiene, de la temperancia y de la puericultura;

exigiendo el saneamiento de las habitaciones obreras y el adelanto local de cada ciudad;

cooperando a las nobles iniciativas del antialcoholismo, de la higiene social, la protección a la infancia, etc.

Pero poco es aún todo esto, pues, como la base y el origen de toda degeneración está en la ignorancia de las masas, el medio primordial para conseguir lo que se desea y evitar lo que se teme está en difundir la instrucción pública y levantar el nivel mental de la totalidad de la población.

Es un deber de todos y de cada uno el de velar porque la enseñanza primaria prospere hasta su mayor grado posible, porque de poco sirve que la secundaria nos dé gobernantes severos y legisladores sapientísimos, si sus leyes han de quedar en el papel, por falta de elementos que sepan comprenderlas, secundarlas y acatarlas. Es, pues, un deber urgente el de propagar la instrucción de mar a cordillera, antes que la de unos pocos en un grado máximo.

Así como la potencia de un ejército depende principalmente de la robustez y preparación de sus soldados, antes que en su dirección por un hábil caudillo, así la grandeza intelectual de una nación depende más del grado de cultura general que del talento sobresaliente de algunos de sus hombres.

De los dos factores que hemos indicado —buena calidad de los habitantes y cultura general— proceden por sí solos todos los demás que pueden hacer grande y respetable a nuestro Chile: buena administración pública, comercio, industria, potencia económica y potencia defensiva.

Felizmente, Chile se distingue entre los países de Sud-América por la robustez y energía de sus pobladores y por el bienestar de sus instituciones de enseñanza, aunque mucho le falta aún para conseguir la excelencia en ambas cosas. Procuremos por todos los medios que estos factores no disminuyan; hagamos sacrificios porque se levante el nivel general de salud física y mental de cada ciudadano, y "lo demás nos será dado por añadidura", pues ¿no es la escuela quien desarrolla el talento de los futuros gobernantes, economistas, industriales y comerciantes, que han de darle a nuestra república el deseado esplendor?

Todo procede de la escuela, que incuba en cada niño el germen de su porvenir; allí se deposita en el gobernante de mañana el principio de su honradez y seriedad administrativas; allí se despierta la iniciativa y la perseverancia que han de emplearse en las industrias o el comercio; allí el patriotismo que inspira al militar; allí se forjan los corazones y los cerebros que forman el alma de la patria. Según como sea la escuela, así será la nación entera.

Sean cuales fueren la superficie y la naturaleza del suelo de un país, y la abundancia de su población, la excelencia de su escuela tiene que producir la excelencia de sus habitantes y de sus instituciones, acarreando la prosperidad general y la supremacía sobre los países que carezcan de una instrucción pública bien organizada.

Esta gran verdad, que es indiscutible, debe darnos valor y prestigio a los que profesamos el noble sacerdocio de la educación pública, y debe ser la conciencia de esta nuestra fuerza, el faro que guíe nuestras acciones; pues el maestro debe ser el sacerdote de la nueva religión del culto por la patria, siendo la escuela su templo y el libro su ritual.

Impregnémonos profundamente de esta idea: de que la suerte futura de Chile se halla en nuestras manos. Apliquemos la poderosa palanca del amor patrio para levantar a nuestra nación a un nivel nunca alcanzado. La tarea es fácil, porque nuestro hermoso territorio hace pronto de cada criatura un pequeño patriota, dispuesto a imitar a los padres de la patria.

Seamos sacerdotes sinceros, predicando con el ejemplo y encendiendo dentro del pecho el más puro fuego de adoración por el cielo azul que nos cobija y por las altas montañas que, con su imponencia, nos enseñan a ser grandes.

Antes que otra cosa, prediquemos al niño que, con ser bueno, no sólo satisface a los que le rodean, haciéndose un bien a sí mismo, sino que con ello crea una fuerza viva que coopera al engrandecimiento de su patria, e indirectamente

al progreso de la humanidad. Este sentimiento puro y altruista —de desarrollo muy fácil en la niñez— es el mejor incentivo para el hombre del siglo XX, que necesita para caminar por el mundo una razón más práctica y visible que lo impulse constantemente hacia la eterna perfección.

Para cultivar el patriotismo tenemos innumerables ocasiones durante la vida escolar, y no debemos omitir ni la más insignificante para hacer que el niño dedique a su patria un pensamiento. Así como la Iglesia católica aprovecha todas las situaciones, los sucesos cotidianos y todos los instantes de la vida para recordarles a los fieles que hay un Dios a quien deben rendir gracias y pedir consuelos, así en los tiempos modernos debe el niño ofrendar a la patria todas sus acciones y pensamientos.

Tal como la idea cristiana modificó en su época toda una civilización, consiguiendo imposibles, así hoy día el maestro, nuevo sacerdote del porvenir, puede transformar al mundo predicando doctrinas de humanidad y de progreso.

No necesitamos inventar ni organizar nada: nos bastará imitar en todo la perfectísima organización de la Iglesia católica. En suntuosos edificios se le enseña al creyente a ofrecer su cuerpo y su alma al Todopoderoso; nosotros exigiremos al niño que ofrezca a la patria su sangre y su inteligencia. En los templos, dotados de poderosas atracciones para el público —conmovedora música, flores, luces, imágenes y cuadros artísticos—, se celebran regularmente las fechas más gloriosas de la historia del cristianismo, alabando a sus mártires y santos; nosotros los imitaremos fielmente en la medida de nuestros recursos.

Allá hay jerarquías bien determinadas y una disciplina modelo; acá enseñaremos —con el ejemplo— que para la subsistencia del orden y del progreso es indispensable que cada cual respete y obedezca ciegamente a su jefe inmediato, fuere quien fuere, sin otra razón que la de serle superior.

Sobre esta materia delicadísima y de actualidad, debe aprovechar esta ocasión para combatir de frente cierta tendencia anárquica —nacida en pueblos degenerados y putrefactos— que, desgraciadamente, está invadiendo y atacando a otros más jóvenes y sanos, con el peligro de acarrear la desorganización completa del actual estado de progreso de la humanidad. Como sus pérfidas enseñanzas se dirigen al mayor número, a la totalidad —pues, ¿quién no es subalterno de otros hombres?—, se explica su vasta propagación, tan sutil y fácil, que hasta la primera infancia se rebela con-

tra toda autoridad, exigiendo igualdad de derechos y razones para acatar las órdenes.

So pretexto de humanidad, de derechos del hombre, de igualdad social, etc., hoy los alumnos llegan a considerar a sus profesores como simples empleados encargados de instruirles, no respetando la diferencia de años, de talento, de posición, de méritos; la relajación de la disciplina invade ya desde el bebé de dos años hasta los más altos empleados de la nación; nadie respeta a su jefe, so pretexto de que es un hombre como cualquier otro, no infalible, con el consiguiente menosprecio de las leyes, que también son obra de mortales.

El cuadro es aun más triste: domina una pereza general, tanto en jefes como en subalternos, para cumplir y hacer cumplir religiosamente el deber de cada uno; se encuentra natural que todo se haga a medias; que ningún servicio público funcione a la perfección, que ninguna obra merezca el título de excelente, sino apenas el de mediocre. Todos debemos disculpar a nuestros inferiores, para que los jefes nos disculpen a su turno. Todo esto procede de la falta de una disciplina bien entendida y aplicada, quizás efecto de una degeneración de la raza o de la decadencia de la escuela.

No olvidemos que, por más dolorosa que sea a veces la disciplina, es esencial para el progreso de la humanidad; los sufrimientos que impone son recompensados por el aumento de la prosperidad general y es el secreto de la grandeza y resistencia de naciones admirables.

Por esto, contra la funestísima tendencia que combato, cábeme la ingrata tarea de hacer un llamado, siquiera a los maestros, para delatar este gravísimo peligro para el país, aunque, felizmente, la guerra mundial será el más eficiente desmentido de las doctrinas anárquicas, probando que sólo el cumplimiento estricto de su deber por parte de cada ciudadano y el acatamiento sincero de las leyes, puede hacer grandes y poderosos y felices a los pueblos.

Por esto, estimados colegas, penetrémonos de nuestra gran valía como maestros, y, apoyándonos en nuestro propio ejemplo, exijamos profundo respeto y sumisión de nuestros alumnos, después de sugerirles la enorme trascendencia que esto tiene para la suerte de la patria. Exijamos el acatamiento más estricto de los reglamentos escolares, pero seamos a nuestro turno celosos defensores de la Constitución y de las leyes de nuestra República.

No importa que el pueblo actual olvide o atropelle las mejores disposiciones en pro de su propio bienestar: grabe-

mos entre los alumnos de hoy el fanatismo por la disciplina y por el adelanto de su suelo y dentro de una generación alcanzaremos a divisar —como Moisés antes de morir, la tierra prometida— el más feliz resultado de nuestros esfuerzos.

Entonces, Chile, agradecido por los frutos de nuestra labor, nos hará con justicia sus hijos predilectos y todo ciudadano descubrirá con veneración su cabeza delante de los sacerdotes del nuevo culto por la patria y la humanidad.

Probablemente de 1916 ó 1917. Tomado de una versión mecanografiada, con la ortografía de Bello, y con correcciones manuscritas de la autora.

DISCURSO A GRADUADOS DE 1933

Creo que yo tengo la obligación de interpretar un poco el sentimiento de los profesores de la Universidad al despedir el equipo de graduados de 1933; y creo que debo hacerlo por haber sido durante unos meses uno de ellos.

La despedida de un equipo se trae unos dejos heroicos melancólicos, un poquito de sabor de orgullo y un poquito de sabor ácido. Sea un equipo explorador que va a polos montañosos y se llame por adelantado Amundsen; sea él un equipo que va hacia el trópico plegado y secreto en derechura a las aguas y los lodos de la fiebre y se llame por su cabeza Livingstone; sea el equipo de la guerra que rehace en un momento los viejos mitos y va derecho hacia el destino; sea el que sea, la despedida de un equipo yergue y postra a la vez el ánimo del decidor de adioses por las dos cosas que dije: el orgullo y la melancolía. Se quiere decirles las palabras heroicas que corresponden a quienes van a vivir la acción pura, a ejercitar la voluntad en pleno; pero no vienen solos los ritmos felices del peán porque descoyunta las frases en su mitad la realidad de una despedida. Irse de donde sea, siempre que se trate de casa vieja, es saltar de un tráfago acomodado ya a nuestra forma, saltar de una norma conocida para abrir el ciclo de las elecciones y las decisiones autónomas. Las que gobernaban y asistían, sienten cierta satisfacción de guardianes liberadores, pero no se pueden librar de alguna punzada de zozobra en el corazón velador que era el suyo.

Dos, cuatro, seis años ha vivido en la casa de las lecciones este equipo que me mandan despedir; y han sido cuatro o seis años de ese cobijo un poco contradictorio que da Minerva, de embriaguez en la búsqueda y de seguridad en los hallazgos; han sido sobre todo seis años de moverse y respirar en una atmósfera uniforme ideal, en la cual los jóvenes han conocido el contacto y hasta la camaradería de las mejores almas de este mundo, en su Platón y su Aristóteles

o en su Shakespeare y su Calderón o en su Froebel o en su Bergson de última hora.

Han vivido en la tierra alta y con el nivel de palma de mano que forma esa aristocracia indudable de los mejores; se han movido, sin darse cuenta del privilegio que significa moverse dentro de un repertorio de hombres y de pensamientos tan consumados, recibiendo siempre el consejo mejor, oyendo continuamente la sugestión más inteligente, sentados en el verdadero banquete antiguo, en cuya mesa no había ni friso asistidor, ni pieza de vajilla, ni figura sentada, ni brazo puesto de codos, que no fuese noble de ser y de parecer.

La Universidad de cualquier tiempo es un hermoso y peligroso lugar en el que se ilumina entera y parcialmente el repertorio humano de calidad más mísera; es un noble y arbitrario parecido al mercado en muestras preciosas donde apenas si se ha admitido el tipo medio y, en cambio, se ha sembrado a manos llenas los ejemplares espléndidos de la mercancía. Si algunas veces el profesor es mediocre: los dioses del conocimiento que hablan por su boca no lo son nunca; si tiene torpezas más o menos para el manejo del material de primer orden que es el suyo, la materia es ella por sí misma tan de calidad que una clase se salva siempre por esta especie de polvo de diamante o de magia de radium que llena la sala de clase. El equipo de profesionales que despedimos conoce ahora la salida brusca de este lugar de debates superiores en donde la fuerza de las ideas y la estirpe de los conceptos lo era todo, a la tierra llana de las realidades donde las ideas apenas aparecen y presentan cara a los hechos para salir siempre magulladas; la parvada de novicios deja la casa donde el maestro mejor de una rama se imponía al subalterno para entrar a la plaza de una justa en que lo común es que el aprendiz valga lo que el artesano y también el que el palurdo suela tener sus éxitos sin que nadie se asombre.

Es la salida a plena intemperie, parecida a la del pasajero que deja la cabina y sube de una carrera al puente del barco donde el viento lo aturde y lo ahoga con el primer golpe en el pecho.

He visto muchas veces vivir a los jóvenes este trance del entrenamiento en el mundo por ser una vieja maestra y conozco suficientemente las reacciones que prueban los jóvenes, las mejores como las peores, y no me asusta ninguna de ellas.

El joven que llega a esta superplaza de mercado o, si ustedes lo prefieren, al stadium soleado de la vida munda-

na, se da cuenta en semanas de que le faltan muchísimas habilidades y artimañas bajas y útiles, para su trato y su comercio, su clientela definitiva y su nueva sociedad cotidiana, y ve con amargura que le sobra la mayor parte de los puntos de vista y de las doctrinas de vida y de trabajo que le enseñaron en aquella casa donde gobernaba una especie de anfictionía de la antigua espiritualidad por la boca de unos cuantos maestros modernos.

El cambio de estado lo desmoraliza como casi todas las mudanzas irregulares, es decir, las mudanzas de arriba hacia abajo, y su primer impulso será aventar sus avíos sin distinguir entre lo válido y lo estorboso, echando atrás el casi segundo cuerpo de concepciones de maneras y de aire que la casa universitaria le cuajó en seis años de cotidianidad preciosa. Más lejos suele ir este arrebatado y en cuanto entra en el círculo de los llamados realistas y de los mentados prácticos, les pone en la mesa como carne de chanza los principios superiores que le entregaron y chacotea gustosamente con sus nuevos camaradas. Se parecen éstos a los adeptos infieles salidos de una religión, que en el primer pálpito que encuentran de la secta rival no sólo rasgan la vestidura, sino que la echan por el pavimento para que los demás la taconeen a su placer.

Hay otros, o más refrenados o de naturaleza más leal y son los mozos hábiles de las transacciones oportunas, lo bastante cuerdos para no aceptarle a su nueva sociedad el que deben quemar entero el cuerpo de sus normas anteriores y se ponen a vivir como si no las hubiesen conocido nunca. Este equipo de fieles a medias se pone a hacer una especie de balanceo entre la moral vivida los últimos años y la que le impone su casta nueva, y como todavía el decoro tiene en él brasa o rescoldo, se las arregla para vivir, de cuando en cuando, sus ideales en alguna actividad accidental y vive su profesión en el orden de la sirena, con el busto en la atmósfera y el cuerpo agarrado por fondos malos de algas.

Un equipo profesional suele dar por excepción el tercer tipo, que es el del hombre que sabiendo perfectamente que Universidad y lucha económica son cosas diversas, entra en el comercio mundano resuelto a no quebrar su conducta superior, asistido de un bello orgullo de su alma, acérrimamente empecinado en no recibirles norma a los que le parezcan sus inferiores, sabiendo que sería un yerro imbécil destronar o sumergir en él al hombre de las aulas que era el hombre completo.

La cultura y más que ella el cuerpo de profesionales,

se desprestigia día por día delante de las masas. Las masas van creyendo cada vez menos en que un título profesional contenga valores morales. Han pasado los tiempos en que la cultura superior estaba investida, en cuanto a carácter, de mexicanismo, y se le atribuían los méritos y derechos de las religiones a las que habían vencido o reemplazado.

El hombre del pueblo mira hoy con indiferencias, con desdenes o sencillamente con insolencia, al intelectual de tipo profesional, a pesar de las universidades, academias o institutos que le han puesto en un grado o un signo visible de superioridad. En los países pequeños y no industrializados en que las grandes fortunas no existen, las masas echan a las espaldas de la clase media afortunada la mala voluntad que en otros países arrojan sobre el capitalismo.

El pueblo no juzga siempre bien; pero él conserva un instinto maravilloso y un olfato sagaz para distinguir lo sano de lo enfermo, lo generoso de lo mercenario. De esto, de mercenario, acusan obreros y campesinos al cuerpo profesional de los países, a médicos, a abogados, a profesores y artistas.

Y es que, como lo decía, el pueblo había visto en el advenimiento de estos equipos intelectuales al mundo moderno un trueque de patrones y un desplazamiento de los viejos guías abusadores. Creyó que estos capitanes de la inteligencia venían a cubrir los viejos cuadros de los generales, del clero, de los banqueros y los terratenientes; pasaron a la inteligencia el halo no sólo de autoridad, sino de espiritualidad que habían puesto ingenuamente sobre los otros, y soñaron otros estados, otra vida ciudadana y moral, otra conciencia colectiva en cuyo seno vivirían más felices.

Ocurrió lo de siempre: que las aristocracias, o autocracias, u oligarquías de tipo más o menos feudal o patriarcal, fueron reemplazadas por unas clases medias profesionales tan ávidas de lucro, tan rabiosamente yoístas y tan desatentas al bienestar del pueblo como sus antecesoras. Los mitos de la Revolución Francesa, es decir los santones de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, se han caído como los de la caballería feudal o los del patriciado romano.

El partido de la Inteligencia que traía cierta aureola de santidad laica y que soñó y organizó el noble Augusto Comte, que en la América tuvo el partido de Eugenio M. de Hostos, era la intención sabia y sensata de crear una aristocracia nueva y legítima. Este partido de la Inteligencia, o con la palabra francesa, esta *élite*, pudo salvar al mundo del fangal graso e imponderable del materialismo en el que lo atollaron, poco después del fracaso positivista, a medias el

industrialismo y una democracia embustera, desnutrida de espiritualidad y preñada de apetitos.

El pueblo ruso después de decir a su Iglesia feudal: "Me engañaste", se volvió a los liberales del tiempo de Nicolás II, intelectuales ellos también como los teólogos, diciéndoles: "Me engañasteis vosotros también". Y esa alma pechada de toro enloquecido y ciego, derribó lo existente, no a mano y a brazo, sino tirando hacia un lado y hacia otro cornadas y coces sobre profesionales burgueses y sobre clerecía aprovechadora.

Decía hace poco un economista inglés que el fondo de la crisis económica no es sino un caso de falta de confianza, y habría que alargar el concepto hacia la crisis moral inmensa que hace horizonte y de la cual la otra es el muñón ostensible.

El individualismo que es la fiebre pútrida nuestra por donde vamos llegando a la descomposición, después de haber pasado por la zona delirante y la letárgica, el subindividualismo 1933 que no es el aristócrata del Medioevo ni el dionisíaco del Renacimiento, tienen un carácter especial que le han dado las sensualidades inferiores y el ateísmo total, y este carácter es el mercenario.

El mercenarismo como manera de vida cubrió en la Antigüedad solamente a la plebe y el nombre se aplicó en especial a la soldadesca que se alquilaba para una campaña militar; pero la Antigüedad en cualquiera de sus lotes grecorromano, judío, egipcio, asistida como estaba de una enjundia de nobleza y lúcida como fue siempre para distinguir las categorías, se guardó bien de aceptar o de tolerar la índole mercenaria en las clases dirigentes, en la sacerdotal o en la política o en la sabia. La Antigüedad y el Medioevo mantuvieron siempre en la conciencia el concepto de que ciertas funciones de índole prócer, por ser espirituales, serían remuneradas pero conservarían en todo caso un fondo de generosidad, de rebosamiento de lo pagado y de desborde de la obligación.

Fue necesario el advenimiento del capitalismo y el del ateísmo ciento por ciento para que las profesiones de tipo casi sacerdotal a fuerza de ser meras pedagogías y medicina, derecho y filosofía, pasaran a ser mercenarismo puro, función pagada como la del peón de ruta por la hora y el minuto; ministerio ofrecido con la misma norma de la oferta y la demanda, sin espíritu selectivo y entidades, sin más diferencia moral, frente a las cuadrillas de camineros o de calafateadores, que una diferencia de rentas privilegiadas o de mayor volumen de instrucción, que no de cultura.

Entre los grandes conceptos que se han anexado los pueblos está el de diferenciación de orden o de categorías y este hecho pertenece al de la pérdida lenta de la convivencia colectiva hacia lo individual.

El orden intelectual, que como se ha dicho corresponde al orden religioso de los antiguos, pasó a ser el heredero lógico de las funciones y los deberes de aquél. Deberes son ellos de cierta ceñidura heroica, una especie de alta presión a la que se somete al individuo considerado superior, o si se quiere, una tensión de sus potencias tenidas por excelsas para que ellas den de sí cuanto pueden.

Los intelectuales forman, quiéranlo o no, el cuadro apostólico de una sociedad y dentro de ellos, naturalmente, hombres de profesión universitaria.

Vuelve a plantearse la vieja cuestión de si el sacerdote y su colateral el apóstol deben vivir de su culto. San Pablo dijo que sí respecto de los primeros y la afirmativa comprende con más razón a los segundos. Los ricos de este mundo, sensualizados hasta la médula, no tienen ningún deseo de prestar su independencia soberana de pensamiento y de brazo a apostolado alguno. El caso de los millonarios yanquis benefactores no arrastra hasta hoy con su ejemplo a los ricos de raza latina, y es entre nosotros tardío como un meteoro el potentado que se echa a cuestas una misión moral. Por lo tanto, nuestros apóstoles aparecen en las clases sin fortuna y tienen que partir bravamente su vida en dos lotes de actividades: las que se dan de vivir a él y las que ayudan a vivir a otros más infelices.

Esa es la norma angustiosa, pero sin remedio, a que debe ajustarse el hombre del orden intelectual en nuestra raza, éste es el lote un poco ascético, sin carga de honra, que debe aceptar. Proveer algo por los suyos, casi nada por sí mismo y velar en seguida por la masa que ve en él un director obligado a sacrificio. Tal manera de vida, que en nuestros pueblos nos parece un tanto fantástica, la viven en Francia un Marcelino Berthelot, primer químico de su tiempo; un Ramón y Cajal en España, treinta años o más desestimado y pobre, y la viven casi todos los escritores ilustres de Europa, desde Paul Valéry a Máximo Gorki. Se saben criaturas fijadas en un cuadro que es de diamante por el precio y la dureza de los hombres según el espíritu, y para el espíritu aceptan su destino en pleno de gobernantes de una época en lo moral y no en lo económico; se aplican gustosamente a sí mismo una reyecía singular que vale para las inteligencias y que no cuenta con el Estado ni con la Banca repartidores de prebendas, y no se sublevan como

los siervos en el Imperio Romano. Y es que distintas de los demás no sólo en las facultades sino en los placeres, gozan con el crear como los otros con el acaparar, y conocen los néctares callados que tiene el servicio y ese como vino embriagante que es la generosidad. Toman de veras otro plano y reinan en él de otro reinar.

Es curioso anotar que los que llenan esta plana de la espiritualidad del mundo no sean sino sabios y escritores y artistas, y por excepción salte aquí y allá de la página un profesional de los otros géneros, un alto funcionario, un pedagogo o un jurista.

Hay que rehacer el crédito profesional y hay que rehacerlo como una parte de la confianza perdida que ha desmoralizado a la sociedad; hay que darse cuenta de que entre las ansias que ya son desesperaciones de este momento está la de la generosidad en grande. Volvemos a dar la generosidad apostólica y el pueblo vuelve a cauces de fe y de respeto, o la seguimos negando, locos de mercenarismo, frenéticos del toma y el daca, y el terremoto que ya ha comenzado no deja cosa en pie de cuanto la vieja humanidad ha logrado construir.

Para una misión de rehabilitamiento nada mejor que un equipo universitario joven, éste, por ejemplo, de trescientos graduados.

Hagamos los nuevos médicos que ganan y cobran hasta el límite de su necesidad y el resto de su día y su año lo ceden naturalmente, por devolución de estudios semigratuitos del Estado, a la muchedumbre pagadora de impuestos; maestros capaces de seguir al niño retardado fuera del aula, con ayuda y cuida, olvidados de su horario por ímpetu del magisterio vehemente; y a los nuevos jurisconsultos que con legislaciones dignas de nuestra conciencia contemporánea, que no es la de Roma ni la de "Judea", rompan las piedras malditas de unos sistemas penales que han creado la mitad del odio de las masas.

Y así podría ser como se restauraría el orden profesional en las naciones, caído en ruina con los otros órdenes, en esta hora en que se oye el crujir de dientes evangélico de las grandes desesperaciones.

1933. (Tomado de originales.)

PALABRAS PARA LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

GENERACIONES

Lo que llamamos una generación es hecho real y no mera denominación.

Cuando yo, de moza, miraba en las costas de Chile el juego de los oleajes, me gustaba seguirles los contrastes de altura, de color y de fuerza o relajo. Nunca eran iguales esas cohortes de olas; cada una variaba en voluntad, ritmo y coronamiento de espumas. Los pescadores me contaban que sus órdenes diferían hasta por los peces, las caracolas y las algas que se traían de arrastre.

También las generaciones escolares se traen elementos que por variados y opuestos resultan ricos y excitantes. Desde el cuerpo de abogados hasta el de agrónomos, pasando por el de profesores y artistas, vuestro repertorio resulta ancho y hermoso.

Cada generación se pone a ensayar, como un grupo de químicos, otras elaboraciones sobre el viejo limo terrestre; ellas se echan de bruces a buscar a los parientes del radium en el montón de piedra molida, como lo hicieron los Curie. Rastreen, ustedes, como ellos, hurguen y hallen lo que no les hemos dado nosotros, quienes tampoco lo recibimos todo de nuestros padres.

Una generación equivale a lo que en lengua militar llaman equipo y en lengua marina, tripulación, y a veces se vuelve un organismo enteramente diferenciado del cuerpo paterno.

Los estudiantes de literatura que me oyen saben también que las generaciones se diferencian a veces rotundamente. La humanidad que no quiere repetirse, ensaya modos y verbos diversos y esta voluntad suya viene de cierto pundonor; cada juventud desea "dejar algo nuevo en las barcas humanas", según decía el poeta.

Hagan ustedes su batalla, a fin de que conozcan el gozo

viril que es corregir creando, sentimiento que también probamos nosotros cuando fue nuestro turno. Porque la creación expresa siempre la salud del alma, y el relajo en el taller que llamamos "mundo" vendría a ser un paro de la sangre, y la Vida, gran briosa, no quiere detenerse.

Tal liberación es alegre, yo lo sé, porque se parece a un visado de pasaporte para la partida hacia la aventura.

Por la despedida que les doy corre algo parecido a un *mea culpa*. Pienso en que son muchos los problemas que la vieja gente no esclareció y menos aún resolvió, porque nuestros padres echaron sobre nosotros un fardo pesado con el que no pudimos sino a tercias. Pero a ustedes, gente en brasas, las construcciones mancas y los maderámenes a medio alzar les provocan encendimiento y los lanzarán a rectificar acá y más allá, a confirmar y también a contradecir.

Mientras ustedes, alumnos graduados, sientan más fuertemente el hecho de que son los tripulantes de un barco lanzado a expedición nueva, su orgullo será acicateado y tal atizamiento fue siempre, desde los tiempos del "Vellocino de Oro", la causa de que otra mocedad gane algún gajo de lo que se llamaba imposible.

Lo importante para nosotros, lo que nos trabaja en el momento de despedirles, es que ustedes, como los marinos, partan llevando buena carta náutica, que hayan objetivado desde esta misma Casa el itinerario del viaje, que sean unos Colones que carguen a lo menos un croquis aproximativo de su empresa. Para ayudarles dándoles de la mano a la mano el gobierno de su tierra y el influjo sobre el resto de la raza, nosotros necesitamos ver el contorno de la utopía que los trabaja y los agita. El entendimiento exige imágenes claras y para dejarles libre el epicentro del campo necesitamos que ustedes nos muestren eso que pedía un gran francés: *"des idées précises"* —ideas exactas—, diseños claros. El limbo es una región que no convida a entrar por su vaguedad, el mero vaho de las ideas tampoco incita, y la Iglesia, gran objetiva, ha acabado por suprimirlo en el cuerpo de sus creencias.

Busca la juventud de hoy más o menos estas cosas: un orden social en el cual las diferencias de clase no sigan correspondiendo a nombre y a dineros, sino a la capacidad comprobada por el oficio o la profesión, es decir, a los valores reales. Todas ellas desean eliminar la lacra de la miseria que ha sido llaga en el rostro noble de la latinidad; todos quieren que el trabajo no sea asunto de azar y de dolor, de casualidad desordenada y de esfuerzo excesivo. Y aunque se quiera ver sobre esas juventudes la costra de un

materialismo craso que no mostraban las anteriores, la verdad es que ella va buscando a tanteos penosos una espiritualidad nueva.

HUMANISMO

Tentaré decir rápidamente la "saga" intentada y rota en varios pueblos latinos, unos del Sur, otros de Europa.

El humanismo, a pesar de su precioso nombre, a poco de nacer se fue volviendo mercancía de tipo suntuario, entre nosotros; él produjo grandes rectores de almas, como Bello y Hostos, y algunas organizaciones bellas. Pero desde que el socialismo anegó a las juventudes de Europa y de América en una confusa avalancha, la preciosa herramienta de hacer hombres que llamamos "humanismo", fue tirada al rincón como trasto viejo. La mayor desventura de nuestra América tal vez sea el haber liquidado aquel método eterno antes de poseerlo de verdad y de que nos valiese como formador del espíritu. Quedamos "con la miel en los labios", según la expresión popular; no llegamos a su paladeo y menos todavía a la saturación de la costumbre doméstica y nacional por esa materia, que aun siendo tan humana, echa de sí los fulgores divinos que le valieron el amor del catolicismo.

Ahora Francia e Italia, las grandes productoras de ideas, ensayan vagamente algo parecido al humanismo integral cuya fórmula se halla en libros admirables de Jacques Maritain; la zona que yo más amo de la mocedad sudamericana está ensayándola también.

Así como resultó pobre y enteco el humanismo en ciernes de algunas universidades del Caribe y el Pacífico, también ha sido harto formal y ayuna de entrañas nuestra cristiandad criolla. Al cristianismo le correspondía haber puesto sobre las piedras sillares de lo grecorromano el coronamiento evangélico; pero sobrevino una especie de Gironda, formada de caporales y oradores que quisieron y lograron desentenderse del remate espiritual de la obra, y rebanaron no sólo la cúpula de la Catedral sino que dejaron las naves despojadas de intimidad cristiana, de ese calor amoroso que crea la congregación y la convivencia real de las Iglesias todas. Desde ese momento, y con un despeño vertical, nuestra gente se puso a vivir en algo parecido a las casas de emergencia, flacas y feas, que se alzan en semanas y que se doblan pronto, quebradas como la flor de mayo... Jacobinos y girondinos, más uno que otro Marat criollos, se pusieron a reemplazar los bloques de piedra de la tradición

diz que por la ciencia moderna que nacía con un géyser espectacular

No había por qué despachar como a un criado viejo a la gran señora que fue y será siempre la cultura del Mediterráneo; mas nuestros modales, así políticos como pedagógicos, algo llevan de un atarantamiento de nuevos ricos.

Mal hicieron los envalentonados: el pleito se zanjaba racionalmente añadiendo a las universidades, con justa largueza, las secciones científicas. No ocurrió eso, sino que las briznas apenas asomadas del humanismo serían quemadas en varios países y que lo científico entró con una presencia borrosa de fantasma, es decir, sin capacidad para suceder a la patrona arrojada de las aulas. (¡Qué congoja para usted, maestro Alfonso Reyes, que miraba el espectáculo desde Europa!).

Desprestigio de las Profesiones

Aunque la vida profesional de nuestros pueblos sea cosa de ayer, ocurre que tiene ya algún quebrajeo en su prestigio, cosa que acaece solamente en las instituciones de vida muy larga. Tenemos que confesarnos a nosotros mismos el que hay un sesgo de flojedad decadente en la vida profesional, y el hecho, aunque todavía no aparezca grave, ya pide ser enmendado para prevenir la caída vertical.

La masa, que comprende ahora el pueblo y a la clase media empobrecida, poca fe pone en el abogado, masculla quejas contra el médico y mira con desabrimiento a profesores y maestros. Las causas son varias y sólo apuntaré algunas: La justicia falla en los juzgados, si no en las Cortes; el tratamiento médico sobrepasa, por caro, las posibilidades del asalariado; la labor de los educadores poco trasciende hacia la vida económica de la nación y hacia la vida familiar misma. No sobra, pues, prevenir a los que dejan hoy esta Casa sobre la desvalorización de su clase y recordarles que los prestigios, como la vajilla de plata, necesitan no sólo de la conservación, sino de lustre, o sea de limpia y frote.

Tres modos de enmienda para el mal he visto, andando el mundo. Primero, acrecentar la ciencia recibida, que se torna rancia a breve plazo o se reseca por la falta de relación vital con el ambiente, o bien —y esto es peor— que cae en un mero comercialismo y pasa a ser un agio más, una manera comodona de enriquecerse pronto. (Lo último no toca a los maestros, mal pagados en casi todas partes.) Ob-

serven ustedes el hecho y paren el mal: es una de las dolencias de los pueblos nuestros.

El proceso de esta rápida decadencia tal vez arranque del sentido mortecino con que se viven las profesiones y los oficios. Los latinoamericanos atribuyen al título (al simple diploma) un valor exagerado, y confunden el estudio raso con el saber, el banco universitario con cierta promoción social y el cuadrilátero del diploma con un punto de arribo, siendo únicamente el indicador de la primera jornada.

Los pueblos nuevos son grandes cándidos y hay que confesar que han deteriorado muchos de los conceptos y los vocablos que les prestó la Europa vieja y sabia. La palabra "doctor", por ejemplo, suena en el aire con tanta abundancia como "trigo" o "azúcar", porque el doctorado ya hace oleadas de trigal en el Continente, y aquí como en todo, la vulgarización sobrada pasa al "choteo", y la abundancia del producto baja las cotizaciones lo mismo que en las Bolsas.

Acaso el más lindo voto que puedan ustedes hacerse el día de hoy sea el de parar este descenso de lo profesional y el de corregir la infantilidad nuestra que toma la verja de la casa señorial por la casa misma y en la verja se queda...

La cura del mal quizás deba comenzar en una cosa simple que parece juego, pero que los libraría a ustedes de toda petulancia: sigan sintiéndose estudiantes, ello será a la vez sentirse joven y saberse a media ruta. El ánimo del caminante no arribado les degollará la vanidad y les guardará entero el *élan* y la acometida. Porque cada ciencia y cada técnica se parecen a la fiera dura de rastrear, coger y echar en el morral, y cada aprendizaje que mira a la especialización viene a ser la flecha disparada hacia el infinito. No se engrasen ustedes en la satisfacción, no se sienten en la clásica mecedora tropical, dense por pedagogo al Rigor, a pesar de su piel recia, y, como el trapense, vigílense día a día la complacencia sobrada de sí mismos. Cualquier satisfacción grande, como la persona obesa, acaba en la inmovilidad. Quienquiera que avalúe en exceso su logro o su hallazgo, no se aplica sobre la carne ningún cilicio de autocrítica y se entontece a fuerza del muy pueril amor propio. El acaba tomando la vía de la pereza y ésta lo va a deteriorar bastante más que el sendero de la diligencia. Yo deseo que cada uno de ustedes coja el hábito de afilar a diario las armas de su profesión y no las deje ser ganadas por el orín o parar en romas por la indolencia. Reflorezcan ustedes el árbol lacio del prestigio profesional. La profesión y el oficio se parecen a los dioses lares: ellos piden un culto diario.

Cuando la fe en la medicina, en las leyes o en la pedagogía se relajan, lo mismo que cuando las religiones no sacan chispas de los corazones secos, bueno es alarmarse y entrar en averiguación minuciosa del proceso, porque lo acontecido será "el que la sal se ha ido volviendo insípida" y el paladar de las almas la deja por inútil.

Los Profesionales y el Pueblo Rural

Nosotros, profesionales, vivimos hasta en los peores casos algunas ventajas aupadas a privilegios. Ellas no corresponden siempre a salarios mayores, sino a un mejor ambiente. Nuestros menesteres se desarrollan en sitios limpios y a veces alegres. El trabajo intelectual, si se pone en él un poco de organización —mejor dicho de "arte"—, contiene grandes dulzuras, y la mayor de ellas es la posibilidad de creación. Aunque la rutina suela llevarse lo más del tiempo, aquí como en la especiería unos granos bastan para embalsamar el día vivido y la gota de la creación refrigera la vida toda. Pero ni la máquina ni la gleba regalan la libertad ni dejan tiempo ni fuerza para que la imaginación retoce como la nube que hace y deshace del cielo a su gana.

Privilegiados son ustedes y les corresponde pagar un diezmo que viene de lejos, que antes era leve y hoy pesa más. Expreso o tácito, este devengar debe ser bien cumplido y aunque no sea cobrado explícitamente, el caso es de pagarlo sin citación...

El profesional, tanto como el artista, debe dar no sólo su ciencia sino su amistad cotidiana al hombre y a la mujer cuyas vidas son unos largos y anchos purgatorios. Porque la miseria en ciertas labores y en climas fuertes de frío o de calor, mucho tienen de purgas que no purifican el cuerpo ni ayudan el alma, que exasperan o embrutecen por el tedio puro. Dije "amistad" pudiendo decir "ayuda" a secas, pues se trata de regalar alguna asistencia y compañía consoladora. Casi siempre el hombre culto resulta criatura fuerte y, por lo tanto, capaz de confortar. Los recursos materiales son limitados, los del espíritu son mucho mayores de lo que creemos. Si la jerarquía social significa, como dicen, una "escala de valores", quienes manden en cualquier orden, ésos son los más fuertes.

Nosotros, los llamados "intelectuales", debemos acercarnos al pueblo raso y gastar con él las horas que despilfarramos en nuestra vana "vida social"; podemos, sí, convivir con él frecuentemente, yendo a sus fiestas familiares,

estando en sus nacimientos, sus Navidades y sus duelos. Tal cosa no llega a hazaña, es rasa cristiandad y atadura de las clases que viven sueltas como los dados, y extraviadas además. Aquello de las patrias en cuanto a "familias nacionales" no es una hipérbole; cuál más, cuál menos, todos vivimos del pueblo, en formas diversas; él viene a ser algo así como el segundo suelo que nos afirma y la segunda atmósfera en la cual respiramos, medrando por añadidura.

Ahora que el odio corre el mundo vuelto ideología, llevando encima hermosos nombres propios y blandiendo u ocultando el lazo, y cuando la sordera de clase a clase ha parado en hábito empedernido, es preciso que aquellos cuyo oficio es el de pensar por encima del compromiso y la casta, se pongan a enmendar y a rectificar a toda prisa. En lo dicho, no me refiero ni de lejos a sembrar un almácigo más de "liderismo": esta búsqueda de las poblaciones huérfanas, este volver los ojos al campesinado, debe estar absolutamente limpio de correteos y trucos de picaresca política.

Ustedes, puertorriqueños, poseen, precisamente, una índole muy válida para crear un populismo exento de populachería, la concordancia entre los que, siendo diversos, no son opuestos. Porque hay en ustedes alguna recóndita cristiandad unitaria que en pocas partes el extranjero siente y que les ha librado de la xenofobia, lacra del mundo. Sólo les falta sacar a la luz esa esencia oscura y ponerse a vivirla en todo cuanto puede manar de ella: tesoros son maravillas de convivialidad.

En cuantos países he andado, vi siempre que el juego entre ciudad y campo, el confluir de lo urbano con lo rural, la fertilización de lo uno por lo otro, ha hecho las naciones más sanas, las más compactas y estables. Y vi también lo contrario: las falsas "unidades" en las cuales el campo se parece al jorobado o el manco que vive amargado de alimentar a sus parientes válidos, o sea las ciudades-patronas, engrasadas de ocio.

Entrañas fraternales ha de tener esa Isla para que vivan dos millones de hombres sobre tres mil quinientas millas cuadradas, sin echarse los unos sobre los otros en el pugilato de otros países. Ha habido en ustedes un instinto que les ha hecho no llegar en sus diferencias de partido a la brega sangrienta.

Esa cordura permite que sobrevivan las patrias pequeñas: cada ciudadano de ellas obra con la vigilancia y los tactos del que maneja una de porcelana china. Cada piececilla es tan frágil como preciosa, y no tiene repuesto: son los pueblos que no deben perder nada, porque el Destino

les dio poco. Y no han de travesear como otras a la fantasía tórrida, porque tienen lo justo o lo insuficiente. Como la granjera de ganancias parvas, estas patrias no pueden despilfarrar el trabajo, y no se diga la sangre de sus hijos, y estas colectividades afligidas tal vez sean las que yo quiero más, se llamen Italia, Bélgica, Dinamarca, Chile, Puerto Rico.

La Ciencia y Nosotros

Me parece asunto digno de comento y también de ácida autoconfesión, la suerte que la ciencia teórica y la aplicada han corrido en la mayoría de nuestros pueblos latinoamericanos; pero dejo constancia de la cifra robusta de alumnos que ha logrado en esta rama Universidad tan nueva como la vuestra.

He preguntado varias veces a los que mandan en los negocios educacionales sobre la causa de la inapetencia para las ramas científicas que demuestra el estudiantado de nuestros pueblos. La respuesta ha sido torpe o maliciosa: "No tiene la ciencia aquí el *ambiente* que ella requiere para que los alumnos la busquen y se decidan por ella".

Entre tanto, es poco lo que se hace para crear la atmósfera de incitación, y los estudios de leyes primero y los de pedagogía después, acaparan a la flor de la inteligencia. La razón de esos dos auges viene de que la abogacía conduce a la carrera política y por ende a los cargos suculentos, y que la enseñanza pública es una función de fácil ingreso y exige poco, aunque debería ser la que exigiese más, la que lo pidiese todo.

Los cursos superiores de Ciencias ralean o se desgajan a estas mismas horas del mayor florecimiento de ellos en Estados Unidos, en el Occidente y en el Oriente europeos, donde su prestigio ya se asimila al de las naciones mismas. La sabia Alemania, caída después de su loca aventura nazi, se pone a revalidar sus laboratorios y a reorganizar sus empresas industriales, con un bello fervor que conmueve. Ella sabe que su rehabilitación y el recobramiento de su categoría le vendrán por este camino, y sus propios enemigos de ayer comienzan a decir que "el mundo necesita de la ciencia alemana como de algo insustituible".

Y mientras ocurre todo esto en el mundo, los alumnados de varios países criollos dejan perder la savia de su mocedad en el ejercicio más desprestigiado de la América

nuestra: la materia vieja y resobada de la politiquería criolla.

Es un quemarse en el umbral de la vida, un recaer en la fiebre tropical que agotó a nuestros padres y abuelos y es un taparse la cara para no ver que el auge de los países ya no arranca del vejestorio tragicómico de las demagogias, sean ellas de izquierda o de derecha, azules o rojas, llámense como se llamen las muy ladinas.

En los modos que toman la modorra o el entredormir ibéricos; delante de la Minerva científica, austera y exigente, en el mínimo entusiasmo y en la indiferencia yerta con que la ojean, hay un torpor lastimoso que nos va llevando a la derrota dentro del campeonato científico que se ha vuelto el mundo.

En dos tercios de la América seguimos siendo los países de las materias primas, como quien dice, los parientes del Africa primaria; continuamos pagando a duras penas con nuestras bajas monedas, desde los arados hasta las ropas que nos visten; compramos buena parte de la farmacopea; la tapicería extranjera cubre nuestras habitaciones aunque seamos excelentes tejedores, y la vajilla exótica brilla en nuestras mesas aun cuando España y Portugal nos trajeron sus cerámicas ejemplares. Países de selva, cuyo aire trasciende a madera, compran sus fósforos y su papel a la Escandinavia; y pueblos de costa desatada, no se echan todavía al mar y continúan pagando el bacalao seco... Y esto y mucho más que parece fábula es la verdad monda y oronda de nosotros a estas horas.

La gran miseria que anoto a las volandas y lo que dejo sin enumerar tal vez arranquen de nuestra ingenua enseñanza "vocacional", torpe engendro que llamamos con este nombre.

Porque no rastreamos la vocación del niño a las derechas, o sea, llevándole a vivir los talleres de oficios e industrias y menos aún los laboratorios. Son cosas vivas los oficios humanos y su ambiente físico, incluso desnudo o pardo, respira la magia del género, el espíritu de la especialidad; ellos están cargados del resuello doble que se exhalan de materiales y operadores, y por lo tanto es su convivencia quien puede revelar al muchacho si él se soldará a ellos como la bisagra a la puerta o la llave a la cerradura. Jugarretas o simulacros me han parecido siempre los ensayos para despertar la "revelación vocacional" que he visto en las escuelas y que nunca hallé en los focos ardientes del trabajo manual e industrial.

Y sobra decirlo: no hay en el mundo desventura mayor

que el yerro vocacional, verdadera reversión del alma, engaño trágico que nos hacen o que nos hacemos a nosotros mismos. Quien se dé el afán de observar al hombre fracasado, hallará siempre detrás de su desgracia una vocación inventada por los padres o los maestros, o por la propia víctima, la cual abandonó al mero azar el negocio mayor de su vida. No existe desastre más grande que el no hacer la averiguación de nuestro destino auscultando nuestras potencias, pues quien se oiga el pecho obedecerá sin considerar otra cosa la voluntad de Dios escrita sobre sus facultades. Aquello de la vocación "irrevocable" poco lo sienten los desatentos a su alma, distraídos de su vida verdadera, y rara vez se hallan ¡cuitados! al tutor generoso que los palpe como un tejido y les revele su propia sustancia.

HOUSSAY

Desde la aridez desértica que son las actividades científicas en el Pacífico, ha subido en este *año de gracia* una aurora que podrá encender a los mozos de nuestra raza: por primera vez el Premio de Medicina del Instituto Nobel ha caído sobre un investigador nuestro, el médico argentino Bernardo Houssay.

Sabíamos que la Universidad de Buenos Aires trabajaba en sus laboratorios con rumbos claros y desahogo económico, asistida así de lucidez y de recursos. Habíamos visto hacia allá una raza hermosa y además fuerte, gracias a una bien celada salud pública. Pero ignorábamos aún que ese núcleo universitario poseyese ya hombres tan maduros como para incorporarse en aquellas investigaciones complejas que se hacen sobre líneas delicadas de especialización. Ahora sabemos que, de un cabo al otro del Continente, la pareja americana de los Cori y el Dr. Houssay perseguían la averiguación de la glándula pituitaria, con la feliz coincidencia de los que no se conocen y, sin verse, golpean sobre la roca terca de un problema casi intacto.

Creo que el caso Houssay cuenta para nuestros estudiantes como la clarinada que sacude a los dormidos y remece a los desalentados. El hecho de este Premio Nobel de Ciencia caído hacia el Río de la Plata significa diez veces más que un premio literario cualquiera. Porque el fabular o el versificar prosperan en los cuatro cantos del planeta, lo mismo bajo la tienda árabe que en la cueva de los lapones; pero la hazaña científica vale en cuanto a testimonio de una

civilización efectiva y es el racimo ya sin agraz de una patria en sazón. La buena nueva me llegó en un suelto de cuatro líneas y me sacudió con un calofrío que nunca me dan las planas en que los cotidianos cuentan el cambio del régimen tal o regalan el rostro desaforado del caudillo Nº 100. Entre las hazañas civiles tengamos a la argentina como la primera y más alentadora y manden ustedes al sabio del Plata el ¡Evohé! de los jóvenes griegos.

Cuarenta años de dos ojos sabios e hincados sobre un problema, persiguiendo la dolencia, constituyen la historia del varón ejemplar, en el cual se abre la gloria médica de la América del Sur.

El suceso es como para regocijar a todos, pero él entraña, además, una lección que levantará la baja temperatura de los pueblos displicentes hacia la brega maravillosa de los laboratorios. Un campeonato de boxeo, que hiede a mal sudor, unas carreras de caballos cosacos, una danzadora de gran Casino, encienden más al público que la gesta contra el dolor cumplida por hombres oscuros que constituyen la reivindicación del pobre género humano, que es el de nuestros días.

Cuento como mi mejor excursión por vuestra Isla la que hice acompañada del Rector, Dr. Carlos Chardón.

El botánico iba diciéndome su tierra y señalándome los cultivos con amor de patriarca que recuenta su prole. De pronto bajó del automóvil para adentrarse en unas cañas a manosear el borde del cañaveral. Doblado sobre algo que yo ni veía, él resobaba hojas y tallos: seguía en el polvillo pegado a los dedos a unos insectos mínimos, con su vista de lupa habituada a lo infinitesimal...

Entonces recordé lo que se callaba: la salvación del cañaveral en cierto año de infección y ruina, el trueque de la especie averiada por un ejemplar javanés y la salvación de los plantíos a quien puede tener por hijos suyos... Luego vinieron los viajes del curador de plantas por Venezuela y Colombia en otros encargos de salvataje vegetal.

También esto pueden tenerlo por una "saga" los alumnos graduados; en ella se abrió para ustedes el Continente Sur, que empezaría a enviar a la Borinquén inédita agrónomos faltos de técnica e igualmente se abrieron a vuestros profesionales los países del Sur, hacia donde podréis llevar experiencias que allá ralean, porque vuestra Universidad ha entrado en su mayoría de edad y es capaz de prestarnos métodos, dándonos en lengua española lo que reciba de Estados Unidos. Que no ahogue a ustedes, pues, la brevedad de

la Antilla Menor: se crece en todas direcciones, gracias a Dios; el perímetro de un suelo no es todo: la dimensión arranca de la voluntad, y el vivero (de plantas, de peces o de espíritus), puede tener unos cuantos palmos; eso le basta al creador y al de ánimo empecinado.

Noviembre de 1948.

LA ENSEÑANZA, UNA DE LAS MAS ALTAS POESIAS

Este no es un discurso. Es una conversación de una maestra casi campesina con las niñas de esta escuela, entre las cuales hay alguna suya que ama y sigue desde la montaña.

Alguien me dijo una vez: ¿Son conocimientos estos Juegos Florales en los colegios? ¿No fomentan más que el arte la vanidad artística? ¿No harán de las maestras, literatas, en desmedro muy grande para los niños?

Hay preguntas, y son muchas, que me dejan tan perpleja como la que me dirigiera un habitante de otro planeta. Esta es una. Miro yo esto de la literatura femenina y del culto artístico en la maestra, como cosa tan adherida a la misión, que me desconcierta el miedo de mi interrogante. ¿Qué entiende él y qué, otros, de la literatura femenina? ¿Qué, de enseñanza? Yo, una manera de llevar a las bocas de los niños, con la leche de las madres, el corazón mismo de ellas deshecho en un verso o en un cuento infantil.

Tengo una ambición más atrevida que las feroces de las feministas inglesas, y es ésta: quiero que las niñas de mañana no aprendan estrofas ni cuentos que no vengan de una mujer, y de una mujer chilena. Creo que somos capaces de darles el alma en muchas formas. Esa alma, según la feliz expresión de Delmira Agustini, "cabe en un verso mejor que en un universo .

Me deja en un estupor el escándalo que hacen algunos, alrededor de la literatura femenina. ¿Tiene algo de sufraguismo una canción de cuna? Pues, esto es para mí la literatura femenil.

Hasta hoy hemos dejado que las almas finas de Martínez Sierra o de Amado Nervo digan nuestras emociones, adivinándolas, sorprendiendo, felizmente, algún instante de nuestra vida íntima honda. Ahora queremos hacer cantar lo nuestro. En vez de hacer odas como la Avellaneda, muy aplaudida por los clásicos españoles, quiero que hagamos prosa y poesía del hogar, sin énfasis, con la sencillez con

que desgrana una oración, que es poesía sin ser literatura, es decir, emoción, aunque no sea retórica.

¿Que mi buen poeta dice más lo femenino que muchas poetisas mediocres? Sin duda, pero es que nosotras vamos sólo en el abecedario de la literatura que ellos cultivan desde antes de Abraham...

Tengo, repito, unas inmensas ambiciones literarias, no mías, colectivas. Me entristece que la *Oración por todos* no haya sido escrita por una mujer, siendo muchas santas muy dignas de concebirla y entregarla en estrofas de Víctor Hugo.

Yo no deseo que hagamos odas al Niágara, pero podemos hacer parábolas bíblicas, porque las vivimos más que los hombres. Acaba de morir una mujer nuestra, F.M. Prats, maestra muy grande que jamás hizo clases y que mereció haber firmado muchos pensamientos de Emerson. El dolor de los pobres no lo ha dicho el socialismo femenino en Italia, sino Ada Negri, muy femenina y muy viril.

Y expliquemos que ya es tiempo.

¿Quiere usted condenar a las mujeres chilenas a ese "género inferior" que es la poesía infantil?, me han dicho algunas. Y con toda la honradez de mi alma les he contestado: No infantil, tan superior que nunca me siento tan torpe que cultivándola. Tan superior que el poeta que ha hecho los versos más perfectos para los niños de América es Rubén Darío, el primer poeta de habla castellana. Sus versos son *La rosa-niña, A Margarita Debayle.* Peza no dio jamás una estrofa que valga aquel fino oro lírico. La sencillez, la transparencia, la naturalidad, la melodía que hay en esos poemas son la cumbre de la poesía.

En cuanto a la prosa, el cuento infantil perfecto, en autores modernos, lo ha hecho ni más ni menos que Anatole France. Le llama *Abeja* y pondríamos en apuros a los orfebres de la prosa en América al pedirles algo análogo: tan acabado y exquisito es aquello.

No se trata, pues, de un género literario inferior. Por otra parte, me duele hasta emplear este adjetivo en cosa alguna. No hay nada inferior en la tierra ni en los cielos. Hay artistas de la agricultura y de las industrias, tornería de las máquinas. Lo inferior no está sino en los propósitos torpes, en el afinador, no en la obra. Cuando yo he hecho una clase hermosa, me quedo más feliz que Miguel Angel después del *Moisés.* Verdad es que mi clase se desvaneció como un celaje, pero es sólo en apariencia. Mi clase quedó como una saeta de oro atravesada en el alma siquiera de una alumna. En la vida de ella, mi clase se volverá a oír,

yo lo sé. Ni el mármol es más duradero que este soplo de aliento si es puro e intenso.

Otra explicación. Dije, por ahí, femenina o viril. ¿Por qué no? Confunden lastimosamente la femenidad con la anemia espiritual. ¿Sería mujer Santa Teresa? Y ciertos versos suyos tienen más fuerza que el simún y más quemante marejada de emoción. La femenidad puede estar en la idea, no en la forma. En la naturaleza, estrofa de Dios, la dulzura es fuerte; la punta de las montañas es fina como un extremo de ala; los siglos la mellan sólo muy lentamente. El perfume de los jacintos es sutil y es intenso hasta desvanecer.

Ada Negri, poeta altísimo, es mujer en cada instante lírico. Es más. Perdóneseme esta temeridad de feminista. Pienso que el ser que mejor recoja el dolor de las multitudes ha de ser una mujer, porque lo reconoce como madre, duplicado siente los males de su carne y la de los hijos suyos. El hombre sólo padece en la carne propia.

No es Juan el más dolorido al pie de la Cruz, es María, la Virgen, y Magdalena, la mundana. Yo creo, por esto, que el poeta de los humildes en Chile será mañana una mujer. Walt Whitman, cobre y llanto; nosotras lo haremos como pétalo.

Esta es, repito, otra leche con que amamantaremos a los hijos nuestros y a los ajenos también. No salimos de nuestra misión; no invadimos nada.

Un distinguido educador, don Manuel J. Ortiz, tomó parte en una discusión reciente sobre la conveniencia o inconveniencia de que la mujer cultive la literatura. Dijo, con su acostumbrada honradez, verdades muy grandes sobre el asunto. Cuando aseguró que a la mujer de la clase media no convenía la literatura, estuve en perfecto acuerdo con él, pero con esta observación: no le conviene si pretende hacer de ella un oficio. ¿Habría mujer en Chile que pudiera vivir de sus libros, aunque fuera un César Duayen? ¡No, indudablemente, no! En Chile, la mujer que escribe, si gana menos que el más mal pagado de los hombres, esté contenta de ello, que suele pagársele con insultos. Y como la mujer de nuestra clase media no puede permitirse el lujo de ser una eximida del trabajo; como, gracias a Dios, el 60 por ciento de estas mujeres ha de ganarse su vida, el Arte no puede acapararla; apenas si podrá entregarle dos horas de sus noches. No le di yo nunca más. Cuando se tiene madre, o hijos o hermanos a quienes llevar, sin tardanza, por la mañana, el pan de cada día, no hay derecho a hacer novelas de sol a sol. Y entre el hambre de la madre y la hermosura de un

poema, yo, como ustedes, me quedo alimentando a aquélla, aunque sólo dé una poesía cada año.

Quiero hacer marcar la distancia necesaria. Cuando se discute si una mujer necesita o no conocer la literatura universal, siquiera superficialmente, entiendo que no se trata de las maestras. La maestra ha de ser, por sobre todo, una garantía de cultura general. Si en Ciencias Naturales ha debido estudiar la Botánica, la de tercer año de Humanidades no puede eximirse de saber cómo cantó Garcilaso y enseñó Tolstoy. Las demás, las que no van a enseñar, exímanse si quieren; no harán con ello una traición a su propio oficio.

No quiero hacer inacabable mi charla; tendrían que escuchar horas: les hablaría a ustedes de cómo siento yo que la belleza es tan educadora como la lógica. Y estaría de más. Quien ha hecho clases lo sabe. Sabe que la hermosura es el aliado más leal de la virtud y que al maestro más reacio a la poesía se le hace pura poesía la clase cuando explica con altura, eso sí, con toda su alma, el Sermón de la Montaña. Porque para enseñar esto hay que tener a Cristo en el corazón, y tenerlo es ser, ser un poco franciscano o teresiano, es decir, poeta.

¿Cuál es la señal más aguda de un hombre duro de alma? Para mí, ésta: no amar. ¿Cuál es el hombre más santo? El que ama más, el que acerca la naturaleza a su boca, como otro par de labios, para entregarle su beso como vida; el que tiene más hondo el don de la simpatía por lo que vive. Un poeta verdadero es esto. El temblor de la brizna de hierba lo sacude como un viento, y el grito de dolor humano, como un huracán.

La Pedagogía tiene su ápice, como toda ciencia, en la belleza perfecta. Esta, la escuela, es, por sobre todo, el reino de la belleza. Este es el reino de la poesía insigne. Hasta el que no cree cantar, aquí está cantando sin saberlo.

Para terminar, una humilde proposición: hagamos en 1918 más Juegos Florales netamente infantiles. Los temas serán cuentos y versos para niños. Yo procuraré con ustedes hacerlos; puede que, por fin, haga uno solo digno de una boca de niño. Quiero acabar diciendo mi Credo de Maestra, en prosa, porque se me retorcería un poco en verso:

Creo en Dios, único dueño de las niñas que enseño. Creo que lo adoro y lo ofendo en ellas; que, si soy fría para estar a su lado, lo vendo como Judas en el Huerto. Creo que si gasto mis días enseñándoles, le doy gloria como en el Tabor. Creo que vierte la luz cada mañana sobre mi cabeza, para que yo las apaciente. Creo que le he robado esa luz,

cuando, mal o descuidadamente, enseño. Sólo el amor es digno de abrir su boca para enseñar.

Creo en todas las maestras oscuras que nunca se harán aplaudir de las asambleas educacionales, pero que, al dormir, cansadas, tal vez con hambre, siempre con el vinagre de la incomprensión en los labios, pueden tener un resplandor ancho sobre la sien que empieza a marchitarse.

Creo en Jesús, el pedagogo de pies desnudos, que parecía sembrador sólo para Judea y estaba sembrando para el mundo. Mirando de hito en hito sus ojos azules, mirando fijamente, como en un éxtasis, su pecho con sangre, pegada a El, prendida a El, negada de todos, entendida por El, con mi mano en la suya, con otra en la de mis niñas, pienso vivir, y enseñar y morir, y quedar debajo de la tierra con la mano extendida, en la ilusión de que sigo sembrando en la huesa, que no es más, nada más, que un surco.

Creo en todos los instantes, al alba y al mediodía, sin ninguna tregua de duda, ningún éxito verdadero, desde el fracaso aparente. ¡Creo!

¡Cuánto, cuánto queda por cantar del hogar y de la escuela! ¡Si parece que nada se ha dicho todavía, que está virgen esta cantera del alma, que la cuna y los juegos y la sala de clases no están llenas de sugestiones, que los poetas no han querido recoger por ir a vocear en la asamblea!

¡Manos de mujer, labios de mujer, para entregar esta embajada de cantos desdeñados!

Probablemente de 1917. Tomada esta prosa de un manuscrito.

POESIA INFANTIL Y FOLKLORE

Estamos de vuelta de muchas cosas: también de lo que hemos llamado, en diversos tiempos, literatura infantil. Lo que ha sido ésta es muy largo de contar: en poesía un absurdo que podríamos llamar balbuceo de docentes: lo primario en vez de lo elemental, el chiste en lugar de la gracia, lo ñoño dado como lo simple. Hay pocas bufonadas como esa poesía a medio camino del adoctrinamiento y la espontaneidad.

En el cuento, la literatura infantil ha sido más o menos la fábula de La Fontaine, que, con voluntaria temeridad, yo quiero decir que me parece mala, no tanto por sí misma como por el género a que ha dado lugar. La Fontaine moralizaba con donaire y malicia, la familia pedagógica de La Fontaine se puso a moralizar con pesadez fastidiosa. Por otra parte y dicho sea de paso, las moralidades que quiso enseñar La Fontaine resultaban muchas veces odiosas, por lo menos al sentido moral de razas que no sean la francesa. Por ejemplo, la de la cigarra y la hormiga, que el buen Fabre provenzal ha rectificado, me dio siempre alguna repugnancia; digo otro tanto de la del cordero y el lobo. Una moral para niños a base de astucia me parece perversa y, cuando menos, sin atractivo para nuestra raza generosa.

En cuento y en novela se han salvado los escritos sin pensamiento lejano ni próximo de los niños, como el "Robinson", "Las mil y una noches" o el "Gulliver".

El fracaso del género no puede ser más total, ya que sobrenadan unas obras escritas sin intención pedagógica alguna, pensadas para hombres, o mejor para pueblos. Lo cual quiere decir que se ha acertado con el niño cuando se pensó en el pueblo.

Llegamos, pues, a esta preciación: la poesía infantil más válida o la única válida sería la popular y propiamente el folklore. Cada pueblo la tiene a mano y no hay que echarse a buscarla por extranjerías. El pueblo más desnutrido de

poesía popular en Europa cuenta con un granero enorme de ella. Es cosa solamente de meterse allí y escoger las mazorcas más sanas. Aparece, más que suficiente, abrumador el stock de cantos del pueblo aplicables a todas las cosas y a cualquier momento de la vida. Hay canciones del trabajo, de la amistad, de la filialidad, de la fe, de la chanza, de la natural, hasta de la holgazanería. El pueblo lo ha cantado todo con una variedad sin superlativo en los asuntos y con la más linda euforia vital. No faltan ni diversidad ni "élan"; pero tampoco falta primor, como que está en el folklore toda la familia de los primeros.

¿Para qué salen una raza o un equipo de maestros en una búsqueda, como colonial por servil, de lo que debe poner en boca de los niños? ¿A qué andar de ceca en meca hurgando aquí y cogiendo allá ritmos ajenos, que no suelen convenir al pulso racial, e imágenes no familiares que dejarán encogidos a los niños como el fruto no mordido nunca? Todo eso, en buenas cuentas, resulta puro snobismo, puro jadeo tonto y puro desdén ciego de lo que está golpeándonos la frente.

Vamos a ver rápidamente por qué y por dónde la poesía popular, en la extremidad suya que es lo folklórico, sea la mejor poesía infantil posible.

La poesía popular es de expresión directa, se enfrenta con su tema o cae cenitalmente sobre él. El pueblo alaba o burla en derechura y no conoce el soslayo de la actitud ni el rodeo de la frase. Al niño le gusta hacer lo mismo con lo que trata.

La poesía folklórica es siempre rítmica, y ciento por ciento, rítmica. Parece que el cantador popular entiende, mucho mejor que el poeta profesional, el hecho de que la estrofa es, sobre toda cosa, una celdilla de música, una vaina de ritmos. El pueblo, o hace música cabal o no hace poesía. Los poetas arrítmicos o estridentes de estos años no le convencerán nunca de su producto, que, para él, se ha divorciado de su propia finalidad.

El niño ama el ritmo hasta un punto que no sabemos los maestros; lo sigue cantando con el cuerpo, lo baila en el patio, lo bracea, lo pernea, lo cabecea. Y aun parece más niño cuando juega así, y es cierto que es más niño, porque se da enterito, como la marea, o como el viento, a la respiración de la naturaleza.

La poesía folklórica está bañada de gracia, trufada de humor y donaire; no tiene nunca desgarbo ni solemnidad ni tiesura; tiene la gracia de la criatura viva, hecha de alacridad y giro. Al poeta culto le vuelve loco esta vivacidad de

cabo a rabo que anda en la copla y en cualquier cantar; le derrotan éstas con su brinco de cabrito la mejor rapidez que él pueda lograr en su verso. Aquello sí ha saltado como de un golpe de sangre, aquello sí es miembro verbal vivo; se le disputará cualquier cosa menos su vitalidad de sardana.

Y resulta exactamente lo que Ruskin afirmó de las cosas bellas, que son las que están vivas o parece que lo están.

El niño es quien mejor huele lo mortecino y tira lo empalado y se fastidia con lo vivo a medias. Viene saliendo de la fragua de los fuegos primordiales y se da mejor cuenta que nadie cuando le dan lagartija o pájaro de trapo. El va derecho a lo caliente, lo ágil, y ningún mañoso le convence con el monigote o pelele; todos sus sentidos, que parecen pájaros de alertas, saben de un golpe, al tocar, o al oír, o al ver, si aquello que le dan es pasto fresco.

He visto mil veces el gozo con que el niño atrapa y se adueña rápidamente de una seguidilla o de un romancillo. Otras poesías se le harán aprender por la fuerza, se le estamparán contra, como se le pone herradura al caballo, y a ésas las coge antes que se pasen con el ser más que en la memoria. Milagros de la palabra viva, diría Maragall, y milagro es, pero tan repetido, que hace ley. Al niño le pertenece, y él lo sabe, todo cuanto va corriendo vivo por el lomo del mundo: luz, agua y palabra cantada o cantable.

Una definición de la clase de poesía que el chico quiere podría ser ésta: *poesía que si no se canta podría cantarse.* El poema no puede ser muy largo, a menos que se trate de anécdota heroica o religiosa; se ha de quedarse en cantos o porciones cabales de sentido; ha de tener los ritmos exactos como los de su arquetipo melódico y han de ser sus temas de una emocionalidad desnuda como una entraña.

Sobra alabar la sencillez del folklore; pero no sobra decir algo respecto de la familia de las sencilleces que anda en libro de versos infantiles. Si hay algo insufrible, por doblemente embustero, eso es la pretensión y el camouflage de la simplicidad que jugamos o queremos jugar a las criaturas. No caen en la trampa de ese arte seudoingenuo, que yo me conozco mejor que muchos, porque, vergonzosamente, lo he hecho en mi juventud. El niño sabe cuando el notario rusoniano se viste de pastor.

Hay que ver cómo nos salen estas sencilleces de mentirijilla; cómo le salía a María Antonieta su jugarreta de la lechería de Versalles. Solemos hacer además una sencillez

desgarbada, plebeya, torpona, arrastrada. Un amigo muerto, el pintor chileno J. F. González, dividía las sencilleces entre la de la gallina y la de la paloma. Y del sencillo fino decía que "tiene paloma": linda expresión.

Parece que sea más delito que fingir cualquier virtud, esta de falsear la sencillez; parece que sea como remedar la virginidad o como atribuirse la gracia en un sacramento que no la haya logrado. Parece que el pecado rebose de malicia estúpida y de no poca vergüenza. Precisamente por esto me son odiosos la mayor parte de los libros de lecturas infantiles escritos a lo largo de doscientas páginas bajo la simulación ardidosa de lo simple. Lo mismo le serán odiosos a cualquier maestro que no tenga el paladar restregado de alimento falso. Por desgracia muchos andan así. Es un desastre la literatura pedagógica profesional; encoleriza o indigna a fuerza de los trucos que se trae y del fastidio que da. Es preciso que recuperemos el paladar sano para sentir el disgusto de estas harinas y arroces cuajados a puro fraude. Una limpieza o aseo de los sentidos para lo verdadero poético, una pasada por el fuego de nuestras potencias, una buena lejía del entendimiento, puede devolvernos el instinto poético con que nacimos todos.

Un acto semejante nos quemaría todo lo torcido, lo embustero y lo necio de las preferencias y las elecciones. Nada sirve para esta operación como el folklore; no hay tomo de retórica ni profesor estricto que no valga para este menester, como un repaso en grande de la poesía popular.

Pasemos a lo de la espontaneidad en el folklore. Suele andar del brazo con la sencillez, pero no es la misma cosa. Sencilleces hay bastante amojamadas que no son fluidez ni caminan con soltura.

Y tal vez pueda ponerse sobre la espontaneidad el acento tónico de la sinceridad poética. El espontáneo es cenitalmente veraz; es también rápido por lo leal, no se demora ni se divierte en hacer monerías. La espontaneidad no da, en el verso, el mayor gozo. Gustamos de la frase disparada sola, como sin hondero; nos da cierto asco lo que cae resobado y como sudado a la badana. Y es que de pronto, en un relámpago creemos lo que Maragall, que el verbo es sobrenatural y que, o sale así de la boca o no sale él, sino una mercancía de tierra. No hay tal verbo natural más que en el pueblo; el verbo culto se amasa y se jadea, pero el concepto de cantar como hablar nos ha engañado a todos alguna vez.

La espontaneidad del pueblo en su canción ha de venirle de que él se expresa como salta el agua violentada, en

cuanto la suelta: explota, estalla. Hermosa gente en la cual el canto no es nunca una comezón de lucir; limpia gente que se calla cuando no le viene al pecho una bocanada de ímpetu. Gente a la que no se le ocurre cantar como pintarse las uñas o rizar el cabello por endomingarse, sino que hace sus domingos con los golpes de la pasión. No hay para ellos ninguna obligación de hacer eso, sino como un rebalse del ser o como la solución de un nudo. Debe ser eso la poesía popular, el placer que nos produce oír y ver cantar de rasgadura, que dice el andaluz. La expresión cabal, como el golpe del cuchillo, hace correr la sangre del tema, palabra abajo.

Quedan por decir los reparos que los maestros formulan al folklore. Primero, su procacidad; en seguida, su primarismo; luego, su lengua atrabiliaria.

La acusación de procacidad sale de una feísima mojigatería que trabaja a nuestro gremio tanto como al de los pastores protestantes.

En mala hora ha invadido el alma profesional, el ancho espíritu colectivo, una moral ñoña que no viene de los clásicos, hombres completos, y por allí sin miedecillos, que tampoco vienen de la Religión, con R mayúscula, porque ella, casada con la vida total, tiene allí mismo, en su propia Biblia, el mayor troje de virtud y de pecado.

Nos vienen los tales moralismos entonces de una especie de sacristanería y de un rezongo de devotas que están o azaradas de puro flacas o aspaventosas de no haber rematado el hecho total de ser mujeres.

Los maestros, que son personas sentadas en medio de la vida, no podían trabarse con socios peores que estos dos seres a medias, para aprender su conducta profesional y echarse a perder así la pasta y el leño de maestros.

Cierto es que el folklore arrastra como el agua de avenida todo género de limos, matas y piedras. Corre, vida abajo, con cuanto ella le entrega; no puede escoger, a causa de su verticalidad y su propio ímpetu.

El pueblo tiene más derechos que nadie a este caudal hinchado de sí mismo.

Vive con sus pulsos completos, camina con la marcha más suelta, ara, siega o muele metal a todo pulmón o entraña.

Pero ese pueblo, llámese español o provenzal, ha dicho y cantado mucho, tanto que allí está tendido su folklore en tal derramamiento que quien quiera aprovecharse se llenará aunque escoja lleno de melindres. Hallará todos los géneros: épico, bucólico, epigrama, poesía religiosa, burles-

ca. . . , etc., y hallará, como en las regiones montañosas, la gradación sucesiva de los climas morales, desde la calentura del delirio hasta el buen sentido calvo de frío. El folklore, sospechado de monotonía, cabrillea no sólo de temas sino de antojos de la fantasía y alardea con mil manipulaciones del lenguaje.

Ahora, el primarismo y la monotonía del folklore. Hay en lo popular la primariedad de la sal, el aceite o el vino. Una dieta a sal resecaría el cuerpo como yesca, una de vino lo desharía; una de puro aceite lo desnutriría; la combinación de ellos no ha fatigado nunca al hombre comedor de pan como nos llama un oriental. Folkloristas y luego de raza a raza vieja y cantadora, viven una fiesta que no es menor que la del lector de repertorios cultos.

No es cosa de olvidarse que en primoridades andamos y que tenemos menos derecho que los otros a mirar de hombro abajo a estas llamadas infancias de la lengua, que para mí no son tales infancias. Se desata de un verso popular aislado, lo mismo que en un niño, un desplegamiento de planos poéticos y lingüísticos, y saltan unas sorpresas muy grandes. Hay que ser bastante banal para creer en la primera y única superficie de una estrofa popular. Y hay que ser muy romo para llamar solamente niñeces o niñerías a esos villancicos o cantos de siega que son tuétano puro o la hebra de la miel de los años, que diría Alfonso Reyes.

Lo que de veras existe es una especie de naturaleza antipopulista de los maestros, un desabrimiento, si no un desdén, del hombre que enseña pueblo, hacia la plebe de campo o ciudad. Su afección tibia o seca de la masa corresponde a la de la clase media entera respecto a la clase siguiente, que lo han dado a desbastar.

El síntoma no alarmaría y se le indicaría no más que como un dato si este apartamiento en líneas paralelas, imposibles de atravesar en cruz, de pueblo y clase media, no se resolviese en un desnutrimiento del maestro respecto de las virtudes populares. Unas ciertas virtudes posee el pueblo y soplan únicamente por su boca, las cuales servirían mucho al enseñador de niños. Nuestro gremio podría crear una especie de popularismo superior que vitalizaría una patria entera, cogollo limpio de aquel populismo espeso que es el de los bajíos.

Cuando Maragall aconsejaba a los poetas aprender el hablar del pueblo, daba, sin saberlo, receta recta para los maestros. El habla popular es la antítesis de la lengua docente en la escuela. Esa habla posee una expresividad única: pinta, esculpe y hasta graba a fuego. Ella ondula de una

gracia de buena ley; ella está como picada de especias y esencias; ella sigue narrando mejor que nadie: ninguno se durmió nunca oyendo pueblo pescador o leñador. Y si hablar es aludir, interesando mentar de veras las cosas y dando testimonio de ellas, ese hablar completo correspondería al pueblo y no más que a él.

Los maestros sabemos bien, y podemos decirlo entre nosotros, que anda por allí, muy gárrula de una parte y de otra muy descolorida, la lengua del pupitre escolar y que más adormece que azuza al niño sentado en el banco.

El folklore ofrece, pues, además de su servicio al alumno otro evidente al maestro: el de regenerarle un lenguaje aflojado por su alejamiento del pueblo campesino e industrial.

Responderemos al cargo contra el folklore en cuanto a idioma irregular, plebeyo y averiado.

El folklore de las razas viejas y sin olas de inmigración conserva la lengua en estado de limpieza y de decoro. Pero es más, en ese folklore está asentada la lengua más casta y más genuina, y no el idioma semiculto, de las otras clases. Poco barbarismo, poquísima perversión de la sintaxis, cuando más juego de contracciones o unas bizarrías de pronunciación que poco importan.

Solamente el folklore de los pueblos nuevecitos americanos nuestros, descalabrados día a día por el turbión inmigratorio, sin el seguro de unos siglos en los cuales sedimentarse, sólo ese extraño departamento de los folklores, se halla inficionado de plazas y puede inspirar al maestro desconfianza y hasta algún espanto.

Yo, hija de pueblo niño, y llena de apetito de madurez por eso mismo, puedo saborear mejor que muchos la pureza de una poesía o prosa popular europea.

Se ha dicho esa terrible palabra, pureza, que trae locos a los casticistas y de la que hay que añadir algo aunque sea a las volandas.

Se trata de lengua y no de metal o de sales de farmacia; es decir, se habla de la relativa pureza de las cosas vivas que no pueden estar nunca microscópicamente aseadas. Nos libre Dios de la lengua pasteurizada que se les ocurre hacer y servirnos en botellas de cristal a los puristas de tomo y lomo. El idioma no existió nunca ni va a andar jamás en vestal de tiza por los caminos y baches de una región. La tal lengua, como los arquetipos, está sentada en una Sara bíblica de sal sobre el ciclo empíreo del académico y no la vamos a ver nunca rezando en una iglesia ni haciendo el amor en un banco de plaza. Cuando esa lengua ha llegado,

por mala ocurrencia, a caer en un libro, ese libro se leyó en un grupo de maniáticos y no pasó de allí su aventura.

Hablamos de aquella pureza elemental, como de persona decente, que ha de tener un habla, y que se traduce en el buen uso del vocablo, en la construcción normal y en una pronunciación más o menos recta.

Andan muy de capa caída ahora los purismos profesionales; ya nos sirven de poco y su viejo rigor ya da cierta vergüenza a sus propios patrones. El maestro no va a recoger este Tutankhamón desplazado y roído para llevarle a una sala de clase de niños vivos y subir más aún los grados de la pedantería de nuestro gremio, que debemos poner en proceso de cura.

Ningún miedo del folklore sano, es decir, del que se recoge por los campos y que en España ya está recogido en muchos libros. Pero cuidado con el argot de la ciudad; ése es delicado y feo. Este jaleo de río en el delta, que es el hecho urbano, revuelve al agua limpia que le viene de lo rural y por lo menos debe ser colado.

Me decía alguno que el folklore en la escuela primaria envicia al niño en facilidades y lo pone reacio, entre otras cosas, para la lectura de los clásicos, al llegar a la secundaria. Yo me sé de años que se puede pasar con harta naturalidad del folklore a la lengua arcaica, de ahí a los clásicos nacionales y de éstos a los latinos, y sé que la vía que repugna más al niño es la otra, la de su primera comida desecada de las literaturas de transición; las románticas, por ejemplo, y su tránsito desde ellas hacia cualquier literatura clásica. Lo que tuerce el gusto, envicia en lo mediocre agradable y arruina la afección del escolar para lo grande son las literaturas cursilonas de hace treinta años, o las flotantes y circunstanciales de cualquier tiempo.

Madrid, 1935.

TESTIMONIO HUMANO

CARTA
A ESTER GRIMBERG Y MARIA BAEZA

"Mis queridas chiquillas:

No se rían ustedes de que les escriba a las dos, estando separadas. Yo las veo juntas siempre; en el banco central de la primera fila, están ustedes invisibles para las demás, visibles para mí, oyendo mi clase, comentando mis afirmaciones, celebrándolas, a veces, con picardía. Además, déjenme escribirles en una sola carta: mi tiempo es escaso; mi corazón es grande, me crece cada día, para querer a los míos; pero mis horas no se expanden como mi buena voluntad.

Yo no sé qué "nuevas" contarles. Esta tierra no es para mí sino la cordillera, los caminos umbrosos de Penco y las alamedas de Curimón; de las gentes no sé nada. Les contaré, pues, que hoy ha amanecido un cerco de nieve inmenso rodeando el pueblo; que yo he pasado la tarde calentándome en mi viejo brasero; que he tomado mate; que he leído, como siempre, como ayer, como mañana, a Guerra Junqueiro y he rezado el *Canto al Señor*, de Tagore. Les contaré que estoy más vieja; que este invierno me ha traído reumatismo y un poco más de cansancio que el pasado; que los juncos de este mayo me han enternecido menos; que, a pesar de mi cara de "bachicha", no estoy sana y suelo rehusar por las mañanas levantarme a vivir...

Ustedes no se contagien. Pesen mis años y los de ustedes, que es como pesar rosas y piedras...

Las dos me han hablado de que sus liceos no les gustan. [1]. ¿Verdad que eso es *pata*? [2] ¿Cómo no van a preferir

---

[1] Las dos destinatarias habían sido alumnas de Gabriela en el Liceo de Los Andes y debieron trasladarse a Santiago para continuar sus estudios. La carta, sin fecha, ha de ser de 1916 ó 1917.

[2] Adulación para congraciarse, lisonjear. (Chilenismo, según el *Diccionario de la Real Academia*, en su acepción de "hacer la pata".)

ustedes un aula severa y noble a mi parrón aconcagüino? Pero, por si fuera cierto que me han echado un poco de menos y que quisieran volverme a ver y volver a ser mías, gracias. No me reprochen mi duda. En el mundo hay una mujer a quien Dios no le reprocha, le perdona, le justifica, todas sus dudas, todos sus escepticismos. Soy yo. No crean que estoy haciendo literatura con ustedes. Las gentes que más quise me vendieron regocijadamente. Digo yo como el Máximo de *Stella*: ¿Si me engañaron a los 20, me serán fieles a los 40?

¿Han leído en este tiempo? Mucho me temo que no tengan cerca de ustedes quien les seleccione libros; mucho me temo que, como a la mayoría de las muchachas de hoy, les venga esa fiebre malsana de leer libros en que ni siquiera la maldad tiene grandeza. Cuéntenme qué leen; conversen conmigo, aunque yo tarde en contestarles. Mírenme siempre cerca de sus ojos, procurando dirigírselos más al cielo que a la tierra, hedionda y mala. Dicen que yo he sido y soy pobre, porque he andado y ando por el mundo como una sonámbula. Tal vez; pero yo no deseo otra cosa sino aumentar mi sonambulismo, pasar sin enredarme en los matorrales de aquí abajo, como si me llamaran con prisa de otra parte. Ya sé que nadie me llama; ya sé que, posiblemente, cambiar de vida, "ir a otra estrella", sólo es cambiar de dolor; pero el hecho es que hasta los dolores de este mundo están encanallados.

Léanse ustedes la *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Unamuno. Me ha hecho mucho bien en estos días. Se los hará a ustedes lo mismo. Busquen los libros de Rodó y los de Emerson; no lean pura novelería, a no ser que se trate de la novela honesta de Bordeaux o de Bourget (más aquél que éste). No lean versos demasiado... Repasen los buenos que ya conocen; es mejor. Cuando recen (háganlo todas las noches), acuérdense de mí. Yo suelo también envolverlas en ese gran abrazo que es mi oración. Hay en los pueblos grandes una plaga de muchachas superficiales y cursis. No olviden ustedes mis pobres consejos: ser sencillas por sobre todo y mirar la vida, a pesar de sus tinieblas, como una cosa sagrada. Para mí, el mayor pecado es la banalidad y nada abunda más que eso en las chiquillas de hoy.

Yo espero mucho de ustedes. Sé que no se perderá ni un granito de la simiente que en ustedes se gastó y se gasta. No se descorazonen. Ustedes son inteligentes y fervorosas, eso que para mí es la fuente de las más altas cosas: el fervor, la pasión, pero en el puro sentido de esta palabra. Sin

vanidad, créanse siempre destinadas a profundas misiones. Me darán la ilusión de que tuve hijas, de que no pasé por el mundo en vano...

Muy suya...

Lucila."

INDICE

Exaltación y riesgo de la pedagogía 11

ESTUDIANTE, MAESTRO Y OFICIO PLENO
Oración del estudiante a la Gracia 33
La Oración de la Maestra 35
Palabras a los maestros 37
Pensamientos pedagógicos 39
El oficio lateral 43

EL NIÑO
El elogio del niño 55
Infancia rural 57
Recado de las voces infantiles 60
Los derechos del niño 62
Un llamado mundial por la infancia 66
Mensaje de Gabriela Mistral a los niños del Litoral . 69
Llamado por el niño 71
Despedida a los niños del Brasil 73
Voto de la juventud escolar en el Día de las Américas 77

NIÑO Y LIBRO
Biblioteca y Escuela 83
Niño y libro 90
Contar 94
Madrinas de lectura 98
Pasión de leer 101
Introducción a *Lecturas para Mujeres* 105
Libros escolares complementarios 112
Una mujer escribe una geografía 120
Recado sobre una maestra argentina 124
La geografía humana: libros que faltan para la América nuestra 136

INFORMACIONES Y POSICIONES SOBRE EDUCACIÓN
La reforma educacional de México 143
Cómo se ha hecho una escuela-granja en México . 163

Divulgación de principios de las Escuelas Nuevas . . 172
La Escuela Nueva en nuestra América 176
Con el doctor Decroly, reformador de la Escuela belga 184
El método Decroly 191
Imagen y palabra en la educación 195
La Escuela Obrera Superior de Bélgica 206
La imagen de Cristo en la Escuela 211
Kindergarten 218
La Escuela "Imagen" de García Maroto 222
Una Exposición de la Infancia 227
La radiofonía y los niños 231
Instituciones europeas: La "Cruz Roja de los Niños" 234

MAESTROS, UNIVERSITARIOS Y GRADUADOS OYEN A GABRIELA
Sobre intercambio universitario 241
Conferencia para maestros: El cultivo del amor patrio 246
Discurso a graduados de 1933 253
Palabras para la Universidad de Puerto Rico . . . 260
La enseñanza, una de las más altas poesías 272
Poesía infantil y folklore 277

TESTIMONIO HUMANO
Carta a Ester Grimberg y María Baeza 287